ALFAGUARA

# Fernando Butazzoni

# Tierra mínima



Narrativa Hispánica

# Fernando Butazzoni

# Tierra mínima

ALFAGUARA



*«Un día desapareció*
*y otro lo mataron*
*y después vino»*
GERARDO BLEIER

*«Defiendo el rigor y la exigencia*
*en los interrogatorios».*
JUAN MARÍA BORDABERRY

*«como está la madera en el palito»*
JUAN GELMAN

# Noticia y prólogo

Eduardo Bleier fue secuestrado por militares uruguayos en Montevideo el 29 de octubre de 1975. Estaba casado, tenía cuatro hijos, andaba clandestino, era dirigente del Partido Comunista, tocaba el violín, hacía propaganda contra la dictadura, luchaba. Y era judío. Un judío comunista. En los interrogatorios, sus captores lo torturaron con saña durante meses hasta matarlo, y para concluir la faena lo desaparecieron. Judío rojo, le gritaban cuando aún estaba vivo, reventado pero vivo. Y también le decían judío de mierda. Lo buscó su mujer, lo buscaron sus hijos, sus compañeros, lo reclamaron desde la ONU, la OEA, la Cruz Roja, Amnistía Internacional. Nada, ningún rastro.

Un equipo de antropólogos forenses encontró sus restos cuarenta y cuatro años después, sepultados en los fondos de un cuartel del Ejército. Esqueleto completo, desnudo, enterrado a un metro de profundidad y cubierto de cal, casi en la orilla de un arroyo. Primero fue una mancha blanca en la tierra marrón. Después un hueso, el cráneo. Así comenzó el rescate.

Ese día, a pesar de la niebla y los silencios, con la ayuda de un puñado de científicos Eduardo Bleier empezó a regresar de esa condición espectral que es la desaparición, un estado donde la vida y la muerte rondan en la memoria de los otros, los que buscan y no se resignan al olvido. Uno de sus hijos lo expresó con esa lucidez que solo puede nacer de la poesía: «Un día desapareció y otro lo mataron y después vino».

Un desaparecido es alguien forzado a atravesar todos los límites para ubicarse en un territorio dominado por la incertidumbre. Es quien es sin ser. Quien está sin estar. Emerge un trastorno simbólico, un vacío, viene el desespero y luego la desesperanza y después la porfía.

Hasta que por fin lo encuentran y comienza el retorno. No hay celebración sino duelo, no hay alegría sino tristeza. Las verdades de unos prevalecen, las mentiras de otros se derrumban. El empeño sigue. Como un viajero del tiempo, el desaparecido regresa de aquella aparente nada del pasado y se hace presente.

Aquí se relata apenas uno de esos regresos, un descubrimiento, la recuperación. Fue una jornada de treinta y nueve horas sin sueño ni descanso, marcada por los apremios de una carrera contra las aguas de una inundación. Antes había sido la pulseada de años con fracasos y amenazas y, después del hallazgo, el trabajo minucioso para encontrar en esos huesos las huellas de un nombre y una vida. Este libro cuenta esa historia, que es también la historia de muchas otras proezas de antes y de ahora, todas de apariencia mínima y sin embargo esenciales, porque en lo chico está lo grande, como está la madera en el palito.

1

Amanece con niebla en Montevideo. Por la zona de Peñarol, en los antiguos campos de Trápani y más arriba, por Gruta de Lourdes y hacia las Puntas del Miguelete, la cerrazón parece difuminar la calamidad de esos parajes. Puede suponerse que el dato es banal, un apunte menor para un asunto de importancia, pero ese mar de niebla tiene, sin embargo, un toque de presagio que sería desatinado no consignar desde el principio. Niebla, un mugido en el monte, la penumbra sobre el arroyo.

Y barro, mucho barro en los caminos del cuartel. La niebla vuelve incierto el paisaje y el aire se percibe sucio, impregnado de una densidad pegajosa que viene de lejos. Los incendios en la Amazonia provocan colosales humaredas que, empujadas por los vientos del norte, han llegado hasta las costas del Río de la Plata después de derivar a gran altura durante semanas. En ese ambiente los antropólogos registran el predio del Ejército ubicado contra el arroyo. Remueven la tierra con la ayuda de dos grandes retroexcavadoras que, vistas a la distancia y con el velo de la neblina, parecen dinosaurios moviendo sus largos cuellos mientras retozan junto a los sauces.

Los antropólogos que están en el cuartel forman parte de un equipo forense que busca enterramientos clandestinos. Hacen pozos para rastrear trazas de cal, huesos, restos humanos. Es un grupo pequeño de mujeres y hombres que durante quince años se han puesto a entretejer distintos saberes, desde la arqueología hasta la botánica, la fotografía, las ciencias forenses, la geología, la historia. Comparten una curiosidad a prueba de engaños y una persistencia que los ha llevado a abrir nichos ubicados en antiguos cementerios abandonados para sacar ataúdes, destaparlos y comprobar que lo allí depositado era lo que estaba en los registros y no otra cosa. Hurgaron en basurales inmundos, se metieron en cuevas y en panteones. Ese empeño también los condujo a remover muchas hectáreas de tierra en diferentes

lugares.

Sus métodos de investigación son complejos y en ciertas circunstancias heterodoxos, pues los caminos que transitan están sembrados de trampas destinadas a desorientarlos y de pasadizos que no conducen a ninguna parte. Hay que saber elegir, hay que saber descartar. Hay que saber. En el grupo estudian la estratigrafía de cada zona, cotejan informes, anotan rumores, analizan viejas fotos aéreas y las comparan con otras más recientes. También reciben datos anónimos que casi siempre son desechados por incongruentes o falsos.

Hay uno enterrado en el Remanso de Neptunia.

Varios en el cuartel de La Montañesa.

En el cementerio de Los Álvarez.

Lo pusieron debajo del polvorín.

Los restos quemados en un horno de ladrillos.

Cenizas arrojadas al río.

Ya no queda ninguno.

Un engaño tras otro. En término militares se podría decir que es una guerra de desgaste que lleva décadas, con un consejo de ancianos que orienta a los desinformadores, los dirige desde las sombras, los maneja como si fueran muñecos. Ilustrísimos doctores, generalotes y coronelitos que instruyen a sus muñecos en la táctica del «muerde y huye», la vieja manera guerrillera de enfrentarse a fuerzas superiores que, por eso mismo, son más lentas y menos flexibles. Una táctica que ellos padecieron en el pasado y ahora ponen en práctica. Muñecos que han tenido a la sociedad uruguaya a su merced, en ascuas de aquí para allá, que sí, que no, mentira sobre mentira. Juegan a las escondidas, a la gallina ciega, a la mancha venenosa. Meten miedo. Muerden y huyen. Se saben amparados desde el poder, un amparo vergonzante pero útil, una complicidad imposible de probar, difícil hasta de sugerir, una connivencia que se ha entreverado con adivinaciones, falacias, tremendismos, algún toque de locura.

Vi luces en la noche.

Movimientos raros.

El bebé me saludaba con la manito.

La tierra, en cambio, nunca miente. Allí hay árboles que antes no estaban, hay suelos alterados sin razón aparente hace treinta o

cuarenta años, hay piedras donde no debería haberlas. Esas modificaciones no son un secreto, ya fueron detectadas y catalogadas. Por si eso no fuera suficiente, lo explicó muy ufano un coronel de la vieja guardia, preso pero libre para confesarlo en un idioma militar con pinceladas mafiosas: «Nunca los van a encontrar. Donde había un pozo hicimos un cerro y donde había un cerro hicimos un pozo».

Varios narradores tiene esta historia, múltiples puntos de vista, hipótesis, especulaciones, susurros. La incertidumbre está en su esencia desde hace medio siglo. Se puede comprender empezando casi por el final, en esta mañana de niebla dentro del cuartel, o viajar hacia adelante hasta un despacho de la Ciudad Vieja, el desenlace que muchos conocen. También es posible remontarse al principio, a unos comienzos que muestran bordes difusos y renglones torcidos. Un galpón, la noche. El problema de esta historia es el asunto de la verdad, y la verdad por momentos se desvanece, se entrevera en las voces, en silencios duros como la piedra, en el pantano de las memorias. Parece que se pierden esas memorias, hay que buscarlas. Volver a buscarlas.

Los árboles, las cañadas y el arroyo dicen cosas. Los sauces dicen, y dice la tierra con sus albardones y sus hondonadas, y el agua que corre llena de mugre lo hace. Pero la tierra y los árboles y el agua hablan en una lengua que debe ser traducida de manera adecuada, y aun así siempre dejan un margen para el error o, cuando menos, para cargar con la falta de certezas. En el grupo de antropólogos se planifican las tareas y luego, ya en el terreno, cada equipo se dedica a buscar, a observar con lupa los detalles de aspecto menos relevante sin desestimar nada de antemano. Hace mucho que trabajan en la zona, y los resultados han sido desalentadores. Nada por aquí, nada por allá.

En este predio de veintidós hectáreas el último hallazgo de importancia ocurrió a fines de 2005, hace casi catorce años. Ha habido descubrimientos en otros sitios, y eso contribuyó en su momento a sostener la moral del grupo, pero lo cierto es que aquí no han hallado sino rastros. Catorce años. Un paréntesis demasiado largo para un asunto tan delicado. Día tras día remueven la tierra en un esfuerzo de apariencia estéril. Así se apunta, con una sobriedad descorazonada, en el llamado «Diario de Campo» del equipo, una especie de cuaderno de

bitácora en el que se anotan las incidencias de esas largas navegaciones. Escritas a mano y en el terreno con estilo casi telegráfico, las páginas de ese diario pueden leerse como la crónica de un fracaso.

### | DIARIO DE CAMPO |

Grupo de Investigación en Antropología Forense (GIAF) Tareas en el predio bajo cautela judicial del ex batallón 13

Lunes 26 de agosto de 2019

Annika, Florencia, Natalia, Matías, Gustavo, Ximena
COMBUSTIBLE: Nasr: 119,20 lts. Luis: 341,72 lts.
Las condiciones del terreno mejoraron en Zona 4-2017 y se pueden retomar las cuadrículas que se venían abordando. Dado que el ingreso a la zona continúa anegado, la máquina ingresa desde Zona 3-2017 y avanza hacia W bordeando el arroyo (camino acondicionado en últimos meses de tránsito máquina). Luis excava allí. Inicia en TM 3869 hasta TM 3882 totalizando 100 $m^2$. Nasr excava en Zona 3-2017 donde veníamos excavando sobre camino. Inicia en TM 5744 hasta TM 5766 totalizando 170 $m^2$ aprox.
Sin novedad.

---

La suerte se endereza a las once de la mañana del martes. Un joven llamado Luis Brusnin, el maquinista de la retroexcavadora que opera en la denominada «Zona 4», se dispone a retirar la tercera palada de tierra de la trinchera que está abriendo, justo contra el barranco del arroyo que sirve de límite al área militar. Apostados en torno a esa zanja, tres investigadores siguen con atención su trabajo, cada uno con un ángulo de visión diferente. Luis tiene que actuar con pericia. Un movimiento impreciso de esa poderosa mandíbula de acero puede provocar el desmoronamiento de todo el foso. Empuja con suavidad una de las palancas de mando, ahí va, se alza el brazo articulado de la máquina, luego comienza a girar, Luis se detiene, ve una mancha,

parece una piedra blancuzca asomada en uno de los perfiles de la cavidad recién abierta, no es una piedra grande, pero el contraste con los tonos marrones de la zanja la resalta. Desde sus puestos de observación los antropólogos no llegan a verla.

Luis no es antropólogo sino maquinista de una retroexcavadora JCB que pesa veintidós toneladas. Según le explicaron en los comienzos, cuando recién empezaba a trabajar con el Giaf, en medio de esa tierra oscura no debería haber ninguna piedra blanca. Lo recuerda como una enseñanza básica, si ves algo blanco es cal, le dijeron, y aquí no hay cal. Aquí no hay cal, piensa Luis y baja el tacho hasta apoyarlo en terreno firme, apaga el motor, abre la puerta de su cabina:

—Ahí hay algo raro.

Es una frase pronunciada con el tono justo, ni entusiasta ni apocado, cuatro palabras dichas con la calma de quien ya ha cavado cientos de trincheras que no condujeron a ningún hallazgo y que luego fueron tapadas por la tierra que él mismo extraía de un nuevo foso ubicado al lado del anterior, un día y otro, un mes tras otro, en una rutina que acabó por resultarle exasperante.

—Algo raro —repite Luis en voz baja, con un susurro destinado tal vez a convencerse de que en esta ocasión puede ser diferente. La mañana es inhóspita, los suelos del bajío están saturados de humedad y la niebla del amanecer se ha ido disipando para dejar un sol tenue que apenas si se muestra cada tanto entre las nubes.

En los alrededores del barranco, la tierra, los pastizales, los árboles y matorrales que crecen en la ribera del arroyo Miguelete son un muestrario de todos los desperdicios posibles, los que han sido arrastrados por la corriente con las crecidas y los desbordes. En una época fue un vergel y hoy es un albañal usado como vertedero por empresas de la zona y como cloaca general para unos asentamientos situados aguas arriba y como sitio de descarte de residuos por parte de algunos recicladores de basura.

Hay latas oxidadas, botellas que flotan en la corriente, piezas de plástico, un perro muerto, planchas de cartón apelmazadas por el agua, restos de muebles encallados en sus orillas, bosta, la carcasa de una heladera. Y bolsas de nailon. Han de ser cientos o tal vez miles, pero parecen millones de bolsas de nailon, algunas hechas jirones y

otras infladas por la corrupción de sus contenidos. Hay pedazos de nailon enganchados como flecos en las ramas de los arbustos, bolsas negras de nailon amontonadas contra un ribazo, bolsas transparentes con el logo ya desteñido de una tienda. También las hay rasgadas y agujereadas sobre los pastos, pingajos enredados en los tallos de los cardos y las zarzas o prendidos de algún alambrado.

Es un lugar envejecido a pura fealdad, que a Luis Brusnin le desagrada tanto como el extraño olor a quemado que trae la brisa. En muchas ocasiones se ha quejado del olor fétido que se levanta del arroyo y lo envuelve todo, pero hoy esa hediondez se mezcla con el olor a quemado, un tufo que tiene una cualidad desconocida, tal vez porque viene de muy lejos y ha viajado miles de kilómetros y allí, piensa Luis, pueden producirse reacciones químicas que él no conoce, o puede ser que el fuego de los árboles en la espesura huela distinto, como distinto debe ser el olor de la selva misma.

Gustavo Casanova, uno de los antropólogos que se hallan al pie de esa trinchera, decide rodearla para observar lo que acaba de señalar el maquinista. De cuerpo trabado y barba renegrida, cuando Gustavo camina parece dispuesto a llevarse todo por delante. Hace equilibrio sobre el filo del barranco y desciende por la huella que ha dejado una de las orugas de la retroexcavadora, da tres pasos y se ubica justo frente a la mancha que sobresale nada más que unos centímetros de la pared de tierra.

Entonces su actitud cambia, se mueve con cuidado, como si temiera arruinarlo todo con un movimiento mal calculado. El foso se halla en el borde del talud y la posibilidad de que colapse esa parte de la excavación es evidente, por lo que debe evitar cualquier brusquedad y actuar con mucho tino. Se pregunta si será una piedra o, tal vez, un pedazo de raíz. A primera vista presenta unos tonos amarillentos y unas líneas irregulares de color ocre. Cuando está en la posición adecuada se agacha para mirar más de cerca esa pequeña rareza, se quita los lentes y así puede ver con nitidez un objeto sólido con una forma apenas convexa. Ve un terrón que cuelga a un costado, una línea tan blanca como la nieve un poco más arriba. Contiene el aliento. Se da cuenta de inmediato del hallazgo.

—Pasame un cucharín —dice.

Natalia Azziz, que se había apartado un par de metros de la trinchera, se pone en alerta, consulta la hora, piensa que la incidencia deberá anotarse en el Diario de Campo, y como Gustavo tiene buen ojo, le pregunta qué le parece, qué se supone que sea eso, dice y él vuelve a calzarse los lentes y mira a su colega desde abajo pero todavía no quiere comentar lo que ha visto o lo que cree que ha visto. Necesita estar seguro, es demasiado para decirlo sin estar del todo seguro.

—El cucharín —repite.

Natalia le alcanza la herramienta o quizá lo hace Florencia, que por estos días también trabaja con ellos en la Zona 4. No hay registro de quién le entrega la pequeña paleta de metal a Gustavo, ni siquiera en qué momento sucede. Las versiones sobre lo ocurrido en esos minutos cruciales difieren en detalles mínimos, en la ubicación exacta de cada uno de los investigadores, en las palabras dichas o calladas. Y en la porción de tiempo entre un instante y el siguiente. El grupo empieza a deslizarse por un tobogán en cámara lenta, un túnel que los lleva a otra dimensión. La temperatura ha subido y el silencio solo se altera con el lejano sonido de la excavadora operada por Nasr el sirio, que zanja a unos cientos de metros de allí con el segundo equipo.

Natalia piensa en Alicia. En realidad trata de imaginar la cara que pondrá Alicia cuando se entere. Sabe que se fue de viaje y que llega hoy mismo y eso la anima. Piensa en Ximena y en Nasr y en los trabajos que realiza el otro equipo allí mismo, en el costado oeste del campo, aunque por momentos es como si estuvieran separados por varios kilómetros, igual que Alicia y su viaje a México. Lejos pero cerca, equipo 01 y equipo 02, zona 3 y zona 4, lo próximo y lo lejano, un instante que dura muchos minutos y se pegotea como un chicle. Lo que es y lo que no es.

Aunque técnicamente Alicia no es la jefa sino la coordinadora del Giaf, en los hechos las decisiones finales quedan bajo su responsabilidad, y eso viene a significar que es la jefa, y así lo entienden no solo quienes se encuentran en las trincheras, sino también los que trabajan en los juzgados penales, los académicos, los periodistas y las autoridades políticas. Y los otros, los que observan de lejos y a hurtadillas, fuera de las zonas alambradas, en alguna oficina

sin nombre, protegidos por un jerarca sin rostro.

Los árboles, el arroyo que corre manso detrás del barranco, el barro y los pastizales provocan una sensación de lejanía y desamparo, reforzada por la sospecha de que los vigilan. Antes los filmaban ahí mismo, a pocos metros y a la descubierta. Ahora ya no, pero persiste en ellos la impresión de que los escuchan y los ven, los controlan con binoculares desde las torretas de guardia, desde algún edificio o desde un punto de observación oculto en la maleza, quién sabe, enmascarados, camuflados en el verde, acechantes, ojos que quieren verlo todo, oídos que tratan de captar cualquier frase, una palabra, algún sonido que le otorgue significado a ese ajetreo continuo. Los antropólogos desconfían. En ocasiones piensan que tales especulaciones son pura fantasía, pero a veces las señales les resultan evidentes.

En ese tobogán por el que ellos se deslizan ahora en cámara lenta, la punta del cucharín que empuña Gustavo apenas si roza el contorno de aquel objeto, más bien lo dibuja en el aire con delicadeza, muy despacio. Es casi ritual la forma en que mueve su mano para definir con claridad la silueta del hallazgo. Natalia y Florencia observan de pie desde arriba y Luis queda expectante, sentado en la cabina de la retro. Esta vez tiene el pálpito de que van a encontrar algo, no le gustan las adivinanzas, pero de todos modos a veces sus conjeturas pasan a ser presentimientos y eso es justo lo que le ocurre ahora a Luis Brusnin, operario de la excavadora y buen conocedor de la zona, de los barrios de los alrededores y de la gente que vive en esos barrios. Piensa que hoy es un día perfecto para que pase algo grande, transcurren acaso dos o tres minutos, le parecen horas. Todo queda en suspenso, el equipo está en un limbo donde solo cabe la ansiedad.

Gustavo Casanova hace un relevamiento visual minucioso, no se deja ganar por el apuro, inclina un poco la cabeza hacia un lado, luego hacia el otro, se aleja tanto como puede, vuelve a acercarse a la pared de tierra, observa una planta rastrera junto al foso, se agacha, calcula que el hallazgo se encuentra a un metro de la superficie, tal vez un poco menos, por fin se yergue y el rostro se le ilumina con una sonrisa más grande que el paisaje.

—Aquí tenemos una sorpresa —dictamina, y comienza a reír con un

carcajeo apagado, nervioso.

—Una sorpresa —repite, casi en un grito.

A Natalia esa expresión le suena extraña, la desconcierta porque no entiende el significado de aquella frase, el énfasis, la actitud de Gustavo. Se precipita hacia la trinchera para observar de cerca la sorpresa anunciada por su compañero, y cuando entra en el foso el tiempo se acelera y el tobogán la deposita en un universo distinto. Siente un golpe en el pecho, un leñazo seco que le corta la respiración. Aún no ha examinado el lugar, ni siquiera ha visto lo que asoma en esa pared de tierra. Tampoco imagina que todo va a cambiar apenas unos minutos después, cuando el tiempo encaje de nuevo con la realidad, pero el impacto del golpe en su pecho lo percibe con una contundencia real, y lo recordará por siempre. Es como si una energía desconocida estuviera atrapada en ese agujero.

Nunca le había pasado algo así. Ella, con una sólida formación académica, racional a ultranza, ajena a cualquier tipo de misticismo, acostumbrada a remover restos humanos y estudiar huesos y recolectar evidencia y evaluar anomalías en el terreno, percibe por un instante la presencia de esa energía que patalea enloquecida dentro de la fosa. No dice nada, trata de mantener el dominio de sí, la compostura de su habitual escepticismo. Respira, traga saliva y se acerca a la pieza incrustada en la tierra. Suda. Gustavo se hace a un lado para no estorbar. Natalia se inclina un poco y mira aquel fragmento blancuzco, queda inmóvil, absorta en la contemplación, suspendida en un aire colmado por su propio embeleso. Al final Gustavo carraspea y se anima a quebrar el hechizo:

—¿Qué te parece?

Ella responde con aplomo, sin apartar la vista del objeto. Le habla a Gustavo y se habla a sí misma.

—Es parte de un cráneo —murmura.

Hace una pausa. Tal vez junta coraje para seguir.

—Un cráneo humano —dice.

Gustavo asiente apenas y opta por salir de la trinchera, que además está a medio cavar y es un lugar estrecho y rodeado de hierbajos y basura. Natalia permanece dentro de aquella zanja húmeda sin dejar de mirar lo que para ella es, sin ninguna duda, parte un cráneo

humano que asoma de su enterramiento. Seguro que se trata de alguien desaparecido décadas atrás, en la larga noche. Es lo que ellos han estado buscando durante años. Está sepultado en el límite mismo del predio.

—Mirá dónde te vinieron a tirar —dice, se habla a sí misma, le habla a ese pedazo de hueso, a la tierra marrón.

Piensa en ese cuerpo oculto bajo la tierra, en la mugre que rodea el lugar, se deja arropar por la tristeza y por la indignación, y enseguida por la euforia de estar ahí, y por el golpe en el pecho que hace un minuto le quitaba el aliento y ahora la llena de entusiasmo y también de amor por las cosas perdidas y encontradas. Sentimientos contradictorios, dirá después.

Luis, el maquinista, la observa desde la cabina de su retro. Ve ahí abajo, entre el barro y la basura, a esa mujer plantada en la trinchera y a solas con la muerte. Sabe que tiene 37 años y dos hijos, pero en este momento se le asemeja más bien a una chiquilina recién salida del liceo. Está de espaldas a la excavadora, la cabeza cubierta con un pañuelo y los brazos en jarras. Sus hombros parecen moverse apenas, por unos segundos, con leves sacudidas. Luego se aquietan, y después vuelven a moverse. Eso ocurre varias veces. Al final ella tose, toma un pañuelito de papel y se suena la nariz con disimulo. El maquinista baja la vista en un gesto de pudor o de compañerismo. Florencia entra al foso, observa el hallazgo, se queda junto a Natalia. Todo está en calma durante un rato, nadie habla ni hace otra cosa que oír en la lejanía el motor de la excavadora operada por Nasr.

En noviembre de 1944 el Estado registró la compra de un amplio solar, identificado con el número de padrón 47198 y situado en el área de Peñarol, a la señora Catalina C. Sanguinetti, a quien se le abonó por todo concepto la suma de $ 60.000. El predio fue destinado al Ministerio de Defensa para usufructo del Ejército Nacional. En los planos de mensura figuraban los límites del terreno, establecidos en junio del año 1916 por el ingeniero agrimensor Alfredo Hareau, siendo uno de esos límites por el sur la calle llamada 17 Metros, y por el norte el arroyo Miguelete en el tramo comprendido entre el antiguo camino

al Abrevadero y la avenida de las Instrucciones. El batallón de infantería N°13 fue trasladado a ese lugar en febrero de 1949, cuarenta y cinco años después de su creación. Al poco tiempo pasó a integrar la Reserva General del Ejército y luego fue colocado bajo el mando de la Inspección General. En esa época su cometido principal era la custodia del arsenal de guerra allí almacenado. Para ello disponía de tres compañías de fusileros y un plantel de perros guardianes de distintas razas, todos fieros y ladradores.

Ahí están ahora los antropólogos del Giaf, en el último rincón de ese campo militar, tan en el extremo que casi caen a las aguas del arroyo, en unos confines que vuelven imposible seguir siquiera un metro más, ni unos centímetros, justo al borde del barranco clavó los dientes del tacho el maquinista, aquí en el exacto límite, donde nadie pensó jamás que pudiera encontrarse una tumba, tan escondida que ellos lucharon durante meses contra los árboles enormes, las raíces, las malezas, los continuos obstáculos, tan allá, tan acá.

Buena parte del lugar ha estado bajo la protección de la Justicia desde el año 2003. Una medida dictada el 6 de noviembre de ese año establecía la prohibición de innovar en la zona. La orden obligaba a suspender cualquier tipo de obra que alterara el terreno de las dependencias del ex Batallón de Infantería Blindado Nº. 13, «muy especialmente en tareas que impliquen excavación, remoción de tierra o similares». El juez que dictó la resolución prohibía de manera expresa cualquier obra en el predio «dentro de un radio de quinientos (500) metros, a contar de la línea perimetral de la cancha de fútbol allí existente, y dentro de la misma».

Con el correr de los años hubo marchas y contramarchas. El área de interdicción de esa zona fue modificada a lo largo del tiempo, y por algún motivo una estrecha franja de casi veinte metros que bordea el arroyo quedó excluida de los trabajos. De todos modos, un terreno militar importante fue resguardado de cualquier manipulación, porque desde 1985 había versiones que aseguraban la existencia, allí mismo, de sepulturas clandestinas realizadas por personal del Ejército. En el propio batallón hubo algunos chistosos que asustaban a los nuevos reclutas con cuentos de aparecidos, historias de espectros que andaban en las noches por la zona del Miguelete; entre los yuyos, les decían,

hay luces malas y ruidos de cadenas y a veces gritos, lamentaciones, palabras en otros idiomas, cuidado con acercarse a esos sitios que de noche y de día son igual de jodidos y apestados. Asustaban a los soldados recién incorporados y después se reían.

Décadas más tarde, en mayo de 2017, un exsoldado de ese batallón aceptó concurrir, bajo reserva de su identidad, con una jueza y un actuario al lugar, y brindó su declaración formal en el terreno, en presencia de dos antropólogos. Se puso a marcar lugares de sepulturas, aquí, allí, allá, ratificó con pocas variantes lo que ya se había narrado en ocasiones anteriores, pero agregó un detalle crucial. Dijo que algunos cuerpos habían sido enterrados «muy cerca del arroyo, a uno o dos metros de la orilla». Tenía cómo saberlo. Los había sepultado él mismo.

## | DIARIO DE CAMPO |

Grupo de Investigación en Antropología Forense (GIAF) Tareas en el predio bajo cautela judicial del ex batallón 13

Martes 27 de agosto de 2019

Annika, Florencia, Natalia, Matías, Gustavo, Ximena.
Nasr continúa excavando Zona 3-2017 sobre el camino. Se inicia en T 5767 hasta T 5784 (sin finalizar) totalizando 116,5 $m^2$ aprox. Se comenzó la T 5785 pero no se finalizó. Luis continúa excavando en Zona 4-2017. Inicia en TM 3883 hasta TM 3896 (sin profundizar) totalizando 70 $m^2$ aprox.
Hallazgo a las 11 am en trinchera TM 3896. Posible base de cráneo en perfil NW (vertical) con presencia de cal consolidada, a una profundidad de 0,80 m.
Código B13Z4-TM 3896-E01.

---

Después de concluir que aquello no puede ser otra cosa que un cráneo humano, Natalia Azziz toma la decisión de permanecer en la trinchera. No imagina cómo lo hará ni cuánto tiempo va a aguantar, pero

resuelve que a partir de este momento su primer deber será quedarse en el foso para acompañar esos restos, custodiarlos, acaso protegerlos o velar por ellos hasta que sean retirados con todas las garantías y precauciones del caso. Eso hará. Busca en su chaqueta unos pañuelitos de papel, se suena la nariz, respira hondo, procura que nadie la vea, tantea su celular en uno de los bolsillos del pantalón con la intención de avisarle al otro equipo, Florencia está a su lado. Las dos mujeres comparten la pena por ese pasado sin remedio.

Florencia Díaz tiene 24 años y es la más joven del grupo. Ella y Annika Fieguth son las únicas novatas. Hace apenas ocho meses que trabajan con los investigadores del Giaf, y aunque Florencia ya había tenido una breve experiencia de campo en una unidad de la Artillería Antiaérea en la zona de La Montañesa, en los hechos esta es la primera excavación sistemática en la que participa. Y será también, si se confirma de forma definitiva, su primer hallazgo. No es una mujer impresionable, pero la posibilidad de que tal cosa ocurra le resulta emocionante. Pese a que vive desde hace tiempo en Montevideo, todavía extraña la calma pueblerina de Sarandí Grande, la casa familiar, la comida de su madre, los amigos. Quizá por eso guarda una frescura en la mirada que le permite descubrir con prontitud, en la pared de la trinchera, nuevos detalles del presunto enterramiento. Una línea, otro hueso, un fragmento, tejido esponjoso. Natalia no la escucha porque tiene dificultades con el teléfono, lo manipula con torpeza, su vista está algo borrosa, por fin logra digitar el número, trata de aparentar la mayor tranquilidad posible. Cuando Ximena atiende le dice que han encontrado algo de interés y que lo mejor es que detengan los trabajos y vengan todos para este lado ya mismo. Su tono es plano, aunque habla demasiado rápido. Ximena percibe la urgencia, le pregunta si está segura de que se trata de algo importante. Natalia no quiere revelar detalles por teléfono, así que simplemente le dice que está segura, segurísima, dice, una sorpresa, grita Gustavo desde atrás, noventa y nueve con noventa y nueve por ciento, ratifica Natalia antes de cortar.

Ximena guarda su teléfono en un bolsillo del abrigo. Por unos segundos queda bloqueada. Le parece obvio que el otro equipo se topó con algo de gran interés. Restos óseos, un hallazgo. Natalia se oía muy

excitada y por eso mismo intentaba disimularlo, para que nadie más se enterara. Puede que sea algo o puede que no sea nada. En los últimos años, en varios lugares de ese mismo campo se encontraron huesos o fragmentos de huesos. Resultó que un hueso y un fragmento eran humanos, pero nunca pudieron ser identificados. No significaron demasiado, porque hay un cementerio bastante cerca y en varias ocasiones han aparecido huesos en calles y pasajes del vecindario, probablemente llevados hasta allí por perros vagabundos desde alguna sepultura abierta en ese cementerio, donde merodean los ladrones de tumbas. Se meten por las noches, arrancan piezas de bronce, rompen ataúdes, se llevan lo que pueden. En ocasiones los descubren, pero hay sepulcros que permanecen destapados durante días o semanas sin que nadie se percate de la profanación. Los perros vagabundos de la zona hacen el resto.

Como en un relámpago, Ximena recuerda que junto a uno de los polvorines de ese cuartel una vez desenterraron algunas ropas, entre ellas un pantalón y la suela de un calzado deportivo. Al final, esos indicios no condujeron a ningún hallazgo, pero de todos modos no dejó de ser sorprendente encontrar, dentro de una unidad militar y sepultadas bajo un espaldón de tierra, unas prendas ya casi destruidas por los ácidos del suelo, sin color ni etiqueta que pudiera brindar una pista acerca de la época en que habían sido arrojadas allí. El pantalón, sin ninguna marca, no decía nada y era al mismo tiempo un rastro.

En los informes oficiales del Giaf se muestra una fotografía de ese pantalón, tomada en el lugar del hallazgo. Lo han extendido sobre el pasto, a pocos metros del lugar donde lo encontraron. A su lado hay otras prendas indistinguibles, apenas jirones, y la suela de un championes. La foto es el testimonio de un enigma nunca aclarado. Y el centro de gravedad de ese enigma es el pantalón, prolijamente tendido en el pasto, como puesto a dormir allí, al sol, junto a la tierra removida.

Ximena lo recuerda, parpadea, sale de su estupor y hace una seña con la mano para que Nasr apague el motor de la excavadora. Reúne a los demás integrantes de su equipo, espera que Nasr baje de la retro y se acomode junto a ellos, entre el barrial de los fosos recién abiertos. Ahora el silencio se vuelve notorio para todos porque ya no hay

ninguna máquina funcionando. Una torcaza zurea en la arboleda y sus arrullos no hacen sino acentuar la calma. Ximena comprueba que Annika y Matías le prestan atención, así que trata de ser lo más directa posible. Informa que van a detener la tarea porque deben ir para el lado de Instrucciones, a las trincheras de la Zona 4 en las que está Gustavo con su equipo. Habla de manera precisa y clara, pero no explica el motivo de ese cambio en el plan de trabajo del día. Los demás no se mueven. Es probable que Nasr no haya entendido del todo la indicación, porque todavía no domina bien el español. Los otros dos se la quedan mirando.

—Parece que allá hay algo —agrega Ximena.

Annika es una mujer literal, de modo que esa frase no le dice demasiado. Matías, en cambio, se entusiasma con el anuncio, con la posibilidad que implica esa frase. «Allá hay algo». Son las palabras más exactas que puede transmitir Ximena: allá hay algo. No tiene manera de ser más explícita porque solo sabe eso. Su experiencia le dice que, casi siempre, los supuestos descubrimientos acaban por ser falsas alarmas. No obstante, considera que es una obligación seguir cualquier huella, por más vaga o incierta que parezca. En eso consiste el tesón, esa es la búsqueda. Rastrear en documentos, en expedientes judiciales, en viejas fotografías, escuchar testimonios, hacer registros estratigráficos, inspeccionar los terrenos, remover el suelo. Ahora, junto a esa trinchera a medio cavar, ella se percibe inquieta aunque no entiende el motivo. Tal vez la ha alertado el tono neutro de Natalia cuando le habló por teléfono, o la rapidez con que lo hizo, o el vozarrón de Gustavo como ruido de fondo.

Ximena intervino en muchos relevamientos y excavaciones, estuvo presente desde el primer día en el Giaf y participó de diferentes maneras en cada uno de los hallazgos durante los últimos catorce años. No se ha perdido ni uno y eso le otorga confianza, toda la que se puede necesitar en un momento como este. Puede imaginar los más diversos escenarios, y considera que tiene el ánimo suficiente para enfrentar lo que sea. Sin embargo, las palabras de Natalia siguen ahí, golpeteando. Trata de disimular su desasosiego, pero el apuro la traiciona.

—¿Qué pasa, Xime?

—Vamos —dice ella, más bien ordena.

De un manotón se sacude una garrapata que descubre en la manga de su abrigo, recoge la mochila y emprende el camino. Nasr va a colocar la retro en posición de parada y luego irá detrás de los investigadores, que ya marchan en fila india y más rápido de lo que deberían, tratando de esquivar las zarzas y los barriales y las ramas caídas de los árboles. Orillan el monte. En el límite de la zona hay carteles, todos con el mismo texto: «Zona Militar - Prohibido Pasar». La línea del alambrado, que marca el extremo sur del área bajo cautela judicial, tiene algo más de un kilómetro de largo, corre casi de este a oeste, en algunos puntos se quiebra y zigzaguea para luego continuar en la misma dirección. Está sostenida por postes de concreto, unos de aspecto bastante frágil y otros de los llamados olímpicos, que aparentan ser más resistentes. El alambrado no es parejo, ya que en algunos sectores está roto o caído, y en otros se mantiene firme y es coronado por tres o cuatro hilos de alambre de púas. Enganchados a ese tejido aparecen los carteles de chapa: «Zona Militar-Prohibido Pasar». Varios carteles están oxidados, aunque las palabras de advertencia aún son legibles.

Esos elementos, habituales en cualquier establecimiento militar, provocan en Annika una fuerte resistencia y la convicción de que cuanto más lejos se encuentre de esos soldados mejor, para ella y para todos. Marcada en su educación por la fe menonita de sus abuelos alemanes, por las persecuciones que ellos sufrieron en Europa durante la guerra, por los confinamientos y el posterior desarraigo, siente un rechazo absoluto a cualquier tipo de violencia y a las armas utilizadas para ejercerla. Además, desde el primer momento ha notado que los investigadores del Giaf nunca son bienvenidos en los cuarteles. Trabajar a diario en el batallón, pasar por los puestos de control con centinelas y fusiles y alambrados de púas le significa un esfuerzo emocional y físico que debe enfrentar cada jornada.

—Me ponen nerviosa.

Y allá se ven esos alambrados. Más adelante está la portera hecha con tubos de metal, que tiene una abolladura. En cierta ocasión una de las retroexcavadoras del Giaf tocó uno de los tubos y torció buena parte de la estructura, pero la portera abre y cierra y a los militares no

parece importarles que esté abollada, quizá porque los únicos que la usan son los antropólogos. Hay soldados, unos de guardia y otros que hacen alguna clase de entrenamiento. También hay uno, allá lejos, que se encarga de vigilar unas ovejas. Nadie sabe si siempre es el mismo soldado, cuya misión es la de pastorear ovejas, o si ese tipo de tareas es una recompensa o un castigo que se adjudica con algún criterio específico, por ejemplo como premio al recluta más combativo, o como sanción al más remolón.

Por momentos el sendero se pierde entre los pastos. Un animalito se escabulle bajo un matorral, quizá una liebre. Así caminan los tres, con vueltas y tropiezos, unos cuatrocientos o quinientos metros. Esquivan plantas espinudas, chapotean en el fango, siguen adelante. Jadean. A la derecha, dispersas, se aprecian algunas cortaderas que de lejos se parecen a las antiguas parvas de las praderas, aunque el efecto se malogra cuando la brisa mueve sus penachos y entonces ya no se ven como parvas sino como vulgares cortaderas, esas matas que también son llamadas colas de zorro. Es extraño, ya que los penachos de la cortadera, que son sus flores, suelen retoñar recién a fines del verano. Aquí, sin embargo, hay muchas florecidas en agosto, cuando aún no ha terminado el invierno.

En cierto sentido las colas de zorro se asemejan a los militares. Algunas personas quedan encantadas con sus altos penachos, las hojas afiladas, el porte. Se utilizan también como forraje, y hay tiendas que venden sus flores a buenos precios. En muchos jardines han sido sembradas para darle realce y lucimiento a los verdes del césped. Pero ocurre que, según los botánicos más encumbrados, es una plaga difícil de erradicar, que degrada los suelos, provoca alergias en los seres humanos y resiste las condiciones más extremas gracias a su adaptabilidad. En países como España, Portugal, Nueva Zelanda, entre otros, la especie está catalogada de invasora. En California han procurado erradicarla, sin éxito. Aquí, como es nativa, en los campos del cuartel las colas de zorro abundan y no parecen ser un problema.

Por encima de los penachos se alcanza a divisar el edificio donde funciona el Servicio de Material y Armamento. A la izquierda hay unos álamos muy altos, los últimos ejemplares del monte que durante años dio sombra al sitio de los peores secretos. Siempre es así: el bosque,

cualquier bosque, aterroriza, esconde, oculta. Árboles plantados sin aparente sentido cerca del arroyo, con sauces que acabaron por ser obstáculos enormes y con álamos erguidos en el campo. José López Mazz, el excoordinador del Giaf, lo expresó de manera gráfica. Dijo que entre 1983 y 1985 esa zona «había sido forestada de manera maniática. Nos pareció que estaban maquillando algo deliberadamente».

El equipo de Ximena cruza ese tramo del predio a buen paso, aunque la travesía les resulta interminable. Cada tanto, los tres se miran pero no hablan. Van atentos a los árboles, los cardos oscuros, algunos matorrales erizados de espinas gruesas y curvadas como espolones. Matías piensa en los procedimientos para verificar lo que sea que haya encontrado el otro equipo y Annika solo ve los ojos de sus compañeros, miradas sin palabras, ganas de saber. Hasta que por fin aparece el descampado donde se hallan los demás. Ahí está la mole amarilla de la excavadora, distinguen a Luis en la cabina. Natalia, que permanece en el foso, apenas si se asoma. Le habla a Ximena:

—Vení, mirá.

Ximena no le responde. Se mueve despacio, deja la mochila en el suelo y observa a sus compañeros. Natalia tiene los ojos irritados, Gustavo no para de sonreír, Florencia está a un costado con las manos entrelazadas y respira agitada. El ambiente es tenso, el silencio pesado. Ximena considera que es conveniente desarmar esos ánimos, porque pueden ser perjudiciales para evaluar lo que sea que haya allí abajo.

—Las emociones quedan para después —dice, suena cortante, mira alrededor, nadie habla.

Con mucha calma ella baja al foso para aproximarse a lo que parece ser un pedazo de cráneo incrustado en ese perfil de la trinchera. Se inclina un poco, lo observa durante unos segundos, luego se acuclilla y pondera el conjunto, entiende el significado de ese hallazgo, se incorpora y, sin saber por qué, levanta la cabeza, busca en el cielo el sol opaco.

A esa hora Alicia está en pleno vuelo, pero de todas maneras Ximena intenta comunicarse con ella. Aunque entiende que es inútil, igual la llama. Enseguida le envía un mensaje de WhatsApp, y luego otro. En esos mensajes no revela nada y a su vez lo dice todo. Espera que

aparezcan las dos rayitas azules.

Alicia

Hola ¿Estás ahí?
AM 11:13 ✓

Llamame
AM 11:14 ✓

urgente
AM 11:14 ✓

cuando llegues
AM 11:14 ✓

Nadie se mueve, una sola rayita, teléfono apagado o en modo avión, es lo mismo, los minutos pasan y el pronóstico de lluvia se mantiene. Alguien comenta que ya son más de las once. La frase no tiene significado, es una hora cualquiera en ese agujero que está fuera del tiempo o que, en todo caso, navega en un tiempo que se comprime o se expande como una de esas nubes que cuenta Alicia mientras las observa por la ventanilla del avión, una nube, dos nubes, tres nubes, cuatro nubes; un muerto, dos muertos, tres muertos, cuatro muertos. Está agotada por la falta de sueño, pero sus pensamientos siguen, se van y vuelven, dan vueltas igual que una rueda, giran llenos de luces que la encandilan. Hace dos días que no duerme, y ese desvelo parece alimentar el circuito de su insomnio. Aparecen formas extrañas, imágenes desagradables, recuerdos que creía perdidos o que tal vez sean falsos. Quieta en su asiento, con los ojos bien abiertos, va hacia su destino.

Dos horas antes le habían informado por WhatsApp que la mañana en Montevideo se presentaba gris, con niebla y pronósticos de lluvia. Estaba arrellanada en un gran sillón de la sala vip, con la mirada perdida en ese ambiente confortable de luces cálidas. Todo era suave allí. Podía tomar un café, quizá un capuchino con mucha espuma o un jugo de naranjas recién exprimidas. O podía cerrar los ojos y tratar de

dormir. Lo que hizo, en cambio, fue aferrarse al insomnio y a esas tres palabras que le habían llegado por WhatsApp: gris, niebla, lluvia.

Ahora, para su sorpresa, mientras el avión se aproxima a la ciudad descubre que está soleado, aunque a través de la ventanilla puede observar unas pocas nubes dispersas. Se pone a contarlas para distraerse: una nube dos nubes tres nubes cuatro nubes un muerto dos muertos tres muertos cuatro muertos. Pugna por ahuyentar la ilación mientras el aparato inicia su descenso para el aterrizaje. En este momento la mujer insomne es un cuerpo machucado por la vigilia, los dolores y una cicatriz en la memoria, una marca que le recuerda el olor de aquellos cadáveres. Aún permanece en sus narinas ese olor. Carne chamuscada y descompuesta, despojada de todo decoro. De eso se trató, de procurarles algo de dignidad a unos cuerpos rajados a balazos y después abrasados por el fuego y más tarde quemados por los fríos del tiempo, la desidia, los olvidos administrativos y la corrupción. Establecer sus identidades y las causas de muerte significó la posibilidad de darles una sepultura, un lugar propio, un sitio al que, si acaso, alguien pudiera acercarse en el futuro.

En total eran once expertos: cuatro estadounidenses, una colombiana, tres argentinas, dos mexicanas y Alicia. Trabajaron sin parar porque la morgue era el lugar menos expuesto de una ciudad llena de amenazas. Así había sido en el México de todos los pesares. La morgue del SEMEFO era el sitio más seguro en Chilpancingo. Ahora, ya disperso el grupo de investigadores, Alicia está a punto de finalizar su viaje de retorno, un trayecto que le ha resultado extraño, tedioso como nunca, más agobiante de lo habitual. Primero entre las montañas y los valles de Guerrero, luego en el vientre de la ciudad inmensa, después sobre la oscuridad del océano y, en la madrugada, junto a una cordillera que por momentos pareció brillar con la luna. La cabina del avión estaba en penumbras, el personal de a bordo se hallaba en los compartimentos de descanso y los pasajeros permanecían en sus asientos entregados a esa penumbra, acunados por un zumbido suave y parejo. El mundo entero dormía y ella era la única incapaz de hacerlo.

Pasó la noche y llegó el día. Alicia se subió a otro avión y continuó el viaje, y fue entonces, con la luz de la mañana, que llegaron las

nubes y, de nuevo, los muertos. Ahora observa esas nubes, ve los edificios ahí abajo y recuerda los cuatro cadáveres. Carne reventada y quemada. Familias sin consuelo, policías asustados y el miedo que se paseaba como un soplo pardo por las calles de Chilpancingo. En esa ciudad había estado la semana entera. Catorce horas por día encerrada en la morgue del Servicio Médico Forense con los cuatro cuerpos tendidos sobre mesas de metal. Puro enigma. Hablar con los muertos. Junto a ella trabajaban los otros antropólogos, todos atentos a las referencias menos visibles, a las marcas más delicadas, empeñados en responder cada una de las preguntas que recorrían los laberintos burocráticos mexicanos desde hacía dos años. Habían aparecido en 2017 dentro de una camioneta incendiada.

Las nubes quedaron arriba, atrás, recortadas en el cielo uruguayo. Y los muertos de Chilpancingo ya no están, por más que ese olor permanezca. De pronto Alicia ve que el sobrecargo camina rápido por el pasillo del avión, descorre con energía las cortinitas de la clase *Premium*, abrocha cada una a la pretina correspondiente y luego regresa para sentarse en su puesto, junto a la puerta delantera. Se acomoda en su asiento plegable con un gesto que puede ser de disgusto o de temor. Es un muchacho flaquísimo, de camisa blanca y corbata azul, el único varón en la tripulación de cabina. Alza los hombros y se coloca el cinturón de seguridad. Ella lo mira. No lo había visto durante el vuelo y, muy probablemente, después de desembarcar nunca más volverá a verlo. Otro rostro en el paso de los días. Un recuerdo que se volverá borroso con rapidez.

A través de la ventanilla se aprecia a lo lejos una niebla cobriza que parece estar a gran altura. Entonces se oye el ruido del tren de aterrizaje mientras se despliega, y hay un ligero suspiro que recorre las filas del avión. Como siempre ocurre, es apenas perceptible y vibra con una mezcla de hartazgo y aprensión, un deseo por llegar y, a la vez, un ruego para que nada malo pase en el último instante. Alicia no siente otra cosa que cansancio, ganas de dormir, de no mirar a nadie, no pensar. Ni siquiera tiene hambre. Solo sueño.

Apenas si pudo echar una cabezada durante el vuelo de la noche anterior, así que cuando tuvo que afrontar la espera de cuatro horas en Santiago decidió pagar unos dólares para usar la sala vip y descansar.

Luces cálidas. Paredes claras. Se reclinó en un sillón y trató de dormir. Ahora, a punto de aterrizar, ya casi al final del trayecto, calcula que, si acaso, habrá dormido unos minutos en aquel sillón vip. No lo suficiente en todo caso. No lo necesario como para dejar atrás los lutos de Chilpancingo.

Antes de embarcarse en Santiago de Chile intercambió varios mensajes por WhatsApp con Ximena Salvo, la encargada de campo en el batallón 13. Le informó que llegaría sobre el mediodía y le preguntó si había alguna novedad. Ximena fue breve: un grupo contra el arroyo, otro al fondo. Día gris, niebla, pronóstico de lluvia. Nada nuevo.

Hace años que no hay nada nuevo. Años de búsqueda, de pulseadas sordas, de expectativas nunca satisfechas. Informaciones vagas, croquis anónimos, informes militares falsos, políticos ladinos, laberintos. Grandes extensiones de tierra dada vuelta y observada al detalle, horas y días escudriñando con la zaranda, árboles arrancados de cuajo para comprobar que allí no había esqueletos ocultos, ni debajo ni a los lados ni entre las mismas raíces, excavadoras manejadas con precisión, inviernos y veranos, ambientes hostiles. Y soldados que vigilaban, en ocasiones desde lejos y a veces demasiado cerca. Fotografías, filmaciones, rumores en el monte.

En el aeropuerto de Santiago, al entrar en la manga de embarque, Alicia había apagado el teléfono y ese gesto mostraba cierta desazón. Siempre que viaja lo hace con el temor de que durante su ausencia se produzca un hallazgo. Pero detrás del temor hay una esperanza que es el anhelo de todo el grupo: que eso suceda por fin, que el equipo encuentre otros restos para acabar con las angustias de unos y los recelos de otros y también con las amenazas más o menos explícitas, algunas de ellas muy inquietantes. Mensajes retorcidos, cargados con el lenguaje de la vieja época: sabemos dónde viven, sabemos quiénes son, sabemos dónde trabajan y qué hacen, los tenemos en la mira.

El avión se estremece apenas y se balancea con suavidad al tiempo que sus motores disminuyen aún más la potencia. Ya se pueden ver abajo las casas con sus azoteas, las calles y avenidas, una extensa línea de árboles pelados, parcelas verdes, grises, algunas marrones. El invierno en el sur del mundo. Ahí está Montevideo.

Con un sol pálido, el vuelo 404 hace la aproximación final al

aeropuerto de Carrasco doce minutos antes de lo previsto. Ese pequeño cambio, que en el momento acaso sea una insignificancia para un viaje demasiado largo, acabará por tener sus consecuencias en la vida de la mujer insomne. Ella no puede saberlo, y además está lo bastante cansada como para reparar en ese tipo de detalles. Doce minutos de adelanto en un viaje que comenzó dos días antes en Chilpancingo de los Bravo, la capital de uno de los territorios más peligrosos de México.

El regreso se había iniciado con una travesía de doscientos cincuenta kilómetros por carretera, desde el Holiday Inn de Chilpancingo hasta el hotel Stanza en la colonia Roma. La mirada atenta y los nervios de punta en una comarca golpeada por la violencia narco, con bandas que se combaten unas a otras y que además roban, matan y se divierten trozando gente en aquellas montañas siempre verdes, siempre rojas. Caseríos perdidos, pueblos sin ley. Una geografía a merced de la pólvora.

Cada tanto se veían despojos cerca de la autopista: casquillos de balas, latas de gasolina vacías, manchas oscuras en el pavimento. Atrás quedaba Ayotzinapa, a la izquierda Iguala, adelante Huitziltepec, Axaxacualco y sus mezcaleros. Nombres como dagas, ciudades y aldeas hundidas en el infierno propiciado por los cárteles y el Ejército y la Policía y los grupos de autodefensa. Y allá las serranías, la tierra bermeja, el espectro de las camionetas, los AK47. La zozobra en cada curva del camino.

Llegaron a Ciudad de México cuando ya era de noche. Ella se alojó en el Stanza y trató de dormir, aunque sin éxito. A la mañana siguiente dejó el equipaje en la consigna y abandonó el hotel para marchar hasta las oficinas de la Procuraduría General, donde certificó su firma en unos informes forenses. Fue un trámite fastidioso que le llevó varias horas. Al concluirlo, sobre las dos de la tarde, se subió a un taxi, regresó al Stanza, recogió a toda prisa la maleta y se fue directo al aeropuerto. Comió algo a las apuradas y llegó justo al mostrador de Latam para despachar su valija y abordar el vuelo a Santiago de Chile. Nueve horas envuelta en la noche del Pacífico, y luego cuatro horas de espera en Pudahuel. Por fin abordó el Airbus con destino a Montevideo.

La ciudad ahora pasa rápido del otro lado de las ventanillas, y esa fugacidad termina de desvelarla. Árboles, chalés, aterrizaje suave. Tierra propia, tierra extraña. Algo así como el hogar. En Migraciones escanea el pasaporte. La pantalla muestra sus datos: Documento: URY. Nombre y apellido: Alicia Lusiardo. Edad: 46. Ciudadanía: natural uruguaya. Lugar de nacimiento: México DF. Domicilio: Montevideo. Fecha de entrada: 27/08/2019. La puerta se abre, ya está en la pasarela, se detiene en el círculo, mira hacia adelante, foto, listo. Eso es todo.

Alicia supone que por fin ha llegado, pero hay algo que se desplaza de su eje en ese momento. Hay una torcedura en la secuencia de los hechos, un sesgo imprevisto que modifica el pasado y que modificará el futuro. La mujer insomne no llega de su viaje cuando el avión aterriza en Carrasco ni cuando cruza la pasarela de Migraciones, sino dos minutos después de ese trámite, en el preciso instante en que enciende su teléfono y ve los mensajes enviados durante la última hora. Ni siquiera tiene ocasión de revisarlos. Entra una llamada, atiende, escucha la voz de Ximena:

—Por fin.

—Estaba en vuelo. Vos…

Ximena la interrumpe:

—Encontramos algo.

Hay un silencio mutuo que puede ser de sorpresa o de cuidado. Las dos mujeres parecen tomarse su tiempo antes de continuar con la que será, tal vez, la conversación más importante de sus vidas. Pocas palabras, años de trabajo, la porfía. Las dos permanecen calladas, como si se hubieran puesto de acuerdo en que las circunstancias y el destino deben encajar sin esfuerzo en el momento justo. Una de ellas se encuentra en una trinchera a medio abrir, en un campo del Ejército. Tiene sus botas sucias de barro y la mano que sostiene el teléfono le tiembla ligeramente. La otra se mueve entre estanterías de licores y chocolates, en el *free shop* del aeropuerto, y lo hace con el desconcierto de quien recién pisa tierra firme. Las dos preocupadas por evitar que cualquier palabra dicha sea imprudente o delatora. Por fin, Alicia reacciona:

—Voy para allá.

2

Allá, acá, el mundo es redondo como una bola de billar y Luis Brusnin opina que la suerte fabrica carambolas, y que por algo él está hoy al lado de esa tumba, sentado en la cabina de una retroexcavadora de orugas JCB. Podía estar en otra parte haciendo otra cosa, pero la suerte lo hizo rodar hasta este preciso rincón, como si fuera una bola de billar golpeada con suavidad por un taco invisible.

Es hijo y nieto de maquinistas, y los Brusnin son conocidos en el negocio de la maquinaria pesada, las grúas, palas mecánicas, buldóceres y retroexcavadoras como la suya, esa bestia de acero manejada con suavidad desde una cabina que tiene un asiento cómodo, una computadora parecida a la de los aviones y una visibilidad de 360 grados. Luis quería ser jugador de fútbol, y era bueno para eso, pero no se le dio porque según dice tuvo algún tipo de problema con los zapatos, así que enganchó en la herencia familiar de las máquinas, rememora, dice que los Brusnin tienen mil historias:

—Me contaron que hace muchos años, mi abuelo estaba trabajando en el fondo de una cantera de piedra en la ciudad de La Paz, la cantera Cóppola. Él manejaba una máquina enorme que estaba allá abajo y funcionaba con cable de línea. Resulta que un día la cantera parece que no dio más, hubo problemas, como que se fundió, y la máquina quedó ahí. La cantera paró la producción, fue abandonada y empezó a llenarse de agua. De a poco se fue llenando, llenando, y al final se convirtió en una laguna. Aguas verdes. Un lugar lindo pero mortal. Se ahogaron varios ahí… Y esa máquina enorme que manejaba mi abuelo se quedó en el fondo, hundida. Y ahí está todavía.

Él no lo dice, pero imagina que debe existir algún tipo de relación entre aquello y esto, entre la máquina gigante sumergida en la laguna Cóppola de La Paz y esos huesos enterrados a un metro de la superficie en el batallón 13, a orillas del Miguelete. Sentado en la cabina de su retroexcavadora, Luis reflexiona sobre lo que acaba de ocurrir. Está

orgulloso de su visión para detectar la mancha blanca en la tierra oscura, que resultó ser una calavera, un cráneo según le han dicho. Sabe que los antropólogos nunca usan la palabra calavera, no les gusta, les parece poco científica, cosa de piratas. Cráneo o calavera, él fue quien descubrió ese hueso.

De a poco se va enterando de cosas, pero necesita tiempo para formarse una idea más acabada de lo que puede suceder a continuación. También le dijeron que la máquina ya no va a seguir excavando, que debe dejarla inmovilizada en esa posición y que, si él quiere, puede irse para su casa o si lo prefiere puede quedarse con ellos y ayudarlos, aunque por ahora van a esperar la llegada de Alicia para seguir con los procedimientos y cavar a mano, con palas y cucharines, y descubrir lo que hay allí enterrado. Luis no tiene ni que pensarlo, se va a quedar, le gusta la antropología.

Antes de abandonar el aeropuerto, Alicia se toma un momento para reflexionar sobre los pasos a dar. Quiere más información y para ello debe hablar por teléfono. Si se enteran que se enteren, piensa. Llama a Ximena y le pide detalles. Qué se ve, dónde, a qué profundidad, cómo están dispuestos los restos, qué materiales tienen en el polvorín. La jerga científica las ayuda a enmascarar un poco la conversación: a los huesos les dicen «piezas», a la profundidad «potencia», a la trinchera «cuadrícula». Esos disimulos son una ilusión, pero hacen que se sientan más seguras. Ximena responde algunas preguntas y enseguida le pasa el teléfono a Gustavo Casanova, más ducho en cuestiones de logística. Preguntas, detalles, algunas instrucciones. Alicia concluye que no puede ir desde allí hasta el batallón sin pasar antes por su casa. Añora abrazar a su hijo, darse una ducha y meterse en la cama, pero descarta cualquier posibilidad de descansar aunque sea un rato. Está erizada. Debe dejar el equipaje, cambiarse de ropa, buscar un abrigo adecuado, calzarse las botas. Calcula que todo el periplo, primero hasta su casa y luego desde su casa al batallón, le puede insumir entre una hora y media y dos horas.

Ahora son las 12:20. Por estos días, a fines del invierno, alrededor de las seis ya comienza a menguar la luz. Le quedará poco tiempo para organizar las tareas y armar un esquema de custodia del lugar antes de que llegue la noche y el equipo deba retirarse del cuartel. Pero

primero tiene que confirmar, sin que haya ningún resquicio de duda, que allí hay un enterramiento. Deberá estudiar lo que se ve en esa trinchera, intercambiar ideas con sus colegas, cuántos huesos, qué tan humanos parecen ser. Es una pregunta básica en la antropología forense: ¿esos huesos son humanos? La pesquisa puede llevar, supone, otra media hora, aunque quizá se pase toda la tarde con sus compañeros intentando descifrar la naturaleza del material encontrado. Y luego, en caso de que se trate de un hallazgo, estarán las llamadas telefónicas, las notificaciones formales, los trámites judiciales, la planificación de la tarea de acuerdo a las condiciones del terreno.

Y la lluvia que se viene. Durante los siguientes treinta minutos ella viaja desde Carrasco hasta su apartamento en el Centro tratando de aprovechar cada momento, repasa mentalmente la primera conversación con Ximena, que fue brevísima y, por eso mismo, terminante:

—Encontramos algo.

No quiere sacar ninguna conclusión, aunque tiene la suficiente confianza en el equipo como para aceptar, de entrada, que es muy probable que hayan encontrado un cuerpo, un esqueleto o una parte de él, unos huesos quizá, tal vez incluso algunas prendas. En algún momento tenía que ocurrir. ¿Y si no es eso? ¿Y si se trata de una falsa alarma? Otra pregunta básica en su profesión: ¿tienen interés forense esos huesos? Prefiere no hacer más llamadas porque sería una imprudencia, pero tampoco quiere perder tiempo, así que lee y relee los mensajes que le enviaron mientras volaba de Santiago a Montevideo. Eran mensajes de miembros de los dos equipos que trabajan en el batallón, y todos denotaban premura. Sus compañeros sabían que a esa hora ella estaba a bordo de un avión, pero igual trataron de comunicarse.

No hay ningún mensaje de Cecilia Blanco, lo que significa que aún no está enterada de la novedad. Será la primera llamada que deba hacer Alicia en cuanto confirme el hallazgo. Cecilia es abogada, asesora al gobierno en el Grupo de Trabajo por Verdad y Justicia, opera como contacto con los juzgados y con Familiares y también con los militares en cada sitio de búsqueda. Para negociar es hábil y

áspera. Su relación con el Giaf es correcta, incluso se puede decir que es cercana, pero ha tenido sus bajones. Aferrada a los procedimientos jurídicos hasta en sus detalles más nimios, en ocasiones el accionar de Cecilia provoca rispideces, malos humores de Alicia y enojos en los demás integrantes del grupo. Pero así es el vínculo, y todos entienden que deben recorrer juntos un camino lleno de obstáculos. En una excavación de ese tipo, cuando se encuentra algo hay revuelo de inmediato y en la escena del hallazgo se presentan el juez, el fiscal, el médico forense, peritos de la Policía Científica, familiares de desaparecidos, militares, periodistas, ministros, parlamentarios. Unos van porque no tienen más remedio, otros porque lo consideran una obligación moral y otros porque quieren estar cerca de las cámaras de televisión y obtener algo de notoriedad. Es un embrollo, una parte del trabajo cargada de turbulencias que casi nunca salen a la superficie.

El taxi pasa junto al puente de las Américas, se mete en el tráfico de avenida Italia, circula bajo unos eucaliptos ya añosos, rebasa camiones, motos, autitos, un Lexus. El pavimento es bastante irregular, hay algunas rajaduras, pozos, parches de bitumen que provocan un suave bamboleo del coche. Alicia pugna por no hacer más llamadas, pero las hace. No puede evitarlo, habla con su hijo, oye su voz, le cuenta la novedad, ambos se emocionan, el muchacho le dice que la quiere, se despiden. De inmediato llama a su madre, se lo anuncia de otra manera. Mami, encontramos algo.

Todavía no tienen un hallazgo sino que apenas tienen «algo» que deberá confirmarse. Alicia quiere que así sea. Piensa en las familias de las personas desaparecidas. La voz de su madre la lleva hasta ese lugar de vértigo donde están las esposas que nunca se han resignado a la viudez, los hijos que resisten la orfandad, las hermanas y los hermanos aún de duelo, en algunos casos los nietos. Tanto tiempo ha pasado que, cuando hay un hallazgo, todos se estremecen por la posibilidad de que sea un pariente suyo el dueño de esos huesos recién descubiertos y que por fin haya un desgarro último y después algo de paz. Están los estoicos y los mansos y quienes cargan con el rencor y aquellos que sospechan de todo y los revoltosos y los que ya no pueden más, desde hace décadas no pueden más pero siguen. Siguen y caminan y van y vienen y reclaman y protestan y quieren saber porque hace medio

siglo que no saben, no tienen noticia de aquella muchachita embarazada que desapareció en Buenos Aires, ni del odontólogo que se esfumó una noche en una esquina de Montevideo, ni del trabajador portuario sacado de su casa en la madrugada por una patrulla militar. Son tantas historias. De mil maneras están escritas en la ciudad, en esos árboles, en las fachadas de esas casas. De ahí se llevaron a Juan Manuel, allá secuestraron a Elena, de aquel hotel sacaron a Rafaela. Lugares y nombres, muchos nombres, ciento noventa y siete nombres.

Llega, baja del taxi, recibe la luz de su cuadra y eso la entona. Ingresa al edificio como tromba, se mueve con rapidez, entra en su departamento, a primera vista todo está en orden. Cuando ella tiene que viajar su hijo adolescente prefiere irse a la casa del padre y se lleva al perro consigo. Sí, tal cual, todo está en orden. Deja el equipaje en un rincón de la sala, comprueba que tiene la identificación en el bolso de mano, el estuche con los lentes, las llaves, el teléfono y el cargador, se cambia de ropa, manotea las botas de un estante, sentada en una silla de su dormitorio se las calza a las apuradas, echa una ojeada, nada parece fuera de lugar, se va, cierra la puerta, baja y sale de nuevo a la ciudad.

Ahora empieza a nublarse. En el camino hacia su casa había leído las noticias del tiempo. Anuncian lluvia para la noche y la madrugada. «Lluvias intensas y tormentas severas». Piensa en el arroyo, en las crecidas del arroyo cuando llueve. Hay todo un sector de ese campo que se convierte en una ciénaga de aguas lodosas y basuras que flotan y se enganchan en los pastos. Cuando eso ocurre ni siquiera se puede caminar por el lugar. No hay nada para hacer al respecto. O sí. Puede pedir pronósticos oficiales, proyecciones para las próximas horas, examinar alternativas. Camina unos metros y se para en la esquina. Tiene suerte. Cree que tiene suerte. Aparece un taxi libre. Alicia hace señas para detenerlo, pero el tipo sigue de largo porque no la ve o porque es la hora de su almuerzo o quién sabe por qué. Pasan los minutos y a ella le da la impresión de que el tránsito ha desaparecido. No hay ningún auto, ni un ómnibus, nada. Solo peatones, algunos apurados y otros pachorrientos. Teme que la calle esté bloqueada más arriba por un accidente, una manifestación, un acto político. No sería de extrañar: faltan dos meses para las elecciones y la gente anda

embanderada, con discursos y pancartas en todas partes. Por fin aparece otro taxi y se detiene. Ella sube, le molesta la mampara antirrobo, la considera inútil y teme golpearse en una frenada. Se abrocha el cinturón de seguridad. Mira al taxista. El hombre le sonríe con amabilidad por el espejito y le habla. Esa voz suena artificial, como de computadora:

—¿Adónde la llevo?

Ella enmudece. Nunca se le hubiera ocurrido tener que decirle a un taxista que la lleve al batallón 13 de infantería. No había pensado en eso. El hombre la observa por el espejo. No es una computadora. Es un tipo que la mira expectante. Alicia finge buscar algo en su bolso.

—Gruta de Lourdes —dice por fin.

Durante la siguiente media hora cruza la ciudad en dirección al batallón. Cuando razona que a pesar del invierno no hace frío, cae en la cuenta de que olvidó la campera de abrigo. Ahora corre una brisa más bien templada, pero a medida que avance la tarde supone que la temperatura bajará bastante. Eso no importa, es lo de menos, no es nada comparado con el cansancio, y con la expectativa que le ha borrado el cansancio, y con la vigilia que ya lleva dos días con sus noches. El hombre de la voz-computadora dice algo de los incendios y el humo. Ella no sabe de qué habla el tipo, así que mira a través de la ventanilla y ve lo que ha visto tantas veces.

Pasan las avenidas, en el Prado los monumentos, las estatuas de mármol, los bronces con hombres de a caballo, los palacetes con extensos jardines y glorietas. Esa parte de la ciudad luce siempre un esplendor distinguido y lánguido, más bien tristón. Hay casas con entradas señoriales, setos de ligustros bien cuidados, senderos delimitados por cipreses altísimos, pérgolas y canteros de flores, y todo parece envuelto en un aire decadente que acaba por ser su seña de identidad más destacada.

Después de dejar Millán y el Paso de las Duranas, el coche enfila por Instrucciones hacia las afueras y el panorama cambia con rapidez. En el barrio Lavalleja hay unos bloques de edificios que son de viviendas cooperativas y enseguida comienzan a verse construcciones humildes, casas bajas, terrenos baldíos. En algunos tramos las veredas desaparecen o son apenas caminitos de tierra. El horizonte se expande

en una larga y suave pendiente que termina en el puente sobre el Miguelete. Alicia conoce bien esa zona. Cuando el taxi se acerca al edificio del antiguo batallón, le indica al conductor que se meta en la entrada del cuartel, que allí se queda. Muy bien, dice la voz-computadora y el hombre la mira por el espejo del parabrisas, pone el señalero y dobla para estacionarse a unos metros del portón de rejas custodiado por dos soldados de casco y fusil. Habitualmente hay un solo soldado, pero ahora hay dos. Alicia camina hacia el portón. Oye el motor del coche que se aleja.

Después de mostrar su identificación, uno de los soldados le abre el portón peatonal. Ella ingresa al establecimiento para recorrer a pie el kilómetro largo que hay desde la entrada hasta la trinchera donde se han concentrado los dos equipos. En el camino debe pasar por un costado de la plaza de armas, bordear una de las barracas y atravesar otro puesto de guardia ubicado junto a la portera abollada, antes del alambrado que delimita la zona bajo cautela. A lo lejos distingue una de las retroexcavadoras quieta contra los sauces y, por momentos, algunas figuras que se mueven como suspendidas sobre el pastizal. Cruza la portera, ingresa en un espacio que no le pertenece pero que la hace sentir un poco menos expuesta, trata de mantener la calma, las piernas le tiemblan, ahí están los suyos, la ven llegar, se agrupan, esperan.

Le tiemblan las piernas a Alicia, pero nadie se da cuenta. Tiene experiencia, ha trabajado mucho y en muchas partes, ha buscado y en ocasiones ha encontrado, aunque ella prefiere decir que ha ayudado a encontrar. Un caudillo del siglo diecinueve, unos migrantes centroamericanos, huesos en Guatemala, la exhumación de João Goulart, las mentiras sobre los estudiantes de Ayotzinapa. Sin embargo, toda su pericia y todos sus viajes y todos los muertos con los que ha hablado no alcanzan para aplacar la emoción, aunque sí para colocarla a un lado: *«Dig by day and cry by night»*.

Alicia mira a su gente y la invade la alegría y, al mismo tiempo, la responsabilidad. Aquí era donde quería estar y aquí es donde está. Sonríe y enseguida observa el hueco en la tierra, contra el barranco. Esa es la trinchera a medio cavar en la que hay algo importante. Saludos, gestos de bienvenida, y luego silencio. Hace un ademán y

camina hacia el lugar del hallazgo. Aunque la presencia de sus compañeros la estimula y la fortalece, hay un momento en el cual la vacilación le pesa más que el entusiasmo. Puede ser el insomnio, o la carga que implica descubrir un secreto guardado durante décadas, o el temor de encontrarse ante una falsa alarma, un simple error de apreciación, una conclusión equivocada. O puede ser, también, el lugar. Este lugar.

Los integrantes del Giaf que han trabajado en la zona coinciden en señalar que el predio es lo bastante grande como para hacerlos sentir fuera del ajetreo urbano, pese a que se halla a unos pocos kilómetros del centro de la ciudad. Por ahí mismo, junto al vértice sureste del área cercada por orden judicial, pasa la avenida Instrucciones y se extienden barrios con miles de habitantes, además de almacenes, gimnasios, talleres y centros logísticos. Hay comercios, escuelas, clubes deportivos y locales religiosos de variadas denominaciones. A ese abigarrado entorno hay que agregarle la gruta de Lourdes, un parque y una cavidad construida a imagen y semejanza del original occitano al que muchos católicos de todo el país concurren para agradecer al cielo los dones recibidos o pedirles favores a la virgen y a santa Bernardita. En ciertas ocasiones ese sitio se convierte en una romería, llegan miles de personas, muchos peregrinos de otras partes, dentro hay cánticos y rezos, en los alrededores se venden tortas fritas y choripanes, el ambiente es de fiesta.

También están los edificios propios del antiguo batallón, las instalaciones del Comando Logístico, las del Servicio de Material y Armamento y las garitas de vigilancia del cuartel, donde se monta guardia día y noche. Quienes ocupan esos puestos son centinelas que cumplen la función de custodiar el área que la Justicia ordenó proteger. Pero esos soldados operan además como un recordatorio para los investigadores del Giaf. Su presencia les advierte a los antropólogos que esa es una zona militar, un territorio que no les pertenece y cuya jurisdicción ha sido un tanto ambigua. Un alambrado es una frontera demasiado tenue para un hombre armado con un fusil. De aquel lado las jerarquías son otras, hay jefes y misiones, oficiales, subordinados, órdenes que están para cumplirse, ceremoniales que son estrictos, reglas de comportamiento que en el mundo civil resultan

incomprensibles. Pese a que los científicos del Giaf tienen garantías para realizar sus trabajos —dispuestos nada menos que por el presidente de la República—, ocurre que los uniformes de esos guardias, el armamento que portan, las voces de mando que cada tanto llegan desde el cuartel y las ocasionales descargas de fusilería en el polígono de tiro, evocan un pasado oscuro y proyectan esa oscuridad en el presente.

Los tiempos de las dictaduras parecen haber quedado atrás, pero sus crímenes están todo el tiempo adelante. No es necesario tener ojos en la nuca para verlos. Son como una enorme pared con ruedas invisibles, un muro de apariencia apenas humana que se mueve cuando la gente se mueve y se queda quieto cuando la gente se queda quieta. Mantiene su distancia con la historia, con el teatro y la industria y los enormes rodeos de las praderas y la música de los carnavales y los editoriales de la prensa. Ese muro ya es uno de los frutos del país, uno más, igual que las carnes y las lanas y los cueros, una especie de *commodity* intangible y difícil de exportar, que forma parte del paisaje y acompaña los movimientos de la sociedad, para adelante y para atrás, va y viene, siempre próximo aunque no mucho, ni muy cerca ni demasiado lejos. Es la impunidad. El muro humanoide de la impunidad viste distintos ropajes, cambia y es el mismo aunque no lo parezca.

Cada tanto aparece una grieta, hay algo que se resquebraja en la pared del encubrimiento y la complicidad. Caen uno o dos fragmentos, se descascara, da la impresión de que a esa pared móvil se le atascaron las ruedas y que con un empujón se vendrá al suelo. Cuando se produce una grieta algunas personas, muy pocas, se atreven a atisbar por ella. Dicen que no se ve nada, que del otro lado es todo negro, un vacío pestilente. Al tiempo el muro se cierra, como si tuviera la capacidad de reconstruirse a sí mismo, una regeneración similar a la de los cíborgs aniquiladores de la ciencia ficción: los destruyen una y otra vez, los queman y los derriten, son pasados por una trituradora y convertidos en viruta cósmica, pero al rato vuelven a autogenerarse para continuar con su obra de destrucción. El muro de la impunidad se comporta de la misma manera, aunque en realidad es un ente biónico de muchas caras que resiste gracias a los charlatanes y los optimistas y

los vendedores de obras de ciencia ficción política, algunas de ellas con pasos de comedia incluidos y títulos ingeniosos: «Caducidad de la pretensión punitiva del Estado», «Obediencia debida», «Punto final», «Justicia transicional». Otras tienen nombres codificados, que vienen a ser los números de serie para designar al propio cíborg: «Decreto Ley 2191», «Lei geral do Estado 6383».

Lo cierto es que un día alguien va y mira y descubre que la rajadura ya no está, las ruedas funcionan, la pared que oculta los crímenes se ha vuelto a cerrar y el cíborg cívico-militar sigue incólume y destructor. Ese ente no extermina multitudes, pero ha matado gente. No destruye edificios, aunque puso algunas bombas. No viene del espacio exterior sino de los sótanos interiores. No es una máquina perfecta, porque tiene ciertos componentes humanos y, como tal, se halla sujeta a veleidades y pasiones. A veces falla y entonces el muro se agrieta. Sus creadores tardan unos días en resolver el problema.

Los antropólogos del Giaf son expertos en aprovechar cada ocasión en la que se produce una fisura en el muro para mirar. Lo que ven son huesos. Nada más que huesos. Nada menos. Quienes excavan en los campos militares lo hacen a la intemperie, en un ámbito de discreción y retraimiento no solo físico sino también social y hasta afectivo. El común de las personas ni siquiera recuerda que ellos buscan una memoria que la mayoría de los ciudadanos ya ha dado por perdida. Cavan esas zanjas, a las que llaman trincheras, con la preocupación de un futuro laboral precario y los riesgos de un presente que cada tanto se vuelve amenazante. Son científicos, tienen hijos que cuidar, hogares a los que volver, cuentas que pagar, votos de silencio que cumplir. Y tienen que seguir. A pesar del cíborg y de los especialistas que tapan las rajaduras cuando aparecen, ellos tienen que seguir. En el lenguaje arqueológico la palabra trinchera se utiliza como sinónimo de zanja de exploración, pero para los antropólogos forenses que buscan cadáveres escondidos en terrenos militares el término adquiere otras resonancias.

Por eso, cuando Alicia llega al lugar de la excavación sus compañeros actúan con una displicencia simulada, como si nada ocurriera. Visto el conjunto a la distancia, nadie diría que esa mujer es la persona que todos estaban esperando. Desde el momento del hallazgo han transcurrido casi tres horas y no hubo ningún alboroto; la

rutina solo fue quebrada por el traslado, a pie y junto a los árboles, de Ximena y su equipo. A los integrantes del grupo no los mueve el temor sino la prudencia, la convicción de que cualquier acción que realicen será escrutada después en detalle y deberá estar respaldada por el poder político del Estado, un poder tornadizo y en ocasiones poco confiable. Todo se hace de acuerdo a una serie de normas y protocolos.

Se acciona con especial cuidado de no omitir ninguna formalidad. Mientras Alicia baja al foso, por unos segundos soporta el peso de la duda, pero enseguida, tras observar lo que hay en el perfil, intercambia algunas frases con Ximena y Gustavo y concluye, al igual que sus colegas, que se trata de un hueso humano, o quizá dos. La memoria mostrará matices: ese primer hueso, según Alicia, es parte de un omóplato, eso es lo que ella ve. Según los demás se trata de un occipital, eso es lo que ellos ven. La discordancia no incide en el desarrollo de los trabajos, pero muestra cómo los procesos mnemónicos son únicos para cada individuo. Y enseña además que, en muchos casos, esos procesos resultan iluminadores. En ese tiempo incierto que es el futuro, Alicia reconstruye el momento e intenta explicar el desajuste. Lo hace con una evocación ceñida a aquella discordancia:

—No nos terminaba de cerrar la posición en la que estaba ese hueso con respecto a otro que apenas asomaba en el perfil, que debía ser el omóplato. Recuerdo que lo estaba limpiando con una estequita de madera para confirmar que era un omóplato, lateralizarlo y en base a eso entender hacia dónde estaba posicionado el esqueleto. Durante horas nos generó confusión. No podíamos determinar hacia dónde debíamos abrir la excavación, porque el cráneo había sido movido por la presión de la tierra desplazada por la retro.

Lo cierto es que en el momento todos coinciden en que allí hay una sepultura clandestina. Nadie cuestiona que están ante un hallazgo. Todas las premisas se cumplen: son huesos, son humanos y son de interés forense. Hay señales. El estado en el que se halla ese hueso (o esos huesos) alienta la esperanza de encontrar un esqueleto completo. Parece ser un enterramiento primario, con restos de cal, situado a ochenta centímetros de profundidad en la trinchera número 3896 de la

zona 4, aunque todavía es imposible establecer la disposición exacta de los restos. No hay manera de saber cómo fue tendido el cadáver cuando lo sepultaron. Para eso habrá que continuar los trabajos de excavación de manera manual, centímetro a centímetro y extremando los cuidados, primero con palas y luego con cucharas y cucharines, y después con estecas y pinceles, hasta descubrir la osamenta completa. A estas alturas del proceso no hay forma de estimar el tiempo que demandará la tarea.

Ese sitio, contra el barranco del arroyo, vuelve el trabajo de excavación muy complejo por el riesgo de que una de las paredes de la trinchera se desmorone y caiga a las aguas del Miguelete. De hecho ya ha habido un pequeño derrumbe del perfil sureste, hacia el interior del foso. Cualquier corrimiento, más allá de que se salven los restos óseos, puede provocar la pérdida de materiales valiosísimos: proyectiles, prendas o pertenencias del occiso, objetos dejados de forma inadvertida durante el enterramiento, elementos que pueden contribuir a establecer el contexto de la sepultura o incluso ponerle una fecha más o menos precisa.

Es necesario entonces asegurar la recuperación de todo el material de la trinchera, no solo los huesos. Nada puede quedar fuera del tamiz, cada gramo de tierra, cada piedra por más pequeña que sea, cada cascote de cal. La tierra del lugar será embolsada, catalogada y más adelante pasada por la zaranda, y de esa criba se retirará cualquier elemento de apariencia anómala para estudiarlo en el laboratorio. Y luego, si se halla el esqueleto completo, cuando quede descubierto se le tomarán decenas de fotografías y se seguirán los procedimientos establecidos para su recolección. Ahora el cíborg está desnudo y les toca a los científicos del Giaf abrir la rajadura en el muro de la impunidad, a ver qué encuentran.

La primera tarea consiste en delimitar un área de exclusión destinada a impedir cualquier alteración del lugar. Se clavan en el suelo unas estacas y el perímetro se cierra con cordeles, los que más tarde serán sustituidos por una cinta amarilla con una inscripción en letras negras. PARE. Nadie podrá traspasar esa cinta sin autorización judicial. Enseguida se distribuyen las funciones y los trabajos. Alicia sabe que dispone de algo similar a una pequeña orquesta en la que

cada integrante puede tocar con solvencia todos los instrumentos, pero debe considerar afinidades, estilos, experiencia. Así que resuelve. Hace años que esperaba esta instancia. Resuelve sin dudar.

Ximena Salvo y Natalia Azziz se ocuparán del registro fotográfico, completarán las planillas y fichas del inventario óseo, describirán todo el proceso en el Diario de Campo. Tomarán fotos de la trinchera, de cada uno de los perfiles, de los árboles y los matorrales, del cauce del arroyo, del hueso que asoma. Gustavo Casanova y Matías López estarán en la excavación, removiendo con pala las primeras capas de tierra. Como todavía no hay seguridad en la disposición de los restos, deciden comenzar por la orientación más razonable, de forma perpendicular al barranco. Muchas horas después descubrirán que estaban equivocados, y que lo razonable no aplica para este caso.

Habrá que revisar con zaranda la tierra ya extraída de la trinchera por la retro, y lo que haya quedado en el propio tacho de la máquina. Puede haber algo ahí, pero eso se hará recién cuando el área esté organizada por completo. Al espacio que ocupa la excavadora con la tierra amontonada alrededor también se le coloca una línea de cordel. La máquina no se moverá de su sitio hasta que no se haya completado la exhumación. Se va a necesitar el detector de metales, la carretilla y una lona para colocar debajo de la zaranda. Las dos benjaminas, Annika Fieguth y Florencia Díaz, son designadas como satélites: van a moverse alrededor de la zona para asistir a quienes excavan, buscarán instrumentos, cargarán los baldes y hasta podarán algunas plantas rastreras que pueden entorpecer las labores.

Es una orquesta demasiado pequeña, casi un conjunto de cámara, poco más que una banda de rock. Pero suena bien, debe sonar bien. En la práctica, con el paso de las horas, habrá rotaciones en los puestos asignados, intercambio de instrumentos para la misma música. Annika hará anotaciones en el Diario de Campo, Natalia excavará, Ximena cargará baldes, y así. Ahora Nasr se encamina hacia la zona 3 para poner en marcha su máquina y llevarla al sitio habitual de estacionamiento, junto al antiguo polvorín. Le han dicho que puede irse para su casa porque esa excavadora no va a utilizarse durante el resto del día, pero él prefiere dejar la máquina y regresar hasta donde están todos, a ver qué cosas aparecen en esa tumba. No es que le

impresione demasiado un sepulcro, pero se siente emocionalmente involucrado. Durante la guerra en Siria su ciudad fue bombardeada, hubo combates y él tuvo amigos y familiares muertos, y uno desaparecido:

—Nunca lo encontraron.

Alicia junta energías para llamar a Cecilia Blanco y notificarle de manera oficial el hallazgo. Sabe que será como apretar un gatillo, y que el estampido va a estremecer a todo el país, pero allí hay enterrada una verdad y eso es lo que ella y sus compañeros buscaron durante años. Es, además, la única manera de seguir adelante con la excavación. Por unos segundos, casi como si fuera una adivinanza, trata de calcular cuánto tiempo tardarán los militares del cuartel en enterarse de la novedad, si es que ya no lo saben. Recuerda que había dos soldados en el portón de entrada: por alguna razón decidieron reforzar la guardia. También intenta imaginar cuántos minutos va a demorar la noticia en llegar a los canales de televisión y provocar el consiguiente revuelo.

Cecilia está en su apartamento de Malvín, lista para almorzar. El plato consiste en unas verduras cocinadas la noche anterior y recalentadas en el microondas. En la casa hay dos mesas que ella puede emplear para sus comidas, una pequeña en la cocina, donde acostumbra tomar el desayuno, y otra más grande en el living comedor. Cuando trabaja en su casa la mesa grande está ocupada por papeles y carpetas, una computadora portátil, la agenda, marcadores y otros útiles de oficina, de modo que le resulta engorroso retirar todos esos materiales para hacer algo tan simple como ingerir alimentos. Termina comiendo en la mesa pequeña, o incluso de pie, junto a la estrecha mesada de la cocina. Hoy, por alguna razón la mesa grande está despejada, así que más temprano resolvió colocar allí un mantel individual. Sobre el mantel puso los cubiertos, servilletas de papel, un vaso con agua y ahora el plato ya preparado. Se acomoda en la silla y en ese momento vibra el teléfono. Recibe la información de Alicia. Pocas palabras:

—Venite al 13. Encontramos restos.

—¿En el 13?

—Al fondo, contra el arroyo.

Eso es todo. Más que suficiente para ella. Se olvida del almuerzo y hace dos llamadas telefónicas, ambas muy breves: una a Felipe Michelini, el coordinador del Grupo Verdad y Justicia, quien se encuentra por unos días en La Haya, y otra al prosecretario de la Presidencia Juan Roballo, el más alto cargo de gobierno al que tiene acceso directo. A ambos les informa el descubrimiento de restos en el batallón 13. Luego Felipe Michelini habla con el prosecretario Juan Roballo, el prosecretario Juan habla con el presidente Tabaré Vázquez, el presidente Tabaré habla con el ministro de Defensa José Bayardi, el ministro José habla con el comandante en jefe del Ejército, general Claudio Feola, el general Claudio habla con otro general, el otro general habla con un coronel, el coronel con un teniente coronel y entonces, hacia abajo y hacia arriba las comunicaciones siguen, crecen, se ramifican y se tuercen, suben y bajan por las oficinas, los despachos alfombrados, los pasillos del Parlamento, los salones ministeriales, las comandancias militares, los servicios de inteligencia. Y, en la escala correspondiente, eso ocurre también en el propio cuartel.

—Encontraron un cuerpo.

Debe hablar también con el juzgado a cargo, pero decide hacerlo más tarde, cuando esté en el batallón. Cumplidas esas primeras notificaciones, se alista para dirigirse al lugar del hallazgo. No se siente sorprendida sino furiosa. Esa bestialidad de los asesinatos y las desapariciones durante la dictadura sigue tan próxima para ella que la indignación y el enojo son siempre nuevos. La noticia le provoca rabia, la vuelve algo atropellada.

—Hijos de puta —dice.

Elige una cartera grande que es más bien un bolso y ahí coloca lo que considera imprescindible: la billetera donde siempre lleva sus documentos, las tarjetas de crédito, algo de dinero, monedas, un par de apuntes en pequeños trozos de papel, el carné que la acredita como abogada, una estampita, un botón de nácar. En cuestión de segundos piensa en la inutilidad de todas esas cosas, y concluye que no le servirán para nada durante el resto de la jornada. Es más bien una cábala, y además resulta evidente que perdería tiempo clasificando el contenido, por lo tanto la mete en el bolso tal como está. Carga

también la agenda, en donde cada uno de los días aparece con muchas anotaciones y marcas, subrayados, flechas y palabras sueltas en los márgenes que, a medida que pasan las semanas, se vuelven indescifrables hasta para ella misma. Mira alrededor, trata de encontrar más objetos que puedan resultarle necesarios en los campos del batallón. Lentes para el sol, unos bolígrafos, un paquete de pastillas de menta, los cigarrillos, el encendedor. Revisa debajo de los almohadones en el living, entre las pequeñas macetas con plantas, junto a los libros. No ve nada interesante para acarrear. Se viste con un canguro abrigado de color gris, se mira en el espejo del baño. Su aspecto está algo descuidado, pero no le importa. A veces se siente vieja, a veces se piensa joven, en ocasiones se mira unas arrugas, arruguitas, dice. Y dice basta. Comprueba de nuevo que tiene dinero suficiente, tranca los ventanales de la terraza, y mientras baja a la calle llama por teléfono para pedir un taxi.

Sobre las dos y media de la tarde llega al antiguo batallón y se dirige a la trinchera. La noticia la ha sacudido y ahora es una mujer desbordada por la ira. Camina rápido, con el torso algo inclinado hacia adelante, como si luchara contra los embates de un viento imaginario. Nada le importa. Ni siquiera atina a detenerse en los controles de guardia, los ve de lejos, se habla a sí misma: «A estos me los llevo puestos». Sin mirar a los soldados, apenas si se identifica de viva voz, proclama profesión y apellido, más bien grita una voz de mando:

—¡Doctora Blanco!

Le franquean el paso y sigue, avanza, erra el camino y se tropieza, cae de rodillas, se embarra el pantalón, putea, se incorpora y retoma el andar, marcha ligera, ganas de estar en el lugar correcto, un kilómetro puede ser mucho para quien no está habituado a transitar por esos campos. Antes de llegar a la portera por donde se accede a la zona cautelada ve que allí, además del soldado de guardia, hay un oficial con una planilla en sus manos. Les habla de lejos, tajante:

—¡Doctora Blanco!

Se abre la portera, ella pasa, sigue.

La máquina excavadora permanece en la misma posición que en el

momento del hallazgo. Luis Brusnin está sentado en una silla de plástico, algo apartado del resto, y conversa con Nasr, quien ya ha regresado al sitio luego de estacionar su retro junto al polvorín. En realidad Luis habla y Nasr escucha, con clara conciencia de las cosas que pasan a su alrededor. El área ha sido despejada y en el foso a medio abrir se encuentran Alicia, Gustavo y Matías, los tres con guantes de látex y en cuclillas, observando un pequeño objeto en el suelo de la trinchera. Cuando Cecilia se aproxima al sitio, su ira se convierte en una piedad amarga que le quema los ojos. Llega, no saluda a nadie, se acerca a la zanja y mira en silencio. Algo pasó en los minutos previos.

Mientras desmalezaban los alrededores del foso para poder trabajar con cierta holgura en el descubrimiento de ese cráneo, antes aun de tocar siquiera la pared de tierra, lo que parecía ser un trozo de raíz ya seca de algún arbusto se desprendió del perfil y cayó suavemente al piso de la trinchera. Natalia se colocó en posición para fotografiar el objeto, lo enfocó con el lente de la cámara y entonces descubrió que no era una raíz. El primer plano la mostraba con una claridad turbadora: junto a unos restos de barro, depositada en la base de la trinchera, aparecía delineada la forma inconfundible de una vértebra. Removieron con cuidado el barro adherido al hueso con un pequeño pincel y una esteca. Natalia volvió a fotografiarla. Si había una vértebra ya resultaba evidente que el hueso que asomaba en el perfil de la zanja era parte del cráneo y por lo tanto, salvo que alguien hubiera troceado el cuerpo, el resto del esqueleto debía estar allí sepultado.

Hubo entonces un instante en que Alicia imaginó el peor de los escenarios, o por lo menos el más tenebroso: que encontraran solo eso. Que fuera una cabeza enterrada en solitario, sembrada como una semilla de horror. No podía ser porque allí estaba también el omóplato. No podía ser pero podía ser. La cabeza, un pedazo del cuerpo, un descuartizamiento. Si bien ella nunca se acostumbró a lo macabro, en sus trabajos forenses ese tipo de sorpresas han sido frecuentes. En México tuvo que analizar e identificar unas cuantas cabezas sin cuerpo. Algunas cortadas limpiamente con un machete, otras arrancadas a patadas, una escalpada sin pericia, otra partida en

dos mitades con una motosierra.

Las atrocidades cometidas por las dictaduras en el Cono Sur fueron menos publicitadas en su momento que las del narco mexicano, pero no habían sido diferentes en su esencia, aunque muchas de esas atrocidades permanecieron en el secreto de la impunidad y otras llegaron a conocerse décadas después de cometidas. Los militares, con la complicidad y el silencio de muchos civiles, lanzaron desde aviones a personas aún con vida a las aguas del Río de la Plata o a las montañas de la cordillera de los Andes, fusilaron niños y mataron a garrotazos a adolescentes, quemaron con ácido penes y vaginas y rostros y manos y ojos, enterraron gente viva, arrancaron uñas y dientes, violaron a hombres y mujeres, ejecutaron a ancianos. El yugo del miedo y la represión provocó que esos hechos tomaran estado público muy tardíamente.

En este caso, la verdad ha salido a la superficie casi medio siglo después. Y ahora resplandece en un campo del Ejército, entre el barro y la mugre del arroyo Miguelete. El desprendimiento de esa vértebra y su caída al piso de la trinchera arroja un poco de luz triste pero importante: lo más probable es que allí haya un esqueleto completo, y ellos van a recuperarlo.

Cuando Alicia se pone de pie después de quitar el barro adherido a esa vértebra, ve a Cecilia con los brazos cruzados junto a la fosa. La abogada mira hacia abajo como si ese hueso que apenas se distingue fuera ella misma. Tiene ganas de saltar a la trinchera, cavar con sus manos y arrancar el esqueleto, sacarlo de ese sitio inmundo y llevárselo para su casa. Sin embargo, no hace nada. Las dos mujeres se saludan con una sonrisa mustia.

—Aquí está —dice Alicia.

La abogada busca y rebusca el teléfono en las profundidades de su bolso. Está nerviosa, entusiasmada, compungida, le viene a la memoria un recuerdo lejano, la cara de una anciana, una viejita que buscaba a su hijo sin descanso desde hacía décadas, su hijo desaparecido, su hijo que no estaba. Un día, sin saber por qué, ella la llamó mamá y la viejita le sonrió y luego ambas se quedaron un rato quietas, tomadas de la mano. Cecilia siente una puntada en el costado, comprende que tiene mucho trabajo por delante, que deberá lidiar con las congojas de

unos y con la prepotencia de otros, y que debe ser fuerte, más fuerte que nunca. Se aclara la garganta.

—Voy a notificar a la jueza —anuncia.

La jueza. Penal 23, Isaura Tórtora. Cecilia llama y no habla con ella sino con la actuaria adjunta. Piensa, recita para sí su mantra favorito del Poder Judicial: «Ni arriba ni abajo, nadie tiene que ofenderse». Conoce esos ámbitos, tiene experiencia, fue directora jurídica de un ministerio, manejaba algo llamado Asuntos Constitucionales, sabe cómo moverse. A la actuaria, entonces, le informa que los antropólogos que investigan en el ex batallón trece sito en avenida de las Instrucciones número mil novecientos treinta y tres acaban de encontrar un esqueleto enterrado en el predio bajo cautela judicial y que por ese medio está notificando a la señora jueza a cargo de las actuaciones para que determine las acciones a seguir. Fin de la charla. Un par de minutos después la actuaria entra al despacho de la jueza y habla con la magistrada, que escucha la novedad y pregunta si Cecilia Blanco ya está en el sitio del hallazgo. Dispone constituirse en el lugar lo antes posible.

Cecilia habla ahora con Ricardo Perciballe, quien dirige la fiscalía dedicada a investigar crímenes de lesa humanidad. El diálogo entre ambos también es breve, pero tiene otro tono porque los dos se conocen desde hace años y se tienen aprecio. El fiscal comprende al instante que el hallazgo de un cuerpo enterrado en el batallón es un acontecimiento de enorme relevancia que tendrá repercusiones de todo tipo. Tras cortar la comunicación apenas si atina a ponerse el saco y guardar el teléfono. Sale como flecha, se sube al automóvil de la fiscalía, el chofer lo saluda, él quiere llegar lo antes posible a ese cuartel.

3

Alicia confiesa que le tiene miedo a la muerte, a su propia muerte. Y que quizá sea ese miedo el motor que la impulsa, la fuerza que la ha llevado a estudiar tales pavores con esmero, y a dedicarle años al análisis de la degradación de la materia humana en sus diferentes tonos y formas y olores, los tejidos que se pudren, los huesos que son capaces de contar una vida, los muertos que no aparecen. Y, también, a enfrentar trances amargos, diálogos dolorosos con familiares de víctimas, parientes que a veces no llegan a entender ese horror vicario que sufren cuando ella les explica, con delicadeza pero sin omitir ni un solo dato, las circunstancias de un asesinato, los pormenores de una mutilación, esas tinieblas.

La suya es una profesión que deja siempre preguntas sin responder, hipótesis imposibles de probar, vacíos. Se anudan todo el tiempo los opuestos en un permanente ejercicio de dialéctica: la evidencia a buscar y lo oculto por descubrir, la misericordia de unos y el desprecio de otros, la memoria y el olvido. El bien y el mal despojados, en ocasiones demasiado cerca el uno del otro, a veces entrelazados como amantes. Ella lo entiende, y acepta que una parte de ese complejo sistema de antinomias sea su propio miedo a la muerte.

—Terror le tengo. Sé que es parte del proceso vital, pero me genera una angustia absoluta. Tengo terror a que llegue de forma súbita, que la mía sea una muerte repentina. Quisiera saberlo con tiempo, prepararme para eso, saber cuándo y cómo va a ocurrir. Y creo que lo más dulce sería que mi hijo me abrazara justo antes.

Por eso le gusta tanto la Catrina, por eso y porque lleva en el corazón los aires de su infancia chilanga. Pero Alicia nunca se pierde en los laberintos del pasado, los recorre pero no se pierde, al contrario, transitarlos la fortalece, la ayuda a enfocar con rigor cualquier problema que se le presente. En este caso hay que diseñar una estrategia para acceder al enterramiento que, a diferencia de otros,

ofrece una especie de acertijo a los antropólogos, un obstáculo extra. El esqueleto está allí, sin duda, pero nadie acaba de descifrar de qué forma fue tendido el cuerpo en su momento, por qué el cráneo apunta en una dirección que al parecer es equivocada. Se pregunta cómo pueden haber cavado una tumba en el borde del barranco, casi en el arroyo, en un rincón tan estrecho de un campo tan vasto. Hace años que exploran la zona, y no terminan de conocer el lugar, sus tramoyas.

Son dos los equipos del Giaf que han instalado su campamento en el predio del Ejército donde se asentó durante muchos años el Batallón de Infantería N°13 como parte de un complejo militar más grande que incluyó, en distintos momentos, diferentes unidades. Su sede principal es un edificio gris, de líneas austeras y aspecto macizo. Tiene dos pisos y los cuarenta y cinco ventanales que dan a la calle están protegidos por postigos de madera que parecen pintados con linimento. El contraste con el entorno lo hace lucir pulcro, imponente. La entrada principal, ornada con unas palmeras altísimas, se ubica apenas a ciento cincuenta metros de la orilla derecha del arroyo Miguelete, sobre la avenida de las Instrucciones. Por esa calle, a la que todos llaman simplemente Instrucciones, circulan miles de vehículos en uno y otro sentido, desde motociclistas apurados hasta camiones, ómnibus, carros tirados por caballos, bicicletas. Es una recta de nueve kilómetros de largo que conecta un área residencial de la ciudad con los suburbios semirrurales de Puntas de Manga y Toledo Chico. No es mucho más ancha que una calle cualquiera, pero su historia es más larga y sinuosa que su trazado.

Siglos atrás era apenas un sendero sin nombre por donde algunos pobladores de Montevideo iban a caballo, siempre con recelo, hasta las nacientes del arroyo, ubicadas a unos cuantos kilómetros de la ciudad. Después se hizo camino y hacia el sur de esa zona se repartieron buenas tierras de labor. A fines del siglo dieciocho un cronista aficionado a la agricultura detallaba el cultivo de frutales, hablaba de limoneros reales, albérchigos y naranjos de China. En los tiempos de la Patria Vieja esa pequeña comarca se convirtió en ruta para el trajín de tropas de distintas banderas. Por esos campos vivaquearon invasores y

criollos. Hubo una batalla, pólvora, sablazos.

De a poco el lugar se fue poblando. Se realizaron varios repartos de suertes con el fin de estimular la colonización, y algunos inmigrantes europeos recibieron tierras y establecieron chacras con potreros para el ganado, establos, y casas en las que habitaron con sus familias y prosperaron. A principios del siglo veinte, cuando a la ruta del Miguelete le cambiaron el nombre de Camino Artigas a Avenida de las Instrucciones, ese antiguo mundo chacarero resistía, pero ya mostraba signos de deterioro, hostigado por la ciudad cercana y sus urgencias. Frutales apestados, galpones derruidos, litigios por herencias, abandono. Sobrevivían unos tambos, algunas bodegas. Décadas después mucha gente comenzó a afincarse de manera precaria en las cercanías del recién instalado batallón 13, corriente abajo del arroyo primero, aguas arriba más tarde. Hasta el gobierno construyó por allí unos conjuntos habitacionales provisorios, que acabaron por ser definitivos.

Eran casi siempre viviendas muy modestas, y luego fueron casas de bloque sin revoque siquiera, y ranchos de lata, uno junto a otro, cada vez más numerosos, amontonados en la pobreza de esos sitios carentes de todo llamados al comienzo, con una ironía que pretendió ser crítica, cantegriles. El término pronto fue apocopado en la palabra cantes. Acabaron rotulados de forma oficial como «asentamientos irregulares». Y eso eran: pobre y errante, la gente iba y decidía instalarse sin ningún tipo de permiso en los baldíos. Las familias armaban sus ranchos como podían, sin papeles se asentaban, tenían hijos y aguardaban alguna oportunidad de mejorar.

Rodeado por esos barrios tan precarios desarrolló buena parte de sus actividades el batallón 13. Era una unidad de infantería, y junto al cuartel se construyeron varios edificios anexos, barracones para la tropa, un polígono de tiro y un campo de deportes. En 1958, cuando llegaron diecisiete tanques ligeros M24 donados por el gobierno de Estados Unidos, se levantaron hangares para estacionar esos vehículos. Y en el sangriento otoño de 1972, durante una misión de custodia, cuatro soldados del batallón fueron tiroteados por un grupo de guerrilleros y resultaron muertos. El gobierno, el Ejército y una parte de la prensa de aquella época hablaron de cobardes asesinatos, pero en

rigor el país vivía, desde el mes anterior, en un régimen jurídico llamado «Estado de Guerra Interno». Los soldados muertos estaban armados, usaban el uniforme reglamentario y eran parte activa de una de las fuerzas beligerantes. Fue una emboscada de la guerrilla, una iniciativa desgraciada e inconducente, un episodio más de esa guerra que, declarada por el Estado, ya se había cobrado decenas de vidas, la mayoría civiles no combatientes. Al año siguiente, después de los lutos retóricos, las venganzas y la reorganización de las Fuerzas Armadas, la unidad pasó a designarse Batallón de Infantería Blindado N°13.

De todo eso en los cuarteles de Instrucciones queda poco, casi nada. El batallón blindado fue trasladado a una base en el interior del país, los cobertizos donde se estacionaban los tanques pasaron a ser depósitos y talleres, los arsenales fueron movidos de sus antiguos emplazamientos. Algunas construcciones fueron demolidas, aunque en el complejo de edificios todavía funcionan el Comando Logístico, el Servicio de Transporte, el de Material y Armamento que tiene a su cargo una brigada de explosivos, y otras unidades sanitarias y de mantenimiento. Atrás, lejos, hay unos galpones.

Alrededor del campamento del Giaf lo que hay en abundancia es barro, matorrales y pasto. Luego está el polígono de tiro, y más atrás lo poco que queda del monte de sauces y el arroyo. Los antropólogos a veces lo llaman campamento por costumbre, porque en ese sitio guardan sus herramientas, las botas de trabajo y enseres diversos, y también porque utilizan una mesa de pvc allí instalada cuando deben consultar el mapa o establecer variantes en los esquemas planimétricos del terreno. Otro elemento clave del lugar es que tiene un baño: el único disponible para ellos. No es demasiado confortable, pero es eso o el monte.

En rigor no es un campamento sino una precaria base de operaciones, una edificación abandonada que en su tiempo fue un polvorín. Las paredes son gruesas, tiene techo liviano y piso de concreto. A la usanza de los antiguos arsenales, el lugar está protegido por unos espaldones de tierra que lo resguardan casi por completo. Vistos desde lejos, esos parapetos le dan a la construcción una apariencia de otra época que tiene un toque extravagante. Parece una sección de la Línea Maginot pero chiquita, a la uruguaya. Hay un

cartel de chapa blanca con letras rojas, colocado casi en la entrada por orden del comandante de la unidad:

PERSONAL ANTROPÓLOGO

La sintaxis provoca un ligero desconcierto cuando se lee el texto por primera vez. Dentro del polvorín se cavó en su momento una trinchera, pues había sospechas fundadas de que bajo el piso podía haber algo oculto. Una pasada con el georradar mostró algunas señales confusas, lo cual redobló las expectativas. Pero resultó que esas señales confusas eran producto de las interferencias provocadas por la portentosa armadura de hierro que tenía la estructura de hormigón del polvorín, lo que alteraba las ondas electromagnéticas del aparato. De eso se enteraron después, así que en el momento los antropólogos metieron pico y pala con entusiasmo. No encontraron nada y ahí quedó el agujero con la tierra y los escombros a un costado, casi junto a la mesa.

En el Giaf se organizan los trabajos de campo con la antelación suficiente para minimizar los errores al ejecutar lo que en términos científicos suele llamarse «arqueología destructiva». Hay quienes consideran que cualquier labor arqueológica es destructiva, pero lo cierto es que algunos procedimientos son más radicales que otros. El grupo prepara y lleva adelante con la ayuda de maquinaria pesada la remoción de tierra en distintos sitios. Se cava de forma prolija y sistemática, por cuadrículas establecidas previamente de acuerdo a un plan. Cada foso, que usualmente se denomina trinchera, tiene poco más de un metro de ancho, cinco de largo y entre dos y tres de profundidad. En los terrenos pertenecientes al antiguo batallón 13 se han cavado, estudiado y registrado miles de trincheras.

También realizan otras tareas mucho más delicadas, desarrolladas casi siempre de forma reservada. A pedido de la Justicia exhuman cuerpos en diferentes cementerios, relevan las características de algunos sepulcros, analizan huesos de origen desconocido, estudian el contexto en el que fueron hallados, la historia del lugar, los antecedentes. Sacan conclusiones y elaboran informes.

**| DIARIO DE CAMPO |**

Grupo de Investigación en Antropología Forense (GIAF) Tareas en el predio bajo cautela judicial del ex batallón 13

Martes 27 de agosto de 2019 (cont.)

PUNTO GPS HALLAZGO: B13Z417TM3896
x (0574470)
21 UTM y (6146274)
z (18m)

---

Estos terrenos fueron señalados por múltiples testimonios como sitio de enterramiento de personas desaparecidas medio siglo atrás, durante la última dictadura. Gente que era arrestada en la calle o en su propia casa y de la que nunca se conoció su destino. Era como si a esas personas se las hubiera tragado la tierra, lo que literalmente había ocurrido. Por desgracia, los informes con respecto a esos enterramientos casi siempre eran defectuosos o incompletos, en algunos casos falsos y en otros simples rumores que habían decantado a lo largo de las décadas. Lo probado de manera inequívoca es que en una construcción aledaña al batallón, en el área perteneciente al Servicio de Material y Armamento, operó entre 1975 y 1977 un centro de detención y tortura conocido con el código militar «300 Carlos». Funcionaba en un galpón que ha sido reconocido, descrito, dibujado y maqueteado por quienes allí estuvieron secuestrados en esa época. Y en estos campos, linderos a ese centro clandestino, fue hallada en 2005 la osamenta de quien después sería identificado por cotejos de ADN como Fernando Miranda, un escribano y profesor universitario que militaba en el Partido Comunista. Había sido arrestado en su domicilio, en presencia de su esposa y sus hijos, treinta años antes. Nunca más lo vieron.

El descubrimiento de su cuerpo sepultado en ese establecimiento militar confirmó las sospechas, agitó el ambiente político, alentó muchas expectativas y también puso en alerta a quienes no querían

que los crímenes del pasado salieran a la luz y menos de esa forma, que para ellos era la peor de todas: un esqueleto enterrado a un metro de profundidad en el descampado, cubierto con una losa de hormigón, casi sin ropas, con huellas evidentes de haber sufrido tormentos antes de ser asesinado.

La lógica indicaba que si había un esqueleto debía de haber más, pero algunos generales se apresuraron a repetir que no, que no y que no, que de ninguna manera había más porque, tal como ya habían explicado antes, aquellos prisioneros sepultados en esos campos militares después fueron exhumados en secreto, sus restos incinerados en secreto y las cenizas lanzadas al Río de la Plata, también en secreto. Existían testimonios al respecto. Hasta le pusieron nombre a ese plan: «Operación Zanahoria». Según ellos, el hallazgo del esqueleto de Fernando Miranda venía a ser algo así como la excepción que confirmaba la regla, un error, un descuido de quienes estuvieron a cargo de esa operación en el batallón 13.

Tanto secreto sonaba falso. En la práctica habría resultado casi imposible desenterrar un montón de cuerpos sin dejar ni una sola huella, y más difícil aún convertir esos cuerpos en cenizas. Aquella versión era factible, pero improbable; existían indicios, pero tenues; había testigos, pero dudosos. Algunos la dieron por buena, otros titubearon y otros más la descalificaron. Con los años y la falta de hallazgos, la existencia o no de esa operación llamada Zanahoria pasó a ser un asunto de disputa que incidió en las estrategias de búsqueda en los campos militares: o se excavaba de manera exhaustiva sin tomar en cuenta las versiones militares, o se trabajaba en algunos puntos específicos, señalados por testimonios más o menos creíbles, casi siempre degradados por el paso del tiempo, el miedo y, sobre todo, las pistas falsas y las mentiras.

Los matices acabaron por diluirse y en los hechos se formaron dos bandos, y los dos esgrimieron sus fundamentos. Alicia Lusiardo estuvo entre quienes no se creyeron a pie juntillas el cuento de la zanahoria; lo cuestionó con argumentos científicos y también con reflexiones de puro sentido común: «No hay ninguna prueba definitiva de que esa operación haya existido». Eso le acarreó problemas y enfrentamientos, en ciertos casos por razones académicas y en otros por motivos

políticos o inquinas personales. Fue una época de maquinaciones que comenzaron a fraguarse cuando ella era una más en el reducido círculo de la antropología forense uruguaya y siguieron después durante años, incluso cuando fue elegida presidenta de la Asociación Latinoamericana de Antropología Forense, y siguen ahora que está a cargo de los equipos del Giaf, tiene un sólido prestigio internacional y ha logrado excavar, con el aval de la Justicia, miles de metros cúbicos de tierra en distintos establecimientos militares.

Los dardos dirigidos hacia ella fueron dolorosos y a veces poco nobles, acicateados por la falta de hallazgos. En este momento, entonces, el descubrimiento de otro cuerpo, sepultado justo en la ribera del arroyo Miguelete, en una estrecha faja de terreno nunca antes explorada, debería reafirmar en Alicia la convicción de que ha seguido el camino correcto, que era necesario continuar la búsqueda de restos sin dejar ningún espacio por remover, y que la Operación Zanahoria fue un embuste o, acaso, una chapucería de las Fuerzas Armadas, ejecutada a la ligera y muy probablemente con la complicidad de varios dirigentes políticos.

Pero ahora ni ella ni los demás investigadores piensan en tales asuntos. No los tienen en cuenta porque lo único importante es que ahí abajo hay un esqueleto, o cuando menos una parte de él. En estos momentos cruciales no les interesa reafirmar sus convicciones con respecto a los hipotéticos desenterramientos del pasado, ni saber lo que sucede dentro del cuartel, ni los susurros entre los altos mandos militares, ni lo que opinan los gobernantes y los gobernados, ni lo que comentan los vecinos del Borro o de Peñarol, ni las súplicas de los fieles en la gruta de Lourdes, ni las reflexiones de los bachilleres, ni las habladurías de los catedráticos. Nada les importa salvo esas pocas cuartas de tierra que guardan unos huesos escondidos durante muchos años. Una vez recuperados y estudiados, los huesos podrán hablar, contarán una historia.

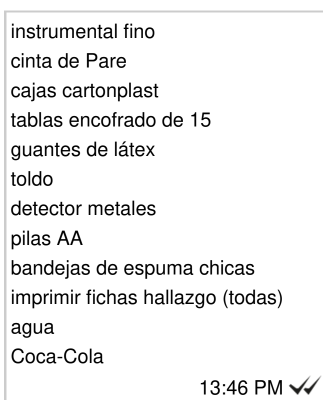
Todos comprenden la urgencia. Los datos meteorológicos más recientes anuncian lluvias muy copiosas para las próximas horas, y nadie parece dispuesto a dejar que el agua arrastre lo que sea que haya en ese lugar, así que con rapidez se comienzan a desplegar los trabajos de coordinación y a establecer la forma de abordaje de los restos. Los

dos maquinistas se suman a las labores del grupo, y lo hacen como humildes peones, sin entrometerse en cuestiones técnicas. Mientras uno acarrea herramientas desde el polvorín hacia el sitio de excavación, el otro ayuda a acondicionar el perímetro cercano a la trinchera. Alicia ya se ha comunicado con Rodrigo Bongiovanni, el antropólogo que se encuentra haciendo su labor habitual de análisis en las oficinas del Giaf, en el centro de Montevideo. Unos minutos antes, al atender el teléfono él había escuchado una frase que lo resumía todo:

—Hay hallazgo.

Casi sin dejarlo hablar, Alicia le dijo que ya estaba en el batallón 13, en una parcela ubicada contra el arroyo, y que no comentara la noticia. «No se lo digas a nadie», subrayó. Le pidió que juntara todos los materiales que encontrara para llevarlos al batallón lo antes posible. Le explicó que se necesitarían más herramientas y más instrumental, porque lo que había almacenado en el polvorín era insuficiente. Agregó que a partir de ese momento él iba a tener las máximas facilidades para moverse. Cuando Rodrigo le quiso preguntar qué tipo de facilidades serían esas, ella ya había cortado la comunicación. Ahora Rodrigo se dispone a juntar los materiales. Lo hará a partir de una lista que acaba de llegarle por WhatsApp:

Xime




Rodrigo tiene presente que en el polvorín del batallón hay algunos elementos disponibles, pero en pequeñas cantidades, y sabe que

cuando se trabaja en un hallazgo se emplean muchos materiales de esos que ocupan espacio y no hay nunca un sitio adecuado para almacenarlos. Debe moverse con rapidez, y además tiene que actuar con la discreción necesaria como para no levantar sospechas en las demás oficinas del edificio Caubarrere, pues la directiva fue clarísima:

—No se lo digas a nadie.

En el edificio donde tiene su sede el Giaf funcionan además otras reparticiones que trabajan en relación directa con la Presidencia de la República, y eso implica el ir y venir de funcionarios administrativos, personal de limpieza, guardias de seguridad, visitantes ocasionales. En el Giaf, que ocupa apenas una sala en el tercer piso y una habitación donde está instalado el laboratorio, solo hay antropólogos forenses. En las demás oficinas están la Secretaría de Derechos Humanos con el Grupo de Trabajo por Verdad y Justicia, un equipo dedicado a digitalizar documentos, otro de historiadores de la universidad, y la sección de archivos. En el piso 4 hay más oficinas. Un pequeño universo de estudiosos, académicos, becarios y empleados.

La discreción y la reserva nunca han sido problemas para Rodrigo. A los 34 años tiene un talante flemático que, unido a su capacidad de análisis, resulta de gran utilidad para desarrollar una labor de bajísimo perfil en la antropología forense, conocida con el anodino nombre de «Trabajo Preliminar». Consiste sobre todo en realizar tareas de investigación documental e inteligencia para determinar posibles zonas de enterramientos, analizar contextos históricos y sociales muy específicos, recabar testimonios, establecer la verosimilitud de las informaciones recibidas, hacer una revisión exhaustiva de antiguos documentos y papeles, y evaluar todas las hipótesis. Él puede dedicarle horas y días a la observación de viejas fotografías satelitales —algunas de mediados de los años 70— para buscar un detalle de interés, un punto o una línea a la que nadie antes le había prestado atención. Esas fotos las compara con otras más recientes, a la caza de discordancias o anomalías y, en ciertos casos, huellas o marcas significativas. También puede releer un expediente judicial, o una parte de él, incluso puede tomar una frase, descomponerla y analizarla para luego enlazarla con otra frase de otro expediente y así iluminar una situación nunca antes explicada.

Esa labor de «trabajo preliminar» ahora debe dejarla de lado, olvidarse de las carpetas y las fotografías satelitales y de todos los papeles y los archivos que ha organizado durante años. A partir de este momento tiene que moverse con sigilo dentro de la oficina para juntar los materiales que hay allí, y luego duplicar su astucia y meterse sin que se note en el pequeño depósito que hay junto a los ascensores para ordenar las herramientas grandes, elaborar una lista de lo que falta, conseguir algún vehículo, salir de compras, volver y acarrear todo hasta la planta baja sin generar alarma. En algún dispositivo se oye bajito la voz ya cuarteada de Bob Dylan.

Los obstáculos y las interrupciones son inevitables. Rodrigo ha establecido a lo largo del tiempo relaciones de amistad y compañerismo con quienes trabajan en las otras oficinas. Hay afinidades, el gusto roquero, los *riffs* de Clapton, conversaciones, debates, Dylan. Le resulta difícil esquivar a los otros sin excusas sólidas. Y a él no se le ocurre ninguna. Unos pasan a preguntarle si van a almorzar juntos, otros a comentar que el humo de los incendios en Brasil está bajando sobre Montevideo. No sabe muy bien qué decir, cómo hacer para volverse invisible por un rato cuando menos. A todos les responde con monosílabos. Suena raro. Por fin, un amigo entra a la oficina del Giaf y cierra la puerta. Están los dos solos.

—¿Qué te pasa, Rodrigo?

—¿A mí? Nada… Qué me va a pasar…

—¿Tenés algún problema?

—Ningún problema.

Su amigo se acomoda en una silla. Parece tener todo el tiempo del mundo. Rodrigo mira la hora. Empieza a inquietarse.

—Parece que…

—Estoy atrasado —dice él.

—Suena a pretexto.

—Por favor.

—Dale, contame…

Rodrigo apaga la música y Bob Dylan se esfuma. Está a punto de decirle a su amigo que se vaya, que quiere estar solo, que no le rompa más las bolas. Va a hablar, pero entonces la puerta se abre y entra en la oficina el hombre que resultará una pieza clave en el operativo del

Giaf en el batallón 13. Se llama Gustavo Méndez, es un veterano funcionario de la Presidencia y trabaja en el área de Derechos Humanos como auxiliar de primera mano y absoluta confianza de Felipe Michelini. Tiene el pelo alborotado y cara de fastidio. No resopla, pero casi. Le informa a Rodrigo que está de vacaciones y que no puede perder ni un minuto: deben hablar a solas. Suena algo más que enojado. Hay un cruce de miradas, el amigo sonríe y Rodrigo piensa que quizá ya sospeche. Cuando su amigo se va y la puerta se cierra, Méndez no se anda con vueltas. Habla en voz baja:

—Me llamó Alicia.

—Sí…

—¿Qué pasa?

—Tenemos un hallazgo —dice Rodrigo.

Durante las siguientes treinta y cuatro horas Gustavo Méndez se convertirá en el gran mago de la logística, capaz de resolver en cuestión de minutos y con discreción cualquier problema que se les presente a los antropólogos, ya sea de equipamiento, vituallas, iluminación, transporte, comunicaciones y un etcétera larguísimo que él alimentará sin desmayo gracias a sus amistades, vínculos y contactos, muchos contactos en las alturas del Estado, en el llano y hasta en los pasillos menos frecuentados del poder. Todos le dicen Tato o lo nombran por su apellido, como muestra de aprecio una y de respeto la otra. Siempre que puede les da una mano a los del Giaf cumpliendo las más diversas tareas. No lo hace por obligación, sino porque los admira.

Tiene 59 años, le gusta el *reggae* y está más que curtido en los avatares del servicio público. Como su jefe se fue a La Haya por seis días, el viernes había resuelto tomarse la semana para descansar. Pero las vacaciones le duraron lo que un lirio: el lunes lo llamó Felipe Michelini desde la Corte Penal Internacional y él tuvo que concurrir al edificio Caubarrere para buscar unos documentos y presentarlos en otra oficina, y el martes esos mismos papeles se los llevó en mano al fiscal Perciballe. Fue al salir de la fiscalía que recibió la llamada de Alicia:

—Andá para Caubarrere enseguida.

—Esta semana no trabajo.

—Andá ya mismo y hablá con Rodrigo. Es importante.

Y ahí está Méndez ahora, cotejando con Rodrigo Bongiovanni una lista de compras imprescindibles que deberá hacer en el término máximo de dos horas. La lista incluye lo solicitado por Ximena a través de WhatsApp más algunos materiales que Rodrigo agregó a último momento. El primer problema es el trasporte, que él resuelve con un par de llamadas. Luego sale a hacer las compras. Charla, bromea, negocia, pide precios, gestiona permisos, va a la Torre Ejecutiva, pasa por la Intendencia. Una hora y media después parte con Rodrigo en una camioneta conducida por un chofer que le asignaron en el servicio de transporte de la Presidencia.

Han estado cargando los enseres casi en la esquina de Convención y 18 de Julio. En ese lugar, a esa hora y en un día hábil, hay mucho tránsito, un mundo de gente que va y viene, parejas que se demoran en las mesas de La Pasiva, un vendedor de flores que tiene su puesto a unos metros de la entrada de la galería, el cuidacoches de la cuadra que corretea entre los vehículos para hacerse con unas monedas, peatones apurados, señoras que comparan precios en la tienda de la ochava, bocinazos, gritos, la vida que pasa como una película por las calles del Centro. Ellos no tienen tiempo de mirar esa cinta, y suponen que nadie les presta atención. En lo único que piensan es en llegar lo antes posible al batallón 13.

El tránsito en la ciudad es desordenado. Mientras la camioneta trata de encontrar un hueco para meterse en la circunvalación del Palacio Legislativo y luego, cuando por fin toma General Flores, Méndez habla hasta por los codos. Excitado por la novedad y deseoso de colaborar, le explica al chofer que los antropólogos hacen el trabajo más sacrificado que uno pueda imaginar, que lo hacen sin pretensiones y con amor, con mucho amor, dice, insiste. Rodrigo escucha con paciencia y agradecimiento aquella palabras que son de entusiasmo pero que enseguida pasan a ser de preocupación: Méndez apunta que él no tiene ningún carné que lo autorice a ingresar al batallón, así que deberán dejar todos los materiales en la entrada, va a ser complicado descargarlos y después no se imagina cómo va a…

—Nos metemos con la camioneta —le suelta Rodrigo.

—¿Al batallón?

—Al batallón.

—¿Hasta el campamento?

—Primero vamos al polvorín y después vas conmigo a la trinchera. Me tenés que ayudar.

Rodrigo sabe lo que dice. Si Alicia le aseguró que iba a contar con todas las facilidades, es porque un detalle burocrático como el ingreso de Méndez y el chofer a la zona cautelada se puede resolver de un plumazo. El chofer acercará la camioneta lo más que pueda y luego ayudará a bajar la carga. Con el fin de asegurar la movida, Rodrigo le envía un mensaje a Alicia: «Estamos yendo».

Méndez permanece en silencio. Trata de asimilar lo que le ha dicho Rodrigo, Parece ir muy concentrado en el trabajo que le espera, pero en realidad percibe cómo la adrenalina le apura el corazón. Siente el rubor en su rostro. Está emocionado y no puede disimularlo. Durante años fantaseó con la posibilidad de participar de alguna manera en la recuperación de un desaparecido, quiso ayudar a desenterrar una prueba de aquellos crímenes y, aunque trabaja en el área de derechos humanos de la Presidencia, pensó que eso nunca iba a suceder. «Vas conmigo a la trinchera». Eso acaba de decir Rodrigo. Tiene ganas de gritar de contento. Sonríe, chasquea la lengua con satisfacción, trata de ser paciente y mostrarse tranquilo. Se repite que debe estar a la altura de las circunstancias. En muchas ocasiones ha oído que esas características las cultivan como virtudes los integrantes del Giaf: la tranquilidad para llevar adelante los trabajos y la paciencia para descubrir lo que está oculto.

Cada vez que se raspa la tierra con la pala, apenas si es removido un centímetro de suelo, y eso se hace con una observación continua y minuciosa por parte de dos antropólogos, que buscan cualquier anomalía y detienen la labor ante el menor indicio. De acuerdo a los patrones estudiados en otros enterramientos, primero han de aparecer el concreto y la cal, o quizá solo la cal. Serán trazas blancas al principio, entreveradas con la tierra. Los sepultureros militares echaban cal en las fosas sin saber que el óxido de calcio contribuye a conservar los huesos y, en ellos, el material genético. No obstante,

nada garantiza que en este caso haya sido igual, de modo que deben explorar a ciegas, tanteando la tierra a la espera de las primeras señales.

Mientras Gustavo empuña la pala, Matías se coloca a un lado para observar y Annika dispone de un balde para que se vuelque allí la tierra removida. Florencia coloca la tierra de cada balde en una bolsa de nailon trasparente, que enseguida es rotulada con un código por Natalia y anotada en una planilla. La encargada de llevar los registros es Ximena, si bien en el transcurso de la excavación se turnarán en esa tarea varios integrantes del equipo. Luego Nasr o Luis —a veces uno, a veces el otro— llevan la bolsa a unos metros de allí, fuera del área de la trinchera. Alicia supervisa el funcionamiento de esa pequeña orquesta, la melodía que todos conocen de memoria, pero no puede con su genio así que cada tanto se mete en el foso, toma una esteca, raspa algún borde, estudia el panorama. Le preocupa que aún no hayan logrado descifrar con exactitud la disposición del esqueleto, porque de ello dependerá la forma de acceder a él para su recuperación. Es evidente que el cráneo está movido, así que el cateo debe ser guiado por el sentido común, aunque esconder cadáveres en los fondos de los cuarteles no parece tener vínculo alguno con el sentido común. A fin de cuentas, para buscar lo escondido hay que encontrarle algún tipo de lógica a esas conductas que, por traspasar los límites de lo deleznable, resultan difíciles de desentrañar.

Entender el comportamiento del Mal nunca es sencillo porque el Mal no es banal. No existe la banalidad del mal. Es un concepto frívolo, una ocurrencia chispeante aunque errada. Pueden ser banales o grises los malvados, ser lectores de Kant o de Patoruzú, pero el Mal que propician y ejecutan debería escribirse siempre con mayúscula por su envergadura, su profundidad, la pertinaz forma que tiene de anidar en los humanos. Ya han aparecido otros cadáveres sepultados en terrenos de las Fuerzas Armadas, y todos pertenecían a personas arrestadas en tiempos de dictadura. Es sabido que no se trató de una decisión tomada por alguien en particular, ya fuera un soldado sanguinario o un oficial fuera de sus cabales. No ocurrió una vez sino muchas, no en un solo lugar sino en varios. Hay un patrón en los procedimientos, de modo que existió, en algún momento, la convicción de que la mejor

manera de ocultar los crímenes era cubrirlos con cal y concreto y después echarles tierra encima. El Mal se convirtió en doctrina.

Detrás de tal conducta asomaba la certeza de que nunca podrían ser halladas esas sepulturas. Pasarían los años y las décadas y al final todo sería polvo y olvido, de manera que el honor del uniforme quedaría a salvo para siempre. Cuando se pusieran a buscar a los desaparecidos, si es que alguna vez llegaba a ocurrir algo así, no encontrarían nada. Y los mejores lugares para establecer la custodia de ese honor estaban dentro de los cuarteles. Lejos, en los fondos, en esos campos convertidos en pudrideros.

Hubo una época, sin embargo, en que los cadáveres también aparecían durante el día, desparramados en distintos lugares del país, casi siempre en las playas o flotando cerca de la costa. Entre los años 1975 y 1979 fueron encontrados más de treinta cuerpos de hombres y mujeres. Y un niño. Algunos con sus ropas y otros sin nada, algunos enteros y otros destrozados. Hinchados, mutilados por los peces. De forma por demás extraña, la prensa de entonces pareció de pronto tener permiso de los censores para informar acerca de los hallazgos, y lo hizo con grandes titulares, con fotografías explícitas, con especulaciones. En tales casos la crónica roja se desplegaba con toda su potencia. El periódico *El Diario*, un vespertino de amplia circulación nacional, dedicó su tapa al tema en su edición del 24 de abril de 1976. Fotos truculentas, títulos sensacionalistas, obscenidades.

Las autoridades civiles y militares siguieron con el juego hasta las últimas consecuencias: llegaron a organizar una conferencia de prensa en un patio de nichos del cementerio de Rocha para exhibir, ante los periodistas y a cajón abierto, cinco cadáveres encontrados en las playas de ese departamento. Ahí se combinó el horror repulsivo ante las imágenes, con el miedo de intuir que cualquiera podía acabar así, con el rostro comido por los bagres.

Horror más miedo en grandes dosis daba como resultado el pánico de la ciudadanía en general, la gente común, aquellas personas que se sentían a merced de una tempestad para la que no había refugio. Como una especie de broma oficial, se especulaba con las nacionalidades: debían ser «chinos o coreanos» arrojados desde los barcos que pescaban en el Atlántico. Todos sabían que en realidad se

trataba de secuestrados políticos asesinados, quizá en Argentina, tal vez en Uruguay. El escritor y periodista argentino Rodolfo Walsh lo denunció en su célebre *Carta Abierta de un escritor a la Junta Militar*: «Veinticinco cuerpos mutilados afloraron entre marzo y octubre de 1976 en las costas uruguayas». Su carta se publicó de forma clandestina en Buenos Aires el 24 de marzo de 1977. Al día siguiente Walsh fue acribillado a balazos en plena calle y su cuerpo desaparecido en la Escuela de Mecánica de la Armada, la ESMA.

En Uruguay se practicaron algunas autopsias que no condujeron a nada, salvo a aumentar los niveles de miedo mediante descripciones espeluznantes, filtradas a la prensa para que fueran conocidas por el conjunto de la población. Un ejemplo, tomado del diario *El Día*: «El dictamen forense determinó de forma irrefutable que se trataba de un crimen y no de un naufragio. Los cuerpos de los dos hombres presentaban claras señales de violencia, principalmente en la cabeza, golpes que según el informe médico fueron los causantes de sus decesos. Los golpes, de acuerdo con la potencia con que fueron dados y la forma en que lesionaron a ambos individuos, habrían sido producidos por un objeto contundente, posiblemente un hacha, según la opinión del facultativo. En lo que respecta a la mujer, el médico comprobó que había sido víctima de reiteradas agresiones sexuales, presentando además el brazo izquierdo totalmente destrozado, el derecho fracturado, las extremidades inferiores con claras muestras de haber estado sujetas con cuerdas de nylon y múltiples hematomas en diversas partes del cuerpo».

La filtración de esos informes fue la prolongación de una operación de guerra psicológica pergeñada por una comisión que funcionó durante un tiempo bajo la dirección del comandante en jefe de la División de Ejército I, el general Esteban Cristi, y cuya misión específica era «en base a la información existente, realizar campañas de acción psicológica a los efectos de contrarrestar lo realizado por el enemigo comunista, complementando las acciones de orden táctico».

La campaña para esparcir el miedo con los cadáveres hallados en las costas pareció ser exitosa, a juzgar por los comentarios y opiniones que circularon en aquellos días. Pero el tiempo, el implacable, iba a dar vuelta la tortilla. Décadas después, esas mismas publicaciones

ayudaron a rastrear los sepulcros de algunas de las personas halladas en las costas, exhumar sus cuerpos y restituirles a varios de ellos la identidad. Eran, como se sospechaba, secuestrados políticos. Había uruguayos, argentinos, chilenos y paraguayos.

En el interior del país los cadáveres acabaron sepultados como NN en los cementerios de las capitales departamentales, en la ciudades de Colonia, Rocha y Maldonado, y finalmente algunos fueron a dar a los osarios. Los cuerpos de quienes aparecieron en jurisdicción del departamento de Montevideo fueron depositados, también como NN, en el área de sepulcros tubulares del cementerio del Norte, que está muy próxima a la orilla izquierda del arroyo Miguelete, a unos novecientos metros del batallón 13.

Como a las dos de la tarde resolvieron saltarse el almuerzo y seguir con la tarea, de modo que las viandas que cada quien llevó para esa jornada han permanecido intocadas en sus táperes, allá en el polvorín. El día, que amaneció gris, después se puso soleado y cálido, casi primaveral. Sobre las tres comienza a soplar más fuerte el viento del norte. Es una mala señal. Alguien levanta la cabeza y olfatea el aire:

—Eso es agua —dice.

—Petricor.

—Geosmina.

—Lo que sea.

No hay asomo de lluvias en el horizonte, pero los pronósticos repiten que las habrá en abundancia. Del campamento han traído una placa de pvc para usarla como parapeto, por lo menos hasta que llegue Rodrigo con las tablas de encofrado. Apuntalada contra el talud del arroyo a manera de contención, evitará que se desprendan fragmentos de la trinchera y caigan al agua. De todas formas, es evidente que si se produce una crecida esa placa no representará ningún obstáculo para la correntada.

Nadie ha utilizado el teléfono, ni siquiera para comunicarse con sus familiares más directos. Se puede decir que entre todos se instaló, de consuno, un estricto silencio de radio. Esa situación de aislamiento que les permite olvidarse de lo que acontece afuera, evitar que se conozca

lo que sucede adentro y concentrarse en retirar con suavidad la tierra que cubre el hallazgo, se mantiene casi por inercia hasta que Natalia comprende que nunca llegará a tiempo para recoger a sus dos hijos, al grande de la escuela y al pequeñito del jardín. Hoy le toca a ella, pero no podrá. Sale de la fosa, deja la pala a un costado, busca el teléfono y llama a su pareja para pedirle que se ocupe de los niños. Él no se sorprende demasiado. Intuye, pero igual pregunta:

—¿Qué pasó?

Natalia es discretísima:

—Ya sabés… No digas nada.

Hay una pausa.

—Claro —dice él—. Yo me encargo, no te preocupes.

Ya más tranquila, Natalia se acomoda el pañuelo en la cabeza y mira a la distancia, hacia la zona del camino y los galpones. Por ahí, en algún lugar detrás de los matorrales y las cortaderas con sus penachos y los alambrados en los que cuelgan los carteles de advertencia, más allá del área bajo cautela, del otro lado del camino en forma de óvalo al que los militares llaman «la pera», está el sitio donde funcionó el 300 Carlos, un centro del Órgano Coordinador de Operaciones Antisubversivas (OCOA). Fue antes, en otra era, en una época que nadie del Giaf vivió pero de la que todos tienen noticia. Han escuchado testimonios, han leído actas oficiales, saben.

El OCOA fue creado por orden del Comando General del Ejército en septiembre de 1971, pocos días después de que el gobierno le encomendara a las Fuerzas Armadas «la planificación, ejecución y conducción de las operaciones destinadas a eliminar las actividades subversivas». Se designó como su primer jefe al coronel Pedro Aranco, quien fue sustituido en 1972 por el coronel Luis V. Queirolo. Tres años más tarde, bajo el mando del coronel Julio González Arrondo, el organismo ya operaba en el galpón N° 4 del Servicio de Material y Armamento, contiguo al Batallón 13, con entrada por camino Casavalle.

Ese galpón de unos 40 metros de largo por 20 de ancho era el sitio de los tormentos. Hubo asesinatos y desapariciones. En su pared delantera muestra un número 4 pintado de negro y encerrado en un círculo. Aún hoy resultan lúgubres esas paredes ya sucias, las puertas

grises, los techos de bovedillas. Son parte de un abracadabra militar destinado a otorgar el máximo poder que tenían los pases mágicos castrenses: la desaparición. En el informe titulado *A todos ellos* se puede leer una descripción del interior de ese lugar.

«Se ingresaba al mismo a través de un portón de metal corredizo, con piso de cemento y techado con chapas en bovedilla, con ventanas a la altura del techo. En el centro del galpón se ubicaban máquinas cubiertas con toldos. Por este motivo los detenidos que pasaban por este lugar lo denominaban "La Fábrica". De acuerdo a varios testimonios, esas máquinas habrían sido trasladadas del lugar, quedando fosas que estaban cubiertas por tablones de madera. Era común que los detenidos encapuchados y con los brazos atados cuando eran trasladados hacia el baño formando un "trencito", que consistía en apoyar la mano en el hombro del que caminaba adelante, tropezaran y se cayeran. A ambos lados del espacio central, contra los muros estaban los presos: los hombres de un lado y las mujeres del otro. Hacia uno de los lados existía un entrepiso con varias habitaciones al que se accedía por una escalera de madera. Esas habitaciones se denominaban "oficinas", y en la jerga militar "carnicerías". En el otro extremo, estaban ubicados los baños. El pasillo del entrepiso con baranda de madera unía todas las habitaciones que se utilizaban: algunas como sala de interrogatorio y tortura; otra de descanso para oficiales y al fondo un baño. Del pasillo pendían tres cuerdas de lazos trenzados en las que colgaban a los presos, atándolos desde las esposas».

Ahora no es más que un galpón común y corriente, una estructura sin ninguna peculiaridad que la destaque de otras estructuras similares que están distribuidas por el contorno de la pera. Pero es probable que entre sus paredes todavía se guarden gritos, dolores, ahíncos. Y eso es probable porque ni la física ni la mecánica cuántica ni la cinemática ni las visiones cosmogónicas más audaces ni los dioses ni los demonios serían capaces de explicar el comportamiento de esa entidad tan esquiva que es la memoria depositada en sus paredes, adherida al piso, pegada a las vigas y los fierros de la construcción. Moléculas que contengan toda la información, que estén ahí aletargadas, átomos coagulados, un gel suspendido en el tiempo, inmutable pero listo para

activarse y descargar de nuevo aquellos gritos, aquel dolor, las manos que hacían un alto para comer un pedazo de pizza, unos refuerzos de mortadela, tomarse un vaso de vino, agarrar de nuevo empuje y seguir aplicando el tormento, las mismas manos ahora con olor a pizza, con olor a mortadela; aliento a vino, muchas voces, ruidos, la máquina. La memoria puede, se activa, Sara Youtchak, maestra y militante comunista, estuvo presa por cinco años, primero secuestrada en Punta Gorda, después en la cárcel del pueblo, más tarde en el galpón del 300 Carlos durante tres meses y medio. Una vida. Ella habló en una comisión parlamentaria, y antes lo había hecho en otros países y después lo hizo con algunos periodistas. Su voz sobrevuela estos campos, cruza el arroyo, va y viene, se posa en la rama de un álamo la voz de Sara:

«En un momento alguien me dijo que era el Depósito Nº 4, que estaba a los fondos. Inclusive, alguien, en algún momento me sacó la venda frente a una ventana y pude ver dónde estaba. Podría describir ese lugar».

No hay seguridad con respecto al nombre. ¿Por qué lo llamaban 300 Carlos? Corren versiones, pero no certezas. ¿Por qué a ese circuito interno en forma de óvalo le llaman «la pera»? No tiene forma de pera, sino de óvalo o de gota, más bien de lágrima. ¿Quién bautizó así ese camino? ¿Cuándo? Los que estaban secuestrados en el galpón llamaron al lugar «Infierno Grande». Aún en el presente, quienes sobrevivieron se siguen refiriendo al sitio con ese nombre, que se ajusta a los hechos y describe, casi con pudor, las características de aquel encierro. Pero tampoco se sabe con exactitud cómo y cuándo surgió. Sobre los campos y el olvido se impone la voz:

«En verdad yo estaba muy destrozada físicamente. Además hay que agregar que había prendidas permanentemente por lo menos dos o tres radios, que le permitían a uno tener una noción de días y de horas, porque una pasaba el tiempo… Eran tres radios diferentes funcionando, lo que, sobre cabezas lastimadas, llega a producir profundo dolor físico. Allí fuimos también bestialmente torturados».

Todos los nombres militares vinculados a ese galpón parecen ser parte de un código escrito a las apuradas o como parte de unas improvisaciones sangrientas. Están los lugares: el 300 Carlos, el 300

Carlos R, la Escalera, el Gueto, la Pera. Y están los apodos de los verdugos: el Tordillo, también llamado Puñales o el Gallego, están Karadajián, el Negro, el Conejo, Pajarito, Chimichurri, el Jirafa. Y está el Caminante, enterrador por obediencia debida. Ninguno de esos apodos superó la prueba del tiempo. Los nombres reales al final fueron conocidos junto con las atrocidades.

Pero de cierta manera el escudo de los apodos y nombres en clave ha seguido funcionando. La lista es larga y suena abominable, porque detrás de cada una de esas ocurrencias hay una historia llena de infamia que se realza con los alias, los nombretes juguetones inventados casi como si fuera una broma, una travesura de muchachos ociosos. Aletea, alza su vuelo la voz de Sara:

«El ser humano es increíblemente fuerte; en la vida normal usted se desmaya por un pequeño dolor, pero en situaciones de estrés y de dolor es casi imposible para determinada gente desmayarse. Y le voy a decir más. Le puedo asegurar que estuve prácticamente todo el tiempo encapuchada, y sin embargo, cuando afirmo que vi, es verdad. Porque como los ojos se le pudren, le tienen que aflojar la venda o ensancharla; o porque la cabeza no le da más o simplemente porque le quedó muy apretada. Y en ese momento los ojos estaban podridos. Y si no, le seguían aplicando leuco directamente sobre los ojos. Así como afirmo haber estado sistemáticamente vendada, en determinadas situaciones con más de una venda, e inclusive encapuchada, puedo afirmar también haber visto determinadas cosas, como lo he hecho. Además, la tensión e inclusive el ansia de vivir hacen que uno si bien no tiene la vista se desarrollen otros sentidos, particularmente el oído y el olfato».

Observar los matorrales a la distancia no va a provocar ninguna revelación con respecto a los nombres. Natalia se dispone a volver a la trinchera. Sabe por qué se llama Natalia Azziz y no de otra manera, conoce los apellidos de su padre y de su madre y el origen de su nombre de pila y la tierra de sus ancestros, y todo eso está probado, documentado y respaldado con papeles y fotos y relatos familiares que acreditan su identidad como auténtica y verdadera, tan auténtica como esos penachos que apenas se mueven con la brisa, tan verdadera como ese galpón, ese lugar que existe aunque no pueda verse desde la

trinchera y que sigue existiendo pese al tiempo transcurrido y a los esfuerzos de algunos por borrarlo de la memoria, por hacerlo desaparecer, por convertir al lugar de los desaparecedores en el sitio desaparecido, tachado, demolido y eliminado de la geografía y de los relatos y de los recuerdos. No pudieron, ahí está el Infierno Grande, el 300 Carlos, la palabra de Sara:

«Puedo asegurar haber visto reducirse físicamente a un hombre, y reducirse, incluso, la fuerza de poder pedir, llamar, clamar, hasta convertirse efectivamente en una especie de bestia que aullaba. Cuando le daban muy someramente algún descanso llamaba a sus compañeros. Insisto en que podríamos llegar a descripciones feroces de lo que ha pasado».

Casi medio siglo después lo que ha pasado todavía está ahí, en la materia coagulada de aquel lugar.

A las tres de la tarde el fiscal Ricardo Perciballe es el primero en llegar al complejo militar de la avenida Instrucciones. El coche que lo traslada recorre el contorno de la plaza de armas del cuartel y se dirige hacia la portera de ingreso al área cautelada. Luego de un trecho, el resto del camino debe hacerlo a pie. Cuando llega a la zona de la trinchera se abraza con Alicia Lusiardo, quien se ha adelantado para recibirlo. El fiscal conoce desde hace tiempo a los integrantes del grupo de antropólogos, los aprecia, ha trabajado con ellos y siente en esta instancia una emoción muy fuerte. Lo recordará como uno de los episodios más conmovedores de su carrera. Un rato antes, mientras iban por Instrucciones hacia el batallón, lo había compartido con su chofer:

—Mirá, Gastón: vamos al lugar de un hecho que va a quedar en la historia del país. Es algo muy importante para todos.

Ahí está ahora, junto a la trinchera. Elegante, de pelo entrecano y legajo impecable, en los últimos meses se ha convertido en un azote para los antiguos violadores de derechos humanos. Se comenta que antes, cuando era fiscal de Delitos Económicos, había estado a punto de atrapar a un pez gordo, gordísimo, un tiburón disfrazado de delfín. Aquella vez, una movida en el último instante le arrebató la presa. Desde que lo nombraron hace un año al frente de la Fiscalía Especializada en Crímenes de Lesa Humanidad, ha solicitado allanamientos en domicilios de militares, pidió capturas, ordenó requisas, gestionó pedidos de extradición, reclamó procesamientos y logró que los jueces enviaran a la cárcel a varios viejos torturadores. En los juzgados lo miran con respeto y cierto recelo. Dicen que cuando él desenvaina siempre corta.

Mientras lo ponen al tanto de manera somera sobre el enterramiento recién descubierto, pregunta como al pasar si ya se informó del hallazgo a la Agrupación de Familiares, y para su sorpresa observa

miradas de consternación a su alrededor. No, nadie lo ha hecho. Nadie les ha avisado porque nadie consideró hasta ese momento la posibilidad de comunicar la noticia, salvo las notificaciones judiciales. De pronto caen en la cuenta de que el secreto ya no tiene razón de ser, y menos con los familiares. La agrupación que los nuclea, cuya denominación formal es Madres y Familiares de Uruguayos Detenidos Desaparecidos, es conocida en toda la sociedad simplemente como «Familiares», y sus miembros han logrado, tras muchos años de militancia, ser parte integral del proceso de búsqueda y justicia, tanto en Uruguay como en otros países de la región y en Europa. Perciballe considera que no hay justificación alguna, ni legal ni humana, para mantener a Familiares al margen de la información. Cecilia Blanco, en cambio, tiene dudas. Dice que Felipe Michelini puede haberlo hecho ya, y que en todo caso habría que aguardar la llegada de la jueza para consultarla. Pasan unos minutos. El fiscal contempla en silencio el trabajo en la trinchera. Luego se aleja unos metros, se aparta del grupo y hace una llamada. Habla con alguien sin dejar de mirar el hueco en la tierra donde está la sepultura.

Y la sepultura es, en esta hora, la cruz de los caminos. Apenas una marca del tacho dentado al clavarse en ese punto junto al barranco. Un foso a partir del cual comenzarán a establecerse hechos y circunstancias. Muchas acciones y gestos convergen hacia este lugar que no es más que un rectángulo de tierra removida en un erial con matorrales y cochambre por todas partes. Hacia aquí viene todo. Trinchera, excavación, indicio, hallazgo, restos, fosa, registro. Son fórmulas que acaban por convertirse en maneras de decir aquella palabra que muchos aún no pueden siquiera pronunciar: sepultura. Decir lo indecible, ver lo invisible, ayudar a ver y a decir. Y para eso, para ayudar a ver y a decir, tiene que moverse mucha gente, deben establecerse coordinaciones y a veces complicidades, hay que buscar y conseguir hasta el último recurso disponible.

Uno de esos recursos tiene dos nombres. Celeste y Mariana son estudiantes de Antropología que han trabajado como voluntarias en algunas tareas del Giaf. Siempre dispuestas, ambas fueron registradas meses atrás en la lista de personal autorizado para ingresar al predio. Además, el contrato de Celeste para incorporarse al grupo está en

trámite. Todo en regla. Alicia, desde el foso, le pide a Annika que se ocupe de llamarlas, que les explique la situación y las convoque para ayudar en la excavación.

—Llamá primero a Celeste.

—¿Le digo que venga ahora?

—Mañana. A las siete aquí.

—La ubico ya.

Annika se acomoda junto a un tronco caído y llama a Celeste, pero no consigue comunicarse. Primero el teléfono no suena, como si estuviera sin señal. Después de dos o tres intentos suena, pero nadie responde del otro lado. Annika piensa que Celeste debe estar trabajando, un dato inútil porque no recuerda con exactitud dónde trabaja ni a qué hora queda libre. Llama a Mariana y ocurre lo mismo, así que decide esperar unos minutos, un rato, y luego volver a intentarlo. No quiere enviar mensajes, ya que si lo hace deberá después estar atenta a que la llamen a ella. El asunto es demasiado serio como para enviarles las instrucciones por WhatsApp, tipo: «Mañana 7 am en el batallón 13». No, de ninguna manera. Resuelve esperar y llamar de nuevo más tarde.

Todo debe hacerse de determinada manera, pero hay excepciones. La camioneta de Presidencia ingresa al cuartel sin encontrar ningún reparo. Rodrigo muestra su identificación y con eso es suficiente: sin más trámite el portón corredizo se abre y la barrera se alza para dejar pasar el vehículo con sus tres ocupantes. Hay un oficial junto a la entrada que parece llevar una planilla. Cuando la camioneta pasa sobre el lomo de burro que hay en la entrada, el hombre observa al conductor, hace una anotación y le indica algo a uno de los soldados de la guardia. Esto último es lo que alcanza a captar Méndez desde el asiento trasero. El chofer sigue las indicaciones de Rodrigo, maneja despacio, llega a los espaldones del polvorín donde está el cartel.

PERSONAL ANTROPÓLOGO

Entre los tres descargan algunas herramientas antes de seguir hacia la zona cautelada. Lejos, del otro lado, el soldado pastor cuida las ovejas que están bien lanudas, algo sucias. Cada tanto se oyen sus

balidos. Es una composición paisajística rara, que no encaja: un muchacho de uniforme militar con una vara a manera de cayado, y cuatro o cinco ovejas que pacen mansas en ese prado rodeado de alambradas, a la vista de un centinela armado con un FAL de culata plegable. Y menos encaja cuando se sabe que a poca distancia de allí hay una tumba clandestina. El paisaje esconde más de lo que muestra. La verdad se oculta bajo el manto de esa realidad.

Rodrigo y Méndez se aproximan a la trinchera. Ven señas de bienvenida en sus compañeros, hay manos levantadas, saludos. Los esperaban con ansias porque tienen hambre, no logran entender del todo la disposición de los restos, se sienten más solos que nunca. Toman un pequeño descanso, acomodan a un costado las botellas de refrescos, beben, eso parece entonarlos. Después de algunas bromas e intercambios, cada quien se dispone a retomar la tarea.

Es entonces que Alicia reclama la atención de sus compañeros. Les habla con afecto, casi con ternura, aunque su rostro muestra la dureza del insomnio y, también, de la responsabilidad que todos deben asumir. Les dice que el trabajo va para largo, que deberán seguir excavando aun de noche y que nadie debe sentirse obligado a permanecer allí: el que quiera irse a descansar puede hacerlo y volver por la mañana sin problema.

—¿Alguna pregunta?

Los demás la miran en silencio, algunos fruncen el ceño. Gustavo sonríe, y piensa que irse justo ahora sería una imbecilidad. Matías apoya su pie derecho en la pala y niega con la cabeza. Florencia aprovecha la pausa para limpiarse los lentes. Nadie parece siquiera considerar la posibilidad de marcharse y abandonar el sitio de la excavación, así que esa especie de asamblea espontánea se disuelve sin más, y las labores continúan con la misma cadencia. Se raspa la tierra con cuidado. Hay allí un esmero sostenido para excavar en esos dos metros cuadrados.

## | DIARIO DE CAMPO |

Grupo de Investigación en Antropología Forense (GIAF) Tareas en el predio bajo cautela judicial del ex batallón 13

Martes 27 de agosto de 2019 (cont.)

Se inicia recuperación de piezas a la vista.
Codificación de inventario óseo:
Pieza Individual= P.
Conjunto Óseo = C.
Codificación de materiales:
Material asociado = M.
Sedimento = S.
Se observa asociado a los restos óseos: cal, arena, pedregullo. Luego de removido el conjunto C001 se procede a retirar sedimento asociado a otras piezas óseas y cal del conjunto C002 asociado a C001.
El C002 por detrás del C001. La clavícula y el omóplato tienen relación anatómica.
Se ve fracturado el acromion.
Fragmento de omóplato.
Fragmentos asociados a cráneo: conjunto C003.
Conjunto S004: sedimento asociado a cráneo (cal y posibles fragmentos de cráneo).

---

Méndez resuelve volver al centro de la ciudad para conseguir un generador de electricidad, focos con los que iluminar la zona, comida y algunos abrigos por si la noche se pone muy fría. A esa misma hora la información acerca del hallazgo finalmente se filtra y la noticia sale al aire por una radio. A las cuatro y media de la tarde en la explanada de entrada al complejo militar se nota el tumulto. Hay periodistas, fotógrafos, móviles de televisión y de programas radiales que trasmiten en vivo desde allí. También se ven curiosos que dan vueltas, tratan de pescar algún comentario y sacan fotos con sus celulares ante la mirada recelosa de los soldados que montan guardia detrás de los portones.

En ese gallinero confuso nadie sabe nada pero todos parecen saberlo todo. Y cacarean: que encontraron una calavera, un esqueleto, acaso

una parte, que quizá sea más de uno, un montón de huesos, una fosa común, qué lo parió. Los rumores van y vienen, por momentos se arremolinan en torno a cierto dato, hay voces que suben una octava, otras que piden calma. El runrún vuelve a dispersarse, cruza Instrucciones, alcanza a algún peatón que circula por la vereda del otro lado, sigue de largo, se mete en el Borro, va por Piedras Blancas, llega a Maroñas y al Cerrito, se expande en todas direcciones como una onda sísmica.

La entrada al cuartel dispone del portón corredizo de rejas para el paso de vehículos y de un portón peatonal al costado, ambos pintados de verde. Unos metros más adentro hay una barrera de metal, con sólidos anclajes en ambos extremos. Es de color amarillo y negro, con un cartel octogonal en el centro: PARE. Debajo, como elemento extra de seguridad, un lomo de burro. A un lado se ubica la caseta de vidrio y concreto desde donde, en tiempos de tranquilidad, se controla el ingreso y salida de vehículos. Ahora todo está revuelto: además de la guardia, hay un par de oficiales que se pasean de un lado para otro, ambos con uniforme pixelado y botas de media caña. Uno de ellos habla por teléfono, luego camina hasta el pórtico del edificio, conversa con alguien, recibe un papel, regresa a su puesto. Le han comunicado que el comandante en jefe del Ejército se dirige hacia allí. Y que viene el ministro de Defensa acompañado de otras autoridades. «Toda una comitiva», dice. Los periodistas siguen en sus puestos. Uno de ellos pega su cara contra el portón. El oficial se acerca, lo mira con sorna. Le habla bajito, para que nadie más escuche.

—Aléjese de la reja.

—¿Le molesta?

—Estropea la pintura.

—¿Más tarde podremos entrar?

—No creo.

—La gente quiere saber.

—No lo decido yo.

—Usted es el jefe.

—Ojalá.

—Capaz que podemos…

—Retírese y no joda.

La jueza Isaura Tórtora, su actuaria y el receptor del juzgado han ingresado por ese mismo lugar en un automóvil oficial sin ser notados por los periodistas. A los pocos minutos se hace presente el médico Luis Caillabet, del Instituto Técnico Forense. La trinchera contra el arroyo se ha convertido en la escena de un crimen que debe investigarse, ya sea un homicidio, una inhumación clandestina o, lo más probable, ambas cosas. No se sabe quién es la víctima, ni siquiera su sexo, ni la fecha o las circunstancias en que ocurrieron los hechos, ni quiénes pueden haber sido los autores materiales de los mismos. El único elemento incontrastable es que una persona —otra más— fue sepultada de forma ilegal en una unidad militar. Según las primeras apreciaciones, los restos óseos pertenecen a un individuo adulto y llevan décadas enterrados en ese sitio.

Tórtora es una mujer delgada, dueña de un porte que irradia autoridad y decisión. Titular de un juzgado penal, tiene fama de ser una persona ecuánime y de trato más bien distante. Cuando llega al batallón aparece muy correctamente vestida, pero sus zapatos de taco alto no resultan adecuados para el terreno cenagoso por el que deberá caminar. En rigor, esos zapatos son un problema de apariencia insoluble. Si bien el vehículo la acerca bastante al lugar, hay un tramo en el cual la única manera de avanzar es a pie, entre el barro, los charcos y los tallos resecos de los cardos. La jueza, al igual que quienes la asisten, no ha tenido tiempo de pensar en semejantes detalles. El asunto ameritaba la máxima diligencia, así que vino directo desde su despacho para «constituirse en el lugar del hecho». Y para llegar a este lugar, el del hecho, hay que meterse en un barrial.

Ella lo logra. Se puede decir incluso que lo hace con gracia. De forma inexplicable para quienes la observan, la magistrada recorre el sendero hasta la trinchera 3896 sin que se atasquen los tacos de sus zapatos y sin demostrar ni por un momento algún tipo de incomodidad. Allí están Cecilia Blanco, quien la recibe con las formalidades del caso, el fiscal Perciballe y Alicia Lusiardo. Poco después llega el médico forense. Alicia les detalla entonces la ubicación en que se encontraron los restos: junto a una corriente de agua, en una zona inundable, con pronósticos de lluvias intensas y una fosa que puede colapsar en cualquier momento. Explica la forma en

que realizarán el trabajo, y muestra de manera didáctica las particularidades del sitio y los obstáculos a los que se enfrentan, el curso del arroyo, el barranco, las huellas que han dejado las últimas crecidas.

Tórtora observa el trabajo de los antropólogos, evalúa la situación y de vez en cuando asiente en silencio. Los alrededores del lugar, la trocha abierta por la retroexcavadora, los enormes troncos caídos y los montículos de tierra conforman un paisaje más bien bélico, de lugar bombardeado y tierra arrasada. Alicia informa que asegurar la arqueología del sitio implica descubrir primero los restos en su totalidad y documentar su posición yacente. Agrega que para garantizar la recuperación completa del material no quedará otro camino que trabajar durante la noche y rogar para que la tormenta se retrase unas horas.

El sol ya declina. Nasr decide marcharse para su casa. A media tarde, luego de rezar su *asr* en un pequeño espacio alejado del resto, él había pensado que quizá lo necesitaran en la noche, pero está visto que nada puede hacer allí. Cada quien realiza su trabajo y él no tiene máquina para ayudar. Luis Brusnin se ofreció para iluminar la trinchera con los faros de su retro, porque no hay electricidad en el área y los focos de la JCB son poderosos. Además, según ha entendido Nasr, están por traer un generador y luces, así que le avisa a Ximena que regresará al otro día, por la mañana temprano. Cuando llegue la noche él estará con su familia, todos bajo la protección del Misericordioso, y eso es lo que más quiere.

En el pequeño grupo formado alrededor de la jueza se conversa sobre la manera en que procederán al descubrimiento de los restos. Hay un punto de discusión al abordar la posible colaboración de los peritos policiales y del Instituto Técnico Forense en lo que se denomina «levantamiento del cadáver». Así lo establecen las normas, pero resulta obvio que no es lo mismo levantar un cadáver que desenterrar un esqueleto, tarea para la cual los más idóneos en todo Uruguay son los antropólogos que están allí, junto a la magistrada. Además, la recuperación de restos en terrenos militares fue encomendada por resolución del gobierno a los expertos del Giaf. Ellos ya lo han hecho otras veces y saben cómo trabajar la arqueología del

lugar sin estropear la prueba. Cecilia se pone firme y Perciballe interviene para explicar el asunto con mesura y en detalle. Al final, Tórtora le pregunta al forense si piensa quedarse allí, a lo que Caillabet responde que lo considera innecesario: «Aquí no puedo hacer nada», dice.

No es una cuestión de competencia sino de método. Los criterios difieren, el abordaje del problema no es igual, las artes son otras. Hay un área de trabajo vinculada a la arqueología y a la historia que, en general, los médicos forenses no utilizan porque no es su trabajo. Lo que para ellos puede carecer de interés o utilidad práctica, para los antropólogos forma parte esencial del diagnóstico. Algo de eso ocurrió con unos huesos hallados de casualidad en una comisaría de Montevideo en el año 2014. Un episodio que todos recuerdan. Unos obreros hacían un pozo mientras instalaban una antena de comunicaciones y encontraron lo que parecía ser un cráneo y otros restos humanos. Estaban enterrados a un metro de profundidad, en el patio trasero de la seccional 8ª de Policía, en Sayago. El comisario al mando de la unidad ordenó la detención de los trabajos y llamó a sus superiores, a ver qué hacía.

Hubo un despliegue, quizá algún descuido, desorden. Hasta un grupo de bomberos intervino en el sitio del hallazgo. También concurrió personal de criminalística de la Policía y un antropólogo del Instituto Técnico Forense, quien se limitó a confirmar que se trataba de huesos humanos. A los investigadores del Giaf los convocó el juez recién al día siguiente, con la escena del hallazgo ya alterada por completo. Tuvieron que acondicionar el área, desagotar el agua acumulada en el pozo por las lluvias de la tarde anterior, explorar la zona circundante, hacer estudios de estratigrafía, y de paso recuperar más huesos, porque la recolección inicial había sido incompleta. En el lugar se encontraron también materiales culturales de distintas épocas, desde pipas de caolín del siglo dieciocho hasta pilas y trozos de nailon, elementos mucho más modernos. Parecían remanentes de algún basurero.

El cráneo no estaba completo, se hallaba fragmentado y cortado siguiendo dos de las suturas naturales de la cabeza, la coronal y la lambdoidea. Los cortes posiblemente habían sido practicados a mano

con una sierra. La limpieza, catalogación y estudio de todo el conjunto llevó unos cuantos días, y en el informe final del Giaf se deslizaron, con mucho tino, «puntualizaciones» referidas a la actuación de la Policía y del ITF. Las conclusiones no fueron terminantes, en parte porque los materiales a analizar habían sido recogidos de forma poco adecuada.

De todas formas, se llegó a algunos resultados: los restos óseos pertenecían por lo menos a tres individuos, todos ellos adultos, uno de los cuales era del sexo masculino y medía 1,78 m. No se pudo efectuar una datación razonable, por lo que se debía «considerar todo el espectro de antigüedad», lo que significaba en los hechos fijar un marco de tiempo muy amplio e inútil, que iba desde el siglo dieciocho hasta fines del siglo veinte. Se realizaron estudios de ADN y no se obtuvo ninguna coincidencia.

La principal hipótesis a la que se llegó, después de darle muchas vueltas al enigma, era que esos huesos podrían corresponder a un desecho de material anatómico realizado por parte de algún estudiante de medicina. Según el Giaf era frecuente que entre estudiantes se prestaran o regalaran huesos para preparar las clases de anatomía, y también era habitual que esos huesos acabaran en la basura. De cualquier manera, el párrafo final del informe resultaba inquietante tanto para la Justicia como para Familiares: «El vínculo entre estos restos y su posible pertenencia a restos de Detenidos Desaparecidos podría residir en el hecho de que el hallazgo de restos óseos humanos ocurrió en una Seccional Policial, hecho por demás irregular y conducente a sospechas. Por otro lado, hay que mencionar que ninguna Seccional Policial ha sido denunciada como sitio vinculado a la tortura, a la prisión o a la desaparición de personas durante la dictadura militar. La ausencia de lesiones perimortem no permite descartar el interés forense de estos restos, ya que en la experiencia de los peritos del Giaf, no todos los cuerpos de detenidos desaparecidos recuperados hasta ahora presentan lesiones perimortem en huesos largos o cráneo y, en el caso de la Seccional 8ª, no se recuperaron esqueletos completos como para realizar un examen exhaustivo de todos los huesos del cuerpo».

El origen de esos huesos «pertenecientes a tres individuos adultos»

no se aclarará nunca. Alicia conoce bien esa historia, Perciballe, Cecilia y Caillabet, desde diferentes perspectivas, también la conocen. Ahí están ellos ahora, miran a la jueza y esperan. Después de realizar consultas y escuchar criteriosos razonamientos, Tórtora toma algunas decisiones: ordena que el trabajo continúe durante la noche, que lo realicen íntegra y exclusivamente los técnicos del Giaf sin intromisiones de ningún tipo, pero que su accionar sea documentado paso a paso, mediante fotografías y notas, por peritos de Policía Científica a los que ella convoca y deja autorizado su ingreso al perímetro. Con esos materiales deberán luego confeccionar la carpeta correspondiente y remitirla a la sede. También dispone que se garantice a partir de ese mismo momento la cadena de custodia de los restos, que los mismos una vez retirados queden a resguardo en el laboratorio del Giaf, y que luego se forme una junta de expertos para asesorarla sobre los pasos a seguir. Dice la jueza, recita para que no haya dudas, que la cadena de custodia es un procedimiento mediante el cual la autoridad judicial asegura que la prueba recolectada no se altere, modifique o contamine. Implica una obligación legal y una responsabilidad para con la sede.

La magistrada siempre se refiere a su juzgado como «la sede». Es cierto que se trata del lenguaje jurídico habitual, pero en este caso también resulta ser un énfasis, una explícita indicación de potestad. La titular de ese juzgado se ha constituido allí con su equipo, de modo que es allí donde ahora se toman las decisiones. Ya casi es de noche. Cecilia le pregunta quién deberá garantizar esa cadena de custodia.

—Usted y la coordinadora del Giaf —responde Tórtora impasible.

Antes de que la magistrada abandone el lugar, aparecen por el camino varios vehículos en los que se trasladan el ministro de Defensa, el prosecretario de la Presidencia de la República, el comandante en jefe del Ejército y otros jerarcas. Cuando la caravana se detiene y ya caminan los jefazos hacia el sitio de la excavación, Tórtora sale al paso para explicarles que el lugar está bajo cautela de la sede y que nadie puede acercarse a la trinchera, salvo los integrantes del grupo de antropología forense y los peritos de Policía Científica. Habla con delicadeza, pero sin dejar ningún resquicio para la negociación: a la fosa no podrán llegar.

—Señora, soy el comandante en jefe del Ejército.

—Mucho gusto, señor. Yo soy la jueza a cargo.

El comandante en jefe se calla. El ministro Bayardi vacila, comprende la situación, hace algunas preguntas de carácter general, intercambia opiniones con sus acompañantes y por fin le pide a la jueza que, en la medida de lo posible, lo mantenga informado de la situación. Luego él y el resto de la comitiva regresan por donde vinieron.

Al rato unos soldados llegan por el sendero cargando un generador de electricidad. Lo arrimaron al lugar montado en el tráiler de un camión, pero los últimos cincuenta metros tienen que llevarlo a pulso. El mayor Néstor Comotto, el encargado del vínculo entre el cuartel y el Giaf, había recibido más temprano la orden de su comandante de resolver la iluminación del área de trabajo junto a la trinchera 3896, y eso hizo. Ahora, mientras varios infantes trastean con el generador, lo acomodan, lo revisan y hasta lo sacuden sin lograr que arranque, otros soldados montan en cuestión de minutos una tienda de campaña a unos metros de allí. De a poco se van creando ciertas condiciones mínimas para que el grupo de antropólogos pase la noche al raso, siempre y cuando el generador funcione. Pero no. No funciona. La temperatura no ha descendido lo esperado y el cielo vuelve a mostrar nubes bajas.

Para facilitar las cosas Méndez ha hecho llamadas a discreción, negoció pertrechos en Presidencia, salió y volvió a ingresar al cuartel y, aunque no consiguió un generador, sí trajo cables y enchufes de todo tipo, además de botas, abrigos, comida y más refrescos para el grupo. Hay algunas sillas disponibles, una mesa de pvc rectangular y, sobre ella, unas botellas de Coca-Cola, otras de agua mineral, una tarta de ricota, una pascualina y sándwiches. Esos víveres contribuyen a suavizar un poco las tensiones de la tarde. Al rigor del trabajo en la trinchera se sumó la urgencia por ganarle la carrera a la lluvia inminente, la expectativa por la presencia de las autoridades judiciales y, después, por la llegada de dos fotógrafos de Policía Científica que circulan todo el tiempo por los alrededores de la fosa a medio abrir, meten sus narices en cada rincón y documentan con sus cámaras cada paso que se da en la excavación.

También están las garrapatas, que son un asunto sanitario pero sobre todo un incordio que distrae y hace refunfuñar a todos. Y el agua. A cada rato brilla el foco de una linterna mientras alguien escruta el arroyo. Lo vigilan porque tienen malas experiencias: en dos ocasiones por lo menos, luego de algún chaparrón cerca de las nacientes, la corriente quedó represada durante un rato por los basurales del cauce hasta que el empuje reventó esos tapones y entonces el arroyo creció de golpe para desbordarse en cuestión de minutos.

Derrotados por el generador que no funciona, los soldados piden instrucciones a su jefe. Luego se marchan para regresar al rato con otra planta que arranca al primer intento. A partir de ese momento, el lugar contará con electricidad, algunas lámparas cerca de la tienda de campaña y unas luces con trípodes, también proporcionadas por el Ejército, destinadas a alumbrar el trabajo en el foso. Con el generador se instala el sonido de su motor como telón de fondo. No es un sonido demasiado fuerte ni está muy cerca, pero ese ronroneo sin interrupción molesta a los fotógrafos de Policía Científica. Los antropólogos están acostumbrados al rugir constante de las retroexcavadoras: siete horas por día cinco veces a la semana durante años. Para ellos ese ruidito no es nada.

Tras asegurarse de que todo está dispuesto para que las labores se puedan desarrollar durante la noche sin tropiezos, la jueza Isaura Tórtora decide abandonar las instalaciones del complejo militar. Viaja en el asiento delantero del automóvil oficial, con la mirada baja. En el asiento posterior se han acomodado sus acompañantes. Al llegar a la salida el coche se topa con un grupo de periodistas, focos, cámaras, micrófonos. Al cruzar el portón, Tórtora le pide al chofer que detenga la marcha y encara, con seca cortesía, el aluvión de preguntas que se viene. Está conmovida por el hallazgo, por lo que ha visto y escuchado de los antropólogos y por lo que significa ese esqueleto sepultado en el barro, pero considera que sus sentimientos debe guardarlos para sí, pues sería impropio del cargo que ostenta mostrar la aflicción que la agobia. Ella dirá que es «una cuestión de temple». Ojos grandes, rostro

cansado. Cuatro canales de televisión y varias radios transmiten en vivo.

—Doctora, doctora…

—Una pregunta…

Isaura apela a sus educadas maneras:

—Buenas noches.

Los movileros se atropellan para colocar micrófonos y teléfonos junto a la ventanilla del auto. A la magistrada le resulta un tanto exagerada la pugna de ese grupo de reporteros que busca, quizá, algún tipo de primicia. Sin embargo, pese a su ánimo, ella hace un esfuerzo y trata de sobreponerse al tumulto.

—¿Han avanzado mucho los trabajos?

—Dado que carecíamos de luces, no podíamos… Ahora se han instalado las luces suficientes y van a empezar a trabajar. No puedo adelantar más… Sepan disculparme.

Uno lanza la clásica pregunta con respuesta incluida:

—Doctora: ¿es una zona inundable?

—Esa es una zona…

Otro la corta:

—¿Van a estar trabajando toda la noche?

—Sí, van a estar trabajando toda la noche.

Hay uno que quiere números:

—¿Cuánto baja la excavación en ese lugar?

—No tengo esa información aún. Recién comienzan a trabajar.

El de los números machaca:

—¿A cuántos metros del arroyo está?

—No sabría decirle hasta que se haga el relevamiento por Policía Científica.

De nuevo:

— ¿A qué distancia está de donde se hizo el otro hallazgo en 2005?

—Es cerca, pero no sabría decirle la distancia precisa.

El movilero de una radio logra colar su inquietud a puro entusiasmo:

—¿Es el cuerpo de una persona o de varias personas?

—Todavía no tengo conocimiento de eso.

Otro, de la televisión pública, inquiere por lo que todos comentan:

—¿Se llega a este hallazgo por una información puntual o porque ya

se venía trabajando ahí?

—No le puedo adelantar eso… Muchas gracias, buenas noches.

El vehículo oficial retoma la marcha, dobla, recorre un trecho por Instrucciones casi a paso de hombre antes de acelerar y alejarse por la subida rumbo a la ciudad. Vuelven a dispararse los flashes y hay un par de fotógrafos que se detienen luego de dar unas zancadas junto al coche. La jueza ya ha alzado el vidrio de la ventanilla. Su comparecencia ante la prensa duró cincuenta y ocho segundos y logró sortear el interrogatorio sin soltar prenda. Ahora son las 20:17 y mientras ella y sus colaboradores viajan por Instrucciones, el resto del país está pegado a las pantallas de televisión tratando de asimilar la noticia. Otra vez ha aparecido lo que dijeron que no existía, se informa que encontraron lo que estaba oculto, que descubrieron un cuerpo enterrado en un cuartel, que seguramente se trata de una persona desaparecida durante la dictadura. Por un rato da la impresión de que al muro de la impunidad se le rompieron las ruedas, el cíborg acusa el golpe, parece grogui, se queda quieto, está más cerca, se abre la grieta. Y así, de forma casi automática, se lanza de nuevo la interminable ronda de consultas que paseará durante semanas por las declaraciones, los hilos en Twitter con réplicas e insultos, los comentarios entre tertulianos, los análisis, opiniones, cháchara especulativas, miserias preelectorales, retórica, lágrimas de cocodrilo.

los mandos
desgarrador
una alegre tristeza
siempre mintieron
ellos
¿ya le hicieron la autopsia?
vieja lacra
reconciliación
ganar votos
orientales
la familia militar
nuestros
somos todos
somos todos

Bien entrada la noche, el área de ingreso al cuartel por fin queda en calma. Ya se han marchado, cada uno por su lado, el forense Luis Caillabet, el ministro de Defensa con su viceministro y el director de Derechos Humanos de la cartera, el comandante en jefe del Ejército con uno de sus ayudantes, el prosecretario de la Presidencia con su secretario, la jueza Tórtora con la actuaria y el receptor del juzgado. También los periodistas recogieron sus petates y se fueron. El último en retirarse es el fiscal Perciballe, que lo hace sobre las 21:30 acompañado únicamente por el chofer de la fiscalía. En el acceso principal del antiguo batallón, iluminado por potentes focos desde lo alto, solo se ve a un soldado de guardia. Porta un fusil, cubre su cabeza con el casco de servicio y está abrigado con una campera de camuflaje. En la avenida el tránsito es escaso. La lluvia amenaza, pero no llega. El olor a quemado se aposenta. La actividad de a poco remite. Del otro lado del asfalto, por donde se extiende el barrio Borro con sus callecitas, sus pasajes y baldíos, se oye un relincho.

Allí, en la entrada del cuartel, la calma es insoportable porque es un engaño que envuelve el lugar como una enredadera, lo sofoca, la luz es demasiado blanca, la noche es la oscuridad de esa luz, el soldado está solo, a la espera de un asalto enemigo que nunca ocurrirá, sabe que es otro engaño, igual que la calma, igual que la luz blanca o que ese tipo que ahora pasa en bicicleta, va a cruzar el puente, no es un enemigo aunque puede serlo, bosteza el soldado de guardia, mira cómo se aleja el hombre de la bicicleta, lo ve pedalear, hundirse en la sombra, ya habrá cruzado el puente, tal vez también cruzó la calma y se alejó de ella, estará en otra parte, habrá visto el fueguito, la noche del soldado, la noche sola.

Desde Instrucciones se alcanzan a ver allá al fondo, entre los árboles, el resplandor de una hoguera y los focos que alumbran la zona de la trinchera donde se trabaja sin parar. Hay focos que apuntan al foso y otros que dan iluminación al entorno para facilitar el movimiento de los antropólogos y los peritos de Policía Científica. Debido a las dificultades provocadas por la ubicación del enterramiento, se ha acometido la excavación con una zanja lateral

bastante profunda para acceder al esqueleto desde la vertical. Eso vuelve la tarea más difícil y delicada, y también más lenta.

Un rato antes habían armado una fogata para que la noche junto al barranco fuera menos inclemente. Méndez organizó la tarea y puso manos a la obra. La ubicó a unos veinte metros de la trinchera, muy próxima a la tienda de campaña. Entre varios despejaron el lugar y juntaron ramas secas, tablas y palos hasta formar una pila respetable. Luego movieron un tronco caído y lo colocaron cerca, para que sirviera de asiento. Cuando todo estuvo listo arrimaron unos papeles. Al principio la humedad dificultó el encendido, pero en unos minutos el ramaje empezó a crepitar y las llamas por fin ondularon en las sombras.

El fuego embruja. En un ambiente como ese, una hoguera mitiga las penurias de la oscuridad y borra cualquier diferencia que pueda existir entre quienes se encuentran junto a ella. Un docente de criminalística, una fotógrafa de la Policía, un maquinista que quiso ser jugador de fútbol, una madre lejos de sus hijos, un solitario pertinaz, todos tan distintos y tan iguales, todos rendidos ante esas llamas que alumbran la noche, agrupados en una rueda que los despoja y a la vez les da aliento. Hasta que alguien sugiere volver a la trinchera y el sortilegio desaparece.

—Hay que seguir.

Y siguen. Los minutos se vuelven más rojos que esas llamas. El tiempo no pasa. Méndez atiende el teléfono y habla por quinta o sexta vez con Felipe Michelini, quien está varado en La Haya. De él recibe instrucciones y a él le transmite la información disponible. Felipe le comenta que pese a todos los esfuerzos no ha podido adelantar el regreso. Enseguida pregunta por el transporte. Méndez dice que ya se han dispuesto en Presidencia los vehículos para trasladar a un grupo de Familiares hasta el lugar del hallazgo. Su jefe insiste, quiere estar seguro:

—¿Van a ir de mañana?

—Sobre el mediodía, creo —responde Méndez.

—¿Y ahí no habrá problemas?

—Me dijeron que está todo arreglado.

Cuando Felipe da por terminada la llamada, Gustavo Méndez evalúa

las gestiones que ya hizo él y las que hizo Cecilia, y no imagina que pueda surgir algún problema con la llegada de Familiares al batallón. Ellos fueron informados oficialmente del hallazgo en la tarde por una llamada del propio Felipe. Se pusieron a organizar la visita, y desde la Presidencia se destinaron los vehículos necesarios para el traslado. El oficial de enlace del Ejército aseguró que no habría ningún impedimento para el ingreso, ahí está la trinchera, alrededor la cinta amarilla que delimita el área, la excavadora quieta, los huesos. Cecilia es el nexo, Alicia les explicará lo que han descubierto, ellos lo verán. Que escuchen y vean, piensa Méndez. Tienen todo el derecho a estar aquí.

Aquí es el reducido espacio iluminado donde los investigadores trabajan como hormigas, van y vienen laboriosos, se turnan con las palas y los baldes, embolsan la tierra. Ya se han retirado las piezas óseas que quedaron a la vista tras la zanjada inicial de la retroexcavadora. Cada una de esas piezas fue fotografiada por el Giaf y por la Policía Científica y luego guardada en una bolsa de papel con un código específico. Las bolsas de esa primera cosecha se acondicionaron y depositaron en una caja azul de cartonplast. Las cajas se acomodarán siempre a la vista, en el suelo de la fosa contigua. Ahora se inicia la siguiente fase: destapar lo que está tapado. Gustavo, Matías y Natalia, cada uno a su turno, pasan con delicadeza la pala sobre la superficie del terreno, lo gastan muy de a poco.

Uno de ellos considera que esa parte del trabajo es como bajar despacito a los infiernos, escalón por escalón. Habla en plural. No se refiere a un infierno propio sino a otros, lejanos, ajenos: está el infierno de quien yace ahí, bajo un metro de tierra, pero también el de su familia que nunca supo lo ocurrido, y el de todos en Familiares que viven cada ausencia como propia, y también en alguna parte de ese agujero deberá estar atrapado el infierno de quienes hicieron la labor de sepultureros.

—Impresiona pensarlo mientras excavás, sin saber en qué momento vas a encontrar algo, ni qué es lo que vas a encontrar.

Aunque el procedimiento es típico de la arqueología convencional, en estos casos tiene otra tensión, un peso específico distinto. Consiste en un descenso controlado, capa a capa y centímetro a centímetro,

hasta hallar los huesos y quizá otras cosas, ropas, trozos de alambre, quién podría adivinarlo. Primero se raspa con pala, se retira un montoncito de tierra y ese montoncito es observado en detalle antes de depositarlo en un balde. La operación se repite una y otra vez, y a medida que se profundiza la excavación el cuidado en el manejo de la pala se incrementa. Hay que tener buen pulso y la sensibilidad suficiente como para detectar algún tipo de objeto en el arrastre. Puede ser una piedra, un pedazo de metal, un hueso.

Cuando aparecen las primeras señales de cal o de pedregullo, entonces se abandona la pala y se comienza a operar con instrumentos más delicados, llamados por los antropólogos «materiales finos». Se usan cucharines, brochas y pinceles. De esa manera se continúa el descenso, treinta, cuarenta, cincuenta centímetros, escalón por escalón.

Una parte del cráneo está allí mismo, a la vista de los excavadores. Lo estuvo casi desde el principio, pero el resto del esqueleto al parecer se ubica con una inclinación invertida, algo ascendente: la cabeza más abajo, los pies más arriba. Cuando se llega a ese punto se abandonan todos los instrumentos metálicos y se sigue con avíos de madera y pinceles. Milímetro a milímetro se baja hasta topar con los huesos. Y allí cada pieza se limpia como si fuera una gema, se usan pincelitos finísimos, estecas sin punta ni filo, nada puede dañar el hueso, nada que altere lo que se ha descubierto. Se colocan pequeños banderines de color rojo como guía para seguir la línea del yacente, una línea ondulada y áspera, con sus bajuras y sus ínfimas cumbres. Los de Policía Científica toman fotos, acercan el objetivo tanto como pueden, hay algunas imágenes que son en plano detalle. Las horas pasan, la labor sigue.

—Vértebras cervicales.

—¿Cuántas?

—Dos. Articuladas.

—Se retiran.

—Retiramos.

—Con cuidado.

—Fotografía.

—Ay, se desprenden.

—En dos bolsas entonces.

Cada tanto hay un descanso breve, alguien se arrima a la hoguera, extiende las manos para recibir calor, se queda mirando las llamas, procura olvidarse de tanta oscuridad. Annika se sienta unos minutos en el tronco que hay junto al fogón, Gustavo bebe algo caliente, en la trinchera Natalia comienza a tararear a media voz una canción, quiere que la sigan otros, tiene la intención de levantarles el ánimo a los demás y levantárselo ella misma. Es una canción alegre y pegadiza, pero la circunstancia y el lugar hacen que suene a lamento. Natalia lo intenta dos o tres veces y luego calla. Solo se oye el ruido del generador de electricidad.

A comienzos del año 2003, cuando aún no existía el Giaf y ningún investigador había podido ingresar a los establecimientos militares, un grupo de científicos realizó un estudio técnico titulado «Informe Geoarqueológico del Batallón de Infantería Blindado N°13». El grupo fue integrado por el ingeniero Daniel Panario, la geógrafa Ofelia Gutiérrez, la arqueóloga Elizabeth Onega y el antropólogo forense Horacio Solla. En uno de sus acápites, referido al análisis de la arqueología espacial de la zona, se razonaba lo siguiente:

«La incorporación de un cementerio clandestino a un predio militar sólo parece posible si responde a su lógica de funcionamiento, impidiendo su interferencia con las actividades cotidianas desarrolladas en ese tiempo. Debería por tanto encontrarse en un área alejada y con poca circulación (zona marginal), que torne inadvertida su existencia, tanto para las actividades del momento como para actividades previsibles en un futuro próximo. Con el objetivo de contrastar la hipótesis anteriormente expuesta, se procedió a efectuar un análisis preliminar de todo el predio perteneciente al Batallón N °13, a efectos de conocer cuáles zonas reunían estas características de marginalidad. Dadas las características del estudio y del material disponible, el relevamiento fue hecho mediante sensores remotos, consistentes en fotografías aéreas de archivo, desde la época en que se tuvo acceso a fotos de la zona (1945) hasta el presente».

En aquel momento los militares y el gobierno no los dejaban entrar

a los cuarteles, pero no les podían impedir que miraran fotos, estudiaran mapas, analizaran el terreno, razonaran y sacaran sus conclusiones. Lo que no pudieron hacer desde la tierra, los científicos lo hicieron desde el cielo. Viajaron al pasado, a enero de 1945, con unas fotos tomadas desde un avión de reconocimiento. Ahí abajo se observa la zona, el arroyo, algunas parcelas cultivadas, pocas construcciones sobre la avenida. En Europa los soviéticos ya combatían en suelo alemán, y en Montevideo la vida discurría plácida en esos campos.

Hasta pocos meses antes del hallazgo la zona estuvo atrapada en un bosque de sauces y álamos, lo que volvía imposible el ingreso de cualquier maquinaria pesada. Para avanzar en el barrido exhaustivo del área fue necesario tirar abajo muchos árboles, desmalezar algunos espacios y establecer con las máquinas caminos por los que transitar. Cuanto más se acercaban los antropólogos al curso de agua, más dificultades hallaban para desplegar su tarea. El terreno anegadizo, los barriales y la basura depositada por las frecuentes crecidas del Miguelete hicieron que el acceso al límite norte se volviera un dolor de cabeza. Se padecían los mosquitos, las garrapatas, las ratas que correteaban entre los matorrales, las heladas mañanas de invierno, la lejanía del campamento. Hay una serie de fotos satelitales en las que se aprecian las diferencias en esa ínfima porción de territorio: apenas media hectárea que en mayo de 2019 aparecía cubierta por el bosque y a principios de agosto deforestada casi por completo. La tala permitió el acceso, simplificó los trabajos y generó condiciones menos hostiles para quienes desarrollaban la búsqueda de sepulturas clandestinas.

Del otro lado del arroyo se extiende una franja de campo llano, con pastizales y unos pocos árboles. Más allá, unos cientos de metros hacia el noroeste, se encuentran los depósitos de una empresa. A un costado está la gruta de Lourdes, que tiene su parque, un complejo de edificaciones, arboledas, estaciones de oración y caminos internos, además de la propia gruta. En el medio no hay nada, aunque en ocasiones se ve gente que anda por ahí, da unas vueltas, va a buscar leña o a hurgar en el ramaje con la ilusión de encontrar algo de valor entre los desechos que arrastra la corriente.

También hay quienes van a esos campos de cacería. Es una costumbre asentada entre algunos pobladores de los barrios cercanos, para muchos una necesidad y también una diversión. Aunque parezca disparatado es frecuente ver a dos o tres muchachos armados con escopetas de aire comprimido o con hondas, caminando con sigilo cerca del arroyo en busca de gallinetas o liebres, cada vez más escasas. Las actividades cinegéticas están prohibidas, pero la Policía no se entera, a los vecinos no les molestan y a los militares no les preocupan. El comentario de un oficial del cuartel con respecto al peligro que eso representa suena comprensivo, aunque no lo es:

—Esa gente tiene que buscarse la comida.

Una vez apareció un hombre en el área bajo cautela. En la mañana parecía pasear junto a los árboles que aún quedaban en pie. Ximena recuerda que era un hombre joven, un muchacho. Ella atinó a avisarle que no podía caminar por allí. Estaba un poco lejos, así que a los gritos y entre varios le pidieron que se fuera, que esa zona era peligrosa. El muchacho miraba alrededor, daba unos pasos y luego se detenía. Seguramente ingresó al predio tras vadear el arroyo, que en tiempos de seca se convierte en un hilo de agua. Ya estaba unos cincuenta metros dentro del perímetro vigilado, en un lugar donde tiempo atrás se había encontrado una granada antitanque sin explotar.

Esa munición, descubierta por los antropólogos de casualidad, fue hallada casi a flor de tierra. De inmediato informaron de ello a las autoridades civiles, las que a su vez se comunicaron con los mandos militares, quienes dieron órdenes precisas: un grupo de zapadores procedió a detonar el proyectil. La maniobra se realizó sin consecuencias, pero el incidente provocó la suspensión provisoria de las excavaciones y la elaboración de un protocolo específico para evitar que algo así se repitiera en el futuro. Justo por ahí caminaba el intruso.

Al rato se fue, pero su incursión sirvió para que los equipos de búsqueda intuyeran que el aislamiento en ese campo era una ilusión. Ya no estaban junto a ellos los militares que grababan en video todos y cada uno de sus movimientos, aunque resultó evidente que igual podían obtener los registros desde lejos, pues hay algunos puntos de observación que aún hoy se alzan en la distancia. Con los aparatos

adecuados es fácil tomarles fotografías y filmarlos. Y lo cierto es que el área de búsqueda está rodeada por un vecindario populoso. De un lado Peñarol, Lavalleja, del otro el Borro, Casavalle, Bonomi, un montón de barrios y asentamientos en donde viven unas cincuenta mil personas.

En una época hubo en las cercanías del predio una casucha, una aripuca hecha de nailon y maderas torcidas, habitada por una persona. Gustavo Casanova y Ximena Salvo la recuerdan. La construcción estaba ubicada a unos cien metros del arroyo, del otro lado. Cada tanto el techo de aquella tapera aparecía cubierto con ramas y cartones, puestos como para reforzar la estructura. A veces se veía a un hombre de andar lento y encorvado que volvía con pequeños atados de leña por la zona de camino Durán. Pese a que nunca se acercó al área donde excavaban las máquinas, su figura fue observada en un par de ocasiones por Gustavo, a quien debió resultarle doloroso que alguien viviera en esas condiciones, no solo por la precariedad material que denotaba, sino también por el completo aislamiento y abandono de la vida social.

Se podría fantasear con la suposición de que ese hombre era un ermitaño, un anacoreta montevideano dedicado a las contemplaciones místicas, aunque lo más probable es que se tratara de alguien acorralado por el hambre. A esa gente, que sobrevive en el fondo de todas las miserias, el Montevideo de la abundancia la nombra de distintas maneras, casi siempre peyorativas, desde los clásicos términos empleados por la crónica policial hasta los más habituales entre la población: marginal, marginado, pordiosero, linyera, bichicome, atorrante, pichi, pastabasero. Un lenguaje florido y lleno de desprecio. En todo caso ese hombre debía ser uno más entre los tantos expulsados del ámbito ciudadano, sin familia y sin recursos, ni siquiera los más básicos. Imposible saber cómo hacía para alimentarse, qué estrategias de supervivencia desarrollaba instalado en un amasijo de cartones y basura que, a la distancia, se adivinaba un sitio de pura desdicha.

En una fecha que no puede precisarse, bastante antes del hallazgo en la trinchera 3896, el hombre se marchó y al tiempo la casilla fue abatida por los temporales. Por alguna razón no explicada la imagen de aquel hombre permanece solo en la memoria de Gustavo. Nadie

más en el Giaf recuerda al morador del entoldado. Ese punto diminuto en la geografía de un territorio también minúsculo estuvo habitado por una sombra de la que no queda sino un recuerdo borroso.

La presencia del hombre en ese ranchito, aunque no fue refrendada por ningún otro integrante del grupo de antropólogos, cuenta con el aval de Gustavo Casanova, y eso para los demás es suficiente. Es un científico serio, dicen, ajeno a la tentación de cualquier fábula y con una capacidad de observación admirable. Conoce el entorno al detalle, los sonidos del cuartel, los trillos escondidos entre la maleza, la fauna y la flora, habla de nutrias, de gallinetas y pájaros de muchos tipos, explica que allí hay sauces, álamos, espinas corona, unos eucaliptos. Sus compañeros aseguran que la palabra de Gustavo alcanza y sobra para dar por acreditada la presencia de ese habitante solitario cerca del arroyo. Ximena es tajante:

—La memoria de Gustavo no falla.

Pese a que los antropólogos forenses hablan de variadas maneras con los muertos, ellos jamás lo dicen de esa manera. Ni siquiera lo piensan de esa forma. No se trata solamente de extraer información de un cadáver, cosa que ejecutan con pericia los médicos que realizan autopsias, sino de establecer un diálogo con esos restos que llegan de la nada para ser, al principio, apenas un enigma. Se hacen preguntas y se encuentran respuestas, se plantean reflexiones, miradas acerca del pasado; se cuestionan momentos, surgen nombres, lugares, memorias; se respetan los silencios de esa conversación. Cada caso termina por provocar, tarde o temprano, una intimidad absoluta entre los investigadores y ese ser que todavía no tiene nombre ni rostro y que reclama, por el solo hecho de haber aparecido, la atención del mundo de los vivos.

En el grupo no hay nadie que crea en fantasmas o en entidades sobrenaturales, apariciones o cosas raras, ni ahora ni cuando la zona 4 era monte tupido y había que diseñar estrategias para alcanzar el borde del barranco y excavar allí. Según el criterio empleado antes, esa franja de terreno en la orilla misma del Miguelete no tenía ningún potencial arqueológico, nada iban a encontrar allí quienes removieran la tierra. Las frecuentes crecidas, las correntadas y unos trabajos de limpieza realizados por la Intendencia en el cauce, daban pie para

pensar que sería un esfuerzo estéril explorar ese lugar. Sin embargo, en febrero de 2003 se había presentado en la Justicia el estudio geoarqueológico de Panario, donde se afirmaba que en el batallón 13 «las características locacionales requeridas para desarrollar el tipo de actividades como la investigada en el predio [cementerios clandestinos] solo las reúne la zona baja aledaña al arroyo Miguelete».

Esa zona es la que han barrido los integrantes del Giaf, aunque lo hicieron únicamente del lado que pertenece al Ejército. Cada obstáculo fue removido, el monte se taló casi por completo, se despejó la broza y se elaboraron planos detallados con las cuadrículas correspondientes. La excavadora manejada por Luis Brusnin ha avanzado en dirección noroeste siguiendo metro a metro la línea del barranco, que corresponde al curso del Miguelete, una trinchera tras otra, un día tras otro. Así fue que el equipo a cargo de Gustavo ha llegado hasta este lugar, el punto exacto donde se encuentra enterrado un ser humano, una sepultura escondida en lo más profundo del monte y a la vez rodeada de gente, de niños que van a la escuela, de hombres y mujeres que durante décadas pasaron cerca de este sitio sin saber que había una tumba.

Hoy por la mañana, cuando la niebla era espesa y el equipo se aprestaba a comenzar las excavaciones del día, Gustavo y Florencia se pusieron a conversar junto a un albardón muy próximo al barranco, mientras Luis emplazaba la retro en el lugar indicado. Fue una charla de pocos minutos. Florencia habló de los árboles pelados, de la cerrazón, de cómo desentrañar lo que ella llamó «designios de la naturaleza». Las orugas de la retro se movían con lentitud, aplastaban el suelo barroso, dejaban su huella, y ocurrió que en ese momento Natalia tuvo el impulso de tomarles una fotografía a sus dos colegas. Esperaba que la retro se acomodara en el lugar indicado, la niebla era densa. No sabe por qué lo hizo, pero ahí están Florencia Díaz y Gustavo Casanova capturados por la cámara, los pies de ambos justo sobre la tierra que cubre la sepultura que ellos mismos descubrirían un par de horas más tarde.

Una casualidad no es más que eso. En el grupo nadie cree en fantasmas ni en mancias ni en eventos sin explicación posible. No hay misterio: todo tiene una causa y, por lo tanto, una forma de ser

razonado y comprendido. Los antropólogos que han batido el batallón 13 solo confían en el método científico, en las pruebas materiales, en las deducciones guiadas por la lógica. Pero no debe eludirse lo otro. A lo largo del tiempo han sucedido hechos extraños que pueden atribuirse al mero azar o a los niveles de percepción de quienes trabajan en el campo todos los días, a la sutileza con la que pisan esos terrenos, a la convicción de que en alguna parte hay restos humanos. No se guían por corazonadas, aunque las tienen. Los presagios asumen maneras diferentes cada vez, y siempre son comprendidos tiempo después, no cuando se cumplen sino mucho más tarde, semanas, meses o años luego de la revelación. O acaso esas señales no sean presagios sino, apenas, la forma en que los buscadores de huesos valoran el incierto peso de la casualidad.

En el primer informe presentado en 2010 por el Giaf, se detallaban los trabajos realizados desde su creación y los lugares en donde se habían hecho estudios para buscar personas desaparecidas durante la dictadura. En su Introducción, un texto de ochocientas palabras sobre las artes forenses, se afirmaba: «El saber sin libros que desarrollan los arqueólogos se ha vuelto desde hace unos años "prueba jurídica", por efecto del tratamiento científico de la evidencia material. El cuerpo completo o la evidencia ósea parcial recuperada arqueológicamente, contribuyen a desafiar la desaparición permanente de las personas. Existe un vínculo directo entre conductas humanas y sus productos materiales y es allí donde el arqueólogo extrema la lógica de sus hipótesis de trabajo. Mientras la Historia produce un registro de hechos conscientes y deliberados, la Antropología (en este caso Arqueología) consigue recuperar un orden material pautado por aspectos no explícitamente conscientes de los protagonistas».

El fragmento tiene sus oscuridades y es algo ambiguo, pero no deja de ser significativo. El peso de la casualidad es tan incierto que a veces se recupera «un orden material» que es un caos, mezcla de unos hechos que son conscientes con otros pautados por el simple azar. El tratamiento científico de la evidencia involucra a quienes realizan el esfuerzo para convertir ese caos de huesos amontonados, un esqueleto intacto, una tumba, en un orden que desafíe la desaparición permanente de las personas.

Un desaparecido por fin hallado es justo eso: un desafío. Es la restitución de un cierto orden, de una secuencia que borre el caos de la desaparición, que es un estado intolerable porque no debería existir, ya que quien no está vivo está muerto. Sin embargo hay un punto intermedio, un umbral desesperante entre la vida y la muerte. Ese estado intermedio que es la desaparición genera una paradoja que solo puede convertirse en oxímoron o en resistencia. Pese a los susurros de la lógica, el desaparecido sigue presente, está desaparecido pero está. Hurtado a los suyos, a todos. En alguna parte está. Vivo o muerto pero está. Y si está, es.

5

Hay quebrantos comunes, anodinas necesidades de cada uno que allí, en esas intemperies, reclaman atención. Con el paso de las horas, el humilde baño ubicado en el polvorín, del otro lado de la zona cautelada, se ha ido convirtiendo para algunos en motivo de creciente añoranza. Cerca de la medianoche el equipo se impone un descanso. Unos comen bocadillos y otros aprovechan para tomar mate, todos alrededor de la hoguera que se mantiene bien viva. En la tienda de campaña hay unas sillas blancas de plástico, y varios las acercan para sentarse al calor del fuego con un mínimo de comodidad.

Ya emparejaron la fosa adyacente, y han retirado unos cuantos centímetros de tierra de la trinchera. Todos están embarrados hasta las orejas, sienten la fatiga de un día demasiado largo, quieren seguir y terminar de una vez. De a poco avanzaron hacia ese esqueleto que se dibuja con claridad en el perfil cortado a pique con las palas. Cecilia Blanco, recostada a un árbol, está absorta en la contemplación de las llamas. A su lado, una fotógrafa de la Policía Científica pregunta la hora. Pelo rubio, cola de caballo. Comenta que ese lugar es un chiquero y que espera con ansias la llegada del turno que debe relevarla.

Es entonces que Ximena y Natalia resuelven emprender la travesía hasta el polvorín. Matías va con ellas y, un poco más rezagada, Alicia decide acompañar la excursión a campo traviesa. Rodrigo los mira mientras se alejan. En su cabeza corre una canción de los Manics. *«Bullets for your brain today/ But we'll forget it all again…»* Los excursionistas llevan unas linternas con las que alumbran el sendero y, a la vez, marcan su presencia para los que quedan en la zona de la trinchera. Rodrigo mira cómo bailan las linternas en la oscuridad. A los pocos minutos deja de ver las lucecitas de las linternas, supone que a causa de las irregularidades del terreno y de los matorrales. *«Monuments put from pen to paper/ Turns me into a gutless wonder…»*

Arriba no hay estrellas sino un cielorraso de nubes bajas. Todo es oscuridad, ruido de ramas que se quiebran, el sonido del generador de electricidad. En la cabeza de Rodrigo persiste la canción de los Manic Street Preachers.

Alicia, que va retrasada respecto a sus compañeros, se detiene un momento para mirar la noche. La mujer insomne se percibe más despierta y atenta que nunca, pero comprende que hace tres días que no duerme, que ha recorrido ocho mil kilómetros sin descansar para estar aquí y que a sus espaldas, a unos cientos de metros apenas, hay una tumba con el esqueleto de alguien que tuvo un nombre y que, en unas semanas, es probable que vuelva a tenerlo, y que esa será una forma de devolverle su condición de persona y así traerlo de vuelta al mundo de los vivos, al cobijo de la memoria de los vivos, y que por cosas como esas vale la pena cualquier desvelo, mirar cada uno de los huesos, hacerles preguntas, hablar con ellos, entender lo que pasó, esperar los cotejos de ADN, recibir después a los familiares de esa persona, revisar una y cien veces la tierra a la que fue entregado de manera vil.

Ella se mantiene quieta, sola en el medio del campo, lúcida y liviana en el pastizal, orgullosa de su propia fortaleza y de la determinación de sus compañeros para llevar a cabo la tarea, segura de que van a culminar el trabajo, nada podrá impedirlo y después de la noche vendrá el día, piensa en esa idea que la sostiene, poderosa y de pocas palabras, el resplandor que ilumina la noche más oscura, se ve en ese resplandor y entonces de la nada le brota el llanto, de improviso, del insomnio, de la vida y la muerte le nace el llanto, un manantial incontrolable de dolor y felicidad que llegan juntos pero sin contaminarse, las lágrimas caen, le mojan la cara, se mezclan con la tierra adherida a sus mejillas, dejan en su piel pequeños surcos de barro salado y por esos surcos andan las lágrimas, van hasta el mentón, escurren la tristeza, llora Alicia el desconsuelo del mundo y por un instante piensa que debe controlarse pero enseguida comprende que en realidad lo mejor que puede hacer es sacar todo de una vez, allí mismo, en esa soledad con tanta noche, en un campo del Ejército uruguayo, quedarse apenas con el resplandor y despojarse de las angustias, de los malos recuerdos y los canallas y la incertidumbre y

los cuerpos quemados de Chilpancingo y la frustración y las amenazas y el miedo y los venenos que debe tragar cualquiera que consagre su vida a hablar con los muertos.

## | DIARIO DE CAMPO |

Grupo de Investigación en Antropología Forense (GIAF) Tareas en el predio bajo cautela judicial del ex batallón 13

Miércoles 28 de agosto de 2019

Cuando se empieza a limpiar el cráneo se encuentran articuladas dos vértebras cervicales, pero se desprenden antes de la foto. Cada vértebra se guarda en bolsas separadas: P005 y P006.
Presencia de textil asociado a cráneo.
Conjunto C004: fragmento asociado a cráneo y vértebras. P007: pieza aislada, fragmento de acromion (posible izquierdo). Proviene de derrumbe.
Nº. de baldes derrumbe: 5.
Durante la limpieza del perfil se desprende un fragmento de cráneo. Se embolsa como P008.

---

De noche pasan algunas cosas que en realidad no pasan, o que acaso pasen solo para quedar después cubiertas por la confusión y el olvido, de manera que en el futuro nadie pueda asegurar si ocurrieron o no. La hoguera junto a la tienda de campaña se mantiene encendida sin que sea posible reconstruir cómo sucede eso, quién se encarga de acarrear más ramas, un tronco, tablas, quién se aparta del grupo y se mete en el monte y luego regresa con una brazada de leña y la coloca sobre el fuego. Sin duda que eso sucede, pero allí todo acontece de una manera borrosa, como si fuera un episodio ubicado en el margen de la realidad, no por fuera pero sí en el margen, al borde, sobre el filo de una realidad que en esa zona tampoco es demasiado nítida, no tiene la claridad de la trinchera, está apenas a unos quince metros del foso y sin embargo es otra región, se respira otro aire, se vive otro tiempo.

Así es que alguien acerca maderas para alimentar la hoguera y lo único cierto es que saltan chispas, sube el humo y se reaviva el fogón.

Llega el relevo de los fotógrafos de Policía Científica. Vienen unos, se van otros, hay una breve despedida con buenos deseos incluidos. La rubia cola de caballo se marcha rápido. Un policía pregunta con ingenuidad cuándo les llegará el relevo a los antropólogos. Se oyen risas.

—No hay relevo.

—¿Y los demás?

—Los demás somos nosotros mismos.

En la trinchera han comenzado a retirar sedimentos alrededor de la región toráxica del esqueleto. Para ello hay que sostener un foco de luz a la altura precisa, mientras uno de los investigadores extrae con una cuchara tierra, cal y algo de pedregullo. Donde antes hubo piel y músculos ahora no hay sino un espacio que se fue rellenando gramo a gramo con sedimentos depositados allí a medida que los años pasaban y esa piel y esos músculos, tras pudrirse, volvían a la tierra y se integraban a ella. Nadie entiende por qué hay pedregullo. Lo más probable es que lo hayan arrojado sobre el cadáver.

Se ven varias costillas de ambos lados, arriba el cráneo, las dos clavículas, una parte del esternón, un omóplato. Cada cucharada de sedimento que se extrae va a un balde y luego a una bolsa, allí se deposita y se rotula con un código, se anota en una planilla y se cierra. Es fatigoso hacer todo eso y no es admisible cometer errores, así que rotan en la tarea: ella inclinada sobre los restos, él con un balde, uno sostiene el foco, alguien lleva el registro. Cada pocos minutos hay una ráfaga de fotos. Los dos relevos de la Policía Científica se muestran hiperactivos, toman cientos de imágenes del proceso, recién llegaron, están frescos, se mueven, cambian de ángulo, parecen aburridos, habituados a ambientes más dinámicos, con cuerpos acribillados, conversaciones con los detectives, vecinos curiosos.

Acá todo es diferente y se hace con la parsimonia de la ciencia, con la serenidad de los buscadores de huesos. No hay lugar para la prisa ni la torpeza, ni siquiera para el diálogo. Se habla poco, apenas algo más de lo imprescindible. Se perciben los ruidos del monte, el raspar de la cuchara en la tierra, el metal cuando topa con una piedra de cal, el

viento entre las ramas de los árboles, el motor del generador de electricidad. Eso es la noche, cuando pasa aquello que en realidad no pasa, una negrura momentánea en la que, de pronto, Florencia Díaz se pierde.

Se encuentra abajo, junto a la trinchera. Está agotada, a su lado Natalia limpia con un pincel el borde de un hueso. Florencia empieza a hablar, balbucea, entre sollozos dice que ahí está la ropa del muerto, que puede verla. Natalia se toma un tiempo para tranquilizar a su compañera, trata de sonreír, por un momento el foco que ilumina el sitio parpadea y en esa milésima de segundo Florencia regresa a su pueblo, es de día y en las calles de Sarandí Grande no hay nadie, ve el fondo de su casa, el rincón donde está el conejo muerto y enterrado allá en el fondo, ella es una niña y su madre la acompaña. Se me murió el conejo, dice Florencia, llora y su madre la consuela y su hermano no termina de entender por qué aquella mascota que era una bolita orejuda comió un yuyo del jardín y se atragantó y acabó tieso y su madre mira hacia donde enterraron al conejo y no dice nada.

Ahora Florencia está sentada junto a la fogata, bebe un líquido caliente, escucha a Ximena susurrar a su lado. Méndez le ofrece algo de comer pero ella no tiene hambre. Aunque todo está bien, no recuerda lo que acaba de pasar en la trinchera. Su brevísimo delirio podría confundirse con una novatada a causa de la tensión acumulada durante la jornada, las 17 horas de trabajo sin pausa, pero no es eso. También está la carga emocional que empieza a tener el lugar: sabe que con el día llegarán los familiares de las personas desaparecidas, y que entre quienes se acerquen es muy probable que haya algún pariente del dueño o la dueña de esos huesos, un hijo o un nieto o un hermano, y le han dicho que después llegarán los de la prensa con sus cámaras y sus micrófonos, y que para entonces aún no estarán concluidos los trabajos de exhumación, y entonces lo único que hace ella es ayudar a desenterrar un cuerpo, con cuidado y respeto, es cierto, pero se trata de eso, desenterrar un esqueleto, descubrir lo tapado y dejar que los huesos digan por fin lo que tengan que decir. La luz parpadeó y a Florencia le molesta no recordar nada de ese instante, cuando se convirtió en centella para viajar ciento cincuenta kilómetros hasta llegar a Sarandí Grande, a su casa y su patio. Hay espacios que

quedarán vacíos para siempre.

Asegura acordarse de todo lo demás. Tiene presente cada detalle desde la primera hora de la mañana, sus uñas pintadas de rojo, la bufanda de color naranja que llevó ese día al campo, las palabras que le dijo a Gustavo antes de empezar la excavación, la palabra «designios», la foto. Puede decir que en el polvorín está su táper con unos ravioles, que ese iba a ser su almuerzo de esa jornada. Recuerda que era de noche, más temprano les había avisado a su novio y a su madre que quedaría desconectada durante muchas horas, ella estaba en la trinchera, en la parte más profunda, y de repente la luz hizo un guiño, vio su casa, se acordó del conejo. Y después se encontró sentada al lado de la fogata.

Es difícil reconstruir el momento porque los demás no le dieron importancia al episodio y porque Florencia nunca pudo terminar de aclararlo en su mente. Resulta probable que, en su memoria, ese instante haya sido modificado después con códigos que solo ella es capaz de descifrar, quizá como un escudo de protección ante el desafío de enfrentarse a una tumba clandestina. La historia del conejo había ocurrido de verdad en el año 2002, allá en su niñez de Sarandí Grande. Cuando en el futuro la cuente tal como fue, el asunto revelará un costado infantil y truculento que acaso sea la clave de todo el asunto:

—Quise tener ese conejo con mi hermano queríamos de mascota un conejo yo tenía siete años y mi hermano seis fuimos a comprarlo con mi madre nos costó cuarenta pesos un conejito blanco precioso lo dejamos en el fondo de casa al otro día volví de la escuela a mediodía y encontré al conejo muerto creo que comió mucho trébol o algo así lloré y lloré lo envolví en una tela y cuando mi madre llegó del trabajo me consoló y me ayudó a enterrarlo en el fondo bien atrás le dimos sepultura y unos meses después a escondidas fui y lo desenterré no sé por qué lo hice supongo que era la curiosidad científica a esa edad me apasionaba todo eso de chica quise ser forense por eso estudié Medicina y después Antropología me acuerdo que cuando desenterré el conejo comprobé que estaba en pleno proceso de descomposición quise ver qué pasaba no me dio miedo ni asco lo miré un rato y volví a enterrarlo en el mismo lugar lo dejé tranqui.

Ahora esos recuerdos no se atropellan ni percuten. Lo único que hay allí es una fogata y una tarea que debe continuar y completarse. Así que al rato ella vuelve al área de la trinchera. Ya está bien, se siente fuerte, quiere seguir con el trabajo. Se queda arriba con Rodrigo, ambos observan cómo Alicia y Matías, de rodillas dentro del foso, descubren un hueso del tórax, retiran los sedimentos adheridos con unas estecas de punta redondeada, cada tanto pasan despacio un pincel sobre la superficie ósea, hace frío, los dos llevan gruesas camperas de abrigo, capuchas, guantes de látex, la noche avanza, nadie tiene noción de la hora.

Madrugada tal vez. Alguien pregunta qué es ese foco en el cielo, ahí, bajo las nubes. Una voz de mujer dice que es un dron, que los están espiando.

—¿Un dron?

—Otra vez.

—No nos dejan en paz.

—Hay que hacer algo.

—Lo reporto ya mismo.

La agitación dura un minuto o dos, tiempo durante el cual ese destello se mueve apenas, o puede que el movimiento sea una ilusión óptica producida por las nubes que cruzan hacia el sur, o tal vez no haya ninguna ilusión y ese objeto se traslade despacio en la noche, escudriñando la zona del hallazgo. Cecilia Blanco realiza una llamada telefónica, hay un murmullo, alguien dice que el dron viene hacia la trinchera. Y eso parece, pues el foco se mantiene prácticamente estático, suspendido a una altura que es imposible de calcular en la oscuridad, a cada instante más brillante, como el de una cámara que los ilumina a ellos, quizá los filme, los grabe en video. La luz brilla con más y más fuerza, comienza a moverse más rápido, un fulgor blanco que se aproxima, se oye el lejano zumbido de unas turbinas. Uno de los fotógrafos de Policía Científica suelta una carcajada:

—Parece que es un avión —dice.

—¿Un avión?

—Un avión que se aproxima a la pista.

—¿A qué pista?

—Al aeropuerto…

Hay risas nerviosas, acusaciones en broma de paranoia, la exhortación para no perder más tiempo y continuar con la tarea. Pasa el avión, sigue de largo, solo quedan titilando sus lucecitas de navegación. El ruido de las turbinas se afina y disminuye hasta apagarse del todo. Sin embargo, el desconcierto por ese foco en el cielo no es para nada injustificado. Entre las múltiples acechanzas padecidas por los antropólogos en los últimos años, una de ellas fue provocada por un dron. El aparato ingresó a la zona bajo cautela judicial, allí mismo, en plena noche. Por supuesto que no había nadie del Giaf. Según el parte del Ejército, el hecho ocurrió a las 23:50 del domingo 15 de octubre de 2017, y el aparato sobrevoló el lugar durante veinte minutos. Uno de los guardias del cuartel detectó la luz entre los árboles, dio aviso al jefe de la guardia, se dispararon todas las alarmas y se reforzó la vigilancia en el predio. También se constató que «tres personas, que hicieron caso omiso a la voz de alto dada por los centinelas, huyeron para el lado de Peñarol». El incidente mereció un reporte de la comandancia y un informe del coronel Juan Santurio, el enlace del Ejército, quien habló con Felipe Michelini a la mañana siguiente. El suceso trascendió y fue catalogado por el gobierno como «una maniobra de amedrentamiento» a los expertos del Giaf que trabajaban en el batallón 13.

Aunque la artimaña causó revuelo en la opinión pública, no impidió que los antropólogos siguieran con su labor día tras día. Sin embargo, dejó plantada la duda acerca de quiénes habían hecho eso y por qué. Un dron infiltrado de madrugada en una base militar no es un hecho menor. Tres intrusos, la voz de alto. No parecía ser una broma inocente. Dos años después, Cecilia Blanco divisó aquel destello en la madrugada y de inmediato lo asoció con el incidente anterior. Ella estaba sentada junto a la fogata, alzó la mirada, vio la luz. Lo explica:

—Miré durante un minuto o más, porque no lo podía creer. La luz estaba ahí, parecía que estaba ahí y no se movía. ¿Qué otra cosa podía ser? Recordaba con claridad lo que pasó en 2017. En este caso resultó que era un avión, pero mi deber era alertar a mis compañeros, informar de inmediato a las autoridades. Y eso fue lo que hice. Son

cosas que pasan.

—Registro de planta.

—Estamos a cero sesenta. Hay cal.

—Cero seis cero.

—Un conglomerado importante.

—¿Perfil norte?

—Norte.

—Sigo con cucharín.

Cecilia permanece sentada en una de las sillas de plástico, de espaldas a la fogata. Piensa que ha hecho el ridículo con el dron, y que hacer el ridículo es una de esas cosas que pasan. Escucha el diálogo en la trinchera, no entiende bien ese lenguaje, piensa en la impunidad que han logrado tantos militares, tantos policías, tantos y tantas. Cuenta cosas y lo hace en voz baja, como para sí, abogada que pleitea consigo misma en una madrugada de agosto. Uno de sus compañeros la escucha, pero es como si no estuviera ahí. Ella le dice que anda todo el día entre papeles, y que cuando está en su casa, a veces para descansar se instala en la terraza con un café y trata de mirar a lo lejos, en plan de contemplar el cielo, los árboles.

—En Malvín todavía se puede hacer eso. Pero me pasa que siempre termino mirando una pared del edificio de enfrente. Una pared de ladrillos que es de lo más inspiradora. Son ladrillos con gente adentro, igual que el edificio donde vivo. Ladrillos bien ensamblados que deben durar como cien años.

Hace una pausa, pita de su cigarrillo y se complace en observar cómo el humo es iluminado por uno de los focos que están junto a la tienda de campaña. Mira alrededor. Eso la tranquiliza:

—Una vez me puse a pensar en la cantidad, en cuántos ladrillos habría en esa pared. Deben ser miles de ladrillos, todos planos, todos iguales y bien ordenados, pegados unos a otros. Parecen muchos ladrillos. Y cien años parece mucho tiempo, aunque si lo razonás no es tanto. Cien años no es tanto.

El cigarrillo se acaba. Lo aplasta con la suela de su bota y trata de imaginar cómo se verá este lugar dentro de cien años. En alguna parte leyó que cien años atrás aquí mismo había una quinta, árboles frutales, unos gallineros. Es probable que así haya sido, pero en el futuro no

habrá en este sitio ninguna quinta, eso es seguro. Intenta recordar dónde leyó lo de la quinta, acaso lo imaginó, un desvarío en una de esas tardes de domingo, sentada en la terraza de su apartamento, mirando una pared de ladrillos, cien años.

—La impunidad no puede durar tanto —dice, bosteza, se incorpora.

De noche pasan cosas, aunque con algunas es como si no pasaran, suceden nada más que para ser vistas después con otros ojos. En ocasiones la llegada del día las aclara, aunque a veces las enturbia, deforma su sustancia y fragua enlaces que pueden parecer lógicos pero que son errados. Quedan imágenes, momentos establecidos en este pasado perpetuo que es el presente, conejo, dron, fogata, Sarandí Grande. En la confusión nada parece tener sentido, salvo ese esqueleto que empieza a salir de la tierra. Ya casi amanece.

Celeste Martínez, 23 años, estudiante avanzada de Antropología, vive con sus padres, trabaja seis días a la semana en un museo, en su día libre colabora como voluntaria en el Giaf, no descansa, se lleva bien con todos, ya conoce el batallón, estuvo algunas veces allí y recuerda el lugar, el monte, los senderos, tiene buena memoria, es menuda y ágil, sabe fruncir el ceño, habla rápido, pura energía, se despierta a las seis en punto, todavía está oscuro, la noche anterior dejó todo preparado, guardó algunas cosas en la mochila, el teléfono quedó al alcance de su mano, encendido y cargándose, cada tanto se despertaba para ver si había algún mensaje del grupo, ahora desayuna despacio, su padre la llevará hasta el cuartel de Instrucciones, su madre da vueltas por la casa, ambos son científicos, deben sentirse orgullosos de esa hija empecinada.

—¿Estás bien?

—Muy.

—Vamos.

A las seis y media Celeste carga la mochila, se despide de su madre y parte con su padre hacia el batallón. No hace frío, y por encima de los edificios se ve una línea cobriza entre las nubes. Ya clarea. El trayecto es corto, y a esa hora en automóvil resulta fácil: Avenida Italia, Propios y luego unos dos kilómetros por Instrucciones. Hay poco

tránsito, las luces de la calle aún están encendidas, la ciudad muestra ese aspecto desolado que tienen todas las ciudades cuando empieza a amanecer. En algunos lugares la niebla es más densa que en otros, o tal vez no sea niebla sino humo.

Puede suponerse que ambos van en silencio, o que hablan de los trabajos que ella realizará en la excavación, o quizá conversan acerca de fósiles y playas lejanas. A veces las palabras sobran. La noche anterior todo fue agitación en la casa a partir del momento en que su madre dio la voz de alarma cuando encendió el televisor:

—Encontraron un cráneo en el batallón 13.

Entonces, de pronto, a Celeste comenzaron a ocurrirle cosas y hubo momentos llenos de excitación. La llamó Annika, le dijo que había un cuerpo, que Alicia quería que fuera a las siete de la mañana porque la iban a necesitar descansada y bien despierta. Después sus amigos empezaron a enviarle mensajes con preguntas, bromas, saludos. El teléfono vibraba una y otra vez. Todos saben que Celeste estudia Antropología y participa como voluntaria en los trabajos del Giaf. Más tarde, una amiga le preguntaba cómo había reaccionado al enterarse del hallazgo. Ella respondió: «Mandando stickers».

A esa hora estaba emocionada y nerviosa. Y era así porque las noticias que llegaban por la tele eran fragmentarias, a veces torcidas. Había que alistarse para el trabajo de campo, elegir ropa cómoda y abrigada, una camiseta por si subía la temperatura, comida, cuántas horas por delante, cuántas sorpresas, si se encontró un cuerpo podría encontrarse otro, otros, una fosa común, cualquier cosa era posible en esos campos de la muerte, frases, comentarios, divagues provocados por la mezcla de entusiasmo y angustia que embargaba a la familia.

Poco antes de las siete Celeste baja del automóvil, se despide de su padre y se dispone a ingresar al batallón por el portón peatonal de Instrucciones. Hay una cámara de televisión con trípode instalada afuera, junto a la entrada. Un par de periodistas con cara de sueño fuman en silencio y la miran sin prestarle atención. Después de comprobar su identidad, el soldado que custodia el portón la deja pasar con un movimiento de cabeza. Unos metros más adelante ella se detiene bajo el pórtico del edificio principal y le envía un mensaje a Alicia: «Estoy».

De inmediato se pone en camino, avanza por el costado de la plaza de armas, trata de orientarse, hace tiempo que no viene y encuentra todo cambiado. No está demasiado segura del recorrido que debe hacer, el predio es enorme y tampoco conoce con exactitud el sitio donde se ha instalado el equipo. Desde que se enteró de la noticia le intriga el lugar exacto de la sepultura, dónde habrá sido el hallazgo. No quiso hablar de eso con Annika cuando la llamó, pensó que lo último que debía hacer era molestar con preguntas que nacían de su curiosidad. Ahora se arrepiente, porque aunque pudo ver algunos videos en la tele, no reconoció nada de lo que se mostraba en la pantalla. Quizá fueran imágenes de archivo, o de otro batallón, hasta de un campo cualquiera podían ser. No tiene mucha confianza en los materiales que aparecen en la televisión. Además, los sobreimpresos en los noticieros referían al descubrimiento de una tumba en términos genéricos, pero no hacían referencia a la ubicación. Decían: «En el batallón 13», como si se tratara del patio de una casa y no de un campo con decenas de hectáreas. Sabe que fue cerca del arroyo, y anoche al consultar un mapa de la zona vio que el Miguelete bordea esos terrenos por casi un kilómetro. Se supone que hay un monte en casi todo el recorrido. Confía en poder orientarse o que, en todo caso, alguien la vaya a buscar.

Hay movimiento en el cuartel, la agitación habitual de esas primeras horas en las unidades militares, soldados que van y vienen, luces encendidas en las barracas, un camión en el que se cargan cajas, oficiales que controlan, voces de mando. A medida que ella se aleja de la entrada los ruidos se van apagando, las voces se pierden, las luces disminuyen y las sombras se alargan. Allá va Celeste, muy segura de sí, con paso rápido avanza por el sendero que lleva hasta la portera del área cautelada. Ese camino lo conoce bien. El soldado de guardia le da la voz de alto, pregunta su nombre, enciende una linterna, la enfoca, luego revisa despacio una planilla, por fin le franquea la entrada:

—Siga.

La voz del tipo le suena desagradable y se queda en sus orejas después, cuando comienza a avanzar por el camino. Pegada a sus orejas esa voz convertida ahora en una sustancia viscosa, una baba que le resulta irritante, aunque quizá lo peor de todo no haya sido la voz

sino esa única palabra, pronunciada como si se tratara de una orden, algo por lo demás común en cualquier cuartel. Alto, venga, firme, descanse, siga. Un diccionario de órdenes, palabras puestas en fila, de a una en fondo, una columna de la milicia.

Trata de orientarse en la media luz del amanecer, pero luego de caminar unos cientos de metros cae en la cuenta de que está perdida. No reconoce siquiera la lejana línea del monte. A la distancia se oye un ruido de motor. Considera por un momento la posibilidad de volver a la portera y preguntarle al soldado que vigila la entrada cuál es la dirección que debe seguir. Enseguida descarta esa variante, se dice que de ninguna manera lo hará, que es preferible extraviarse en el monte antes que hablar de nuevo con el soldado y luego sufrir la voz babosa en sus orejas. Ella puede, así que continúa.

La senda se aparta del alambrado y dibuja una curva hacia el fondo del campo. Está más oscuro allí, se oyen otros ruidos, parecen próximos, tal vez sea una patrulla, aunque en el área cautelada no debería haber ninguna patrulla. Algo inquieta, Celeste se detiene para situarse mejor y estar preparada. Siempre tiene que estar preparada, lista para lo que sea. Ve una luz que se mueve, una linterna que aparece entre los matorrales por detrás de la curva, lejos o quizá no tanto, en realidad está ahí mismo, adelante. Alguien viene desde el lado del monte. Oye pasos. Escucha su nombre:

—Celeste.

Y enseguida:

—Soy Méndez.

Ella no se acuerda de él pero lo saluda como si fuera un compañero de facultad porque siente alivio, ganas de caminar rápido, de llegar y ponerse a trabajar. La ha llamado por su nombre, así que no tiene de qué preocuparse. Se dan la mano. Mientras se dirigen a la trinchera, Méndez comenta que Alicia le encargó ir a su encuentro, que en el grupo están entusiasmados pero hay cansancio y que será de gran ayuda su presencia. Aunque Celeste lo escucha, su atención está puesta en las luces que ya ve adelante, y el ruido de motor.

—¿Y eso?

Méndez le explica que es un generador de electricidad. Celeste trata de interpretar las imágenes que entrevé en la penumbra. Distingue una

silueta, el camino se vuelve un barrial difícil de transitar, hay una tienda de campaña, un foco que encandila, luego un gazebo y los rescoldos de un fogón y un policía con una cámara de fotos que la observa. Oye la voz de Alicia que le da la bienvenida y dice algo sobre unas bolsas. Celeste apaga su teléfono y lo guarda en la mochila. Ya está lista. Méndez informa casi a gritos que va a buscar el desayuno para todos.

No parece sentir el cansancio. Camina por tercera o cuarta vez el kilómetro de regreso hasta el estacionamiento del cuartel y se acerca a la camioneta que ya está allí. El chofer de relevo lo mira con cara de sueño o de hastío. Está con el asiento reclinado, y tiene puesta una gorra de lana. Méndez le da los buenos días, le pregunta cómo están las cosas, dice en broma que los dos tienen que cumplir una misión muy importante y que la misma consiste en buscar algún lugar abierto para comprar café, bizcochos, sándwiches, lo que sea, desayuno para la tropa, dice y se ríe, sacude con suavidad a su compañero, habla fuerte, el chofer por fin endereza el asiento, bosteza, se abrocha el cinturón de seguridad y enciende el motor de la Hyundai.

—Dale.

Circulan con prudencia. Salen por Instrucciones hacia Propios. Buscan algún supermercado o almacén pero es muy temprano y a esa hora todos los comercios están cerrados. Al llegar a la esquina de José María Silva ven una carnicería con las cortinas bajas. En el frente, casi sobre la vereda, hay un cartel publicitario: «Aquí la carne tiene nombre». El chofer lo lee en voz alta y se ríe de la ocurrencia. De a poco el tránsito se incrementa. Cruzan Propios, pasan frente al Cottolengo Don Orione y siguen hasta Millán, doblan hacia el Prado, luego van por Castro rumbo al viaducto. Por fin encuentran una panadería abierta en la esquina de Castro y De Pena. Desde la calle se ven las luces encendidas del comercio y un par de mujeres de túnica blanca que trabajan detrás del mostrador. La panadería se llama Josefina. Una de las mujeres acomoda bandejas en una vitrina de exhibición y la otra estiba en una cajonera las flautas que tienen toda la pinta de estar recién horneadas.

El chofer permanece en la Hyundai con el motor encendido mientras Méndez entra al local y el olor a pan lo envuelve y le activa recuerdos lejanos. Se para frente a la vitrina y trata de imaginar qué será lo más práctico para llevar a la zona de la trinchera. Al final se decide, compra dos bolsas grandes de bizcochos y elige una *baguette* para compartir con el chofer. La vendedora le asegura que allí amasan el mejor pan de toda la zona, y que nadie les gana en eso. La *baguette* está tibia aún, pero Méndez no está seguro de que los bizcochos sean frescos. Es probable, piensa, que hayan sobrado de la tarde anterior. Siente la tentación de preguntar, pero razona que va a llevarse esos bizcochos cualquiera sea la respuesta, así que paga y se despide.

La camioneta sigue su recorrido. Falta el café, así que dan la vuelta, suben por Castro, pellizcan la *baguette,* vuelven a doblar en Millán y se dirigen hasta un McDonald's que está sobre Suárez, casi enfrente a la residencia presidencial. Ya hay gente allí que desayuna Big Mac, papas fritas, esas cosas. Parroquianos de nuevo tipo, piensa Méndez. Jóvenes con IPhone, auriculares blancos, championes Nike. Parecen viajeros recién llegados de un planeta de plástico. El chofer ha dejado la camioneta estacionada un poco más arriba y acompaña a Méndez, quien ya hizo el pedido y pagó la cuenta. Cuando todo está listo, vuelven a la camioneta. Tratan de regresar rápido, hay mucho tránsito por Millán, la visibilidad es bastante reducida. Méndez se fastidia:

—Otra vez niebla.

—Es humo —dice el chofer.

Méndez lo mira, no entiende, supone que el desvelo de la noche empieza a pasarle factura.

—¿Qué humo?

—Lo dijeron en la radio.

—Qué raro.

—Humo.

No hay más diálogo. Los dos hombres se limitan a observar las líneas agrisadas que parecen quietas sobre las casas y los árboles. La Hyundai se desliza con suavidad por la pendiente de Instrucciones. La carnicería sigue cerrada. Hay personas en las paradas de ómnibus, y otras que se desplazan en dirección a Propios en bicicleta. Cuando llegan de nuevo al cuartel ya es pleno día y hay varios periodistas

apostados junto a la entrada.

Méndez piensa que todo va bien, Felipe Michelini lo llama desde La Haya, a los tumbos la camioneta se acerca lo más posible a la zona de trabajo, los antropólogos detienen sus tareas cuando la ven en el sendero. Ahí está Méndez, bajo el brazo el termo con café, en sus manos las bolsas con bizcochos.

**| DIARIO DE CAMPO |**

Grupo de Investigación en Antropología Forense (GIAF) Tareas en el predio bajo cautela judicial del ex batallón 13.

Miércoles 28 de agosto de 2019 (cont.)

Se realiza ampliación hacia W (1,43 x …). Se profundiza hasta 0,60 m (se tomó fotografía previamente de planta a 0,30 m.) A 0,60 m se registra presencia en planta a 0,25 m aprox. del perfil N conglomerado de cal.
Se continúa profundizando con cucharín. Cayó del perfil de la TM 3896 un fragmento de húmero. Se guarda como P009.
A la altura de 0,60 m se realiza registro de planta.

---

El registro de planta es la revisión y documentación del piso de una trinchera en la que se está trabajando. Se realiza con fotografías, cinta métrica, planos y bocetos, a medida que se profundiza la excavación. Esos materiales deben servir después de auxilio para determinar con exactitud los pasos seguidos durante el proceso. En el caso de la trinchera 3896 se ha tomado la precaución de realizar el registro cada 30 centímetros y anotar en detalle las ampliaciones efectuadas para lograr un mejor acceso a la osamenta. Todo el procedimiento está documentado. De acuerdo al Diario de Campo, el foso tiene en su parte más baja una profundidad de 1,60 m con respecto a la superficie del terreno. Es un volumen de tierra importante, removida en su mayor parte de forma manual con palas y cucharas de albañilería.

El resultado se aprecia con claridad a media mañana, cuando el

esqueleto se halla bien iluminado por la luz del día y queda expuesto casi en su totalidad. Se levantaron algunas piezas desprendidas de forma accidental durante los trabajos para remover sedimentos. También se guardaron y rotularon muchas bolsas de tierra, que fueron apartadas unos metros de la trinchera con la ayuda de Luis Brusnin y Nasr Alkasem, quien se reincorporó temprano a las tareas. El paso siguiente es fotografiar el conjunto y luego comenzar a retirar de a uno y con cuidado cada hueso, fotografiarlo y colocarlo en una bolsa de papel de estraza con un código específico. Esa prolijidad servirá para documentar de manera fehaciente la posición del cuerpo en la sepultura, catalogar el conjunto en el laboratorio, ver cuántos huesos faltan y cuáles son, establecer el inventario definitivo y proceder con los exámenes radiológicos, la limpieza y el posterior ensamblado, convocar a los expertos del Instituto Técnico Forense, buscar evidencias y, de ser posible, establecer la causa de muerte. Luego, de común acuerdo, se elegirán los huesos de donde extraer muestras para buscar ADN.

Falta mucho para eso, tal vez diez o quince días, y todos saben que las conclusiones de las primeras pericias suelen ser inciertas. En algún caso se pudo establecer sin margen de error el motivo del deceso: un orificio de bala en el cráneo, un disparo efectuado a corta distancia. Así mataron a Julio Castro, un educador, ensayista y periodista de 68 años, quien fue secuestrado por un grupo de militares en 1977 y estuvo desaparecido hasta 2011, cuando los antropólogos del Giaf dieron con la sepultura que contenía sus restos en un terreno perteneciente al batallón de paracaidistas de Toledo. Por cotejos de ADN lo identificaron cuarenta días después. La noticia provocó indignación general, porque demostraba más allá de toda duda razonable que el Ejército había ejecutado a un anciano indefenso.

En la trinchera 3896 no hay por ahora ningún elemento para anotar respecto a proyectiles o cualquier otro material extraño. En varias ocasiones han pasado el detector de metales sobre los restos y en los laterales, sin resultados. También lo habían hecho antes en la tierra extraída por la retroexcavadora de Luis Brusnin, tanto la depositada en un costado como la del tacho de la máquina. Quitaron la tierra del tacho para cernirla con la zaranda, trabajaron durante varias horas,

pasaron el detector y no encontraron nada.

Pese a que el cráneo está quebrado en varias partes, una vez descubierto no muestra lesiones ni orificios. Algunos huesos de la región toráxica también están rotos, pero lo más probable es que se trate del deterioro provocado por las condiciones del enterramiento y por el tiempo transcurrido. En los pies, en cambio, el panorama es diferente.

Sobre las diez y media llega por sorpresa la primera visita del día: una jerarca de la Policía Científica se presenta en el sitio acompañada de varios ayudantes, tal vez para supervisar el trabajo de sus funcionarios. Cecilia Blanco los recibe junto a la tienda de campaña y les enumera las medidas de preservación de la escena que dictó la jueza del caso. De todos modos la comitiva traspasa la cinta que demarca el área de exclusión y se acerca a la trinchera. La jerarca policial, de uniforme azul con galones de comisario, conversa por algunos minutos con los dos fotógrafos destacados en el lugar y observa con curiosidad el trabajo en el foso. Pese a que no puede tener un panorama completo, la mujer igual se muestra atribulada ante lo que ve. Alicia le comenta que el proceso de recuperación avanza según lo planificado y que seguirán durante buena parte de la jornada. Al cabo de unos minutos el grupo se marcha por el sendero rumbo a la portera.

Entre los antropólogos la fatiga y el sueño se expresan en el entusiasmo que muestran por acabar la tarea cuanto antes. Los pocos que lograron dormitar durante la madrugada lo hicieron sentados en las sillas de plástico, junto a la hoguera. Diez minutos uno, cinco minutos otro, tiempos mínimos que, en lugar de ser reparadores, acabaron por ser fuente de incomodidad y calambres. Ahora el sol empieza a entibiar la mañana y las energías reaparecen. Alguien pregunta si está todo preparado para continuar con la recolección, que debe hacerse hueso por hueso según el protocolo. Los fotógrafos de Policía Científica, que conversan a unos metros de allí, ya les advirtieron que las instrucciones de la jefatura son precisas: cada hueso tiene que ser fotografiado por ellos en primer plano, anverso y reverso, en el mismo momento en que se extraiga del conjunto. Después, si quieren, lo puede hacer alguien del Giaf.

Junto a la fosa se guarda silencio. El generador de electricidad está apagado, y apenas si se oye un ruido de motor que viene de lejos, del lado del cuartel. Entonces ocurre un hecho extraordinario que pasará inadvertido para la mayoría de quienes se encuentran en la zona de trabajo. Se trata de algo de apariencia insignificante que permite entender los dilemas que agitan el corazón de quienes se han convertido de golpe en personajes centrales de esa historia. Asumen los compromisos de la hora, ven el panorama completo como si observaran múltiples pantallas, admiten que no se trata solo de una fosa y un cadáver, que es mucho más que eso. Alguien pronuncia la palabra respeto y, en un ambiente de recogimiento espontáneo, se genera un intercambio entre varios integrantes del grupo. Unos están, otros no están. Es una charla casual que se vuelve un juramento nunca explicitado: demorar. Hablan en voz baja con la vista fija en la trinchera, como si cada quien estuviera a solas y le contara sus pensamientos a los huesos que allí esperan.

—Parece que hasta mañana no va a llover, así que tenemos todo el día.

—En un rato vendrán los familiares.

—Para ellos va a ser difícil.

—Estamos todos cansados.

—Vamos a esperarlos.

—Es mejor que vean todo esto.

—Tienen que ver todo esto.

—Encontrar esa tumba justo aquí, con toda esta mugre…

—Peor sería que los familiares llegaran y la tumba ya estuviera vacía.

—Tumba vacía.

—Qué dolor.

—Dijeron que llegaban sobre el mediodía.

—Supongo que los dejarán entrar, porque si no los dejan…

—No tenemos apuro.

—Yo no tengo ningún apuro.

—De todas maneras podemos trabajar despacio.

—Más despacio.

—Bien despacio.

—Así tiene que ser.

A propósito de ese lugar y aquel dolor, Alicia Lusiardo lo revivirá después gracias a un video casero armado por Gustavo Méndez con unas pocas fotografías. Dura apenas un minuto y logra capturar la esencia del episodio en su complejidad y dramatismo. Al comentar las imágenes, Alicia rememora esos momentos y lo hace con palabras atravesadas por una indignación que, a pesar de todo, deja un espacio para la esperanza:

—Méndez nos mandó ese video que es privado, nuestro. En el Giaf lo miramos y nos emociona. Si lo destripás, las imágenes son horrorosas. Toda esa basura, ahí en el borde del arroyo, el lugar más miserable y más alejado que pudieron encontrar para ocultar el cuerpo… toda esa cosa grotesca… ver los restos sobre la tierra… Todo eso, que es grotesco y horroroso, provoca muchas emociones, porque además se siente eso tan difícil de describir que es la conmoción del hallazgo, algo que te inunda de golpe, esa sensación del horror y a la vez de todo lo que se va a abrir a partir de ahí, esa constatación y todo lo que va a significar.

El 28 de agosto de 2019 nadie sabe todavía «todo lo que va a significar» ese horror, pero los antropólogos pueden intuirlo. A simple vista han observado algunos detalles, unos que serán compartidos con Familiares cuando lleguen al lugar, y otros que quedarán asentados en las actas del laboratorio, se integrarán al expediente judicial y no se harán públicos. Los que trabajan en el hallazgo notaron que la tumba donde se encuentra el esqueleto es más pequeña que el cuerpo allí depositado. Matías López lo dice con crudeza:

—Lo embutieron ahí. La forma de disposición del esqueleto muestra con claridad que, cuando lo enterraron, tuvieron que forzar el cadáver para que entrara en ese hueco.

Alicia, que es una osteóloga experta, da clases de esa disciplina en la universidad y ha visto y manipulado huesos humanos durante dos décadas, se da cuenta enseguida de la mutilación del cadáver: ambas piernas muestran fracturas extremas por encima de los tobillos. Los pies están torcidos, uno de ellos casi desprendido de la pierna, como plegado sobre ella. A primera vista parece una mutilación de las llamadas «perimortem», pero esa clasificación siempre es delicada y

muchas veces poco precisa. Habrá que estudiar en detalle los bordes de esas fracturas para saber qué historia cuentan. Lo más probable es que tales lesiones hayan sido producidas durante el enterramiento, aunque por ahora ninguna hipótesis puede descartarse. Y pese a que es difícil siquiera pensar en la mecánica del acto, en cómo y por qué ocurrió, acaso sea una obligación ética y una necesidad psicológica entender, saber o por lo menos imaginar una manera posible, establecer una conjetura razonable sobre los movimientos que debieron realizar las personas que actuaron como sepultureros ahí, en los fondos de ese batallón.

Segunda mitad de la década de 1970. En el sur de América manda el terror. Los ejércitos han conquistado un territorio de casi catorce millones de kilómetros cuadrados, una vez y media el tamaño de Europa. Desde las costas del Atlántico hasta las del Pacífico el éxito es rotundo y la resistencia mínima. Hay civiles y militares que ordenan, civiles y militares que obedecen, y hay cerebros que diseñan el futuro desde sus atalayas ubicadas muy lejos de cualquier frente de conflicto. No son generales ni estrategas de la guerra, sino gobernantes, empresarios, economistas, doctores en leyes, sociólogos, banqueros. Todos impecables, sonrientes, dispuestos a cualquier cosa para consolidar la victoria.

Un grupo muy reducido de personas se halla en algún rincón de ese modesto predio que tienen las Fuerzas Armadas de Uruguay en la avenida de las Instrucciones, en Montevideo. Imposible saber cómo van vestidos, aunque es probable que lleven puestos sus uniformes de fajina, ropas ya gastadas, raídas por las intemperies, camisas sudadas, botas sin lustre. Están en ese campito que, comparado con los territorios ocupados por los ejércitos, es un punto insignificante. El Uruguay entero, que es el país más pequeño de América del Sur, tiene una superficie de unos diecisiete millones y medio de hectáreas; el departamento de Montevideo, que es el más pequeño del país, abarca cincuenta y tres mil hectáreas; el complejo militar de Instrucciones ocupa en total apenas unas ochenta hectáreas; y el campo donde ahora

operan esas personas en la noche es un terreno de media hectárea. El foso cavado por ellos tiene un metro y medio de largo y unos cincuenta centímetros de ancho, algo así como cero con setenta y cinco millonésimas de hectárea: 0,000075 ha. Una superficie microscópica que en las escalas cartográficas habituales no puede ser representada porque no existe, es la nada misma. Y sin embargo esa nada es todo. Es el mundo infinitesimal de esta historia.

De noche, entonces, a pico y pala esos hombres han abierto una fosa junto al arroyo y ahora se disponen a depositar en ella un cadáver para ocultar un asesinato. Están en una zona militar y se mueven libremente. Nada les impidió acceder a este sitio, ningún centinela les cortó el paso. Para esas personas el muerto tal vez no tenga nombre ni rostro, ha de ser apenas un despojo del cual hay que deshacerse, las ruinas de una lucha en la que ellos prevalecieron y él, o acaso ella, sucumbió. Esas personas —nada más que dos o tres, todos varones, todos cumpliendo órdenes—, alumbradas por una linterna cargan el cadáver y, como si fuera un saco de escombros, lo arrojan en el agujero destinado a ser su tumba. Enseguida descubren que erraron el cálculo o fueron perezosos en la tarea o el tiempo los apuró demasiado. Un embrollo. La cuestión es que el cuerpo no entra, la fosa es más corta y más angosta de lo que debería.

Es posible que haya *rigor mortis* y que eso les impida maniobrar con las extremidades. Ha sido difícil cavar ahí, porque pese a la cercanía del arroyo la tierra es dura y compacta, como si hubiera fraguado a lo largo del tiempo y se negara a ser violentada por los hombres, esos hombres que, urgidos por las circunstancias y con ganas de terminar el trabajo, en lugar de agrandar el foso lo que hacen es hundir el cuerpo a la fuerza en esa tumba demasiado corta. Lo empujan con toda la energía de que son capaces y logran bajarlo un poco, pero las piernas sobran y el cadáver queda en una posición que les parece ridícula. Les resulta enojoso mirar a la luz amarillenta de la linterna esa cabeza metida en el pozo, esos pies que sobresalen, dedos flacos, piel blanquísima.

Alguien empuña la pala con la que se abrió la sepultura y procede a golpear aquellas piernas que se resisten a ser enterradas. Pega primero con el mango, después con el filo, de arriba hacia abajo con potencia,

busca la parte más fina, justo allí, en las articulaciones de los pies, en los tobillos, un golpe, dos, tres, quién sabe, quién puede contarlos, quién puede oír como resuenan los golpes en la noche. No hay mucho espacio alrededor, así que esa labor la tiene que hacer una sola persona, el elegido para la mutilación, el gladiador que se dispone a vencer a un difunto cueste lo que cueste, el combatiente que pelea contra unos huesos porfiados. Siguen los golpes, pueden oírse de lejos, tal vez el sonido llega hasta la caseta de guardia que está sobre la avenida. Al final los huesos se quiebran, ceden, son derrotados. Así se logra introducir todo el cuerpo en la fosa. Después lo cubren con tierra, apisonan un poco, se marchan.

Hay un par de lagunas en ese relato. Faltan algunos elementos para completar el cuadro de forma más o menos verosímil y de acuerdo a los testimonios previos y a las evidencias halladas en la trinchera: allí hay cal, pedregullo, arena, unos cantos rodados. Hay que regresar, aunque cueste hay que volver al momento en que esos dos o tres varones llegan en la noche con el cadáver a la orilla del arroyo, entre unos matorrales. La tierra está seca y no hay árboles. Todavía no están los árboles, que serán plantados años más tarde.

Un vehículo cualquiera, puede ser un camión o un jeep, se arrima hasta el punto elegido. Los hombres cargan el cuerpo que va metido en una bolsa de arpillera, la fosa ya ha sido abierta, ellos retiran la bolsa y colocan allí el cadáver, uno hace fuerza para que entre en ese agujero, machaca los huesos de los tobillos hasta que lo logra. Regresa al vehículo, se lleva la arpillera y vuelve con la arena y el pedregullo. Luego trae la cal en una bolsa. Quizá pretende hacer una mezcla, pues tiene el agua del arroyo allí mismo. Por alguna razón decide arrojar sobre el cuerpo la cal, cal viva que quema la carne, come los músculos, los tendones y la piel. Luego entre todos echan piedras y arena, cubren con tierra la sepultura, la apisonan, regresan al vehículo, se marchan.

Y hay, por supuesto, una posibilidad más terrible: que esas fracturas hayan sido producidas en vida. No es exagerado pensar en una acción de ese tipo, pues los relatos acerca de suplicios a los detenidos y secuestrados abundan en salvajadas iguales o parecidas. Eran frecuentes las fracturas, las mandíbulas rotas, los húmeros partidos de un solo golpe, las rodillas reventadas a martillazos. También es

probable que la tumba, con ser estrecha, estuviera ajustada al tamaño del cadáver, en cuyo caso solo queda concluir que eso fue lo que pasó: torturas que provocaron la muerte. El estudio en el laboratorio de los huesos dañados puede arrojar luz sobre ese punto, determinar en qué condiciones se produjeron las fracturas, despejar por lo menos el más horrible de todos los supuestos.

Son especulaciones repugnantes, pero es solo a partir de esa náusea que se puede realizar una aproximación acorde con los rastros encontrados y los testimonios que algunos exmilitares brindaron dentro y fuera de los juzgados: quienes hacían esos trabajos eran soldados rasos, cavaban un pozo, transportaban el cuerpo, le ponían cal y algunas veces una mezcla de hormigón, después lo tapaban con tierra, listo, no se hablaba más del asunto, los oficiales daban las órdenes, conocían los lugares, sabían. Esos oficiales eran quienes aplicaban los tormentos. Haya ocurrido de esa manera o de otra similar, al final cabe concluir que lo repugnante no es la especulación acerca del acto sino el acto mismo, la sevicia de quienes allí estuvieron. Ese fue su infierno.

6

Cerca del mediodía, cuando ya el levantamiento de los restos está avanzado, se conoce en la trinchera la primera versión sobre la programada visita de Familiares. Alguien comenta que van a llegar al cuartel de Instrucciones en unos minibuses facilitados por la presidencia de la República, que el grupo es numeroso, que tienen la documentación en mano y están ansiosos por entrar. Pero se encontraron con la sorpresa de que no les permitirían ingresar sin orden judicial, así que debieron ir al juzgado para presentar una petición por escrito. El juzgado. Penal 23. Isaura Tórtora.

Preocupado, Méndez se aparta del grupo y llama a Felipe Michelini para ver cómo se supera ese obstáculo, que a primera vista sería apenas uno de los tantos frutos malsanos de la burocracia uruguaya, pero que también puede esconder otra cosa, acaso un ocultamiento o un intento de provocar algún tipo de escándalo para diluir así el impacto que la noticia ha tenido en la opinión pública. La zancadilla quizá provenga de los propios mandos militares, o de algún ministro, o tal vez de altas autoridades judiciales, deseosas de dar vuelta esa página del libro de las crueldades. Felipe lo tranquiliza, le cuenta que ya está al tanto de la dificultad y que hace lo posible para resolverla. De cualquier manera le pide que lo mantenga informado y que no dude en llamarlo sin importar la hora, que lo llame él o que lo llame Cecilia o que lo llame quien necesite llamarlo, a cualquier hora, repite. En La Haya son casi las cinco de la tarde.

Cuando Méndez regresa a la zona de la trinchera se encuentra con que todos han detenido las tareas para almorzar. Les han traído unas bandejas envueltas en papel de aluminio con comida caliente que, en esas circunstancias, les resulta una delicia. Luego, sin prisa, hay conversaciones, nuevas llamadas telefónicas, secreteos, preguntas.

—¿Quién está trancando?

—¿Algún ministro?

—¿Los generales?

—Carcamales.

—Generales carcamales.

—Garcamales.

Hay risas, pero el ambiente no es para nada festivo. Los fotógrafos de Policía Científica ven rostros de preocupación en los antropólogos y no terminan de entender lo que pasa. Luis Brusnin va a sentarse en la cabina de su retro, Celeste acomoda unos baldes vacíos junto a la mesa de pvc, Nasr se aleja para hacer sus abluciones y realizar la oración del mediodía, Ximena revisa fotografías en la pantalla de la cámara. La actividad, pese a que se ha detenido para recibir las viandas, parece ser normal y hasta apacible si se quiere, pero el ambiente está cargado con un malestar que se deposita en ese sitio como un manto que agobia. Un canal de televisión comienza a emitir en directo desde la entrada del cuartel.

En su despacho de la Ciudad Vieja la jueza Tórtora sopesa la delicada situación. Al parecer, según le acaban de explicar, no es sencillo avalar el ingreso de civiles a una unidad del Ejército sin los más estrictos controles, y menos si se trata de un grupo numeroso. Hay reglamentos militares que, en ciertos casos, tipifican como delito permitir o facilitar tales intrusiones. Los oficiales a cargo del cuartel pueden enfrentar consecuencias. Además, le aseguran que personas sin ninguna vinculación con los desaparecidos, simples particulares, también pretenden ir hasta la tumba clandestina. Y para llegar a ese sitio junto al arroyo deben pasar por la entrada del cuartel.

La jueza se toma su tiempo, recaba criterios y realiza consultas. Al parecer, en Familiares hay molestia con la tardanza y, cuando llegan al cuartel, el ambiente es un tanto volátil. En el transcurso de una llamada telefónica, el fiscal Perciballe le dice a Tórtora que en su opinión el ingreso de Familiares debe ser autorizado sin ninguna duda. Un general del Ejército considera aceptable que los civiles pasen y vean, siempre y cuando haya una orden judicial. Desde La Haya Felipe Michelini habla con el ministro de Defensa y hasta con el propio presidente de la República. Todos coinciden en señalar que la única persona facultada para tomar esa decisión es la jueza Isaura Tórtora. Tal coincidencia puede interpretarse como una muestra de acendrado

republicanismo o como un lavado de manos a lo Poncio Pilatos. Después de considerar todas las opciones, Tórtora ordena que se confeccione una lista de los familiares que han solicitado entrar al cuartel. Se redactará un oficio y ella autorizará el ingreso, pero lo va a hacer *in situ*. Quiere estar allí. Desde su despacho dispone las acciones necesarias para ello.

De pie junto al foso, Cecilia Blanco recibe una llamada del coronel Santurio, quien le trasmite su preocupación por lo que sucede en los portones de acceso y le pide que se acerque hasta allí para dialogar con algunas personas que se muestran descontentas y alteradas. El militar corta la comunicación sin despedirse, como si le hubiera dicho: «Dese por notificada». Cecilia se aleja unos metros, busca un sitio a la sombra, enciende un cigarrillo y se pone a pensar en el almuerzo que dejó servido en la mesa de su apartamento hace ya veinticuatro horas. Piensa que las verduras recalentadas en el microondas se habrán echado a perder. Acaba de oler algo que le sirvieron, pero no pudo descifrar qué era y ni siquiera lo probó.

Nada tiene sabor, la lengua se le pega al paladar, le duele la cabeza, supone que será la sed, debe hidratarse. Mientras fuma repasa en su mente las imágenes que vio en su casa antes de salir. Son como diapositivas, se deslizan con una cadencia precisa, dos, tres segundos y después se oye ese ruido característico de los antiguos proyectores de diapositivas, una especie de tric-trac cuando pasa de una diapositiva a otra: las ventanas cerradas, tric-trac, una taza de café en la mesada de la cocina, tric-trac, el adorno de cuarzo, tric-trac, la pared de ladrillos frente al ventanal, el plato de comida, los cubiertos, el vaso de agua, tric-trac.

Podría estar horas proyectando esas diapositivas, siempre las mismas y en la misma secuencia. No quiere salir de ahí, no quiere que el cigarrillo se termine, no quiere hacer lo que tiene que hacer, pero comprende que no podrá evitarlo, así que al rato vuelve a la zona de la trinchera. Comenta que hay un problema con Familiares por unos permisos para ingresar al cuartel, y que el coronel le pidió que fuera a apagar el incendio.

—¿Así te dijo?

—No. Fue formal, pero quiso decir eso.

—Un incendio…

—Tengo que ir.

Se lo dice a sus compañeros pero también a sí misma para convencerse, porque sabe que será una instancia emocionalmente compleja tanto para ella como para sus interlocutores.

—Te acompaño —dice Méndez.

Los dos se marchan por el sendero hacia la portera del área cautelada. De ahí les quedará todavía un largo trecho para llegar al portón principal. Los antropólogos los ven alejarse y se sienten desconcertados. Están molestos y no lo ocultan. No entienden por qué un comandante militar se propone entorpecer y alterar un acto tan íntimo y doloroso como es la visita a una sepultura. Méndez, quien estaba al tanto de lo que ocurría, les había advertido unos minutos antes que el problema no era el comandante del cuartel sino la jueza a cargo del asunto. Agregó que ella iba a permitir la entrada de Familiares, pero que lo haría cuando llegara al batallón. Ximena tiene la desagradable impresión de que tampoco Cecilia quiere que el grupo de Familiares venga hasta el foso.

Como al principio del hallazgo, a la trinchera retorna la vida en cámara lenta, solo que en esta ocasión no es un tobogán en el que los buscadores de huesos se deslizan sin quererlo, sino una coreografía cuyo objetivo es mantener lo que queda del esqueleto en su lugar hasta que aparezcan allí los parientes de los desaparecidos. Sin duda que la parsimonia empleada por los integrantes del equipo puede atribuirse al agotamiento, al natural desgaste en quienes llevan más de treinta horas despiertos y en el barro, en una labor que les ha consumido grandes cantidades de energías físicas y mentales. Nadie sería capaz de objetar la morosidad con que remueven los últimos conglomerados de cal, las pinceladas finales para dejar una parte del esqueleto expuesta y lista para su levantamiento. Además la temperatura ha trepado y por momentos el aire se vuelve áspero a causa del humo que llega desde el norte. Guiados por el afán de que no haya ninguna grieta en la labor, entre varios repasan los códigos escritos con marcador en las bolsas de tierra, revisan las herramientas, cuidan que las planillas y las fichas estén ordenadas.

A un kilómetro de allí, pocos metros antes de llegar a la entrada

principal del cuartel, Cecilia ve que el coronel Santurio va a su encuentro. Está acompañado del mayor Comotto, quien tiene en sus manos una tablilla con papeles y un bolígrafo. Méndez sigue hacia el portón. De pie junto a un enorme mural con la imagen de Artigas y una de sus frases patrióticas, Santurio queda a solas con la abogada y la pone al corriente de la situación. Le dice que ella es el enlace y que por ese motivo debe estar al tanto de lo que sucede: los de Familiares están enojados por la espera y consideran casi un ultraje del Ejército la interdicción para entrar a la zona cautelada, aunque ya les explicaron que es la jueza quien debe autorizarlos y les comunicaron que ella se hará presente de un momento a otro. Hasta se corre el rumor, agrega, de que los Familiares están dispuestos a ingresar por la fuerza.

Cecilia está nerviosa, y sus nervios se expresan con gestos bruscos y palabras fuertes. Santurio mira hacia los lados. Posiblemente busca comprobar que no haya nadie lo bastante cerca como para escuchar lo que esa mujer dice. Un jefe militar debe salvaguardar su autoridad ante los subordinados en cualquier circunstancia, y en este caso la autoridad empezó a horadarse cuando ese grupo de Familiares llegó a las puertas del establecimiento y exigió ingresar sin dilaciones. Agregarle a eso un rezongo propinado por una civil sería demasiado.

Ella dice que hará lo que pueda. El coronel asiente. Cecilia está enfadada y le parece una injusticia lo que sucede. Siente que debe morder las palabras hasta hacerlas sangrar. Calla. Santurio se muestra incómodo, tal vez ofendido. Consulta la hora.

—Me informaron que la señora jueza llegará en cualquier momento —dice muy formal, da por terminada la conversación, gira sobre sus talones, se va.

En los cuarteles, la rispidez en el vínculo cotidiano entre los antropólogos del Giaf y los militares siempre está presente, aunque en algunas ocasiones se manifiesta de manera más frontal. Así ha sido desde el comienzo de las investigaciones, y se expresa en el trato mínimo de los oficiales, en la parquedad de los soldados, en las rigurosas medidas con las que se reglamentan los intercambios: tarjetas identificatorias, horarios preestablecidos, vigilancia,

prohibiciones. En los inicios de las operaciones era como si dos fuerzas enemigas hubieran establecido un pacto para generar cierta convivencia no deseada pero necesaria. Lo primero que hizo el comandante en jefe del Ejército cuando, a mediados del año 2005, recibió la orden de facilitar el ingreso de los antropólogos a varios cuarteles, fue redactar un breve manual de servicio que, con el rótulo de «secreto», envió a los comandantes a cargo de las unidades involucradas. Su redacción, el tono y las directivas impartidas en él no dejaban espacio para la ilusión: nada de bienvenidas, nada de ayuda, nada de cooperación. Todo a regañadientes y con condiciones.

Ese documento fue casi un insulto al poder civil. Al área cautelada por la Justicia le llamó zona de exclusión. Dejó asentado que dicha área mantendría en todo momento la calidad de zona militar y que los investigadores tenían prohibido realizar cualquier tipo de actividad en los predios militares ubicados fuera de esa zona, por más próximos que estuvieran: no podían dar ni un paso en falso. También advertía que «el Ejército proveerá personal militar exclusivamente para tareas de seguridad, no pudiendo requerirse de dicho personal ninguna tarea propia o relativa a las investigaciones». Y anunciaba que las tareas del Giaf iban a ser filmadas y documentadas todo el tiempo por personal del Ejército. Al pie, la firma: «El Comandante en Jefe del Ejército teniente general Ángel Bertolotti». Listo. Cúmplase.

Era un documento hostil, titulado «Protocolo de actuación del equipo de investigación en la zona militar a disposición de la presidencia de la República -zona de exclusión- Área contigua al arroyo Miguelete y avenida de las Instrucciones». Un título demasiado largo y prolijo que contenía detalles desafiantes, porque la zona militar en cuestión no estaba «a disposición de la presidencia» sino bajo su mando, ya que —se suponía— era el presidente de la República quien ejercía la comandancia superior de todas las Fuerzas Armadas; tampoco era una «zona de exclusión» del Ejército sino un área tutelada por decisión de la Justicia, a la que el teniente general Bertolotti le debía acatamiento irrestricto.

Las interrogantes planteadas entre las pocas personas que conocieron ese documento secreto estaban vinculadas al más espinoso de los asuntos, y se referían a si el mismo había sido refrendado por el

superior inmediato del comandante en jefe, es decir el ministro de Defensa de la época, y si este a su vez lo había puesto a consideración del presidente de la República, Tabaré Vázquez. Preguntas para las que nunca hubo respuestas, ya que casi nadie estaba al tanto del contenido de ese protocolo, bautizado por algún ayudante del Estado Mayor con un nombre abrasilerado: «Tobajaro».

Los antropólogos sí conocían el protocolo Tobajaro, y estaban sujetos a lo que allí se disponía. Las autoridades universitarias también debían conocerlo, pues eran quienes supervisaban y avalaban los trabajos. Sin embargo nadie dijo nada, quizá porque eran tiempos turbulentos. En ciertos círculos se supo que había malestar entre algunos altos oficiales retobados y dispuestos a la insubordinación. El periodista Samuel Blixen detalla los hechos: un posible intento de golpe de Estado, un general que organizaba un complot para asesinar al presidente, al que acusaba de ser un comunista apenas solapado. Hubo negociaciones y se formaron tribunales de honor, pero sin consecuencias. Al final, el gobierno de izquierda y el Ejército barrieron cada uno debajo de su alfombra y tanto los díscolos como los complotados siguieron tan campantes.

El paso del tiempo, que amarillea todos los papeles, y el descubrimiento de tumbas clandestinas en campos militares, han debilitado bastante las férreas disposiciones establecidas en el Tobajaro. En los hechos, cuando se produce el hallazgo en la trinchera 3896 el protocolo está vigente y, aunque no se respeta demasiado por razones prácticas y de sentido común, su espíritu se mantiene intacto. La actuación de los jefes en el batallón 13 ante la presencia de Familiares resulta una consecuencia agónica de ese documento redactado catorce años antes. En aquel entonces el ministro de Defensa era otro, el comandante en jefe del Ejército era otro, los oficiales a cargo eran otros y el oficial de enlace era otro. El espíritu, sin embargo, es el mismo.

Cecilia Blanco conoce de memoria, punto por punto y letra por letra el texto del protocolo Tobajaro. Ahora piensa en Santurio, el coronel Santurio. Él le dijo que la jueza se haría presente «en cualquier momento». Ese momento no llega. Nadie sabe a quién pertenecen los restos hallados al fondo del cuartel, ni siquiera si son de un hombre o

de una mujer, si están completos, si se podrán identificar algún día. Cada una de las personas que aguardan el permiso para entrar al batallón sostiene desde hace muchos años un duelo que es a la vez personal y colectivo. Todos se apoyan mutuamente y consideran que los asiste el derecho a ir hasta esa tumba abierta hace ya más de un día, más de lo que dura un velorio, más de lo que cualquiera puede soportar, de pie durante dos horas junto a las rejas de un cuartel custodiado por soldados con fusiles.

Fogueada en lances parecidos, Cecilia sabe lo que le espera. Conoce a muchos de los que aguardan tras el portón. Desde hace tiempo los conoce, desde la época en que militaba junto a la agrupación de Familiares. Después mantuvo la relación por múltiples vías de trabajo, de afectos y solidaridades, y fue incluso abogada de ellos en causas emblemáticas. Es cierto que las cosas han cambiado, pero de cualquier manera ahora tiene allí enfrente, a unos pasos apenas, un trago amargo que apurar: debe salir y pedirles que aguarden, que tengan paciencia, que la jueza a cargo del asunto llegará «en cualquier momento».

Está indecisa. Mira el retrato de Artigas, elaborado a partir de esa técnica tan simple que consiste en pintar unas manchas para formar la imagen icónica de un rostro, aquella que todos conocen e identifican. Cecilia piensa en una estampita del Che, en los lentes redondos de Lennon. Este Artigas tiene un aspecto algo taciturno, provocado por un leve rictus en el dibujo de su boca que no lo favorece. Y la frase alusiva es una oración demasiado larga para un estandarte: «En la unión está nuestro poder y solo ella afianzará nuestro presente y nuestro porvenir».

Suena el teléfono en el bolso de Cecilia. Decide no atender. No sabe quién puede llamarla, pero está segura de que no resistiría ninguna objeción nueva, ni un encono más. Toma aire, le molesta el sol, el aire la sofoca, piensa en el invierno, es invierno y se sofoca, trata de acomodar sus ropas y ve que el pantalón tiene barro en las rodillas. Recuerda que en algún momento tropezó y cayó. Eso fue cuando iba hacia la trinchera por primera vez, o fue después. No está segura. Recién ahora observa esas manchas. Está sucia, debe oler mal, su pelo es un desastre, más dormida que despierta, le duele la cabeza, no hay

escapatoria, se prepara, camina hacia la entrada, trata de ubicar a Méndez con la mirada, cruza el pórtico, allí están. Sale y saluda, son sus compañeros. Le hablan, le explican lo que ella ya sabe, cómo decirles eso, alguien por ahí atrás graba el encuentro con un celular. Son casi las tres de la tarde.

**| DIARIO DE CAMPO |**

Grupo de Investigación en Antropología Forense (GIAF) Tareas en el predio bajo cautela judicial del ex batallón 13

Miércoles 28 de agosto de 2019 (cont.)

Se encuentran en el sedimento dos fragmentos (posiblemente de húmero). Se registran y guardan como C005. Conjunto óseo (frag. húmero) procedente derrumbe de perfil C006.
Se registra planta a 0,65 m de profundidad. Allí se observa húmero (se destapa). Se procederá a retirar fragmentos de cal contiguos (M001).
M002: fragmento de cal de derrumbe de perfil.
Se registra a 0,65 m con tibia, peroné (articulados) y rótula izquierda (C007).
Presencia de arena y cantos rodados asociados a la zona donde se encontró el conjunto C007.
Conjunto C008: pequeños fragmentos fémur (lascas de cortical cerca de epífisis distal).

---

Cada fragmento es fotografiado antes de ser retirado de la trinchera. Los peritos de Policía Científica lo hacen primero, Natalia Azziz lo hace después. La pieza se levanta, se sostiene en la palma de una mano protegida por un guante de látex y se toman las fotos de una cara. Luego se da vuelta y se toman las fotos de la otra cara. Anverso y reverso. Los fotógrafos de la Policía en ninguna circunstancia tocan la evidencia. Una vez finalizado ese registro, la pieza se coloca en una bolsa de papel previamente identificada con el código. La bolsa se

cierra con grampas y se deposita en una caja azul de cartonplast que a su vez tiene un número. El movimiento se asienta en una planilla.

A medida que avanza el proceso la acción se vuelve más lenta y cuidadosa, en parte porque hay huesos articulados entre sí que deben retirarse cuando el conjunto queda descubierto por completo, y en parte por el cansancio de los antropólogos, que se suma a la disconformidad que sienten por la demora en el ingreso de Familiares al predio. Una demora provocada por otra demora, una disconformidad causada por otra disconformidad. Unos curiosos husmean del otro lado del arroyo, lejos. No pueden ver nada de lo que ocurre en la trinchera, pero resulta ingrato ese fisgoneo. Es probable que sean vecinos, gente de los alrededores que quiere saber algo más, o ver lo que no les ha mostrado la televisión. Es fácil entrar al predio de la gruta, ir hasta el fondo, avanzar un poco entre los pastizales y desde allí observar lo que pasa junto al arroyo. Ha pasado durante la mañana en dos o tres ocasiones.

Casi todos los integrantes del Giaf han dedicado algunos minutos a hacer llamadas, intercambiar mensajes y saber cómo sigue la vida fuera del cuartel. Breves charlas con esposas, maridos, padres, hijos. Celeste, en cambio, mantiene su celular apagado y en la mochila. No lo encenderá hasta que culmine el trabajo, tarde en la noche. Méndez es el único que anda siempre con el teléfono en la mano y habla con gente de distintas reparticiones todo el tiempo. Recibe consultas, pide favores, agradece gestiones, reclama celeridad, mantiene informado a su jefe y al secretario de su jefe y, a través de él, a todo el grupo que trabaja en la Secretaría de Derechos Humanos.

A instancias de Cecilia Blanco, quien ha insistido una y otra vez sobre el punto, ya se han establecido los mecanismos de seguridad para cuando se disponga el traslado de los restos al laboratorio del Giaf. Un grupo de custodios del presidente de la República serán los encargados de eso, pero como el levantamiento se demora más de lo que imaginaba, deben ajustarse varios detalles y Méndez se encarga de eso. Es un asunto que le preocupa tanto como a Cecilia, pues en más de una ocasión han ocurrido situaciones anómalas que en su momento fueron calificadas como «episodios puntuales» para no levantar polvareda.

Una vez, a la salida del batallón de paracaidistas en Toledo, donde se habían hallado los restos de un desaparecido, dos motos le cerraron el paso al vehículo en el que se transportaban los huesos. Los motociclistas actuaron con descaro y arrogancia. Insultaron a quienes viajaban en ese vehículo, los amenazaron y a los gritos les advirtieron que no siguieran excavando. Sin embargo, a nadie se le ocurrió realizar una denuncia formal en ese momento, quizá porque las víctimas de las amenazas no le dieron importancia al asunto. Lo cierto es que el incidente recién se ventiló cinco años después, cuando un integrante de Familiares lo reveló en una rueda de prensa.

—Los muchachos mandaron un saludo…

Mientras camina de regreso a la trinchera, Méndez se acuerda de los comentarios acerca de ese suceso y de otros. Los «muchachos» se han encargado de enviarles, cada tanto, ese tipo de saludo a los integrantes del Giaf y a varios abogados que trabajan en los casos de desaparecidos. Robos, amenazas, advertencias. Cíborgs. Mira a su alrededor, observa el pozo junto a la trinchera. Nadie manifestó nunca temor ni dudas, ni siquiera desánimo. Cada quien debe tener sus propios pesares, pero se los guarda con pudor. A Natalia Azziz la abruma el fallecimiento de un tío, ocurrido en la tarde anterior, cuando ella estaba en la fosa. Se enteró por un mensaje de texto de su madre. Nada pudo hacer al respecto, aunque por momentos la situación se le presenta como una ironía plena de amargura. Es un pensamiento persistente, trata de alejarlo, vuelve: estar allí y exhumar un cuerpo sepultado de forma clandestina hace décadas, mientras su familia asiste al funeral de su tío sin que ella pueda acompañar.

Se sienta en una de las sillas, bebe agua de una botellita, piensa en su tío, en su madre, en sus hijos. Se pregunta a quién pertenecen esos huesos que yacen allí, a unos metros apenas. A estas alturas todo Uruguay se debe estar formulando la misma pregunta. ¿Será uno de los desaparecidos en el 300 Carlos a mediados de los setenta? Por desgracia, esa es apenas una posibilidad entre varias. Puede ser también una víctima cualquiera, alguien asesinado en otro cuartel, en la calle, quizá hasta en su propia casa, y después trasladado hasta aquí para enterrarlo a escondidas. Puede ser una persona traída del extranjero, interrogada y torturada sin que nadie supiera. Sin rastros.

Para los militares, en aquel tiempo las fronteras no existían, la camaradería en la lucha contra el comunismo no conocía fronteras ni límites de ningún tipo, no había obstáculos ni reparos.

De acuerdo a la longitud de algunas piezas, es muy probable que se trate de un adulto del sexo masculino. Por ahora es apenas una posibilidad, y ni siquiera se habla de eso en el grupo. Alicia lo ha predicado con tenacidad: no se debe sacar ninguna conclusión cuando aún se trabaja en la fosa. Pero hay, seguro que hay, una familia que recuerda a esa persona, sea una mujer o un hombre. Hay apellidos, nombres, apodos. Puede haber hijos, hermanos, sobrinos. Natalia recuerda el golpe en el pecho cuando entró por primera vez a esa trinchera. Ocurrió hace apenas veinticuatro horas, pero le parece que ha pasado semanas metida en el barrial con esos huesos. Y la angustia de aquel golpazo, la certeza de lo que ahí había, las palabras de Gustavo, la sorpresa que terminó siendo ese esqueleto. Natalia deja la botellita ya vacía junto a la silla, se pone de pie, vuelve al trabajo.

Los que se dedican a desenterrar esos restos han tenido, en el transcurso de las horas, abstracciones similares a las de Natalia, casi siempre en forma de preguntas formuladas en susurros, con un afecto que nace de esa intimidad básica y primitiva que provoca el fuego, la tumba, unos huesos. La mente funciona con las manos y con la memoria, sobre todo con el corazón. A eso se le puede llamar concordancia. Por momentos todo se acopla en una armonía que tiene algo inefable. Entonces aparecen disquisiciones, palabras calladas, divagues que andan por el monte.

Aquí estabas. ¿Quién sos? Decime quién sos, quién fuiste. Por fin. Ahora que te encontramos ¿qué nos vas a contar? Por fin. Vos y nosotros. Por fin te vamos a sacar de aquí. ¿Cómo fue tu vida? Explicame cómo fue tu muerte. Hablame, hablanos, ya estás con nosotros. Descansá. Descansá, aunque sea ahora. Te vamos a llevar con los tuyos. Descansá.

En su más temprana juventud, justo a comienzos del siglo, Matías López pasó varios años recorriendo América del Sur. En Chile durmió al raso en el valle de la Luna, cruzó al Cuzco, hizo el Camino del Inca,

estuvo con los urus en el Titicaca, se fue en un trencito de madera desde Santa Cruz de la Sierra hasta la Corumbá del Mato Grosso, recorrió las tierras del Sertão nordestino, navegó el Amazonas aguas arriba hasta Manaos, vio maravillas, miserias sin cuento, espejismos. Fue en ese largo viaje de mochilero que le nació el interés por la arqueología. Dice que hay lugares que son muy especiales, los recuerda con mucho respeto y menciona la energía que irradian esos sitios que, por fortuna, se hallan al margen de los circuitos turísticos, lejos de los *tours* dominicales y la selfi para recuerdo.

Cuenta con entusiasmo que, más allá de su labor como antropólogo forense, su gran pasión sigue siendo la arqueología prehistórica y, en especial, el trabajo de campo. Lo máximo para él es pasarse ocho o diez días con un grupo de colegas, instalados en un punto de la campaña, buscando rastros de un pasado remoto, ruinas, muestras de una cultura ya extinguida.

—Nunca olvidaré la primera vez que hallé una cerámica indígena, allá en las cercanías de la Laguna Negra. Estábamos excavando en un paraje ubicado a unos kilómetros de la laguna. Yo hacía un trabajo que era meticuloso, lento, siempre con la expectativa… Cada vez que pasaba el cucharín tenía la expectativa de que ocurriera algo. Y de repente toqué, con el cucharín toqué… Lo sentí… Fue muy emocionante, porque encontré una pequeña cerámica y, además, porque en ese momento tuve plena conciencia de que era el primer humano en tocar y ver un objeto hecho por otro humano que nadie había tocado ni visto en tres mil o cuatro mil años.

Aquí, en la trinchera 3896, las escalas son distintas porque las ruinas son otras. En este perímetro por demás estrecho cuarenta años pueden ser algo similar a la eternidad, de modo que Matías debe aplicar toda su experiencia de viajero y su pericia arqueológica en un ámbito cuyas coordenadas son especialísimas, no solo de tiempo sino también de espacio y de contexto: unos pocos metros cuadrados, vigilancia militar, policías tomando fotos, gente que anda siempre alrededor, un hallazgo que es una noticia de primera plana. En general, los descubrimientos arqueológicos se procesan con lentitud, no requieren ningún tipo de vigilancia y son informados meses después, cuando han sido estudiados y catalogados. Es un asunto de eruditos, sin aristas

políticas, que casi nunca se convierte en noticia. A veces, con suerte, culmina en una publicación académica.

Para Matías las diferencias entre ambas situaciones son enormes, pero también encuentra similitudes: la emoción del hallazgo, el cuidado en el proceso de recuperación de los restos, la necesidad de investigar con rigor y el máximo detalle posible cada uno de los elementos encontrados, cada pista, cada piedrita. Y están, como en un compartimento especial, los sentimientos contradictorios que de a poco se depositan en cada uno de los participantes, esa mezcla de alegría casi eufórica por el éxito de la búsqueda y, a la vez, una pena sin fondo ante la contemplación de esos huesos. Es tan singular la experiencia que, en un punto, acaba por conectarse con la exploración arqueológica tradicional. Ese punto implica la necesidad de saber, de excavar tanto como sea necesario para llegar al más preciado de los tesoros: una verdad material.

Y lo que hay ahí, en la trinchera que Matías ha excavado durante horas contra el arroyo Miguelete, es una verdad que no tiene discusión posible. El esqueleto de un ser humano adulto, enterrado de forma clandestina hace décadas en un sitio que, para él, contiene una indignidad doble, acaso triple o cuádruple:

—Lo asesinaron, lo escondieron, eligieron un lugar inmundo y ni siquiera cavaron una tumba. Lo metieron en un agujero, un pozo pequeño donde no cabía el cadáver.

Lo dice con un tono al borde de la bronca, como una prueba concluyente de que esa verdad es absoluta. Igual que ocurre con el resto del equipo, Matías siente el cansancio y el agobio. De pie junto a la retroexcavadora se toma un respiro, bebe un refresco con gusto a jarabe, un asco, mueve la cabeza para un lado y para el otro buscando desbloquear una contractura que tal vez no se halle en el cuello sino en su ánimo. Este hombre que ya lo ha visto casi todo tiene el corazón estrujado.

Hace calor, un calor excesivo para esta época del año: 24 grados a fines de agosto es demasiado. El aire está pesado, quizá a causa de la tormenta que se avecina. Por momentos el sol resplandece. Hay algunas nubes. Y el humo allá en el horizonte, siempre lejos, como si nunca pudiera aproximarse. Es sabido que las humaredas amazónicas

ya están encima de Montevideo, pero solo es posible distinguirlas a la distancia. Nadie se ha fijado mucho en ese asunto, ni siquiera los canales de televisión, que suelen tener en los pronósticos del tiempo y en las imprevistas variaciones de la atmósfera un surtidor de contenidos interesantes que, además, son gratuitos. Hoy, en cambio, hay una noticia sensacional y a ella se dedican las principales coberturas informativas.

La explanada de ingreso al batallón es un hervidero. Hay fotógrafos, cámaras, noteros que trasmiten en directo, y también curiosos que quieren ser parte de la movida. Hay automóviles mal estacionados, bocinazos, soldados que se mueven inquietos detrás de los portones. Y están quienes llegaron en la comitiva de Familiares, los parientes de personas desaparecidas durante la dictadura. Son más de veinte, y hace mucho rato que permanecen allí, de pie. No aflojan. Quieren entrar para ir hasta la tumba clandestina, pero no los dejan. Los mantienen a raya, les dicen que se necesita un papel, una orden, algún tipo de permiso. Uno de los integrantes de Familiares que se encarga de las gestiones es Ignacio Errandonea, hermano de un joven llamado Juan Pablo, secuestrado y desaparecido en Buenos Aires en 1976, cuando tenía veinte años. Ignacio da la impresión de llevar la voz cantante, va y viene, habla por teléfono, discute. Su rostro es severo, dominado por unos bigotes enormes y una mirada que fulmina. Informa que ya han pedido la autorización en el juzgado, que llevaron la lista con los nombres de quienes solicitan ingresar al área cautelada. Hablaron con militares y civiles. Llama al ministro de Defensa y luego al fiscal Perciballe, quien le dice algo sobre un oficio que se redactó para habilitar el ingreso. Él le pide que le envíe el documento por WhatsApp, «a ver si con eso alcanza». Alguien dice que la jueza está en camino.

Cecilia Blanco regresa sola a la zona de la excavación y lo hace despacio. Acaba de descubrir que el tiempo ya no importa demasiado. No le encuentra sentido al comportamiento de la jueza, ni a la actitud del Ejército. Ni siquiera le parece razonable el alboroto de Familiares. Le resulta comprensible la molestia de quienes llegaron hasta aquí con la promesa de que los dejarían entrar, pero todos deberían saber que hay quienes practican un juego mezquino que debe ser enfrentado con

astucia y tenacidad, y también con control. Un incidente con los soldados puede acarrear males mayores sin ningún provecho. Es evidente que el coronel Santurio lo que hace es seguir las instrucciones de un superior. Y ese superior, agazapado detrás de algún escritorio, lo que quiere es frustrar la visita, o por lo menos convertirla en un borrón confuso. La perspectiva de que eso termine por suceder amarga a Cecilia, le parece una torpeza. El protocolo Tobajaro dice presente.

Cuando llega a la trinchera se siente desilusionada y, aunque trata de disimularlo, es notorio para sus compañeros que la situación en la entrada del cuartel no debe ser la que todos quisieran. Ahí están: un grupo de hombres y mujeres de brazos cruzados, en silencio, con las cajas de cartonplast ya dispuestas para colocar las bolsas de papel con los huesos que aún quedan por levantar. Se podría hacer un inventario ahora mismo y saber cuántas piezas fueron recolectadas y cuántas hay aún en la tumba. Bastaría repasar de nuevo las planillas y el Diario de Campo. Sin embargo, Alicia prefiere no hacerlo. No todavía. Hace veintisiete horas que el equipo trabaja en ese esqueleto, así que bien pueden esperar un poco más.

Un rato antes habían desembarcado en el cuartel los integrantes del Servicio de Seguridad Presidencial, el SSP, parte del equipo de custodia móvil que protege al presidente Vázquez. Llegaron en varios automóviles y trajeron además una camioneta blindada, en la que se hará el traslado de las cajas con los restos hasta el laboratorio del Giaf en el edificio Caubarrere. Todos van armados y están comunicados entre ellos y también con una central de monitoreo de la Policía. Les han dado instrucciones muy precisas referidas a la forma en que ha de efectuarse la protección y el transporte. Además les informaron que las encargadas legales del asunto son «dos femeninas»: una abogada llamada Cecilia Blanco y la jefa de los antropólogos, una científica de nombre Alicia Lusiardo. Serán ellas quienes determinen los pasos a dar en cada momento y la misión encomendada implica la salvaguardia, en cualquier circunstancia, tanto de los restos a transportar como de las dos mujeres.

Casi todos los integrantes del Servicio de Seguridad Presidencial son policías de carrera con rango medio o alto. Gente de pocas palabras, los custodios tienen asumido que la esencia de su oficio consiste en

meter miedo con su sola presencia, de forma que cualquier intento de agresión sea desestimulado al máximo. Espaldas anchas, saco y corbata, lentes oscuros. El trabajo acaba por hacerlos parecidos unos a otros, todos más o menos iguales, como si fuera un grupo de hermanos y primos consagrado a la protección del presidente.

Nadie sabe bien quiénes son, ni cuántos. Se dice que tienen un entrenamiento riguroso, que son buenos tiradores y que alguno ha sido campeón de artes marciales. También hay quien afirma, por el contrario, que esas son puras leyendas echadas a rodar desde los propios servicios de inteligencia para fortalecer la seguridad del presidente. Ellos, por supuesto, no hacen declaraciones a la prensa ni andan por ahí jactándose del trabajo que llevan adelante, aunque eso no hace falta ya que en Montevideo los rumores vuelan más rápido que los pájaros. Un policía que anda siempre de traje, con lentes oscuros y cara de malo, seguro que es escolta de algún jerarca del gobierno o patovica en un club de categoría.

Por fin, poco antes de las cuatro de la tarde Isaura Tórtora llega con su actuaria al cuartel de Instrucciones. Trae consigo la resolución autorizando el ingreso de Familiares, pero pide a los mandos de la unidad que mantengan al grupo en la plaza de armas durante unos minutos, pues quiere ir primero hasta el área del hallazgo y cerciorarse de que todo esté en orden y adecuadamente dispuesto. Que vayan, sí. Pero después que ella.

Es probable que tema por la conducta de los visitantes, algún tipo de alboroto que comprometa el trabajo de los antropólogos y la preservación de la escena. El fiscal Perciballe le garantizó, cuando hablaron por teléfono, que de ninguna manera iba a ocurrir algo irregular, que él conocía a quienes integran la agrupación de Familiares, personas respetables y juiciosas. La magistrada, de todas formas, ha decidido tomar sus recaudos.

El sentido de orden que ella tiene no es el que reina en la zona de excavación, aunque allí hay por cierto una dinámica pensada y organizada con un objetivo preciso: rescatar un esqueleto de su enterramiento ilegal y hacerlo de acuerdo a las normas y a los criterios científicos establecidos por la antropología forense, que en su momento fueron avalados por la Justicia. No se trata de descubrir una

vasija prehistórica ni de tomar fotografías para la *National Geographic*, sino de desenterrar a una persona sepultada clandestinamente en una unidad militar.

Cuando llega a la trinchera 3896 la jueza procura no mostrar sorpresa, pese a que imaginaba que las cosas iban a ser expuestas de una manera más prolija. A primera vista el panorama en los alrededores del sitio es caótico. Se ven bolsas transparentes llenas de tierra que están estibadas junto al barranco. Sobre una mesa de pvc, de aspecto más bien inestable, hay una botella de gaseosa y otra de jugo de naranja, vasos de plástico, unos mates, una cinta de señalización sin usar, guantes de látex, un bolso pequeño, un par de lentes de sol. Parece un puesto de baratijas. También hay por allí una carretilla con bolsas vacías y un jalón rojo y blanco clavado junto a la mesa. Hay una silla, unos baldes con tierra, otros vacíos, palas, una caja de cartonplast en el suelo, una tijera de podar, ramas amontonadas a un costado, la retroexcavadora inmóvil en la misma posición que tenía en el momento del hallazgo.

Sin embargo, a poco de observar con detenimiento el lugar descubre que hay un ámbito de orden que es difícil de percibir al primer golpe de vista, pero que ha sido construido con esfuerzo y sentido común. La fosa es un sitio preservado y básicamente ordenado, no es un agujero en el suelo sino un espacio construido con esmero. Las bolsas con tierra están en un sitio razonable, todas juntas, numeradas y a la vista, y eso implica también un orden. Lo mismo ocurre con las cajas azules, donde han ido colocando las bolsas de papel con los huesos ya extraídos. Los antropólogos se ven cansados pero resueltos, y eso a Tórtora la reconforta. Tiene clara noción del tiempo transcurrido desde que visitó este mismo sitio en la tarde anterior. Todos llevan ropas sucias, las botas con barro, y tienen los rostros sudados. Esos rostros que ahora, ella se da cuenta, la observan con una expectativa más bien hosca.

Alicia intenta ser amable, explica los avance del trabajo y le informa que «en tres o cuatro horas» podrán dar por concluidas las labores de levantamiento del cuerpo. Las bolsas de papel con los huesos ya recogidos están colocadas en las cajas, todas acomodadas en el foso contiguo a la trinchera y a buen resguardo, como manda la cadena de

custodia. Agrega que ahora han detenido las tareas a la espera de la visita de Familiares. Dice eso y calla. Tórtora ha comprendido el significado de esa última frase, pero decide pasarla por alto y continuar con la supervisión. Observa los alrededores y ordena que la cinta amarilla que delimita el área de trabajo sea adelantada un par de metros, para evitar que quienes lleguen al lugar acaben encima mismo de la fosa y del esqueleto.

—Hay que preservar la escena —dice.

La cinta se corre unos metros como ella lo indica. La actuaria verifica el cambio. Cecilia Blanco comenta en voz baja que es un error:

—Los familiares vendrán hasta acá y no van a ver nada.

Nadie más habla. Tórtora mira a su alrededor pero no hace ninguna otra observación. Enseguida se aparta. Todos suponen que la jueza y su actuaria abandonarán el cuartel para regresar al juzgado. Sin embargo permanecen allí, preparadas para recibir a Familiares. La magistrada se muestra animosa, con la cabeza en alto y las manos adelante sosteniendo una pequeña cartera de asas cortas, en una postura que podría interpretarse de diversas maneras, pero que en ese lugar y en ese momento solo significa que la autoridad de la Justicia está lista para corroborar que la visita se desarrolle de acuerdo a las normas.

Por unos minutos todo se detiene. Los antropólogos se han acomodado detrás de la cinta amarilla, un par de ellos en el foso que se encuentra junto a la trinchera y los demás a un lado de la mesa de pvc. Ya que el trabajo se ha parado, los dos fotógrafos de Policía Científica se retiran más allá de la retroexcavadora y aprovechan para fumar. Nasr y Luis están de pie sobre un montículo de tierra removida, ambos con los brazos cruzados. Nasr tiene puesto un gorro de visera, y su compañero luce unos lentes de sol con cristales espejados. Nadie habla, nadie se mueve. Es una tarde calurosa, pesada. Hay unos pájaros entre los matorrales junto al arroyo, unos trinos y, más cerca, el zumbido de un insecto. Luego los pájaros se van y en la quietud estancada de ese lugar solo queda el zumbido. Un abejorro negro y gordo pasa de largo en dirección al arroyo pero enseguida regresa. Debe ser un mangangá, aunque el de la canción es amarillo y este es negro, negrísimo. Ese pequeño monstruo se prodiga en vueltas y más

vueltas sobre la trinchera y alrededor de ella, como si fuera un aeroplano sobrevolando posiciones enemigas en alguna guerra. Su apariencia es robusta y algo atemorizante. No se va, no sigue rumbo a otros campos de batalla, sino que continúa sus evoluciones en los alrededores del foso. Por momentos el zumbido se incrementa, se vuelve más grave, sus alas suenan como hélices y el sonido que producen acaba por volverse insoportable y, a la vez, hipnótico. Es prodigiosa su capacidad de ocupar todo el universo nada más que con el batir incesante de esas alitas que, cada tanto, despiden unos destellos violáceos. Los que están en el foso miran al abejorro con recelo, pero no se mueven. Estáticos, lo siguen con los ojos. Los demás oyen el zumbido, esperan, desean que el mangangá o moscardón o lo que sea se vaya de una vez y al mismo tiempo quieren que siga el artificio, que continúe el encantamiento hasta que lleguen los de Familiares y la vida vuelva a fluir.

**| DIARIO DE CAMPO |**

Grupo de Investigación en Antropología Forense (GIAF) Tareas en el predio bajo cautela judicial del ex batallón 13

Miércoles 28 de agosto de 2019 (cont.)

A las 17 horas entran Familiares en tandas de 10 personas para ver el enterramiento y recibir la explicación de Alicia.

———

El Diario de Campo se escribe en esta página con la información que le proporcionan al Giaf acerca de esos movimientos organizados fuera del área bajo cautela. En este caso el cuaderno de bitácora contiene una imprecisión, porque en realidad no son diez personas las que llegan, sino que son unas cuantas más. Vienen desde la plaza de armas del cuartel en dos minibuses con matrículas del Poder Ejecutivo, acompañados por otros dos vehículos. Todo un convoy que transita despacio por ese camino de tierra que, luego de una curva, enfila

directo hacia el arroyo. Las camionetas se acercan hasta esa zona y luego se detienen. Los familiares descienden y comienzan a recorrer a pie el tramo final. Hay algún joven, pero en general se trata de gente ya mayor, muchos de sesenta para arriba, hombres y mujeres que avanzan con empeño y notorias dificultades por un terreno lleno de barro, con charcos y ramas caídas. Nadie está preparado para encarar una circunstancia como esa, ver la sepultura y el esqueleto de quien podría ser su padre o su madre, su esposo, su hermano. Tampoco llevan ropas adecuadas, ni calzado apto para ese terreno, así que la caminata hasta el área de la trinchera es, para quienes la observan desde allí, casi dolorosa.

Se acercan, de a poco se aproximan. Forman una fila india que va despacio por ese trillo que se ha ido haciendo con el correr de las horas y el pasaje incesante de soldados, fotógrafos de la Policía y antropólogos. Del otro lado del alambrado, fuera del área cautelada, una cámara graba en video desde muy lejos el momento: apenas si se distinguen las figuras y la lentitud de sus movimientos, pero vistas a esa distancia aquellas figuras parecen integrar una caravana de extraviados, un grupo de menesterosos que caminan a tientas, sin rumbo, sorteando como pueden los obstáculos del sendero. Esa breve filmación será emitida luego en diferido y fuera de contexto por un canal de televisión. El fragmento permite entender cómo se distorsiona la verdad a partir de una realidad hueca, nada más que una imagen defectuosa, un vano sin soporte, un vacío que comenta pero no documenta.

Desde la zona de la trinchera, en cambio, la visión de quienes allí se encuentran es otra porque tiene un espesor diferente: se ven los rostros, las miradas, los gestos. Se escucha el silencio. Mientras ese grupo se aproxima al sitio del enterramiento transmite seriedad y una voluntad que es colectiva y, se adivina, fue forjada durante décadas. La jueza Tórtora se mantiene quieta en su puesto, las manos adelante aferradas a las asas de la cartera, con la mirada al frente. Por momentos da la impresión de que esa pequeña cartera la sostiene a ella, como si las asas fueran el respaldo de una silla, un apoyo para impedir que la mujer caiga abrumada por la emoción y la responsabilidad. A su lado están Cecilia Blanco y la actuaria adjunta

del juzgado. Más atrás, del otro lado de la cinta de Pare, Alicia se apronta para explicar con claridad y sin subterfugios lo que su equipo de antropólogos ha hallado en el sitio. El sol decae, la temperatura se mantiene alta, y ya hay un aire de primavera en esos campos. El mangangá se ha ido, y la luz de la hora empieza a depositar sobre el lugar un halo de melancolía que lo envuelve todo. Hay algunas motas de polvo que, suspendidas sobre los pastizales, se tornan doradas con los reflejos de la tarde. Hasta los cardos resecos parecen brillar en la distancia.

—Ya vienen.

Poco antes de las cinco el grupo de Familiares llega. Hay saludos, algunos abrazos sin palabras, como si todos cuidaran de no alterar la tranquilidad del lugar.

Y nada más.

Hasta ese punto llega el relato.

No hay cámaras ahí, no hay fotografías ni registros de ningún tipo.

El Diario de Campo no describirá lo que ocurre durante esos minutos, ni siquiera con el lenguaje telegráfico de tales anotaciones. Apenas se establece una referencia para cumplir con la norma: se indica que el grupo de Familiares está allí sobre las 17 horas «para ver el enterramiento y recibir la explicación de Alicia».

Nadie violentará esa privacidad, de modo que las palabras pronunciadas por Alicia ante los familiares, su descripción acerca del hallazgo, las inflexiones de su voz, los silencios, las preguntas que pueden haberse formulado, las respuestas, las conversaciones de Isaura Tórtora con algunos de los presentes, todo quedará en el ámbito reservado de esa instancia. Se puede decir que es una ceremonia íntima que se lleva a cabo al borde de una tumba clandestina, en un campo militar uruguayo. Con eso es suficiente.

### | DIARIO DE CAMPO |

Grupo de Investigación en Antropología Forense (GIAF) Tareas en el predio bajo cautela judicial del ex batallón 13

Miércoles 28 de agosto de 2019 (cont.)

M003: Fragmentos de cal por encima de la diáfisis de fémur izquierdo.

C009: 2 fragmentos óseos.

C010: fragmentos óseos. Derrumbe de perfil. Pedregullo asociado al cráneo y miembros superiores. Por debajo del pedregullo, arena. Cúbito y radio izquierdos articulados.

M004: Fragmento de cal asociado a manos.

Fíbula derecha asociada a distal de tibia derecha. Rótula incompleta.

*Anotación al margen:* Día 2/9 se recupera completa. Frag. de calcáneo zona anterior.

M005: Bloques de cal recuperados en tacho máquina.

P010: fragmento hioides recuperado en zaranda, de derrumbe en perfil W.

C011: conjunto óseo de tarsos izquierdos (cercanía anatómica, no exactamente articulados). Algunos parcialmente representados.

C012: conjunto óseo de metatarsos y falanges de pie izquierdo.

---

Cuando se retira el grupo de Familiares, alguien avisa que en pocos minutos llegarán los periodistas. Méndez protesta en voz alta:

—Se hace de noche… No podemos…

Cecilia le pide que se calle, pero él insiste:

—Viene la lluvia.

La jueza lo mira con cierta displicencia. Tal vez ha preguntado quién es ese hombre, de dónde ha salido, qué hace exactamente allí. Alicia o la propia Cecilia le habrán explicado que es un funcionario de la Secretaría de Derechos Humanos y que es un auxilio fundamental para el Giaf, que siempre lo ha sido.

—Una gran persona.

Luis Brusnin va hasta su máquina y se acomoda en la cabina. Está sobrecogido, siente un sabor áspero en la boca, toda esa gente observando la fosa, rostros con arrugas, pelos blancos, manos juntas. Le vienen ganas de olvidar con rapidez lo que acaba de ver. Nasr, por el contrario, se queda inmóvil sobre el montículo de tierra que eligió para ubicarse antes de la visita, con los brazos cruzados sobre el pecho

y la mirada perdida, su mente muy lejos, del otro lado del mundo, más allá del mar y los desiertos, en un suelo donde él, Nasr Alkasem, el marido de Fátima, el padre de once buenos hijos, el que alaba al Misericordioso, tenía su vida y su hacienda en el valle hasta que un avión metió un bombazo demasiado cerca del hogar y todos marcharon al exilio en Líbano y luego se convirtieron en refugiados y al final terminaron en Uruguay. Esos recuerdos vuelven una vez y otra, y él los desgrana de una manera sencilla, sin ocultar la nostalgia que le producen:

—Mi casa estaba en las afueras de Idlib. Mi casa con mi campo y mis olivares. Cosechaba aceitunas. Al lado estaba la casa y el campo de un hermano mío, y a continuación había otro campo y otra casa donde vivían dos hermanos más. Recuerdo todo eso… Era una buena vida. También fabricaba bloques con cuatro empleados, un buen trabajo. Criábamos a nuestros hijos, los educábamos. Después llegó la guerra y nos tuvimos que marchar.

Ahora, ante esa tumba abierta, los olivares y el valle y la casa y la hacienda se asemejan a un sueño distante y doloroso, pero no son comparables con la pesadilla de ese cráneo, una *junjuma* que parece hacer fuerza para escapar de la sepultura en la que ha estado prisionera durante muchos años. Esa es la impresión: que la calavera ya no soporta seguir en ese lugar, que quiere irse de allí, que se la lleven a un sitio limpio y tranquilo, que la dejen reposar, lejos del ruido y los movimientos y la pala que raspaba la cal y la repentina exposición cuando fue descubierta. Es un delirio, uno de los tantos delirios que rondan por esos campos. Cualquiera es capaz de comprender que una calavera no puede querer nada, no puede desear un sitio limpio y tranquilo porque apenas si es una estructura resquebrajada de huesos ya frágiles, una oquedad que deberá tratarse como si fuera una de esas cerámicas que los arqueólogos buscan ilusionados en el fondo de las cuevas y debajo de las piedras. Una pieza única, que ha de ser manipulada con extrema delicadeza para evitar que se haga añicos.

Sin embargo, esa pieza quebradiza guarda, en su propia fragilidad, la dureza de una memoria que puede relatar lo ocurrido, contar su padecer. Para eso deberá traducirse aquello que, sin palabras, es capaz

de decir una cabeza humana despojada de todos sus atributos menos el de la memoria que fue su existencia. La memoria alojada en cada hueso, en cada diente, depositada incluso en el espacio vacío dejado por lo que ya no está.

# 7

La disposición de los anfitriones cuando llegan los fotógrafos y las cámaras de TV y los periodistas se modifica un poco, pues ahora hay dos escoltas del SSP que se colocan justo delante de la cinta amarilla. De traje, camisa blanca y corbata, son fácilmente identificables. Hay otros, distribuidos en distintos puntos del cuartel y afuera, cerca de la entrada. La jueza Tórtora, Cecilia Blanco y la actuaria mantienen las mismas ubicaciones que tenían durante la visita de Familiares. A pedido de Alicia, detrás de ella se colocan todos los investigadores del Giaf: «Que quede claro que somos un equipo», dice. El ingreso de la prensa es un tanto atropellado. Un fotógrafo se apura, trastabilla, cae, mantiene la cámara en alto, la salva pero se le embarra el chaleco, la camisa, el pantalón. Uno de sus colegas se ríe, otro pide respeto, Alicia guarda silencio.

Primero se realiza la sesión de fotos. Durante varios minutos una decena de reporteros gráficos se mueven alrededor de la cinta amarilla, actúan como una manada bien concertada, acomodan sus cuerpos tratando de no molestarse entre sí, disparan con sus cámaras una y otra vez, buscan el mejor ángulo para enfocar la trinchera, hacen su trabajo con profesionalismo, uno de ellos se queja porque no distingue el cráneo, «la famosa calavera», dice. Otro lo apoya: «Desde acá no tenemos buenas tomas». La jueza Tórtora escucha el reclamo pero no se inmuta. Alicia le pide entonces a Ximena que baje a la trinchera y señale el cráneo para que los fotógrafos tengan una referencia más precisa. Justo se lo pide a ella, la más tímida del grupo, la menos proclive a mostrarse. Sin embargo, pese al miedo escénico que la invade, allá va Ximena Salvo sin dudar ni un segundo.

Con cuidado rodea la montañita de tierra y baja al foso contiguo, por unos instantes solo se le ve la cabeza, luego se apoya en un escalón que hay en la base de la trinchera y queda visible hasta la cintura. Es una buena imagen: camiseta negra de manga larga, pelo recogido,

rostro adusto. Entonces estira su brazo derecho y con el dedo índice señala el cráneo, casi lo toca, la yema del dedo está a uno o dos centímetros del hueso frontal, los reporteros aprovechan, se oyen las ráfagas de fotos, al cabo de unos segundos Ximena retira el brazo y se toma el mentón con la mano, pensativa, sin reparar en que hay decenas de periodistas que la están retratando. Luego se recuesta a la pared del foso contiguo y cruza los brazos.

Alicia considera que ya han utilizado suficientes minutos para las fotos, así que se acomoda cerca de la cinta amarilla y carraspea. Los del SSP se hacen a un lado. Se enciman las cámaras, los micrófonos, algún teléfono. Antes de que le formulen la primera pregunta, Alicia decide brindar una explicación general del trabajo, y lo hace con un discurso corrido, sin fisuras ni pausas. Sabe que sus palabras serán glosadas por los periódicos y transmitidas por las emisoras de radio y los canales de TV. Le parece necesario aprovechar cada segundo:

—Después de realizar un estudio muy minucioso de este lugar decidimos pedir la ampliación de la cautela para poder abordarlo exhaustivamente. El producto de este trabajo lo pueden ver hoy. En el día de ayer, cerca del mediodía, tuvimos el primer indicio de que podíamos estar frente a un enterramiento. Teníamos un fragmento de cal muy importante que se desprendió con el trabajo de la retroexcavadora. Se detuvo el trabajo con la retro y se trabajó con material fino a partir de allí.

Habla sin detenerse, tal vez para evitar preguntas molestas o desubicadas. Tiene sus lentes de présbite en la mano derecha, y cada tanto gesticula con ellos como para alejar los micrófonos que se le enciman. Se desenvuelve con soltura pese al cansancio, al insomnio y a la presión de los periodistas que amagan con interrumpirla a cada instante. Continúa hilvanando una palabra con otra, un concepto con otro. Hay un tono docente en sus explicaciones, una modulación de la voz que suena tranquilizadora y que, de paso, contribuye a establecer una distancia formal con sus interlocutores.

—Pudimos comprobar que teníamos ante nosotros un enterramiento primario de un individuo adulto, cubierto de cal. Es un patrón que se repite en todos los enterramientos que hemos descubierto hasta ahora. En este caso presentaba la complejidad de estar ubicado en la

barranca, contra el arroyo, y eso era un desafío doble porque teníamos que hacer la recuperación prácticamente en vertical, sin dañar los restos. Teníamos la preocupación de que no estuviera completo y que, con el transcurso de los años, se hubiera perdido parte del esqueleto. Sin embargo el esqueleto está completo, se ha podido hacer la recuperación casi completa, todavía pueden ver allí, en la trinchera, el cráneo y por debajo el textil, que sería una camisa, y los miembros superiores con las manos hacia el centro y un fragmento de pelvis que todavía no hemos retirado. En las próximas horas vamos a retirar esos restos y lo que queda de tórax para trasladar todo al laboratorio y…

Ocurre lo inevitable: un periodista la interrumpe. A partir de ese momento la rueda de prensa se convierte, durante dos minutos y medio, en un intercambio acelerado en el que cada palabra de la coordinadora del Giaf arriesga a ser después descontextualizada y adquirir así un peso desmedido, incluso equívoco. Ella es consciente de eso, de modo que pasa a responder con brevedad y evita entrar en detalles. El tono pedagógico de sus explicaciones es sustituido por un decir igual de firme pero más sagaz.

—¿Se puede confirmar el sexo?

—No sería conveniente confirmarlo ahora. Lo vamos a hacer cuando lo tengamos ya limpio y acondicionado en el laboratorio.

— ¿Cuándo se podría conocer eso?

—En los próximos días se le va a informar a la doctora Isaura Tórtora primero y después ella lo transmitirá.

—¿Qué probabilidades hay de que aparezca otro cuerpo en esta zona, teniendo en cuenta la experiencia que ustedes tienen en estos trabajos?

—Nosotros creemos que, tanto en este batallón como en otros, tiene que haber seguramente otros enterramientos. El problema, ustedes lo ven, es que la extensión es muy grande y los enterramientos son primarios, así que es un trabajo que tiene que hacerse día a día. Hace siete años que estamos trabajando y recién ahora tenemos este hallazgo. Es un trabajo complicado.

—¿Hay una especie de patrón en los enterramientos o no?

—Lo hemos comprobado. Es un patrón de enterramiento que se repite en distintos predios militares.

—Estamos hablando de un hallazgo muy importante para el país. Para ustedes, como antropólogos… ¿Qué significa esto?

—Más allá de la emoción, es la comprobación de que en este escenario, donde no tenemos datos ciertos y donde la información es muy imprecisa, lo único que está dando resultado es el trabajo sistemático, que lleva años, y a veces la incomprensión de todas las partes, porque parece que no estamos obteniendo resultados. Pero es una problemática de este tipo de contexto en el que trabajamos.

— ¿Qué pasa ahora? ¿Cuál es la ruta de esos restos? ¿Adónde los llevan? ¿Qué tipo de exámenes se les realizan?

Pese a que tiene la respuesta para cada una de esas preguntas, por primera vez en ese ida y vuelta con los periodistas Alicia duda. Durante un par de segundos no se decide y, al final, opta por enseñarles la puerta de salida:

—En relación a eso tal vez la doctora Tórtora les pueda indicar con mayor precisión. Muchas gracias.

Los reporteros todavía permanecen unos minutos más en el lugar, van hacia la jueza, quien hace sus declaraciones con parsimonia. Los antropólogos acometen el último tramo del levantamiento. Un par de cámaras aprovechan para realizar algunas tomas del trabajo. Serán las únicas imágenes de la labor en la trinchera que se hagan públicas antes de que el propio Giaf dé a conocer, casi un año después, un video de tres minutos que documenta mediante fotos el proceso de hallazgo, exhumación, acondicionamiento e identificación de los restos.

Se marchan los periodistas, luego lo hacen la jueza y sus asistentes, y solo quedan en el lugar los antropólogos que levantan los huesos, los policías de Científica que documentan cada movimiento mediante fotos, Cecilia Blanco como parte de la cadena de custodia, y quienes cumplen tareas auxiliares. También permanecen allí dos soldados para operar el generador de electricidad cuando oscurezca, y los escoltas del SSP, que tratan de disimular sus armas y para ello mantienen todo el tiempo los brazos cruzados. Nasr y Luis están para lo que se les pida, y Méndez coordina por teléfono los aprontes del traslado del esqueleto, ya desarmado y acondicionado en las cajas de cartonplast, hasta el laboratorio del Giaf.

## | DIARIO DE CAMPO |

Grupo de Investigación en Antropología Forense (GIAF) Tareas en el predio bajo cautela judicial del ex batallón 13

Miércoles 28 de agosto de 2019 (cont.)

C014: Falanges izq. de mano (ubicadas en el lado izquierdo) concentradas arriba de la pelvis. Se le agregan dos que están en el lado derecho.
C015: Resto desecho. Calcáneo y dos fragmentos.
M008: Cal y sedimento en región abdominal.
C016: 4 falanges de mano que están del lado derecho.
Mucho pedregullo y gravilla en el área de la pelvis.
El coxal derecho está roto.
M009: Cal y sedimento contenido en pelvis.
P013: Coxal izquierdo está fracturado en área retroarticular del ilion con pérdida de sustancia ósea.

---

Llega la noche. La segunda noche. Se ha encendido otra vez el generador de electricidad y de pronto es como si ellos estuvieran allí en una aldea recién fundada, un caserío precario donde, además de reglas y rituales, existen costumbres y movimientos para una nueva rutina, el asiento preferido de cada uno junto al fogón, la hora en que traen la comida, las caminatas hasta el polvorín, momentos que comienzan a vivirse con una mínima familiaridad y pueden asimilarse a un terruño o incluso a un hogar. En algunas situaciones el hogar es nada más que eso: un conjunto de hábitos que al final provocan arraigo.

—Cuando una trabaja en esos sitios se aferra a las cosas más simples porque son las únicas que tiene.

La tarea de recuperar el esqueleto ha unido aún más a quienes operan allí. Hace treinta y dos horas que están juntos, aunque por momentos les parece que hace treinta y dos días, treinta y dos años que están en esa labor, la vida entera para excavar y descubrir los

huesos, quitar la tierra que los cubre y extraerlos, tomarles fotografías, catalogarlos y guardarlos en custodia. Incluso Nasr, que la primera noche se fue a dormir a su casa porque profesa el mandato de velar el sueño de su familia, ha funcionado como un ayudante eficiente y discreto, a la par de sus compañeros. Come con ellos, carga baldes y bolsas, va hasta el polvorín para buscar algunas cosas, se ríe, a su manera siente que los protege. A las horas establecidas para el *salat* se retira, busca el tapete de oración que guarda en la cabina de su máquina, y en privado realiza la ablución y la plegaria. Luego regresa a las tareas, y ve que sus compañeros viven esas instancias con naturalidad. Debe ser la única persona en todo Uruguay que hace rezos coránicos dentro de un establecimiento militar, pero a nadie le llama la atención. El dhuhr, el asr, el magreb. En el ocaso la brisa trae palabras sueltas, apenas susurradas, *Allahu Akbar…ar rahma… nir rahîm…* Los de Policía Científica no hacen comentarios.

Por supuesto que todos desean que termine de una vez la recolección para marcharse a sus casas, ver a sus hijos, estar con sus parejas o con sus padres o quizá solos, darse una ducha y dormir. Esas son las dos grandes añoranzas: ducha y cama. Pero también ocurre que el trabajo ha sido para ellos una cabalgata continua de sorpresas, emociones, reveses y esfuerzos. Y eso hace que el tiempo se les vuelva el túnel por donde transitan casi sin darse cuenta, más amplio para algunos y más ceñido para otros, oscuro o luminoso según el momento, recto, curvo o zigzagueante de acuerdo a lo que cada quien percibe y siente. El túnel del tiempo los lleva y los trae por los rincones de ese universo de tierra mínima.

—Vértebras.

—Anoto.

—Doce vértebras dorsales.

—Doce dorsales.

—Veo las lumbares.

Junto a la tienda de campaña a Cecilia le toca ahora transitar por el túnel circular y oscuro de sus recuerdos más inmediatos: la caminata de la tarde hasta la plaza de armas, la conversación con el coronel Santurio, la charla con Familiares. Fue una tarde de emociones agrias, a tal punto que después de pensarlo durante un par de horas se decidió

a hablar con el coronel. Ambos actuaban como enlaces, ambos tenían responsabilidades y lo ocurrido frente a los portones de la entrada le pareció desajustado y erróneo. Así fue que, sobre las cinco y media de la tarde, luego de que la prensa abandonara el lugar, ella hizo un aparte con Santurio y le dijo sin vueltas que podía disponer de su apoyo y testimonio si surgía algún inconveniente con el comando. Le sonó raro y desagradable escucharse a sí misma diciendo la palabra comando. Le parecía obvio que alguien iba a pedirle explicaciones al coronel por el alboroto en los portones de ingreso a la unidad, y como no tenía idea de quién podía ser ese alguien, mencionó la palabra comando, que podía referir a una persona aunque en general apunta a una superioridad o incluso a una repartición. Claro que en cualquier comando debe haber alguien que sea el comandante, pero también hay una plana mayor, otros oficiales, una estructura. Así que ella dijo eso: «Si surge algún inconveniente con el comando». Santurio se comportó con una cortesía impenetrable. Le agradeció el gesto y le dijo que eso no sería necesario porque estaba todo bajo control.

Cecilia recuerda esas tres palabras: «Todo bajo control». Tal vez él intentaba decirle que nada iba a suceder, que el episodio se había resuelto sin demasiadas complicaciones. Es probable que hubiera actuado siguiendo órdenes muy precisas, y también es evidente que resulta difícil para una civil como ella entender la lógica de razonamiento de un jefe militar. Está en el túnel, en la parte más oscura, siente que no aguanta más y por un momento considera la posibilidad de arrepentirse del ofrecimiento, llamar a Santurio y decirle que se olvide de su apoyo, que eso nunca sucederá, que ella de ninguna manera respaldará la acción de un militar, y menos ante un comando. No tiene por qué defender a un coronel que no dejaba entrar a los familiares a ver la tumba clandestina, ni entablar un diálogo con ese comando que custodia con tanto celo la parcela infame.

De a poco empieza a salir del túnel, y lo hace sin respuestas. Ahí están los focos, la trinchera, los huesos que aún quedan por recoger. Ahí las figuras de sus compañeros, casi inmóviles bajo esas luces blancas que parecen aplastar lo que alumbran. Y lejos, más allá de los árboles, otras lucecitas que apenas si titilan con un temblor amarillento. Son, deben ser, portales o ventanas en casas del

vecindario, marcas en la noche. Su mente deriva con suavidad, piensa en el rechazo físico que siente por los militares, en su charla con el coronel Santurio, en cómo pudo ser. Según su propia experiencia, la relación entre el equipo del Giaf y los militares es bastante correcta, pese a un par de roces o incidentes que hubo en el pasado, los que fueron resueltos de forma discreta por las vías establecidas. Mientras sale del túnel oscuro, Cecilia los recuerda.

En una ocasión el maquinista Luis Brusnin, quien siempre llegaba más temprano que los demás al campamento, caminaba por el cuartel rumbo a su retroexcavadora cuando se topó con una oficial que lo hizo detenerse y lo reprendió por usar la capucha de su abrigo allí, dentro de la unidad militar.

—Hace frío —atinó a contestar él.

—Deberías andar con la cabeza descubierta. No estás en el barrio.

Luis no se amilanó ni se descubrió la cabeza. Se sintió agraviado por la forma despectiva en que la mujer pronunció la palabra barrio.

—Soy civil —dijo.

La mujer se irritó:

—Acá tenés que cumplir las ordenanzas.

El maquinista se quedó callado, mirando a la oficial. Eso parece que la alteró aún más:

—¿Qué pasa? ¿No entendiste?

—Soy un civil —respondió Luis. Luego continuó andando hacia su máquina.

El pequeño incidente —no más que un desagradable intercambio de frases por fuera de las normas establecidas— llegó a oídos del Grupo de Trabajo por Verdad y Justicia. Felipe Michelini lo habló con algún jefe militar, posiblemente con el propio Santurio. La oficial, quien al parecer revistaba en el Servicio de Material y Armamento, fue amonestada y a partir de entonces no hubo más conflictos.

Ahora Cecilia recuerda aquel asunto y vuelve a sentir algo parecido al arrepentimiento. Oscila, duda, piensa que no debería haberle ofrecido ningún respaldo al coronel y enseguida considera que hizo lo correcto y de inmediato cree que, al fin y al cabo, se comportó como una floja. «Justos por pecadores», piensa, tal vez lo dice, lo murmura. Tiene una afición más bien cómica por los refranes, y en muchos halla

sesgos aplicables a la vida cotidiana. Pagan justos por pecadores. Mira hacia la trinchera y ve cómo apartan del conjunto un hueso bastante grande, lo sostienen con delicadeza mientras le toman fotografías a la pieza. Le resulta abrumador saber que allí hay un desaparecido, que lo mataron y lo enterraron, que lo escondieron y que ahora están desarmando su esqueleto para meterlo en cajas y llevárselo a un lugar seguro. Le gustaría putear a todos los ejércitos, las milicias y los uniformes del mundo, poner en fila a soldados y generales y almirantes y mariscales y rajarlos a puteadas en varios idiomas. Y después le gustaría echarse a dormir.

Uno de los fotógrafos de Policía Científica viene hacia ella, camina despacio, se coloca casi contra la lona de la tienda de campaña como si quisiera apoyarse ahí, deposita la cámara sobre una de las sillas de plástico, enciende un cigarrillo y comenta que ya están finalizando el trabajo. Lo dice de una manera muy coloquial:

—Chin pun, liquidamos.

Cecilia termina de salir de su túnel del tiempo. Mira al fotógrafo y se encoge de hombros. No sabe ni cómo se llama. Los fotógrafos policiales han estado entrando y saliendo del cuartel a cada rato, y lo único que ella ve es el chaleco de la Policía Científica. Es un chaleco oscuro con una banda reflectiva. El tipo insiste:

—En un rato nos vamos.

—A nosotros todavía nos queda bastante.

—Sí —dice él, se mueve apenas y el chaleco brilla—. Por suerte no tienen que ir a la morgue.

—A nadie le gusta ir a la morgue.

—Hay casos… Yo estoy acostumbrado.

Cecilia no logra entender del todo la conversación, pero le parece de mala educación quedarse callada, de modo que procura seguir el hilo:

—Pero no te gusta la morgue.

—La morgue de Uruguayana era peor —dice el fotógrafo.

—Sí, muy fea.

—Era un asco. En comparación, esta es un lujo.

—Tanto como un lujo…

—Digo, por lo menos está limpia.

—Una morgue es una morgue.

—Al final siempre es lo mismo.

—Así es —dice Cecilia con desgano—. Siempre es lo mismo.

Sin embargo, al instante se arrepiente. Ella comprende que esa afirmación, respecto al asunto que sea y se diga de la forma en que se diga, es por completo falsa: nunca es lo mismo, nada puede ser lo mismo. Recuerda: «Nada ocurre dos veces». Lo ha leído y es bellísimo. Mientras el fotógrafo vuelve a colgarse la cámara al cuello y regresa al área de la trinchera, Cecilia parece recibir un soplo de entendimiento que la coloca en un lugar diferente. Ya no existen ni el túnel ni el agobio ni las ganas de insultar a los militares. Lo que hay ahora es una limpidez en su memoria que le permite ordenar los hechos del día, las horas, los años de su vida. Un instante alcanza para eso. Es un rayo de sensatez que llega en la noche sin destello ni ruido, como si la energía de todos los saberes hubiera elegido la discreción para descargarse en su mente: nada ocurre dos veces, no hay dos noches iguales.

Cecilia Blanco mira de nuevo hacia la trinchera y lo hace con una entereza alucinada. Nada de lo que ha visto se repetirá, todo lo que ocurre allí pasa por primera y única vez en la historia de la humanidad. Le da vértigo de solo pensarlo. Este momento podrá ser recordado pero nunca repetido. Y lo que pasa ya ha pasado, ya es pasado y ya viene otro momento, tan fugaz como el anterior, ahí está esa luz, el gesto de esa mano, la muchacha con una tablilla y unos papeles que escribe sentada junto al foso. Nada de eso volverá a suceder jamás.

La muchacha sentada junto al foso es Annika Fieguth, que escribe en el Diario de Campo. Es una anotación que puede ser leída apenas como una sucesión de datos, o como uno de esos textos impersonales redactados de apuro por alguien que necesita ahorrarse tiempo y para ello evita los detalles menos relevantes. En tal caso sería una gota más en el ilimitado océano de las palabras, las más vulgares y las más extrañas, las que casi nadie conoce, las palabras secretas y los lugares comunes, rezos, imprecaciones, ruegos, saludos, el juramento, un grito. Un océano que se expande, ya no tiene límites, crece sin fin ni sentido, lo inunda todo.

Pero esas anotaciones en el Diario de Campo, esas y no otras, escritas a mano con trazos firmes y letra clara, pueden tomarse

también como un poema cuyos versos estrangulan la compresión de quien lo lee. Más allá de esas líneas no hay nada. Pese a que todavía queda mucha vigilia, una montaña de responsabilidades y la incertidumbre que se prolongará durante semanas, esos apuntes lo dicen todo. La página que se escribe viene a ser una especie de final. Habrá más apuntes sobre lo que sucede en la trinchera 3896 de la Zona 4, pero el texto de esa página es único. Un océano en sí mismo.

El poema del Diario de Campo se encuentra en la página decimosegunda de las anotaciones de ese día, ocupa la hoja entera, consta de diecinueve versos y cada verso comienza con el correspondiente código. A diferencia del resto de los apuntes, ese no contiene ninguna acotación, y los adjetivos empleados son apenas aquellos que resultan imprescindibles para precisar el sustantivo. Habrá nuevas anotaciones más adelante, pero la página siguiente está en blanco. Acaso esa hoja vacía deba considerarse también como una continuación del poema, un último verso que ha sido imposible de escribir, un silencio.

La construcción del texto puede provocar en quien lo lea errores de interpretación, inducirlo a permanecer en la superficie de las palabras sin advertir las capas que se acumulan y replican de manera incesante, dialogan entre sí, por momentos se mezclan como olas de ese océano.

**| DIARIO DE CAMPO |**

Grupo de Investigación en Antropología Forense (GIAF) Tareas en el predio bajo cautela judicial del ex batallón 13

Miércoles 28 de agosto de 2019 (cont.)

C027 Costillas derechas
S007 Sedimento asociado a costillas derechas
C028 Costillas derechas
C029 Costillas izquierdas
C030 Vértebras dorsales de la 9 a la 12
S008 Sedimento asociado a vértebras dorsales
C031 Vértebras lumbares L1 – L5
P018 Vértebra dorsal

C032 Huesos de mano
M013 Textil con al menos dos botones que se ubica a inferior de cráneo
M014 Bloques cal asociados a cráneo
P019 Maxilar con prótesis
C033 Costillas
P020 Húmero derecho
S009 Sedimento asociado a cráneo
C034 Cráneo
C035 Fragmentos diversos de cráneo y tórax
C036 Tres piezas dentales y fragmentos de cráneo frágiles
M015 Cal y sedimento asociado a cráneo

---

De textil a texto y de texto a trama. La tela hallada junto al cráneo parece ser de una camisa o algo parecido. Está enrollada y colocada a un lado de la cabeza, diríase que a manera de almohada. Tiene un color ocre, y en algunas partes unas manchas algo más oscuras. Se aprecian dos botones, pero es probable que haya más. Su identificación llevará tiempo, porque debe ser desplegada y limpiada en el laboratorio. Una vez acondicionada, la prenda quizá se pueda tipificar como una camisa. A primera vista es evidente que no se trata de ningún lienzo ni mortaja, que no es la sábana con la que, según algunas versiones, eran envueltos los cuerpos para ser sepultados. No es un trozo de la famosa sábana supuestamente devorada con rapidez por la cal echada en la tumba. No es un sudario.

Dilucidar si es una prenda de vestir o es otra cosa, intentarlo al menos, lleva a Rodrigo Bongiovanni hacia atrás, hasta el año 2017, cuando un exsoldado señaló la orilla del Miguelete como sitio de enterramientos clandestinos, muy cerca del arroyo. Lo hizo allí mismo, a pleno día, en presencia de una jueza, una actuaria y dos antropólogos del Giaf. Rodrigo recuerda con exactitud esas palabras:

—A algunos los enterré muy cerca del arroyo, a uno o dos metros de la orilla.

Las acciones se montan unas sobre otras, las identidades se confunden, los rostros adquieren cierta transparencia y acaban por

superponerse. Uno, otro, un testigo, varios testigos, unos anónimos, otros conocidos. Diez en total, quizá más. Las memorias de todos ellos coinciden en lo esencial. Veinte años antes, un hombre llamado Ariel López Silva ya había admitido en una entrevista periodística su participación en el ocultamiento de cuerpos en el lugar, asegurando que en todos los casos se los entregaban «envueltos en una sábana blanca» y que así los sepultaba. ¿Podía ser cierto tal extremo? ¿Una sábana blanca a manera de mortaja? Pese a que en aquella ocasión las indicaciones de López habían sido menos precisas que las de otros testimoniantes, las mismas contenían detalles que, de tan esperpénticos, sonaban a macaneo. Lo de las sábanas blancas, por ejemplo, era a todas luces un bolazo o un delirio. La entrevista fue tema de tapa de la revista *Posdata*. Allí se podía ver una fotografía del rostro de López Silva, con un titular en mayúsculas de grandes caracteres: «Yo los enterré».

Por primera vez, alguien que había participado de forma directa en las inhumaciones clandestinas daba la cara y aparecía en un medio de comunicación. Él lo había hecho antes en el Parlamento, y antes aún en el Instituto de Estudios Legales y Sociales, pero nunca en la prensa. Esas declaraciones tuvieron un fuerte impacto en la opinión pública, se replicaron de mil formas, las agencias de noticias las transmitieron al mundo, generó acciones judiciales y respuestas militares. La entrevista acabó por convertirse en una pieza documental de importancia. Sin embargo, ello no modificó en absoluto lo que ya era una especie de tradición en los gobiernos que siguieron a la dictadura: proteger a los violadores de los derechos humanos, sostener las leyes que consagraban su impunidad y, sobre todo, no ingresar a ningún cuartel para buscar a las personas desaparecidas.

Revista *Posdata* número 134, del 11 de abril de 1997: «Versiones militares revalorizan anterior denuncia a la Justicia del exsoldado López Silva, quien hoy por primera vez revela a la prensa lo sucedido».

**«YO LOS ENTERRÉ»**

*—Usted dijo que llegó a enterrar cuatro o cinco cuerpos…*

—Sí.

*—Incluso dijo que alguno de esos cuerpos, por su peso, podía ser el de una mujer...*

—Sí, por lo liviano que estaba, o por medio flaco. Los presos comían muy poco, también.

*—¿En esos entierros participaron otros soldados?*

—No sé. Cada uno estaba en la suya.

*—Dice que enterró cuerpos. ¿Fueron todos el mismo día?*

—No. Fue en distintas veces.

*—¿En qué períodos?*

—Y, fue en un período de un mes uno, quince días otro. Después otro a los tres meses...

*—¿Cuándo fue eso?*

—Déjeme ver, yo estuve en el 74 y 75... puede ser por el 76. A mí me dieron de baja en el 79. Sí, fue en el 76 y 77. Yo entré al cuartel en el 74 y no fue enseguida. Cuando eso, yo ya era milico viejo...

*—Los militares de alto rango que hablaron ahora, llegaron a decir que mandaron enterrar los cuerpos parados...*

—Los que yo enterré, era acostados...

*—... que les echaron cal encima…*

—Con cal viva...

*—... y que estaban envueltos.*

—Envueltos en una sábana blanca.

*—... ¿y que luego sobre ellos se plantaron árboles?*

—Yo no, pero pueden haber plantado árboles después.

*—¿Dónde están ubicadas esas fosas dentro del Batallón 13?*

—Ahí, junto a la cancha de fútbol. Donde se ve una cantidad de árboles. También a la derecha de la cancha, donde había una cabaña. Por ahí.

*—¿Detrás del arco que da contra el arroyo Miguelete?*

—Detrás del arco, a unos veinte metros.

*—¿Usted elegía el lugar donde enterrarlos?*

—No, no. Te marcaban el lugar.

*—¿De dónde se sacaban los cuerpos? ¿De una morgue, una*

*enfermería…?*

—No. Directamente de una parte donde estaba el servicio de Inteligencia, el S2. Ahí mismo torturaban, morían en la tortura, no sé cómo, y bueno, sacaban el cuerpo de ahí.

*—¿Puede recordar algún detalle de los cuerpos que le dieron para enterrar?*

—No. Siempre estaban envueltos.

*—¿Quién les ponía la cal?*

—Yo les echaba todo. Ponía cal abajo, tiraba el cuerpo y les ponía cal encima hasta taparlos.

*—¿A qué profundidad se hacían las fosas?*

—A la profundidad de un metro, más o menos, ponele…

*—¿En algún momento le pidieron que volviera a abrir esas tumbas?*

—No, nunca.

*—¿No declaró que a las cuarenta y ocho horas de enterrados tenía que abrir las fosas a ver qué quedaba?*

—Eso lo hice en alguna oportunidad. Pero no para sacarlos.

*—¿Y qué veía a las cuarenta y ocho horas?*

—Estaba todo comido. Quedaba el esqueleto y algún pedazo de sábana.

*—¿Cómo fueron enterrados? ¿Uno junto a otro?*

— No. Uno acá y otro más allá. Separados uno del otro. Más o menos a dos metros.

*—¿Vio otras fosas que hubieran podido cavar otros soldados?*

—Puede ser que hubiera, no las vi. Se hacía de noche siempre.

Es apenas un fragmento. Muchos detalles de lo dicho por López en la entrevista sonaban errados o poco creíbles: lo de la sábana blanca resultaba inverosímil teniendo en cuenta el contexto y la conducta de los militares que torturaban, que eran quienes «entregaban los cuerpos». La presunta remoción del enterramiento a las cuarenta y ocho horas «para ver cómo estaba el cuerpo» debía ser descartada, porque implicaría un acto que además de tétrico era innecesario. La afirmación de que en ese lapso de cuarenta y ocho horas el cuerpo «estaba todo comido, quedaba el esqueleto y algún pedazo de sábana» era otro invento, fruto de una fantasía alimentada quizá por una

creencia muy arraigada pero errónea, ya que la cal no actúa sobre los tejidos blandos de esa manera ni en esos plazos.

Tampoco era factible que hubiera podido cargar y enterrar él solo a una persona. Necesariamente debieron participar otros militares en el traslado desde «el S2» (en realidad desde el galpón del 300 Carlos) hasta la tumba cavada junto al arroyo. La conclusión inevitable era que en 1997 López Silva había omitido ciertos datos y dicho muchas inexactitudes. Sin embargo, tuvo el coraje de hablar.

En ocasiones la necesidad tiene cara de hereje. Ante la falta de informes nuevos y la ausencia de hallazgos en el batallón 13, a comienzos del año 2017 Rodrigo Bongiovanni planteó la posibilidad de buscar nuevamente a Ariel López Silva para conversar con él sobre aquellos enterramientos. Ese era el objetivo: conversar con él, a ver si tenía algo nuevo para contar. A partir de allí, desde el área de «trabajo preliminar» del Giaf tal vez podrían sugerirse nuevas líneas de investigación. Hallarlo no pintaba fácil, porque el hombre había tenido una vida complicada, siempre a salto de mata. Después de ser dado de baja del Ejército en 1979, anduvo a los tumbos por diferentes lugares, fue detenido por cometer pequeñas raterías, enviado a la cárcel, amenazado de muerte por hablar de su participación en los enterramientos, arrestado por una rapiña, por un hurto, por intento de hurto, por agresiones. El último parte policial sobre él era de abril de 2015. Enviado a los medios de prensa por la Jefatura de la Zona Operacional I de la Policía, se titulaba «Arresto civil» y decía:

«La Justicia procesó a un hombre que había sido detenido por civiles y señalado de hurtar bienes del interior de un vehículo estacionado en el Centro. Se trata de Ariel López Silva, uruguayo, de 57 años, y la Sra. Juez en lo Penal de 16to. Turno lo procesó con prisión por un delito de hurto especialmente agravado en grado de tentativa. Registraba 13 antecedentes penales previos y había sido arrestado por ciudadanos que lo vieron forzar el baúl de un automóvil estacionado en Yaguarón esquina Mercedes y hurtar un botiquín de primeros auxilios, un estuche con herramientas y otros efectos».

No parecía guardar proporción lo hecho por López Silva esa vez con la difusión que le dio la propia Policía. Quizá pesó el hartazgo de las autoridades ante el accionar de ese ratero impenitente que una y otra

vez quería apropiarse de lo ajeno, pero un intento de hurto a pleno día y que ni siquiera se había consumado era algo insignificante, sobre todo si se comparaba con la cantidad de asaltos, rapiñas y tiroteos que se sucedían en la ciudad a diario. Olía a venganza.

Puesto a investigar, Rodrigo recogió rumores. Un año antes, a mediados de 2016, Gustavo Casanova había logrado hablar con López Silva tras su última estancia en prisión y juntos anduvieron «dando unas vueltas» por la gruta de Lourdes. Algunas versiones lo situaron después en la zona del centro de Montevideo, con mal aspecto y quizá en situación de calle, una especie de vagabundo sin hogar vestido con ropas andrajosas, que dormía acurrucado en alguna ochava, donde lo agarrara la noche. Como expresidiario, las posibilidades de que su situación fuera desesperada eran muy altas, casi del cien por ciento.

Con esos pocos datos Rodrigo y Gustavo salieron a buscarlo, y lo hicieron con una técnica bastante primitiva —la única posible— que consistió en recorrer para arriba y para abajo a distintas horas las calles del Centro hasta la Ciudad Vieja, las paralelas a 18 de Julio, sus transversales, los comercios y recovecos donde era más frecuente hallar merodeando a los sin techo, gente que cargaba unos pocos bártulos cerca de las plazas durante el día, y que se acomodaba en las pasivas durante las noches. Fueron, cada uno por su lado, a bares, tiendas y quioscos, hablaron con parroquianos, con comerciantes, con cuidacoches.

Los dos investigadores del Giaf trillaron la zona una y otra vez durante semanas, pero no apareció ninguna pista. A Rodrigo se le ocurrió entonces tentar con una antigua dirección que López había dado como domicilio en 1985, treinta y dos años antes. La chance de que ese hombre casi sesentón y convertido en un indigente pudiera seguir viviendo en aquel lugar era casi nula, pero Rodrigo supuso que de todas formas podría rescatar alguna información de los vecinos, que alguien quizá le brindaría alguna referencia, un barrio donde ubicarlo.

Consiguió mucho más que eso: se sacó la lotería. Cuando llegó a la dirección brindada en 1985 por López, se lo encontró en la puerta de la vivienda, sentado en una silla destartalada. Flaco y algo avejentado, tenía allí en la vereda una pequeña mesa con revistas usadas que, según le dijo, vendía a los transeúntes. Se notaba que la casa estaba

vacía, con sus ventanas tapiadas. Era evidente que ese hombre ya no vivía en el lugar.

Así fue que Rodrigo halló a López Silva y pudo conversar con él, preguntarle de nuevo sobre sus testimonios, el de 1985 y el de 1997 y el de 2004. También pudo hurgar en su memoria, comprobar que el tipo no estaba loco ni desvariaba. Le dijo que era antropólogo y que era necesario repasar los datos que había dado en el reportaje de la revista.

—¿Otra vez?

—Seguimos buscando…

—Estuve en cana.

—Eso no importa.

—¿Y qué querés que te diga?

—Quiero confirmar algunas cosas.

López captó de inmediato la intención de Rodrigo. Comprendió que querían seguir excavando en el batallón 13.

—¿Quieren volver al cuartel?

—Nunca nos fuimos.

—Yo no sé nada más. El horno no está para bollos.

La afirmación sonó retórica, pero era parte de la conversación, y no había prisa. Rodrigo guardó silencio y esperó a que ese hombre procesara el ofrecimiento. La gente pasaba por la vereda, de un camión de reparto se descargaban mercaderías en la esquina, el comerciante que trabajaba al lado, de quien López dijo ser amigo, se asomó a curiosear. Tenía una pequeña tienda de repuestos. Esa parte de la calle Río Negro era entonces de construcciones bajas, con algunas casas de dos pisos y un estacionamiento. El ambiente en la cuadra parecía más o menos tranquilo, los ruidos eran los habituales, el comerciante dijo algo y volvió a meterse en su negocio. López Silva le daba vueltas al asunto, buscaba una respuesta. Miraba hacia la esquina, bajaba la cabeza, entrelazaba los dedos de sus manos. Rodrigo permanecía inmóvil. Unos minutos después su interlocutor aceptó repasar algunos detalles, pero le dijo que era mejor hacerlo otro día.

Durante las siguientes semanas, en varias ocasiones Rodrigo utilizó su hora del almuerzo para ir caminando hasta la antigua casa de Ariel

López, y siempre lo encontró junto a sus revistas viejas. Una vez compró unos especiales de jamón y queso y fue a comer con él allí, en la vereda, al lado de la mesita con revistas. Le preguntó si vivía de esas ventas y López asintió con la cabeza mientras masticaba lleno de entusiasmo. Después, cuando pudo, dijo que también hacía feria.

—Los domingos —aclaró.

—¿Y te alcanza?

— A veces me da para pagar una pieza y dormir bajo techo.

—¿Nadie te ayuda?

—Me dejaron tirado —dijo López—. Me da una mano mi amigo, el de aquí al lado. El único. Nadie más me ayuda.

No eran de rabia ni de lamento sus palabras, pero transmitían una decepción profunda, irreversible. En algún momento la vida se le había desarmado, y ese momento se ubicaba en las noches del cuartel, cuando le mandaban a cavar tumbas, cuando le entregaban cuerpos que debía sepultar. Quizá, mientras conversaba con Rodrigo, López Silva tenía presente sus propias declaraciones a una revista de la cual ya no recordaba ni el nombre: «*Los enterré acostados... les eché cal viva… estaban envueltos en una sábana… una sábana blanca…*»

Estuvieron un rato en silencio. Se terminaron de comer los refuerzos, y después Rodrigo se despidió y regresó caminando a la oficina del edificio Caubarrere. Fue una conversación más, que se sumó a otras conversaciones mantenidas a lo largo de los años, y a la lectura de varios testimonios que se habían presentado en el Parlamento, en los juzgados y en la prensa. Un testigo, dos testigos, siete, ocho… Finalmente, quizá por simple acumulación, se alcanzó una especie de masa crítica documental y se activaron los mecanismos jurídicos necesarios para tomarle declaración a un hombre que había pertenecido al batallón 13 en los tiempos del 300 Carlos.

Era un exsoldado, que concurrió al predio bajo cautela para declarar lo que sabía de manera formal y ante la jueza Marcela Vargas y su actuaria. Sus afirmaciones fueron en lo esencial parecidas a las de otros testigos, unos con identidades conocidas y otros que pidieron el anonimato. La principal diferencia de ese testigo con respecto a los demás fue una apreciación de tono menor pero muy importante. De pie frente al monte de sauces pronunció una frase que serviría de guía

para llegar a este lugar:

—A algunos los enterré muy cerca del arroyo, a uno o dos metros de la orilla.

A veces, muy de tanto en tanto, ocurre que entre muchas dudas surge la posibilidad de una certeza. El dato deslizado por ese hombre reforzó la convicción de que debía excavarse en la orilla misma del arroyo, y permitió que la zona de exploración a cargo del Giaf se extendiera hasta el mismo Miguelete. Eran unos pocos metros, pero marcarían la diferencia. Veinticuatro horas después de inspeccionar el predio del batallón y tomarle declaración al testigo, la jueza Vargas resolvió ampliar el área cautelada «hacia el límite natural del arroyo Miguelete, incluido éste y sus aledaños al curso de agua».

Eso fue en la primavera del año 2017. Hubo, como siempre, demoras excesivas propiciadas por la burocracia del Estado, la falta de recursos y la escasa colaboración de algunos altos funcionarios. El propio Felipe Michelini ha sido crítico en extremo con las múltiples trabas a las labores de su equipo. Él no tiene pelos en la lengua ni en la pluma para asentarlo de manera formal: «La jurisprudencia de la Suprema Corte de Justicia ha sido un factor altamente negativo [que] termina consolidando la idea de que el Estado en su conjunto viola una vez más la dignidad de las víctimas y sus familiares».

Recién en mayo de 2019, veinte meses después de dictada la resolución de la jueza Marcela Vargas, fue posible iniciar la tala de esa parte del monte y abrir las sendas para que las retroexcavadoras trabajaran junto al barranco. Aquella trama acabó por ser este textil, aquella tarde es esta noche, aquellas palabras son estos huesos: «Muy cerca del arroyo, a uno o dos metros de la orilla». Rodrigo Bongiovanni se encuentra ahora casi al final del camino, de un cierto camino. Él considera que quienes brindaron testimonio sobre los enterramientos en el batallón 13 actuaron, en la mayoría de los casos, de buena fe. Pudo comprobarlo personalmente con Ariel López Silva, quien según su opinión mostró en todo momento un ánimo colaborativo, el que sostuvo durante décadas pese al acoso que sufrió y al desbarranque de su vida en las furias del alcohol, la cárcel y las intemperies.

Más allá de lo inverosímil de algunas afirmaciones y de las

diferencias entre sus dichos y lo que después se pudo confirmar, el hecho es que aquel exsoldado, un hombre hundido en la pobreza y el desamparo, repudiado por los suyos y abandonado por quienes habían prometido ayudarlo, dijo lo que tenía para decir. Sus palabras contribuyeron a robustecer un proceso de búsqueda que estuvo desde el principio minado por obstáculos y acechanzas. Para quienes brindaron información —soldados dados de baja del Ejército por supuesta mala conducta— la decisión de hablar resultó ser muy peligrosa. Se lanzaron al vacío sin saberlo. Hubo hechos oscuros, represalias violentas, un crimen. Todo quedó envuelto en una bruma saturada de informes contrapuestos, versiones dispares, difamaciones, intrigas y silencios.

En abril de 2005 un hombre llamado Julio Ruperto Ramírez, que había servido en los batallones 13 y 14, entregó en sobre cerrado un croquis donde se marcaban sitios de enterramientos en predios militares. La información era veraz y se pudo comprobar que el croquis había sido dibujado por alguien que tenía conocimiento de las sepulturas clandestinas. Cinco años después, el cadáver de Ramírez fue hallado flotando en el río Uruguay, cerca de la costa argentina. Tenía la cara tajeada y el pecho abierto. Nunca se aclaró: «Yo lo vi caer al agua». «Estamos seguros de que fue asesinado». «Fue un accidente». Caso cerrado.

Y en 2007 otro exsoldado llamado Asunción Alegre hizo denuncias similares y se atrevió a salir en televisión. Horas antes de testificar en un juzgado para ratificar sus dichos, recibió una paliza feroz sin causa conocida y debió ser internado con traumatismos graves, estuvo tres semanas en el hospital y nunca llegó a recuperarse del todo. Casi lo matan a patadas. «Fue una pelea callejera». «El tipo tenía varios antecedentes». «Era un mentiroso». «Le habíamos dado la baja». Caso cerrado.

Y está el propio Ariel López Silva, que declaró sobre enterramientos ante organismos de Derechos Humanos, en el Parlamento, en varios juzgados y en la prensa. Fue acosado desde el anonimato hasta derrumbarlo, recibió varias amenazas de muerte, hubo pintadas en los muros de Montevideo, un comunicado enviado a la prensa y firmado por un inexistente «Comando Gaudencio Núñez», que informaba de su

ejecución en Buenos Aires. «Un vulgar delincuente». «Siempre fue fantasioso». Caso cerrado.

De textil a texto y de texto a trama. Las tramas suelen ser complejas y en un primer momento difíciles de descifrar. ¿Es una camisa ese textil encontrado en la sepultura? Con amargura repasa Rodrigo aquellas desgracias del pasado, las marcas en el camino que lo han colocado en este final con hallazgo incluido. Una línea apenas en el Diario de Campo, un verso codificado que, extraído del poema escrito por Annika y aislado del contexto puede sonar siniestro. «M013 Textil con al menos dos botones que se ubica a inferior de cráneo».

Las bolsas de papel con los huesos han sido colocadas en las cajas de cartonplast. Los últimos restos son levantados pasadas las nueve de la noche, de modo que Alicia considera que la tarea del Giaf en esta etapa ha sido cumplida. Para desesperación de los fotógrafos de Policía Científica, los antropólogos no parecen tener ningún apuro, y continúan con sus revisiones como si recién empezaran. Ahora se hace una especie de inventario, se recuentan las bolsas de papel con huesos, las cajas, los baldes empleados y los materiales recolectados. Esa tarea, que se realiza dentro del foso contiguo a la trinchera, insume otra media hora y todos siguen con atención el proceso.

Podría ser una estampa de otro tiempo, allí mismo pero cien años antes, una familia de quinteros despacha los frutos de la cosecha, manzanas y duraznos. Tienen una prolija cuenta de lo recogido, han calculado cuánto obtendrán por ese viaje. A la luz de unos candiles los acomodan en canastas de mimbre y bolsas de arpillera que, apenas amanezca, serán llevadas en una carreta tirada por dos bueyes, andarán por los trillos del Miguelete hasta alcanzar el camino de los Propios y de allí a la plaza del mercado. Podría ser un retablo alegre, una forma sencilla de la prosperidad. Sin embargo, hoy la cosecha es otra y es otro el tiempo, aunque quizá exista algún vínculo entre esos dos momentos, un lazo que los una además de la noche, tal vez todo está conectado desde siempre, esos campos, una plantación de frutales, el galpón con el número 4, drones y bueyes, cuartel, arroyo, coroneles.

Grupo de Investigación en Antropología Forense (GIAF) Tareas en el predio bajo cautela judicial del ex batallón 13

Miércoles 28 de agosto de 2019 (cont.)

Caja 1 – (Frágiles) – 3 Bolsas
Caja 2 – (C) – 18 Bolsas
Caja 3 – (C) – 15 Bolsas
Caja 4 – (P) – 19 Bolsas
Caja 5 – (M) – 7 Bolsas
Caja 6 – (M) – 8 Bolsas
Caja 7 – (S) – 10 Bolsas
C: Conjunto
P: pieza individual
M: material asociado
S: sedimento asociado
Derrumbe de perfil: 5 baldes
Sedimento superficial: 2 baldes (zarandeados sin hallazgos)
Sedimentos asociados a E01:
Sin profundidad: 1 bolsa
Prof. 0 y 50: 4 bolsas
Prof. 0,60: 8 bolsas
Prof. 0,65: 21 bolsas
Prof. 0,70: 2 bolsas
Sedimentos asociados a:
cráneo: 3 bolsas
pelvis: 2 bolsas
tarsos y metatarsos: 1 bolsa
ambos fémures: 1 bolsa
miembro inferior derecho: 1 bolsa
peroné miembro inferior derecho: 1 bolsa
pelvis, sacro, metacarpos y carpos: 1 bolsa lumbares, sacro, coxal, manos: 1 bolsa
mano: 1 bolsa
tórax: 1 bolsa
v. lumbares: 1 bolsa

———

Una vez concluido el inventario, proceso que también es documentado mediante fotografías, se tapan, cierran y sellan las cajas de cartonplast antes de cargarlas en los dos vehículos que ya están en posición a unos cien metros de la trinchera. Es de noche y la caminata debe hacerse con cuidado. Alicia lleva en sus manos la caja 1, que es la que contiene las bolsas con los huesos de la cabeza. Son unas cuantas piezas, todas ellas de apariencia frágil. En el laboratorio, una vez limpios y acondicionados, cada uno de esos fragmentos deberán encajarse unos con otros y unirse entre sí con silicona caliente hasta completar el puzle.

Dicho así suena casi a profanación, pero de esa manera tendrá que acometerse la tarea. Para los antropólogos del Giaf cualquier remilgo en el momento de manipular restos humanos solo sirve para entorpecer el trabajo y disminuir las posibilidades de éxito. Cuidados y paciencia, siempre. Melindres y aspavientos, nunca. Por eso en la instrucción profesional se incluyen labores que a veces son muy desagradables. Después de todo, quienes se vinculan de diferentes formas con las actividades forenses deben lidiar no solo con la muerte ajena, sino también con las consecuencias de esa muerte en la degradación de los cuerpos. Es una manera de prepararse para instancias como esta: una fila de hombres y mujeres que cargan en la noche varias cajas con el esqueleto desarmado de un ser humano.

Alicia se siente confiada y optimista. El insomnio sigue, pero es como si su mente ya hubiera atravesado cierta barrera para continuar funcionando a toda velocidad por el resto de su vida. Una noche y otra y otra sin dormir. No piensa en eso, no quiere pensar en eso porque teme que la conciencia de su desvelo la lleve a los precipicios del sueño. Piensa en lo que resta por hacer, en el traslado y en la cadena de custodia de la cual ella es responsable junto con Cecilia. Busca a su compañera con la mirada, gira la cabeza, la encuentra unos pasos detrás, se tranquiliza, sigue.

Ahora, mientras avanza hacia la camioneta del traslado, Alicia razona como osteóloga. Es una osamenta completa, o casi completa. Es probable que algunos pequeños huesos de los pies hayan sido

arrastrados por la corriente en una de las frecuentes crecidas del arroyo, porque estuvieron depositados junto al barranco durante décadas. Sin embargo, una apreciación somera del inventario le permite aventurar que la recuperación ha sido exitosa. En cuanto al cráneo, que por precaución ella misma lleva en la caja 1, es un hecho que, aunque fragmentado en varias partes, ha sido recogido en su totalidad. Es difícil saber si falta algún huesito de la *Ossa faciei* tal vez, pero de nada vale especular en este momento. Con calma y buena iluminación, en el laboratorio se verá. Además, aún quedan muchas bolsas de tierra que en los próximos días deberán ser pasadas por la zaranda allí mismo. En ese procedimiento pueden aparecer más restos.

Los soldados que están junto al generador de electricidad observan en silencio el operativo de traslado. Es probable que apenas tengan información sobre lo sucedido, pero sin duda ya saben que dentro de esas cajas viajan los restos de alguien que estaba enterrado en los fondos del cuartel. No conversan entre ellos porque el sargento al mando les ordenó mantenerse callados, pero también es posible que, aunque pudieran hacerlo, esos jóvenes no hablaran porque han de estar mudos de espanto, estremecidos por el espectáculo que pasa ante sus ojos, esa caravana que transita con paso cauteloso frente a ellos, esas cajas.

A fines de la década de 1970 y a comienzos de los 80, cuando estos soldados ni siquiera habían nacido, era habitual que los milicos veteranos del batallón les comentaran a los bisoños que por allá, «en la zona del fondo» estaba el cementerio con las tumbas de los subversivos. Un exsoldado de apellido Casales, que fue destinado a esa unidad entre 1977 y 1979, aseguró haberlo escuchado: «Se decía que allí había gente enterrada, decían que sí, que ahí había un cementerio, que ahí habían enterrado gente. Supuestamente el lugar estaría sobre el Miguelete, en la cancha de fútbol para el lado del Miguelete. Se plantaron después las islas de árboles».

No fue el único. En diferentes instancias, antiguos reclutas contaron historias similares. Uno de ellos aseguró que tanto en el batallón 13 como en el batallón de paracaidistas de Toledo había gente enterrada. Otro dijo que muchos reclutas sabían de las sepulturas: «Algunos las habían visto, y otros se enteraron por comentarios de ahí adentro,

porque en un batallón todo se sabe».

A los soldados más jóvenes ya no los asustan con cuentos de aparecidos. Ni falta que hace. Ellos están muy atentos recibiendo un curso intensivo de Historia Política Contemporánea. Esa tropa ve cómo quienes imparten el curso terminan de extraer los restos de un ser humano enterrados allí mismo, en el suelo de la unidad donde sirven, la misma que tiene en su plaza de armas el mástil y la bandera uruguaya que flamea todos los días, izada con respeto y ceremonia en cada amanecer, arriada con similares muestras de respeto y ceremonia a la hora del ocaso. Les han insistido una y otra vez en que ellos deberán dejarlo todo por esa bandera, ir al frente de batalla si es necesario, dar su vida en el combate si así se les exige, les aseguran que es su sombra la que buscan los valientes al morir, que eso es así y no tiene discusión, repiten, cantan: «Es su sombra la que buscan/ los valientes al morir», dos versos de una marcha patriótica, la misma que cantaban en la escuela, la que suena con frecuencia en la plaza de armas. Pero esta noche la bandera no se ve, no hay divisa ni estandarte ni toque de clarín. Para estos uruguayos de uniforme, pobres, la mayoría de ellos rejuntados de los asentamientos, llenos de hambre, jóvenes uruguayos que habitan sin saberlo una patria de mentira, hecha con retazos de otras patrias, muchachos de infancias rotas, alimentados con requeches en casas de cartón, en amargos arrabales, en pueblos perdidos de la campaña, para ellos no ha habido frentes de batalla ni combates ni valientes al morir sino el verdugueo habitual, algunos ejercicios de tiro con fusil en el polígono, aprender a calar la bayoneta, los valientes al morir, animarse a usar las armas, cada tanto un ensayo de desfile, es su sombra la que buscan, las labores cotidianas de la fajina y de pronto esta gente, estos huesos, los valientes al morir, una historia de la que apenas si tenían referencias.

Los soldados ven pasar el cortejo y suponen que pronto deberán desarmar la tienda de campaña, comenzar a llevarse todos los elementos para el área de Suministros, apagar el transformador, irse a descansar, dormir. Son casi las diez de la noche y el trajín, que ya dura demasiado, alcanza también al cuerpo de guardia del cuartel, cuyo jefe fue notificado por la tarde de las operaciones que realizaría en el terreno un grupo de agentes del Servicio de Seguridad Presidencial,

quienes tienen las autorizaciones correspondientes, están armados y tendrán a su cargo el traslado de los restos y la protección de los responsables de la cadena de custodia establecida por la Justicia.

El grupo del SSP está compuesto por diez hombres que han llegado en cuatro vehículos. Dos de esos vehículos ingresaron al área cautelada para cargar las cajas azules, y sus ocupantes ayudan en el trasiego, que se realiza de una sola vez: algunas linternas alumbran el sendero mientras el cortejo avanza con las cajas de cartonplast. Todas son colocadas en la parte trasera de la camioneta blindada. Todas menos una: la que carga Alicia, quien decide llevarla consigo.

Se suben a los vehículos, los choferes encienden las luces y arrancan. Van despacio, tratando de evitar los baches en el camino, algunos de ellos cubiertos de agua. Pueden ser una trampa esos baches con agua, nadie sabe qué tan profundos son, qué tan flojos son los barriales. La camioneta es muy pesada a raíz del blindaje, así que el conductor maniobra con mucho cuidado, estudia las huellas de otros vehículos, trata de ir sobre seguro.

Cecilia viaja en el asiento delantero, junto al chofer, así que tiene un panorama completo de lo que se ve adelante de ese camino que recorrió tres o cuatro veces en las últimas treinta horas. Desde su posición de privilegio el lugar se le antoja menos lúgubre, quizá porque los focos de la camioneta provocan una distorsión en la imagen, la tornan más plana, como si fuera una proyección en el parabrisas de la camioneta. Ella va muy cómoda sentada en su butaca, la sala está a oscuras y adelante hay una pantalla con eso que es el predio del antiguo batallón 13. Es como uno de esos documentales de Netflix sobre crímenes reales. Una escena de documental, sin narrador ni música de fondo. Se ven algunos cardos secos al costado del camino, colas de zorro, el alambrado, una curva, la portera.

En la trinchera 3896 el trabajo es intenso. Una camioneta traída por Méndez se ha estacionado cerca de la zona para cargar las herramientas y los equipos hacia el polvorín donde está el campamento. De todas formas, quedan cosas por hacer. Hay que tapar con lona la trinchera, asegurar la cinta amarilla de Pare y resguardar la tierra removida, con la que se ha formado un pequeño montículo a unos metros del foso. En los próximos días habrá que pasar la zaranda

seca a esa tierra y realizar un prolijo trabajo de revisión, si la lluvia no provoca el desborde del arroyo y arrastra lo que queda.

La caravana con las cajas azules sale del cuartel pasadas las 22:30. Abre el camino un Hyundai sedán con un escolta además del chofer. Detrás va la camioneta en donde viajan las dos encargadas de la cadena de custodia junto con dos escoltas y el chofer. Allí van los restos. Alicia se acomoda como puede en el asiento trasero, en el medio, con la caja 1 sobre su falda. Debido a la fragilidad de los huesos del cráneo ella ha decidido llevar esa caja consigo, a salvo de cualquier trasiego descuidado. Todavía tiene puestos los guantes de látex con los que ha manipulado el esqueleto, y no se los quitará hasta culminar el transporte. A cada lado se le coloca un agente. Los dos son corpulentos, así que ella va apretada entre esos dos forzudos de traje y corbata. Otro automóvil va detrás de la camioneta y en apariencia es el que cierra la marcha. Sin embargo, a unos cincuenta metros de distancia la caravana es seguida por un cuarto vehículo, una camioneta blanca en la que viajan tres agentes del SSP.

El grupo abandona el cuartel muy despacio, y así transita un corto tramo por Instrucciones hasta la esquina de Casavalle. A partir de ese punto el Hyundai que va adelante acelera y se coloca recostado sobre la banda izquierda de su senda, mientras que la camioneta blindada transita casi contra el borde del asfalto por el lado derecho de la calzada. Van rápido, de un solo tirón alcanzan Propios, hay poco tránsito, el chofer de la camioneta recibe alguna indicación por su audífono, dice algo, sigue de largo hasta Millán.

Pueden parecer exageradas las medidas tomadas por la seguridad presidencial para custodiar esos restos. En realidad, ninguno de los integrantes del Giaf se ha percatado de semejante despliegue, que fue recomendado por Cecilia con insistencia a través de Felipe Michelini. Solamente Méndez, que ha quedado en la trinchera ayudando a ordenar el área de trabajo, está al tanto. Entre el cansancio, el sueño y la excitación del momento, Alicia cree que el vehículo que va adelante

lo que hace es guiar, casi como cortesía, al grupo de los escoltas. No sabe que ella misma va en un vehículo blindado, que hay armamento listo para ser usado y un dispositivo de rastreo en la mesa de comando. Lo más probable es que la propia jefatura del SSP haya acordado realizar un operativo lo bastante sólido como para evitar cualquier inconveniente durante el trayecto.

Todos en Uruguay están al corriente del hallazgo, y en la tarde trascendió que la recuperación del esqueleto había concluido y que ese esqueleto sería llevado «en los próximos minutos» desde el cuartel de Instrucciones hasta el laboratorio del Giaf, en el centro de la ciudad. El trascendido que hablaba de «los próximos minutos» también indicaba que aún no se sabía si el transporte a utilizar sería proporcionado por el Ejército o por un servicio fúnebre. No eran más que rumores «de fuentes confiables» lanzados por operadores de Inteligencia para esparcir algo de desinformación. Al parecer esos rumores han funcionado. El común de la gente debe suponer que el traslado ya se hizo de forma discreta en un furgón de Martinelli, que es la empresa fúnebre contratada por el gobierno para estos asuntos.

Se podría decir que es un viaje tranquilo, realizado sin sobresaltos. No hay más conversaciones que las mínimas, referidas al tránsito o a la lluvia que no acaba de llegar. Una cuestión de rutina, un paseo en coche por esa ciudad que no se caracteriza por su agitación nocturna ni por la abundancia de luminarias. Hay unas bocacalles más oscuras que otras, árboles enormes, el Museo de la Memoria a oscuras; hay un patrullero que circula despacio, pocos peatones, muchos carteles de propaganda electoral colgados de las columnas. Alrededor de algunos contenedores se ve basura desparramada. Alguien la sacó de los contenedores para dispersarla ahí, en la calle.

Un hurgador, piensa Alicia. De inmediato esa figura desaparece, no hay lugar en su mente para acumular siquiera un concepto que no esté relacionado con esas cajas que van con ella hacia el laboratorio del Giaf, aunque si bien se mira los antropólogos forenses también hurgan. Son sobre todo eso: hurgadores, de modo que la figura del hurgador termina por incorporarse al caprichoso divague con el que ahora se distrae Alicia mientras la ciudad la envuelve con sus mugres. Hurgadores que buscan tesoros enterrados quién sabe dónde. Árboles

sin hojas, papeles que se amontonan contra los cordones, un ciclista, algunas marquesinas, el Miguelete. Cecilia dice algo acerca del plato con verduras que dejó en la mesa del comedor. Luego bosteza, nadie responde.

Alicia cree estar más atenta que nunca, pero su cerebro entumecido por el estrés y la falta de sueño patina con suavidad. Se pregunta si en el laboratorio las cosas se hallarán cada una en su lugar. Entre su viaje a Chilpancingo y su regreso directo al batallón, hace más de una semana que no va por allí, quizá nueve o diez días. Ya perdió la cuenta. Le aseguraron que todo está en orden, y que la disposición de los implementos y los muebles es la misma de siempre. Hace un repaso algo febril: el armario metálico donde se guardarán las cajas, las mesas sobre caballetes, los cajones con instrumental, los coladores y filtros para la zaranda con agua, los jarros, los calibres, las pipetas, las pinzas odontológicas. Sin saber por qué vuelve a los coladores, o más precisamente a un colador en particular, uno de plástico blanco. Lo ve. Está allí, sin uso todavía. Se estanca Alicia en su divague, da vueltas en torno a ese objeto, su memoria forma un pequeño remolino, va para atrás, unos meses hacia atrás, ahí está ahora, en el bazar, comprándolo. El vendedor le pregunta si quiere un colador para la pasta o para la verdura. Ella responde que debe ser de plástico y no de metal, sonríe, se queda con esa afirmación: de plástico. El vendedor le explica que los coladores metálicos son más resistentes, que duran más y que no los afecta el agua a alta temperatura, por lo cual, pese a ser un poco más costosos, resultan mucho más convenientes. De todas formas, dice Alicia, el mío tiene que ser de plástico. Agrega que ya ha comprado otros de ese tipo allí mismo, así que no ve cuál puede ser el problema.

El vendedor aclara que no hay ningún problema y de paso le pregunta si puede ser de malla fina, tal vez de tela, como para preparar café a la antigua. Ella niega con la cabeza y se dispone a pasarse el día en ese bazar hasta que le consigan el colador que quiere llevar al laboratorio. Por fin el vendedor parece rendirse, hace un gesto resignado, se va para la trastienda y al cabo de unos minutos regresa con el colador adecuado. Es lo más barato que tenemos, dice el tipo. Ese apunte a Alicia le resbala, sonríe victoriosa, comenta que

justo es el colador que estaba buscando. Luego calla.

Omite revelarle al vendedor que sobre ese recipiente lleno de agujeritos habrá de colocarse un filtro aún más pequeño con sedimentos asociados a restos humanos, a los que se les echará agua, despacio, con cuidado, para que la tierra escurra y se pueda ver si queda algún objeto sólido retenido y si ese sólido tiene alguna relevancia. Y no dice nada porque no corresponde hablar de tales asuntos, ya que esos detalles no pertenecen al mundo diurno y cotidiano del comercio, las mercaderías y los vendedores de mostrador, ese mundo en el que una caja es una caja y un colador es únicamente un colador que se utiliza en las cocinas de los hogares. En el mundo de Alicia, por el contrario, una caja puede ser el destino final de un secreto, la forma de honrar una memoria que deberá rastrearse con un colador que nunca se usará para lo que fue pensado y diseñado. El vendedor mete el utensilio en una bolsa, ella paga, se despide, sale del bazar, camina triunfal.

Siempre ocurren cosas parecidas, interpretaciones equivocadas, suposiciones arbitrarias. Casi todo el instrumental que utilizan los antropólogos forenses está compuesto por objetos y materiales de uso común en distintos ámbitos que son ajenos a cualquier actividad científica. Pinceles de varios tipos y tamaños, estecas para artesanías, cucharines de albañil, pistolas de silicona, bolsas de papel y de nailon, coladores de cocina. Lo mismo pasa con las herramientas de excavación, palas, picos, azadas, baldes de obra, carretillas. Hay una tos, Alicia emerge del remolino y vuelve a esa otra realidad cuando el chofer anuncia que ya falta poco para llegar.

—Por suerte —dice Cecilia.

—Todo normal —agrega el chofer.

Cecilia no puede contenerse, parece irritada:

—Ah, sí… Normal para usted.

Alicia se ríe porque le causa gracia el fastidio de Cecilia, pero considera que esa afirmación del chofer es, con respecto a ella, cien por ciento auténtica. «Todo normal». El trayecto es tan normal que viene a ser lo único más o menos normal que le ha ocurrido en la última semana. A esa normalidad hay que descontarle los dos escoltas que la comprimen, uno a su derecha y otro a su izquierda, y el

insomnio que parece habérsele instalado en la vida para siempre, y la caja con un cráneo que lleva sobre sus piernas como si fuera una torta de cumpleaños guardada en su correspondiente empaque de protección. Lo demás es bastante normal. Un viaje común.

Sin embargo, esa normalidad es solo aparente. En este preciso momento no hay en toda la ciudad algo que sea más excepcional que el viaje de Cecilia Blanco y Alicia Lusiardo rumbo a la esquina de Convención y 18 de Julio. Ellas y no los escoltas, ellas que son las pasajeras en ese cortejo que se desliza a través de la noche. Ellas dos con esos huesos. Montevideo, Cecilia y su angustia, Alicia y un cráneo en su regazo, las dos mujeres y alguien más que todavía no tiene nombre.

Alicia y Cecilia se fueron por un lado. El resto del equipo se irá por otro. Se han separado en dos grupos, pero igual mantienen una notoria sintonía entre sí, como si aún estuvieran juntos. Hay una vibración colectiva que no fue provocada por la magnitud de este hallazgo y que permanece, aunque nadie la perciba con demasiada nitidez. Entre ellos se adivinan en la noche, incluso a la distancia. La capacidad de empatía que tienen los integrantes del Giaf por momentos fluye y se expande con un caudal poderoso que los alcanza a todos. Hace años que ocurre eso, a veces con más intensidad, a veces con menos.

El 15 de marzo de 2012, durante las excavaciones en el batallón de paracaidistas en Toledo, una gran rama se desprendió sin motivo aparente de un roble y cayó desde lo alto sobre una tienda de campaña utilizada por los militares que, en esa época, acompañaban a los antropólogos como «garantes» del Ejército, y filmaban todos los procedimientos. La rama aplastó por completo la tienda. No había viento. Fue durante la hora del almuerzo y nadie resultó lastimado. Ese día, Alicia, Rodrigo y Nicolás Batalla eran los investigadores del Giaf en el batallón. Otros se encontraban en la facultad de Humanidades, y otros más en Buenos Aires, en un curso de la Cruz Roja Internacional. Ellos tres y el maquinista de la retro, al igual que los militares, estaban a unos pocos metros de allí, y el estruendo de la rama al caer fue imponente. En ese momento Alicia dijo:

—Es una señal. Hoy vamos a tener un hallazgo.

En broma, Rodrigo compartió el vaticinio por mensajes de texto. Todos los integrantes del Giaf recibieron el SMS enviado a las 13:50: «Dice Alicia que hoy habrá hallazgo». Varios respondieron, hubo chistes, un par de comentarios y de vuelta al trabajo. Media hora después, exactamente a las 14:20 según el Diario de Campo de aquel día, la máquina excavadora destapó una arpillera con cal y algunos huesos. Había un hallazgo. Semanas más tarde, el esqueleto completo recuperado esa tarde en el batallón de paracaidistas de Toledo sería identificado por ADN como perteneciente a Ricardo Blanco, un preso político que había sido detenido y desaparecido en Montevideo treinta y cuatro años antes.

Nunca, en ninguna circunstancia, antes o después de aquel día, ni Alicia ni los demás antropólogos expresaron augurios de ese tipo. Los consideran inapropiados, una liviandad que no se condice con la rectitud de la tarea que deben desarrollar. La propia Alicia se ha resistido a revelar la anécdota, que ha sido refrendada punto por punto tanto por sus compañeros como por sus excompañeros. Cuando por fin accede a contarla, en un ambiente íntimo y de extrema confianza, lo que hace es atribuir el episodio a una simple casualidad: «No fue ninguna visión ni ninguna premonición ni ningún mensaje de nada. Fue que se me ocurrió decir eso en el momento en que cayó la rama». Si alguien le pregunta por qué cree que se le ocurrió decir lo que dijo en ese momento, ella guarda silencio.

Es cierto que existe una coordinación de los movimientos del Giaf, ejecutada limpiamente durante el último día y medio, pero la empatía va más allá de los asuntos prácticos y alcanza las capas más sutiles en cada uno de los buscadores de huesos. Podría pensarse que el destino de ellos va atado a esa parcela de tierra recién removida. Sin embargo, se trata de una conexión mucho más abarcadora, con otra profundidad, que viene de antes y que se instaló sin que nadie lo propusiera. Fue un proceso de años, alimentado por incertidumbres y frustraciones compartidas, por temores que nunca fueron dichos, por alegrías para celebrar entre todos y también por fracasos y catástrofes personales que, al final, fortalecieron aún más los vínculos hasta convertir a ese pequeño núcleo de investigadores científicos en algo

que puede definirse con una palabra: comunidad.

Esa comunidad es una especie de cofradía abierta pero con ámbitos de reserva, sólida y a la vez frágil, severa y al mismo tiempo alegre. Por eso a su vuelta de México Alicia quiso estar en la trinchera y estuvo a pesar del insomnio, por eso Natalia tarareó una canción mientras abría la tumba en la madrugada, por eso la sonrisa de Gustavo a veces es gigante, por eso Florencia ha resistido los embates de su propia angustia. Así ocurre con todos. Cada quien tiene sus flojeras, pero las comparten y las superan. Se sostienen unos a otros, se ayudan, a veces se pelean, discuten y se enojan, y después terminan por superar las desavenencias para seguir adelante.

Ximena y Gustavo son un buen ejemplo de esa dinámica sinuosa, siempre intensa, sostenida a partes iguales por la razón y el espíritu. Aunque el vínculo nunca se ha debilitado, ellos han tenido discrepancias desde que se conocieron hace quince años, un par de broncas de las cuales el tiempo ha permitido conservar apenas algunas palabras, casi siempre referidas por sus compañeros de trabajo y no por ellos mismos.

—Digo las cosas y punto.

—Hago las cosas y listo.

De todas formas, ellos admiten el respeto y el cariño mutuo. Les basta con una mirada para saber cada uno lo que piensa el otro. Los dos son rigurosos, aunque en distintas frecuencias, y eso provoca que a veces no sintonicen. Ella es tímida, él expansivo. Él tiene una memoria asombrosa y una capacidad de orientación insuperable; ella apela siempre a la planificación y al respeto por mapas y apuntes. Ximena intenta en todo momento tener el control de la situación, Gustavo deja que las cosas fluyan y que sea lo que tenga que ser. En la superficie, las porfías han estado vinculadas a cuestiones técnicas, la ubicación de unas estacas, el uso del Sistema de Información Geográfica, las variantes de los planos con el terreno, las desviaciones del GPS, cosas incomprensibles para el común de la gente. En el fondo se trata de estilos y personalidades contrapuestos.

Se cuenta que, en alguna ocasión, el enfrentamiento ha subido de tono, con adjetivos y conceptos que, de tan juiciosos y rebuscados, acaban por ser hilarantes. Ni ella ni él quieren hablar de eso, así que

los demás se ponen a conjeturar cómo habrán sido esos altercados casi de algodón. Aunque los mismos reflejan discrepancias y asperezas reales, bien mirados son bastante absurdos y acaban por provocar risas y bromas que hunden la escaramuza en un rápido olvido.

En el pasado, en cambio, eran otros los enfrentamientos. Hubo discusiones muy desagradables, aunque como participaron personas que ya no están en el equipo nadie quiere ventilarlas. Prefieren dejar atrás la falta de diálogo y la desconfianza de marcaron esos años de mucha presión externa y de poco compañerismo interno. Las cicatrices permanecen. Algunos de los investigadores consideran que fue un tiempo perdido, sin estímulos ni respeto.

Sin embargo, a pesar de ese sentimiento de rechazo, cabe la posibilidad de que la actual solidez del grupo también se haya forjado en aquel ambiente de enconos y personalismos. Nadie en el Giaf parece dispuesto a admitir que pudo tratarse de una influencia positiva, pero quizá así fue. Tal vez esa etapa de malos recuerdos a la postre resultara útil para fortalecer virtudes y atemperar debilidades.

En esta comunidad que es ahora el Giaf se coincide además en un sentimiento de rechazo a cualquier clase de protagonismo, al autobombo y los coqueteos mediáticos. Pese a que el bajísimo perfil que cultivan los vuelve casi invisibles ante la opinión pública, y eso los torna más frágiles, todos piensan que la discreción y el recato son elementos inseparables de la profesión, que establecer vínculos con personas fallecidas en condiciones tan violentas los obliga al respeto y que ese respeto debe expresarse de las más variadas formas. Una de esas formas es un proceder que, visto por extraños, puede resultar incomprensible o incluso sombrío. Cuando en el laboratorio hay huesos para estudiar, al comienzo de cada jornada los investigadores entran a la habitación y saludan al ser desconocido que habitó esos restos, y al terminar el trabajo —muchas veces bien entrada la noche — se despiden de él.

Él es una palabra inabarcable. Él puede ser ella, ese ser que fue y que en el laboratorio, de a poco, empezará a ser de nuevo. «Buenos días, hola, buenas noches, hasta mañana». A través de esos huesos saludan a aquella persona que vivió alguna vez y de la que solo quedan unos restos. No hay ninguna formalidad en esos saludos,

ningún rito hermético; no se trata de creencias en el más allá sino de convicciones en el más acá; no es una excentricidad sino apenas una muestra de consideración, otra manera de resistir la desaparición.

Un grupo camina detrás de la máquina conducida por Luis Brusnin hacia el polvorín, el otro recorre las calles de la ciudad rumbo al edificio Caubarrere. No hay allá ni aquí, sino un ahora que los conecta a todos. Cecilia no ve la hora de llegar, Gustavo mira el cielo encapotado, Matías conversa con Rodrigo, Alicia acuna la caja 1 en su regazo y piensa en Celeste, en el entusiasmo que mantuvo la muchacha durante toda la jornada.

Alicia piensa en Celeste y Celeste piensa en Alicia, y recuerda su voz al darle la bienvenida y el saludo de Méndez en la penumbra del amanecer, cuando la llamó por su nombre en el camino, este mismo camino, y agradece haber participado en la recuperación de esos huesos, y dice en voz alta que está cansada pero satisfecha. Eso es lo que dice, pero por momentos tiene la impresión de que es al revés: que está satisfecha pero cansada.

Muy cansada. Un cansancio como nunca antes había sentido. Desplegó toda la energía de la que era capaz durante quince horas, en varias ocasiones fue al polvorín y regresó sin compañía, caminaba rápido evitando los barriales, bajó al foso, se trepó a la montañita de tierra formada junto a la máquina de Luis, cargó baldes, volvió a bajar al foso, acomodó bolsas con huesos, bromeó con Nasr, recibió a Familiares, se enojó con los periodistas.

En algunas ocasiones, cuando sus amigos le preguntan por los estudios, ella suele decir que está más o menos en la mitad del recorrido, como si fuera una maratonista, aunque en realidad es consciente de que va bastante más adelantada, y que en un año o un año y medio podrá concluir esa etapa, obtener la licenciatura, seguir corriendo rumbo a la maestría. Le encanta y además es un buen plan, un plan sensato, pero en este momento se agobia al pensar en la facultad, en la distancia que le falta. Busca en su mochila el teléfono y lo enciende. Adelante los focos de la retro alumbran el sendero. Atrás todo es oscuridad.

El cortejo que transporta los huesos llega a la entrada de la galería Caubarrere poco antes de las once de la noche. Los escoltas del SSP no se caracterizan por la discreción en sus procedimientos, así que esos cuatro vehículos con matrículas del Poder Ejecutivo, estacionados en segunda fila uno detrás del otro y con las balizas encendidas en la calle Convención, más un grupo de hombres fornidos con trajes oscuros y corbata, todos de pie en la vereda y en actitud vigilante, llaman la atención de los peatones que pasan por allí a esa hora.

La Pasiva de la esquina está abierta, y es como una isla luminosa en la avenida. Hay algunas mesas con clientes, se ven los destellos de dos televisores enormes encendidos en los extremos del salón y una moza de camisa blanca que camina con una bandeja. Los escoltas no notan ningún elemento que pueda considerarse peligroso o extraño. Del otro lado de la calle el local de Indian Emporium tiene sus cortinas metálicas bajas. Hay una mujer en la vereda que parece esperar a alguien. Es de complexión más bien gruesa, y debe tener unos cincuenta años. Viste un tapado oscuro y sus hombros se notan algo cargados hacia adelante, en una postura que puede ser de cansancio o de resignación. Ya no se huele el humo, sino la lluvia. En esa parte de la ciudad todo está en calma.

Celeste quiere comer algo y dormir y despertarse dentro de dos días, cuando ya haya pasado la agitación y queden el recuerdo y la experiencia y la perspectiva de seguir en la facultad y en el batallón o en el laboratorio o donde sea que la pongan a trabajar, que eso es lo que más desea: que salga de una vez el contrato, que pueda integrarse por completo al Giaf. Cuando llega al polvorín abre el WhatsApp. Le escribe a su padre, pregunta qué hay de comer, informa que la llevarán, que en un rato estará en su casa, que no tiene energía. Su padre responde un minuto después, le propone un menú variado y simple, lo que hay es carne, pechuga de pollo saltada, rúcula y, por supuesto, croquetas de arroz. Ella se inclina por las croquetas, le gustan las croquetas de arroz, eso es lo que le apetece ahora. El intercambio cesa tras una última oferta de su padre: lehmeyun.

Al tercer piso del edificio Caubarrere se accede por dos ascensores algo deteriorados que se encuentran al final de una doble galería, con dos entradas principales por 18 de Julio y una lateral por la calle

Convención. De noche, cuando cierran las oficinas y los comercios, sólo se puede ingresar por la entrada lateral. En la galería hay pequeños comercios, la oficina de un gestor de trámites, una peluquería para damas y otra para caballeros. A esa hora todos los locales están cerrados y a oscuras.

Las dependencias de la Presidencia de la República, en los pisos superiores, tienen un dispositivo de seguridad que, aunque a primera vista puede parecer un tanto laxo, funciona de manera satisfactoria. Hay una caseta con un guardia abajo, al nivel de la calle, junto a los ascensores, y hay otro guardia arriba, en las oficinas. Además se han instalado cámaras de video en los corredores y sobre el laboratorio del Giaf, y la puerta de ingreso tiene cerradura electrónica. De forma rutinaria, la habitación donde funciona el laboratorio se cierra con doble llave de paleta, tranca y candado, a la vieja usanza.

Luis Brusnin deja estacionada la JCB a un costado del viejo polvorín. Eso mismo hace todos los días a media tarde, aunque esta vez es distinto porque es de noche. Enciende un cigarrillo. Andar en la oscuridad por ese campo le resultó raro. Los focos de su máquina iluminaban el camino adelante, pero alrededor todo era negro. Daba para pensar en fieras, en una bala perdida, o para imaginar que el viaje se alargaba demasiado, siempre en las sombras, siempre sin llegar. Debe ser la noche, o los huesos. El cementerio bajo las orugas de la retro, otros huesos aplastados al paso de la excavadora, toneladas de acero triturando huesos que no existen. Por ahí anda el centinela. Se miran de lejos, como en un duelo. No se ven los duelistas, pero se miran. Luis apenas si distingue una silueta junto al alambrado. El recluta debe observar algo similar: una silueta junto a la máquina excavadora. Luis sabe que esa silueta es la del centinela, y el centinela tiene que saber que aquella silueta es la del maquinista. Una bala perdida, piensa Luis. Chau, se acabó.

Regresa caminando hasta el lugar donde está el resto del grupo. Alumbra el paso con una pequeña linterna. Se siente liviano a pesar del cansancio, se olvida del cementerio en el batallón, se olvida del batallón. Está el olor de las quemas, que va y viene. Por momentos se vuelve casi inapreciable, apenas un toque acre en el aire que no alcanza a definirse; luego lo envuelve todo como si los incendios

fueran justo allí, del otro lado del arroyo. Escuchó en la radio que el fuego anda por las selvas de Brasil y Bolivia y algún otro país, que eso es muy lejos, que las llamas caminan rápido y avanzan de este a oeste un día, de norte a sur otro día, nadie sabe qué pasará con el humo que flota como una nube. Trata de imaginar esa selva que arde, oye las voces de sus compañeros, ya están subiendo a los vehículos para marcharse a sus domicilios.

Como Florencia y Matías viven a pocas cuadras del edificio Caubarrere, se han ofrecido para regresar en un coche a las oficinas del Giaf a dejar las mochilas con las cámaras, el GPS, el detector de metales y otros implementos, además del Diario de Campo que quedará bien resguardado. Ellos van en un auto, y los demás integrantes del equipo van en dos camionetas, directo a sus hogares, sin tener que pasar antes por el centro de la ciudad. Natalia parte primero en su propio coche, y se lleva a Celeste que vive bastante cerca de su casa. El chofer de la última camioneta asume que la suya será una vuelta larga, porque tiene orden de dejar a los investigadores en la puerta misma de sus respectivas viviendas. Según le han dicho, hay varios que se domicilian fuera de Montevideo.

En el centro de la ciudad, los custodios sacan las cajas del interior de la camioneta. Sus trajes oscuros y la manera que tienen de caminar son suficientes para que pasen sin problemas junto al guardia de la planta baja. Unos segundos después, la comitiva sale del ascensor al palier del tercer piso y enfila derecho hacia las oficinas. Alicia va adelante con la caja 1 y detrás la siguen, con el resto de las cajas, Cecilia y dos agentes. La puerta de ingreso ya está abierta para recibirlos. La jefa del Giaf avanza decidida por el pasillo, llega hasta una puerta pintada del mismo gris que todas las otras puertas del sector, aunque un poco más estrecha. Solo la distingue una cerradura de paleta y una tranca con candado. Deposita con cuidado la caja 1 sobre un mueble que hay al costado, busca el manojo de llaves en su chaqueta, quita el candado y abre la cerradura del laboratorio. Las luces están encendidas.

Y entonces, cuando entra, siente que por fin ha llegado, que ese es su reino, el lugar en el que habla con los muertos, les hace preguntas, descubre historias viejas, señales que la ayudan a estimar la edad, el sexo, acaso un oficio, la huella de una herida, un secreto. Ese es el sitio

de todas las confidencias, donde limpia los huesos y les quita las impurezas para devolverles un mínimo decoro. Allí los estudia, los mide, busca indicios, marcas, los susurros que la vida ha dejado en ellos.

Los integrantes del Giaf que viajan de regreso a sus hogares no se preocupan por lo que pueda sucederles durante el recorrido. Hay cierta euforia en el grupo, y si existe algún tipo de peligro o amenaza ellos no lo saben o, como ha ocurrido en otras ocasiones, no le dan importancia. Quizá no se toman esas amenazas demasiado en serio porque casi nunca pasaron de ser bravuconadas anónimas que buscaban desestabilizar al equipo y generar sospechas, desconfianzas. Van cansados y felices con el trabajo realizado, con la carrera que le ganaron a la lluvia y con el amable fastidio de los fotógrafos de Policía Científica, quienes ya deben estar muy cómodos en sus hogares.

—Mirando la tele en pantuflas —comenta alguien.

El chiste es tonto pero genera risas, y esa puede ser una señal de despreocupación y también de nerviosismo. Una despreocupación nerviosa que se impugna en sí misma, que pretende anularse pero ahí está, se retuerce en esas risas provocadas por la certidumbre de que las excavaciones no se detendrán, que ellos van a seguir excavando aquí y allá a pesar de los negadores, van a remover el cielo y la tierra, van a investigar y a encontrar más restos, los van a encontrar a todos, así pasen años, así caigan aguas de diluvio, con la mirada en la tierra, la misma tierra que Ximena tiene ahora en la ropa, en el pelo, metida debajo de las uñas.

Ella observa el patio principal del cuartel, iluminado y vacío. No se ve a nadie y, desde la camioneta en la que viaja, le da la impresión de que es un sitio sin alma. Un lugar desierto, alumbrado por unos focos que le dan a la explanada un aspecto carcelario. La tropa debe estar durmiendo. Ximena supone que Alicia ya habrá llegado al laboratorio luego de ese interminable regreso desde México. Según le dijo, había salido de Chilpancingo el domingo a mediodía, y ahora es miércoles de noche tarde, casi jueves, aunque la referencia viene a ser una especie de lugar común que, a fuerza de repetición, termina por carecer de sentido. Se pregunta qué quiere decir que sea miércoles, y descubre que los nombres de los días han perdido significado durante esa

jornada de casi cuarenta horas en los campos del batallón. Jueves, domingo, martes, lunes, miércoles, para adelante y para atrás, palabras que no significan nada. Ximena no tiene noción de ese tiempo porque también anduvo por el túnel.

—Fue como un viaje.

Lo dice con levedad y nostalgia. Ahora la trinchera 3896 es para ella un recuerdo. Con sus compañeros va a volver a buscar y rebuscar en ese campo, y allí estará el sitio donde aparecieron los restos, y el hallazgo podrá ser reconstruido a partir del Diario de Campo, de las planillas, las fotos, los bocetos, las fichas, los informes y lo que cada uno tenga para contar. Así será mañana, pasado mañana, algún día, siempre. Pero ahora, en esta noche, la trinchera 3896 es apenas el recuerdo de una tumba vacía.

Ximena no imagina que a esa misma hora su rostro y su gesto de esa tarde en la trinchera, señalando con el brazo extendido el lugar del cráneo, está en las pantallas de diagramación de todos los diarios uruguayos y que su imagen ya ha sido transmitida por varias agencias internacionales de noticias, lo que a su vez provocará una nueva oleada de artículos, todos ilustrados con su rostro y su gesto.

Los fotógrafos de prensa, después de concurrir al sitio del hallazgo, regresaron a sus respectivas redacciones con decenas de imágenes tomadas en el lugar. Tuvieron que seleccionar entre diversos tipos y formatos: fotos apaisadas, verticales, cuadradas; planos generales, primeros planos, rostros, la calavera asomando apenas sobre la tierra; más o menos dramatismo, más o menos información.

Había muchas fotografías para elegir: la tumba excavada, la jueza junto a la trinchera, el conjunto de antropólogos de brazos cruzados detrás de la coordinadora del Giaf, la mugre del arroyo… Y ocurrió que en todos los diarios, como si se hubieran concertado, los jefes seleccionaron una imagen casi idéntica para la portada, tomada por distintos fotógrafos en el mismo momento y con el mismo encuadre. Allí se ve a Ximena Salvo metida en la fosa, apuntando con el dedo índice de su mano derecha hacia el cráneo que apenas asoma de la trinchera. En esa foto lo que electriza no es la calavera que yace en la tierra sino el rostro de Ximena, la severidad de ese perfil, la determinación marcada en su gesto, el entrecejo algo contraído que

expresa, con espontaneidad, sentimientos difíciles de transmitir en una crónica.

Todo el dramatismo de la noticia se concentra en esa imagen, que además tiene un toque casi exótico, como de otro país y de otra época: una mujer joven, a quien el público jamás había visto, aparece metida en una fosa señalando una calavera. De rostro pálido y anguloso, lleva el pelo recogido y se adivina enérgica en la postura de su cuerpo. Ese dedo apunta hacia el cráneo pero también parece señalar a los culpables. Es el mejor titular posible para semejante información. Sin palabras lo dice todo.

Alicia descubre que ya está. Las cajas fueron colocadas en el armario y ella lo ha cerrado con llave. Se encuentra ahí, de pie en el laboratorio, rodeada de esos muebles que hacen parte de su vida, y es como si hubiera estado en ese sitio siempre, quieta, en silencio, a la espera de que este momento llegara. Y al contrario de lo que alguna vez pudo imaginar, no hay nada especial en el instante. Reacciona, sonríe sin saber bien qué le corresponde hacer. Allí están de pie los dos agentes del SSP, y Cecilia con cara de sueño, y ella que se ve en ese cuadro como si fuera otra persona, una Alicia que forma parte de esa composición sin historia, un par de segundos fuera del relato. Suspira, se quita los guantes de látex y los arroja en una papelera. Entonces uno de los escoltas carraspea:

—Disculpe.

Alicia lo mira pero no habla.

—Me gustaría…

—Dígame.

—¿Puedo quedarme con uno de esos guantes?

—Los guantes…

—Como recuerdo. Lo quiero de recuerdo.

El agente no se mueve. Expectante, aguarda que Alicia lo autorice. Al fin ella asiente con la cabeza y entonces el escolta se inclina hacia la papelera y toma uno de los guantes de látex. Cuando lo hace asoma la culata de una pistola. El hombre se endereza de inmediato. Se guarda el guante en un bolsillo del saco y agradece en silencio.

Todos salen del laboratorio, Alicia la última. Se detiene en el vano de la puerta, mira hacia el interior de la habitación y saluda:

—Buenas noches.

Luego cierra la puerta, pasa la llave, coloca el candado y lo tranca. Aunque los dos tipos del SSP la miran con extrañeza, no se atreven a hacer ningún comentario. Los cuatro bajan por el ascensor en silencio. A Cecilia deben llevarla hasta su casa en Malvín, pero Alicia vive allí mismo, a un par de cuadras. Dice que se va sola, que es muy cerca y tiene ganas de caminar. Los agentes le informan que puede ir caminando si quiere, pero que ellos deben acompañarla o, si lo prefiere, marchar unos pasos detrás como si fueran sus guardaespaldas, porque la orden es dejarla en la puerta de su domicilio. Cecilia se suma al grupo, enciende un cigarrillo, son cuatro personas que caminan despacio por una calle del Centro, dos hombres y dos mujeres. Las dos mujeres van adelante, los dos hombres detrás, sin apuro, como si volvieran de una fiesta.

Es un día sin actividad en el Giaf. Para todos, la jornada anterior tuvo más de cuarenta horas de duración y terminó a la medianoche del miércoles 28 de agosto. Algunos llegaron a sus casas, se ducharon y se fueron a dormir. Otros se quedaron un rato con los suyos, contaron algunas anécdotas, dejaron que el tiempo corriera hacia adelante para escapar del túnel. La excepción fue Matías, quien llegó con Florencia al edificio Caubarrere sobre las 23:30. Luego de despachar el automóvil que los había llevado hasta allí desde el batallón de Instrucciones, ambos subieron al tercer piso, dejaron las mochilas de los dos equipos y el instrumental en la oficina, guardaron bajo llave el Diario de Campo, se detuvieron para lavarse las manos en la pileta del baño y bajaron enseguida. El Centro se veía casi desierto, así que fueron caminando juntos unas pocas cuadras y en las inmediaciones de El Entrevero se separaron. Florencia se fue para su apartamento y Matías siguió andando un poco más y se metió en Il Mondo della Pizza. Fue un gesto espontáneo, una decisión de esas que se toman sin pensar en las posibles consecuencias que puede acarrear.

Encontró una ubicación junto al ventanal, pidió una cerveza y una muzzarella, y entonces se dio cuenta de que no sabía qué estaba haciendo allí. De cualquier forma, el lugar le pareció de lo más

adecuado. Era un sitio cálido, bien iluminado. Había ilustraciones a todo color de distintos tipos de pizza, grandes fotos de chivitos y de papas fritas y, pese a que el salón estaba casi vacío, detrás del mostrador dos empleados se movían en silencio, quizá para limpiar y acondicionar el área de despacho de la cocina antes del cierre. Uno de ellos empuñaba una cuchilla.

Matías consideró que era un buen lugar, sobre todo si se tenía en cuenta la hora y las cosas que le habían ocurrido en los dos últimos días. Además, a diferencia del batallón en donde había militares por todas partes, en esa pizzería ubicada en el centro mismo de la ciudad no corría ningún peligro. ¿Qué podría pasarle a un arqueólogo e investigador universitario, cuarentón y anónimo para el público, sentado en esa mesa de Il Mondo della Pizza? Por cierto que ya era bastante tarde, y que hacía mucho que no dormía, pero esas condiciones representaban un riesgo mínimo. Razonó que quedarse a tomar una cerveza era la mejor manera de bajar un poco la adrenalina y permitir que decantaran las tensiones acumuladas durante la excavación. Miró hacia la calle. De acuerdo a todas las señales iba a largarse a llover en cualquier momento. Para el lado de la plaza Libertad, en las alturas de los edificios se reflejaban cada tanto los relámpagos que anunciaban la tormenta. No le importó. Estaba sentado junto a una ventana sin que nadie lo molestara. Una buena cerveza, pensó. Todos juntos primero, todos separados después. Supuso que Florencia ya estaría en su casa, que Alicia y Cecilia también, al igual que los demás. Solo él quedaba, testigo de la tormenta que por fin llegaba. Lo hacía por las simples ganas de disfrutar el momento, o por ese espíritu de mochilero que aún persistía en su ánimo, como si de golpe hubiera regresado a su juventud y estuviera acampado otra vez en el valle de la Luna. Volvió a preguntarse qué podría pasarle en este lugar. Y se sintió a salvo porque la pensión donde se alojaba quedaba apenas a un par de cuadras. Un local iluminado, una cuchilla de pizzero, la lluvia que empezó a caer, gotas gruesas, ningún sobresalto. Nada. Al rato pagó y se fue de ahí, caminando bajo el aguacero.

El tiempo real, el de todos los días y todas las noches, acabó por articularse para los antropólogos al final de esa extensa andadura, cuando cada quien debió regresar a su hogar. De pronto se habían encontrado organizando los traslados, intercambiando variantes, rutas, las mejores combinaciones posibles para que ninguno saliera perjudicado. Unos vivían cerca del Giaf, otros un poco lejos y otros muy lejos. Así habían pasado los últimos minutos en el polvorín del batallón 13, ya con los bártulos listos y el ánimo exaltado, trazando probables trayectorias de transporte.

El punto más alejado estaba en un balneario de la costa, fuera del departamento de Montevideo, y correspondía a la casa de Rodrigo Bongiovanni, así que le tocó ser el último en bajarse de la camioneta de los traslados. Ahora, cuando se despierta a media mañana, lo primero que ve a través de la ventana es la lluvia. Los pastos están mojados, del alero del porche caen finos chorros de agua y el cielo está cubierto hasta donde alcanza su vista, que es el horizonte del mar. Es un panorama tranquilizador que, a pesar de los tonos opacos, las nubes y la lluvia, a él le resulta luminoso. No lo es, pero así lo percibe porque su punto de comparación más inmediato es la noche anterior en los campos del cuartel.

Rodrigo no tiene noción de lo que ha sucedido en el mundo, ni de las repercusiones provocadas por el hallazgo del esqueleto en el batallón. Mientras dormía, el tiempo debió retomar la cadencia habitual y ahora las cosas cotidianas vuelven a ocupar el lugar que les corresponde y exigen su atención. Ha dejado toda la ropa que usó durante la excavación amontonada en una palangana. Tendrá que hacer un lavado a fondo de cada prenda y un tratamiento especial para sus championes, que muestran daños de apariencia irreparable, y costras de barro de varios centímetros no solo por fuera sino también por dentro y en las costuras. Deberá dejarlos en remojo, luego cepillarlos, restregarlos con fuerza, y después ponerlos a secar y colocarlos al sol cuando acabe el mal tiempo. Todo un tratamiento. Quizá se salven. Le causa gracia pensar en sus championes como si se tratara de las víctimas de un accidente. Salieron muy deteriorados del batallón, de las caminatas y los barriales. Ahora están en reposo, a la espera de algún tipo de terapia que los ayude a sobrevivir. Es probable

que se salven, pero habrá que esperar.

Luego de prepararse el desayuno, consulta los periódicos del día en su computadora. En un segundo plano, como apartados a propósito de la escena, suenan los Manics. Desde hace días Rodrigo tiene esa canción que se repite en su cabeza, la letra como una ventosa que se chupaba todas las palabras posibles alrededor de la trinchera. La cantó para sí durante horas y ahora trata de quitársela de la cabeza de la mejor manera posible: la escucha una y otra vez.

*And if you tolerate this*
*then your children will be next*
*Will be next*
*will be next*

La canción es una advertencia terrible y, para Rodrigo, de lo más apropiada aún hoy, pese a que han pasado veinte años desde que la grabaron los Manics. Divaga un rato, se pregunta qué conexión habrá entre esos músicos y el hallazgo de un esqueleto en el batallón. Richey Edwards, el guitarrista de la banda, es otro desaparecido. Hace décadas de eso. Nunca se supo qué le había ocurrido. La última vez que lo vieron fue en Newport, en Gales, en febrero de 1995. Lo han dado por muerto, pero quizá esté vivo. No se sabe. Y como no se sabe está desaparecido. Ni muerto ni vivo… Rodrigo de a poco regresa, se pone a mirar las tapas de los diarios. No es que busque alguna novedad importante respecto a los trabajos en los que él mismo participó, pero siente curiosidad por saber la forma en que los medios de prensa abordaron el asunto. La tarde anterior tuvo la impresión de que la visita de los periodistas a la trinchera había sido tumultuosa y algo apurada, tal vez porque tenían prisa por volver a sus redacciones, o porque el lugar les resultaba demasiado inhóspito o tenebroso, con el barro y ese esqueleto tendido en la fosa y el arroyo maloliente atrás. Lo cierto fue que los reporteros se comportaron con corrección pero actuaron con prisa.

La foto de Ximena señalando el cráneo en la trinchera está en la primera plana de todos los diarios, en algunas con titulares más o menos formales, en otras con especulaciones políticas, y en otra con

un tono perentorio. Un periódico puso el título debajo de la fotografía que ocupa toda la portada: «Mucho más que huesos». Otro logró, en un alarde de síntesis, meter un texto narrativo en el título, sobre la foto: «Extraen un esqueleto/ completo cubierto de/ cal en el Batallón 13». Tres líneas, información correcta. Otro, alineado a la izquierda: «A la espera de una/ respuesta». Los portales de noticias son casi un calco de los diarios. Lo más destacado es la imagen de Ximena, que no es identificada con su nombre en ninguna publicación. El pie de foto dice lo mismo en todos los casos: «Una integrante del equipo de antropólogos señala el sitio del enterramiento».

Rodrigo baja la tapa de la computadora y se queda sentado sin hacer nada. Ahora la música se ha ido de su cabeza, como si la historia de Richey hubiera sido un conjuro. Mira por la ventana. Los días de lluvia no se puede ir al campo a excavar, pero igual se trabaja: todos concurren al edificio Caubarrere y allí realizan diversas tareas, se hacen reuniones de evaluación, se planifican los siguientes movimientos, organizan la papelería. Hoy, sin embargo, nadie irá a las oficinas del Giaf. Ni siquiera él, que opera allí de forma habitual.

Día libre. Alicia entendió que, más allá del entusiasmo que pudieran tener sus colegas, resultaba imprescindible que el equipo descansara, que los investigadores repusieran fuerzas y también intentaran —eso no lo dijo de manera explícita— ordenar sus emociones. Rodrigo observa el paisaje y piensa en la trinchera 3896, en el pantano que se habrá formado en esa zona contra el Miguelete, en los huesos ya guardados y custodiados en el laboratorio. Por un momento evalúa qué tan seguros estarán ahí los restos, y enseguida concluye que se encuentran bien protegidos, no tanto por las medidas de seguridad que hay en el lugar, sino porque faltan pocas semanas para las elecciones presidenciales y cualquier profanación de esos restos provocaría un sacudón social de consecuencias difíciles de calcular y, por lo tanto, riesgoso para los aspirantes a la presidencia. Las encuestas ya dan ganador a un candidato, pero mucha gente no cree en las encuestas —ni siquiera los propios candidatos—, de modo que en los sótanos de la vida política nadie quiere sorpresas de último minuto.

Las preocupaciones de Rodrigo con respecto a la seguridad han sido compartidas en distintos momentos por todos los integrantes del Giaf,

y tienen un antecedente de pésimo recuerdo: tres años antes, durante la semana de turismo de 2016, unos intrusos ingresaron a la sede del grupo, desarmaron las computadoras que allí había, se robaron los discos duros y tuvieron tiempo, antes de huir sin ser detectados, de marcar en un mapa de Montevideo que colgaba de una pared los lugares donde vivían los investigadores. Los señalaron con unos pequeños círculos rojos, y lo hicieron con exactitud. El mensaje era claro.

En aquel entonces el Giaf no dependía del gobierno sino de la universidad de la República, que es autónoma, y tenía sus oficinas en un anexo de la Facultad de Humanidades, un lugar de pobre condición, bastante venido a menos, con acceso por la calle Paysandú. La intrusión, que fue interpretada como una amenaza a los antropólogos —una más—, también puso al descubierto varias fallas en la vigilancia, carencias en las medidas de prevención y la escasa estima que se tenía, en ciertos ámbitos universitarios, por el trabajo de esos investigadores.

Fue un escándalo. Al principio porque se supo que las autoridades no querían que el robo tomara estado público, luego porque el episodio trascendió y hubo denuncias, y después porque llegaron las investigaciones tanto de la Policía como de la Justicia, los pronunciamientos administrativos y la solidaridad desde diversos ámbitos. Pese a que la información sustraída estaba respaldada y a salvo, para algunos analistas uno de los puntos más delicados de todo el asunto era justamente la información contenida en los discos duros, pues a esas alturas no se sabía —o por lo menos nadie podía estar del todo seguro— si se había afectado la confidencialidad de muchos datos recibidos por distintas vías: nombres, lugares, fechas, planos, estrategias de abordaje. Otros, por el contrario, señalaron que lo más inquietante estaba en esos pequeños círculos rojos trazados en el mapa de Montevideo, con la ubicación precisa del domicilio de cada uno de los antropólogos.

Según las pericias, el robo fue obra de profesionales que no dejaron nada librado al azar. Dicho de otra manera, fue un operativo de Inteligencia y quienes lo realizaron no eran vulgares ladrones. La planificación fue cuidadosa: esperaron el largo feriado de esa semana

de turismo durante el cual todas las dependencias universitarias estaban cerradas, al parecer utilizaron cajas de espuma para cubrir los sensores infrarrojos y evitar que se dispararan las alarmas, abrieron con llaves apropiadas o ganzúas una puerta-reja y, una vez dentro del local, desarmaron las seis computadoras de la oficina, les extrajeron sus discos duros, volvieron a armar las seis computadoras, marcaron el mapa de Montevideo con los círculos rojos y, como una especie de broma final, hurtaron algo de dinero que había en una lata dentro de un armario. Escaparon por la azotea, sin dejar huellas dactilares o rastros que pudieran ser pesquisados por la Policía. Nunca fueron identificados.

Pero las pericias también llegaron a otras conclusiones. La propia Facultad de Humanidades, en su informe final sobre el caso, debió admitir que el robo «se vio facilitado por una serie de concausas que conjugadas coadyuvaron a su producción, tales como la exigua seguridad existente en el sector que comunica con la azotea del inmueble, la existencia de aberturas móviles sin protección exterior y con escaso mantenimiento, y la falta de personal de vigilancia asignado a la finca». Más allá de los firuletes del lenguaje, la universidad explicitaba en ese informe que los delincuentes pudieron ingresar porque las dependencias del Giaf no estaban bien protegidas: el sistema de alarmas era rudimentario, nadie custodiaba el lugar y había ventanas y escotillas en mal estado.

No fue la primera vez. En otras ocasiones, el anterior coordinador del Giaf, el arqueólogo José López Mazz, había sido objeto de robos más que sospechosos. El objetivo de los ladrones siempre pareció ser la información contenida en las tarjetas de memoria de sus cámaras fotográficas y sus computadoras portátiles. La reiteración de amenazas, de robos intimidatorios y de otros actos hostiles, generó tensiones dentro del grupo. Pero se apoyaron unos a otros, se sobrepusieron y siguieron adelante, pese a un sentimiento de desprotección que fue creciendo en ellos, que alcanzó su punto más álgido con el robo en las oficinas y que nunca los ha abandonado del todo.

Para los investigadores, la jornada libre de hoy es un bálsamo. La lluvia, la música de Manics y el día lejos del trabajo hacen que Rodrigo se sienta con energía, feliz de estar en esa casa que se halla

por completo apartada del barullo de la ciudad. «La mejor decisión que tomé en mi vida», dice cuando refiere su mudanza a este lugar. Tuvo que esforzarse mucho para recuperar y poner a punto la vivienda, muy deteriorada por culpa de unos inquilinos negligentes. Tardó más de un año en acondicionarla, pero lo pudo hacer y ahora la disfruta.

Mira la lluvia y especula sobre la identidad del cadáver hallado en el batallón. Comprende que es un día de descanso, y que sería apresurado adelantarse siquiera un paso a las pericias que aún no han comenzado. Pero lo hace igual, porque él puede descansar mientras su mente da vueltas en torno a una premisa, la contempla del derecho y del revés, la cuestiona. Muchas personas dejan de pensar en las cosas concretas como forma de aliviar el estrés, se abstraen de la realidad, divagan, miran películas o se visten con ropa deportiva y salen a correr. Rodrigo, en cambio, pertenece al grupo de quienes se aligeran mientras trenzan y destrenzan argumentos, sopesan una proposición, debaten y se rebaten. Él puede divagar, irse por las ramas, trepar hasta lo alto y de pronto zambullirse justo en el centro de un asunto. Este asunto. Considera que manejar para sí el nombre posible de ese desaparecido no tiene nada de negativo y resulta un ejercicio que, quizá, pueda tener alguna utilidad en el futuro.

Va a la cocina a prepararse otro café. Enciende la hornalla, se apoya en la mesada de la pileta y, mientras espera que el agua de la cafetera se caliente, recapitula sus ideas de los últimos dos días. Desde el mismo momento del hallazgo pensó que, de acuerdo a la ubicación de la sepultura en los campos del antiguo batallón 13, los restos debían pertenecer a alguno de los desaparecidos en el 300 Carlos, lindero con el predio. Aunque todavía no está confirmado, pues habrá que hacer mediciones y analizar las características de algunas piezas, a simple vista el tamaño de los huesos parece indicar que se trataría de un adulto varón. Esos apuntes le sirven para tener un primer marco de referencia: uno de los hombres desaparecidos en el 300 Carlos. De ese lugar específico, de acuerdo a todas las investigaciones, a mediados de los años 70 desaparecieron ocho personas que habían sido secuestradas en un operativo contra el Partido Comunista cuyo nombre en clave era «Operación Morgan». Una de esas personas era

una mujer, la maestra Elena Quinteros, y uno de los hombres ya fue hallado: el escribano Fernando Miranda. Lo encontró el Giaf en 2005, sepultado a unos cien metros de esta nueva fosa. Descartados ambos, en principio quedan seis varones, seis nombres. El esqueleto recién exhumado debería ser el de uno de ellos.

El café está listo, así que apaga la hornalla. De tanto darle vueltas al circuito represivo de aquella época, a la mecánica operativa de las desapariciones, Rodrigo se inclina a pensar que los huesos encontrados junto al Miguelete pertenecen a uno de esos desaparecidos después de pasar por el 300 Carlos, el galpón de puertas corredizas ubicado al otro lado del camino conocido como «la pera». Él se sabe de memoria los nombres de cada uno. Se sirve el café y recuerda las fotos, las vio muchas veces en expedientes, en pegatinas, en los carteles de las marchas del silencio. Esas fotos siempre han estado unidas a una pregunta que resuena sin cesar en todas partes, como si se tratara de un sonido de la naturaleza. ¿Dónde están?

Ese sonido de la naturaleza a veces puede parecerse al viento, un viento sostenido, con ráfagas que se asemejan a las de un temporal, que golpea durante la noche en los pretiles, que no cesa. O que, en ocasiones, es una brisa liviana que silba al pasar entre las agujas de las casuarinas. Otras veces, en cambio, el sonido de la pregunta es un rumor de aguas que escurren por los arroyos subterráneos que hay en Montevideo, decenas de hilos de agua canalizados y entubados y escondidos debajo del asfalto y de los edificios. Y después está el silencio de esas angustias, que también pertenece a la naturaleza. Un silencio de la naturaleza que dibuja una pregunta: ¿Dónde están? *Will be next/ Will be next/ Will be next.* Vuelve a cantar Rodrigo a media voz.

9

La lluvia, que comenzó por la madrugada, acaba por tragarse el paisaje en todo el sur del país. El frente de la borrasca tiene unos doscientos kilómetros y va desde las costas del litoral en el oeste hasta la laguna Merín en la frontera con Brasil. A medida que avanza el día las precipitaciones se vuelven más constantes en toda la zona. Los campos del antiguo batallón 13 de infantería son ahora de un gris parejo. El viento, que sopló del norte durante la noche, vira al sur sobre las nueve de la mañana. Hay descargas eléctricas, truenos, unos chaparrones muy intensos. Y el gris. Ni siquiera se distinguen tonalidades, grises más oscuros o más claros. Lo que se ve es una mancha húmeda que envuelve el monte y los pastos y los galpones.

En días como el de hoy los asentamientos que se extienden del otro lado de Instrucciones parecen aún más desvalidos, tal vez porque sus callecitas de tierra, a las que de manera formal se les llama «pasajes», se llenan de charcos y las aguas servidas corren por sus canaletas y las desbordan. Los perros vagabundos van de un pasaje a otro, andan por las sendas, buscan comida y tratan de guarecerse de la lluvia, pero allí no hay reparo posible. Los techos de esas casas, al igual que las paredes, son de chapas ya carcomidas por las intemperies y el óxido. En algunos lugares hay construcciones de bloques, y en otros los muros están hechos con tablas de costanero. Los pasajes son estrechísimos, en ciertos tramos de dos metros si acaso. Y chorrean. Por las chapas y los bloques y los parches de nailon y las tablas el agua se desliza, corre por la pendiente hasta las cunetas que a su vez vierten más abajo en el Miguelete.

Cruzando la avenida, las instalaciones de la gruta de Lourdes están vacías a causa del mal tiempo. Si bien en los días hábiles no es mucha la gente que llega hasta la propia gruta, siempre hay algunas personas allí. Unos se arrodillan en los reclinatorios para rezar, otros lo hacen sentados en esos bancos que están dispuestos frente al altar, y otros

más prefieren pasear por los jardines, recorrer las estaciones de oración, dejar una ofrenda junto a la efigie de santa Bernardita o arriba de la escalinata, a los pies del Cristo crucificado.

En estos días de mal tiempo, en cambio, el paraje aparece doblemente desolado, con esas estatuas y esas rocas y esos jardines vacíos que adquieren una pátina de luto. A un costado de la propia gruta hay una estructura de candeleros debidamente protegidos de los vientos y la lluvia. Y detrás, más allá del prado, corre el arroyo y se extienden los campos militares. Ahí, casi a tiro de piedra, se ubica la trinchera 3896, la tumba vaciada la noche anterior por los antropólogos del Giaf.

Están los ranchos, está el cuartel y está la gruta. Justo a esa altura la avenida Instrucciones es un tajo que corta en dos la zona: unos para aquí, otros para allá. La lluvia cae pareja en todas partes pero no anula las diferencias entre esos sitios. La niebla de los días anteriores difuminaba las calamidades. El temporal, por el contrario, las subraya. Es una zona de fuertes contrastes, de oro y heces, de salvados y perdidos. Con esas postales se podría armar una bonita presentación sobre la economía política en el Uruguay progresista, uno de esos antiguos PowerPoint con algunas imágenes para mejor ilustración de los alumnos, por aquí el cuidado del parterre dedicado a la virgen, la armonía de los arriates, los senderos delimitados por prolijas líneas de arbustos, el primor que transmite el espacio de la gruta y sus alrededores; por allí las casas destartaladas, los yuyales que bordean el arroyo, la mugre que se acumula en sus orillas; por allá el campo militar, el cuartel de Instrucciones, sus palmeras, los postigos siempre cerrados, los galpones casi ocultos. Durante esa hipotética presentación sería menester aclararles a los alumnos y alumnas que en esta República Oriental del Uruguay llueve para todos por igual.

**— DIARIO DE CAMPO —**

Grupo de Investigación en Antropología Forense (GIAF) Tareas en el predio bajo cautela judicial del ex batallón 13

Lunes 2 de setiembre de 2019

Ximena, Florencia, Matías, Annika, Gustavo, Sofía, Natalia.
Comenzamos a registrar la fosa y se abre la zaranda seca del sedimento que se encontraba por encima del enterramiento. Luis Brusnin se queda a acompañarnos.

———

El trabajo de laboratorio con los restos hallados en el batallón 13 se inicia de manera formal recién el miércoles 4 de setiembre a las ocho de la mañana, luego de que la jueza Isaura Tórtora conformara la junta médica que intervendría en el caso y se dispusiera la primera movida: las cajas con huesos, aún selladas, son trasladadas a la sede del Instituto Técnico Forense con el fin de realizar un relevamiento radiológico de las bolsas que hay en su interior.

El 28 de agosto por la noche, en el Giaf quedaron depositadas siete cajas. Ahora hay una más, porque tras pasar por la zaranda la tierra que había junto a la trinchera, los antropólogos recuperaron una importante cantidad de fragmentos. Esos pedacitos de hueso, algunos del tamaño de un grano de maíz, fueron colocados en bolsas de papel, codificados y cerrados. Ximena los transportó hasta el edificio Caubarrere y junto a Cecilia labró las actas correspondientes. Por fin, las bolsas fueron depositadas en una caja algo más pequeña, la número 8.

En el Giaf se considera que ningún fragmento es irrelevante, ningún hueso puede estimarse demasiado pequeño como para no tener un significado específico. Hay que escudriñar el pasado, meterse en todos los rincones, ver. Hay que tener manos en el barro, pies en las trincheras. Observar, tocar, escuchar. Así funcionan las mentes en la antropología forense, se dan saltos hacia atrás, se retrocede cuarenta o cincuenta o cuatrocientos años, se vuelve al presente, se trazan líneas maestras, se estudian derivadas, se piensa en ese futuro lleno de incertidumbres que es la excavación, la búsqueda, cualquier búsqueda. Se trabaja a pesar de la angustia, sin creer en los poderes absolutos de la muerte. Ese comportamiento, riguroso y a la vez delicado, fue una de las tantas enseñanzas que esparció en América Latina Clyde Snow,

considerado por sus colegas el más ilustre y generoso antropólogo forense contemporáneo.

Snow era un tejano afable, buen lector de poesía y gran fumador. Un tipo decidido y dueño a la vez de una serenidad impar. Su profesión lo llevó a recorrer el mundo. Catalogó fosas comunes en Kosovo, en Guatemala, en El Salvador y en el Kurdistán. Antes de que existieran las prueba de ADN identificó el esqueleto de un tal Wolfgang Gerhard, muerto en Brasil en 1979, como el del nazi Joseph Mengele, lo cual fue ratificado años después por exámenes genéticos. Fundó equipos de antropología forense de Argentina, Chile, Perú y Guatemala. Testificó en el juicio a las Juntas Militares argentinas. A pedido del Congreso de Estados Unidos estudió las radiografías tomadas al cadáver de John F. Kennedy, y confirmó que pertenecían al presidente asesinado en Dallas. Para él los huesos humanos siempre tenían cosas que decir, y había que saber escucharlos y comprenderlos: «Hablan bajo, pero nunca mienten», decía. Con sus alumnos era un hombre tan gentil como severo. Suya es la frase «*Dig by day and cry by night*». Cava de día y llora de noche. Murió en 2014, a los 86 años, en su casa de Norman, Oklahoma.

En buena medida, la actuación de los antropólogos del Giaf es un resultado indirecto del dilatado magisterio de Snow, transmitido de unos a otros. La mayoría se ha dedicado durante los últimos días a revisar la parcela cercana a la trinchera 3896. Ahí están. El esfuerzo se concentra en cernir la tierra suelta que ha quedado alrededor. Convertidos en afanosos buscadores de oro, enérgicos y detallistas con la zaranda, ellos escudriñan cada palada de material para ver si tienen la dicha de encontrar algún otro fragmento, alguna pepita capaz de enriquecer aún más el hallazgo inicial. Cuando aparece algo lo apartan con cuidado, lo revisan y luego lo ponen en una bolsa de papel previamente codificada.

Juntan muchos fragmentos, algunos de ellos diminutos. Al terminar la jornada, Ximena se presenta en la oficina del edificio Caubarrere con las pepitas obtenidas durante el día. Cecilia Blanco confecciona el acta de recepción y las bolsas van a parar a la caja número 8, guardada en el laboratorio. Se han encontrado decenas de trozos, la mayoría de ellos tan pequeños que será difícil encajarlos en el

rompecabezas que pretenden armar con las partes principales del esqueleto. Eso se vuelve patente desde el principio, pero no importa demasiado porque esos restos pertenecen a alguien y son tan significativos como el más grande de los huesos. Nadie puede asegurar que alguno de esos fragmentos no acabe por contar una historia propia, que a su vez se acoplará con el resto para completar la historia total, la de quien está, por ahora, confinado en unos recipientes de cartonplast.

Las bolsitas llenas de fragmentos que se guardan en la caja 8 han provocado en Ximena la evocación de un episodio ya lejano que le resulta algo penoso y a la vez divertido, bastante cómico. Sin embargo, para ella aquel incidente tiene una conexión entrañable con la tarea de estos días y eso la reconforta, porque considera que casi siempre la verdad material se expresa en los detalles, a veces minúsculos, de ciertos hechos. Hay dolor en la evocación, pero no por algún tipo de sufrimiento moral sino por el recuerdo de un dolor bien concreto en su pie izquierdo, en el extremo de ese pie, en el dedo más chiquito.

Ocurrió a fines de noviembre de 2005, cuando el grupo de antropólogos era todavía una novedad desbordada de entusiasmo y expectativa por encontrar algo. Cada momento de esa etapa inicial se halla atesorado en la memoria y el corazón de Ximena. Los recuerda con cariño porque fueron parte de su tesón personal y de una primera victoria colectiva. Por fin, luego de muchas negociaciones políticas secretas de toma y daca, los investigadores habían podido ingresar a los campos de dos unidades militares y a una chacra que había sido confiscada en 1972 por la Fuerza Aérea en la zona de Pando. Ximena tenía veinticinco años, estaba a punto de culminar su licenciatura en la facultad de Humanidades y trabajaba en el batallón 13 desde el primer día.

Inolvidable, piensa, dice, recuerda como si fuera hoy aquel 26 de noviembre. Mientras preparaba una celebración en su casa de la playa, ese sábado por la tarde se golpeó el pie izquierdo contra un escalón de la entrada. Una distracción, una torpeza. El dolor fue lancinante y no hizo más que aumentar con el transcurso de las horas. El domingo ese pie se había hinchado tanto que cuando ella lo miraba le parecía estar viendo una empanada. Pintaba tan feo que el lunes resolvió hacerse

radiografías por si acaso. Resultó que se había fracturado uno de los huesitos del meñique. Inapelable: quinto metatarsiano del pie izquierdo, muy doloroso, quietud y escayola. Le pusieron una bota de yeso y la mandaron para su casa con reposo y analgésicos. Por la tarde su madre apareció con unas muletas y el ruego para que, de a poco, aprendiera a usarlas aunque más no fuera en los movimientos básicos dentro del hogar. Cuatro semanas sin apoyar el pie. Al dolor se sumaba su indignación por tener tanta mala pata. Al otro día le avisaron que el Giaf había hecho su primer hallazgo. Era en la chacra de la Fuerza Aérea, en Pando: un esqueleto completo.

Ximena no podía creer en el tamaño de su desgracia. Sin embargo, ni se le pasó por la cabeza resignarse a la quietud. Mediante una serie de ingeniosas combinaciones de transporte, con la complicidad de su madre y de una camioneta de la universidad y de otro antropólogo, pese a su pie fracturado y a su pierna enyesada, al final logró llegar a la chacra cuando ya había periodistas, fotógrafos, jefes militares y curiosos. Se bajó de la camioneta y caminó unos metros apoyada en sus muletas, con la pierna izquierda en el aire. Le dolía el pie. Todos la miraban. Se sentía una extraterrestre. Dos compañeros del Giaf se compadecieron, le hicieron silla con los brazos entrecruzados y la cargaron hasta la zona donde comenzaban las trincheras. La acercaron bastante, pero no lo suficiente.

Aquello era arqueología pura: método Wheeler con testigos estratigráficos, prolijidad y orden, un damero perfecto de trincheras rectangulares que apenas si dejaban entre sí unos angostos senderos por los cuales no se podía avanzar sin hacer equilibrio. Para ella era imposible seguir. La trinchera del hallazgo se encontraba lejos y para llegar hasta allí debía bordear el terreno. Un oficial de la Fuerza Aérea, a cargo de un puñado de reclutas, se puso a observar los movimientos de la lesionada. Al parecer le cayó simpática y animosa esa científica, una muchacha flacucha que, enyesada y todo, se negaba a estar de baja y pugnaba por acercarse, apoyada en unas muletas, al área de trabajo. Con la cabeza le hizo una seña a uno de sus soldados. Y enseguida le ordenó:

—Llévela a caballito.

El hombre obedeció sin chistar. Ximena estaba estupefacta, incapaz

de reaccionar ante el ofrecimiento. Y allá fue, a babucha de un joven de uniforme, como una amazona de la antropología forense, a lomos de un soldado rumbo a la fosa donde había un esqueleto, que era el primero en ser hallado después de la dictadura. En el momento ella se sintió un poco abochornada, pero lo cierto fue que ese transporte tan peculiar le permitió participar activamente en las tareas de recuperación de aquellos restos.

Quedaron fotos de eso, hay un video, anécdotas, bromas y risas. Para sus colegas se hizo patente, además, la voluntad de Ximena, el empeño que ponía al entregarse a su profesión. Ella, tantos años después, piensa que todo ocurrió de esa forma y no de otra porque en un tonto accidente doméstico unos días antes se había fracturado el quinto metatarsiano del pie izquierdo. El meñique. Hasta la palabra meñique le resulta cómica. Un escalón en la entrada de la casa de playa, un movimiento distraído, un hueso que se quiebra y duele. ¿Con qué palabra nombrar esas piruetas que en ocasiones cambian el curso de la existencia común, la vulgar y a la vez extraordinaria vida de los humanos, esas acrobacias sin aparente sentido, cosas que ocurren y nada más? Puede haber muchas palabras, altisonantes todas, como destino, azar, fatalidad, sino, la Providencia o la suerte. Pero a Ximena le calza mejor una sola: huesito. Todos los hechos del pasado tienen una proyección concreta en el presente. Ningún fragmento es irrelevante, ninguna pieza es lo bastante pequeña como para no adquirir su propio significado. El pasado y el presente deben ir juntos, dialogar y entenderse. El pasado está presente en cada huesito.

El protocolo para las radiografías fue elaborado hasta en sus detalles más insignificantes, y a su estricto cumplimiento se dedica Cecilia Blanco, quien como abogada siente especial responsabilidad por ser una de las encargadas de la cadena de custodia. La prueba, guardada en las cajas de cartonplast, debe ser manejada de manera irreprochable para que nadie insinúe siquiera que hubo algún tipo de descuido o posible contaminación, o lo que sería peor, una manipulación interesada, una maniobra para que esos huesos cuenten una historia falsa y no la historia verdadera. Loa abogados defensores

de los viejos torturadores son expertos en esas chicanas, buscan con microscopio cualquier yerro, una palabra mal escrita, una caligrafía poco clara, una firma no del todo coincidente. Hacen su trabajo diríase que con fruición. Así que para mantener la pureza de la prueba es que la cadena de custodia no puede tener ningún fallo. Debe ser íntegra de principio a fin. Esa integridad es la que se propone vigilar Cecilia Blanco.

Las cajas, llevadas por Alicia, Natalia y la propia Cecilia, van en dos autos oficiales, custodiadas por dos agentes del SSP que tienen la orden de no apartarse ni un minuto de ellas. En esta ocasión, los custodios se presentan sin corbata, ya sea para disimular un poco su condición o tal vez para indicar que lo peor ha pasado, que no hay peligro y que el servicio que ahora brindan es una cortesía de Presidencia que no debería tener ninguna consecuencia. De todas formas, debajo de sus abrigos se aprecia el bulto de las sobaqueras, y ambos llevan pantalón de vestir, zapatos negros de punta fina y camisa blanca. Miradas escrutadoras, rostros serios. Observándolos bien, la única diferencia en su aspecto es la ausencia de corbatas. Quizá el cuerpo de seguridad del presidente tenga sus propias reglas de etiqueta, un reglamento para usar corbata o no usarla. Esa gente tiene códigos muy rígidos, y además los aplican a rajatabla.

Pese a que el Instituto está a unas pocas cuadras del edificio Caubarrere, se ha dispuesto que los coches sean precedidos por dos motociclistas de la Policía, quienes van con las sirenas abiertas, alborotando y haciendo gambetas entre el tránsito para abrirles el paso. Cuando el equipo del Giaf llega a la sede del ITF sube hasta la morgue ubicada en el primer piso. Es una sala amplia de aspecto glacial, que dispone de tres mesas de acero para autopsias. Luces blancas, ventanas con vidrios esmerilados, una balanza colgante de carnicería, mangueras, piletas. Las heladeras horizontales vienen a ser los archivadores de cuerpos, son quince y cada una tiene un número. Arriba una leyenda del fabricante: «*Mortuary Freezer*». No es un lugar acogedor. Sobre dos de las mesas metálicas, pulcras y brillantes, se depositan las ocho cajas. Allí están los forenses designados para integrar la junta médica. También hay un fotógrafo de la propia morgue y los radiólogos que realizarán el relevamiento, más los dos

custodios del SSP, las dos responsables de la cadena de custodia y Natalia Azziz que funciona como fotógrafa del Giaf. Son once personas que asisten a un proceso lento y monótono, durante el cual cada bolsa de papel es extraída de su caja, fotografiada allí mismo y luego llevada hasta la sala de rayos X donde se le realizan, sin abrirlas, las radiografías tras una puerta revestida de plomo. Esa puerta se cierra con un chasquido que, a pesar de ser suave, provoca un ligero sobresalto. Es un sonido que inquieta porque remite vagamente a algún tipo de amenaza, y resulta que el sobresalto, ese susto mínimo que provoca el chasquido, se repite cada vez que la puerta de plomo se cierra, como si fuera imposible prevenirlo o acostumbrarse a él o evitar la sorpresa al oírlo.

Luego, durante unos segundos, el silencio en la sala de autopsias apenas si es alterado por un sonido casi inaudible que parece provenir de una rejilla del ducto de ventilación. Puede ser un cuchicheo en otro piso del edificio, o un equipo de aire acondicionado en funcionamiento, es un runrún lejano, opaco. Después la puerta se abre y la bolsa es regresada intacta a su caja, momento en el que se le toma otra foto para que quede constancia de que la bolsa es devuelta en las mismas condiciones en las que fue retirada. Eso se repite muchas veces. Bolsa, foto, puerta, chasquido. Cada tanto Natalia y Alicia intercambian algunas frases vinculadas con los datos de las cajas. Cecilia habla, formula apreciaciones sobre la cadena de custodia, luego calla, al rato hace algún comentario acerca del acta, todo se desliza con suavidad durante la pericia. A Natalia, que es de naturaleza inquieta y tiene pocas pulgas, tales procedimientos le provocan un estado de tedio insuperable. Lo combate con acción. Como su tarea es documentar en imágenes todo lo que acontece allí, lo hace a conciencia: se mueve, dispara con la cámara, cambia de ángulo, camina entre las mesas metálicas, otra ronda de fotos.

Cecilia está conforme con los cuidados que se guardan al manipular cada bolsa porque, dice, ahí hay un tesoro que mucha gente buscó durante años. Maniobrar con delicadeza esas bolsas es, según ella, lo menos que pueden hacer los técnicos y funcionarios encargados de esa tarea de apariencia absurda que consiste en tomar radiografías de un esqueleto desarmado y metido en bolsitas de papel. Es cierto que el

registro fotográfico de la operación garantiza que ninguna bolsa sea abierta o rota por accidente, de modo que la prueba se conserve en condiciones legalmente óptimas. Es cierto y necesario, pero la escena no deja de tener un toque onírico, un halo de irrealidad que provoca esa sensación de absurdo: un grupo de personas, ataviadas con sobretúnicas estériles y cofias de cirugía, se encuentra en la morgue del ITF para certificar la buena práctica de dos señores, los radiólogos, quienes deben llevar las bolsas de papel hasta la sala de rayos X, depositarlas sobre una mesa radiolúcida y luego proceder a tomar la correspondiente placa. Es como si entre ese grupo de personas hubiera un pacto de lealtad hacia los huesos guardados en las bolsas, una alianza que va más allá de las obligaciones legales y de las responsabilidades de cada quien, algo que los trasciende.

Dos horas después, cuando han pasado por la mesa de rayos X todas las bolsas de papel colectadas en la excavación, las ocho cajas con huesos son devueltas al Giaf. Otra vez el mismo revuelo, las sirenas de las motocicletas, el tránsito detenido en las esquinas. Otra vez por el ascensor hasta el tercer piso y de allí directo al laboratorio. Para Alicia es como una secuencia en bucle, una repetición que culmina y empieza y sigue en el mismo punto, sin final ni principio. Esto ya lo vivió en la noche del 28 de agosto, cuando subió junto con Cecilia y los custodios del SSP para dejar las cajas en el armario metálico del laboratorio. No fue igual, pero en cierto sentido fue lo mismo. Han pasado ya siete días. Visto a la distancia, resulta raro.

«¿Puedo quedarme con uno de esos guantes?»

La voz del agente del SSP suena distinta en la memoria. Parece provenir de un episodio antiguo:

«Lo quiero de recuerdo».

Ahora los custodios ya no están, el insomnio se ha ido y el ambiente es menos tenso, pero esa reiteración provoca en Alicia una cierta angustia, la sensación de que algo quedó estancado y que no hay tiempo que perder. Las cajas deben abrirse, y luego las bolsas, y los huesos tienen que ser limpiados con esmero, estudiados, medidos, y a la vez es necesario continuar con las excavaciones en el batallón, y todo ese trabajo debe hacerse de forma simultánea, no hay personal suficiente, habrá que inventar una especie de doble turno, llevará

muchos días, quizá dos semanas o más. Nadie presiona, pero todos aguardan, y eso es una forma de presión. La jueza Tórtora espera, los expertos del ITF esperan, los de Familiares esperan, el gobierno espera, el país entero quiere saber y por lo tanto espera.

Ellos mismos esperaron mucho. Siete años. Los integrantes del Giaf se han acostumbrado a escuchar esas quejas que a veces se salían de cauce para convertirse en críticas despiadadas. No se encontraban restos, no había hallazgos: «Así no van a ninguna parte». Nadie explicó nunca a qué parte deberían ir o estar yendo o por lo menos preparándose para ir. Durante largo tiempo hubo una percepción de que todos y cada uno de los trabajos que realizaban los antropólogos del grupo eran vanos:

—No van a ninguna parte.

O peor, se afirmaba en voz baja que los pocos hallazgos constatados eran el fruto de una intencionalidad política, que todo estaba calculado al detalle, que los del Giaf sabían dónde buscar y que solo esperaban órdenes del gobierno para desenterrar un cuerpo y así socavar aún más el deteriorado prestigio de las Fuerzas Armadas. «Golpe de efecto», decían. «Es una maniobra electoral, justo ahora». Por lo general eran acusaciones anónimas, truculentas. Algunas le agregaban un toque de mezquindad enfermiza: «Dinero malgastado, plata tirada a la basura».

Alicia Lusiardo sonríe. Se enoja con esas chifladuras, pero igual sonríe:

—A veces hay incomprensión de todas las partes.

La antropología forense es una ciencia que se ha ocupado en general de investigar en sitios bien delimitados, conocidos de antemano. La tarea es recuperar cuerpos previamente ubicados para conocer identidades, causas de muerte, contextos históricos específicos. Eso se ha hecho en muchos países. Fosas comunes, antiguas batallas, masacres, grupos de personas fallecidas en condiciones de extrema violencia o de grandes catástrofes. Uruguay, por el contrario, es el mundo del revés. Se conocen las identidades de las víctimas y los contextos de violencia, incluso las fechas son bastante precisas, así como los nombres de los victimarios. Pero los cuerpos no aparecen. Hay que buscarlos. Los que saben dónde están no quieren decirlo, y se

ocupan de suministrar información errónea o de provocar incidentes para entorpecer la búsqueda. El único camino es, entonces, abarcar cientos de hectáreas de campo y monte, revisar aquí y allá, escudriñar en cementerios, en casas ruinosas, en edificios abandonados.

—Incomprensión de todas las partes.

En ocasiones las cosas no son lo que parecen, ni siquiera las acusaciones. Ocurre con esos campos militares que Alicia tan bien conoce. Pastizales, un robledo, pajaritos, la naturaleza espléndida y debajo, a un metro bajo tierra, el secreto nunca revelado. La sorpresa de encontrar un esqueleto enterrado en los fondos de un cuartel siempre se renueva, siempre sobresalta y es la misma, como el chasquido de la puerta revestida de plomo en la sala de rayos X. Por un momento, cuando se produce un hallazgo, las cosas dejan de tener sentido, la ciudad se muestra distinta, el laboratorio adquiere otro significado, las oficinas del tercer piso, esa gente, los guardias de seguridad. Y el edificio Caubarrere, de pronto, parece ocultar detrás de su funcionalidad un aire sórdido que fluctúa entre el abandono y lo siniestro. Luego, cuando se asienta la conmoción primera y se asume la complejidad de la tarea, la sordidez del afuera empieza a desaparecer, como si hubiera sido un espejismo. Los restos recuperados en el batallón 13, ya radiografiados y devueltos al laboratorio del Giaf significan un rumbo, o por lo menos una posibilidad de que las incomprensiones se apaguen, que las críticas cesen y que el edificio despeje su sordidez y su aparente abandono.

—Paso a paso.

Habrá que buscar las primeras señales de identidad: sexo, edad, ancestría, estatura, marcas, lesiones. Un perfil tentativo realizado a priori para proceder a la extracción de muestras y cotejarlas con el banco de datos de ADN. Con suerte se tendrá un resultado, un nombre, una identidad, una historia. Y con más suerte aún se podrán encadenar varias historias. Para llegar a ese resultado final se debe trabajar con paciencia y precisión, hueso por hueso, fragmento por fragmento. Y se deben cuidar los procedimientos, porque ninguna pieza recogida puede contaminarse y ningún investigador puede ser contaminado.

En el laboratorio se procede con método. Se abre una caja, se extrae una bolsa, se le toma una fotografía antes de abrirla, luego se le quitan

las grampas que la cierran y su contenido se deposita en una bandeja de espuma que es colocada sobre una mesa. La bolsa ya vacía, a su vez, es guardada en otro recipiente destinado a esos efectos.

Las mesas principales del laboratorio son tres, de madera con caballetes. La más grande tiene dos metros de largo por casi uno de ancho. Los caballetes de apoyo otorgan a esas mesas una plasticidad que se adapta a distintos requerimientos. Una está colocada en el centro de la habitación, cubierta con un forro azul de tnt. A los costados, contra las paredes, están las otras dos que cumplen funciones auxiliares, protegidas de la misma forma. Las luces son cenitales, potentes, y además se instalaron unas lámparas articuladas para las diferentes estaciones de trabajo. El laboratorio es esa habitación, sin ventanas ni mucho espacio disponible. En unos estantes se guardan los instrumentos, los productos de uso habitual, una caja que dispensa guantes de látex y poca cosa más. Como allí no hay entrada de agua ni pileta de desagüe, cuando se procede a limpiar huesos se acarrea el agua en un latón y se emplean una jarra y una palangana para hacer la zaranda húmeda. Los desechos de esa operación van a dar a una tarrina, cuyo contenido es descartado manualmente al final de cada jornada. Suena artesanal porque es artesanal. De esa manera es como trabajan en el laboratorio.

A Natalia Azziz se le superponen las emociones, imágenes que se montan unas sobre otras. El viernes anterior por la mañana, después de la lluvia, ella había ido con los dos equipos a los campos del batallón para evaluar los daños que la tormenta podía haber causado en el yacimiento. El terreno estaba encharcado y nada se podía hacer, así que desde allí se fueron todos para un acto en la zona del batallón de paracaidistas en Toledo, donde sería inaugurado un memorial en homenaje a los desaparecidos cuyos restos fueron encontrados en ese lugar. Habían sido especialmente invitados y no podían faltar.

Un memorial, Toledo, dos hallazgos muy cerca del antiguo cortijo Vidiella. Julio Castro primero, en 2011, Ricardo Blanco después, en 2012. Ayer, hoy, ni siquiera es pasado. El camino es bastante directo. La camioneta sale con rumbo hacia el norte por Instrucciones, toma la Ruta 6 y recorre una larga recta de unos doce kilómetros hasta la entrada del poblado. Justo frente a una tienda de artículos para el

hogar gira a la derecha y va a dar a la vieja estación de trenes, ya ruinosa. A un costado de ese edificio, de frente a la ruta, se aprecia la placa oficial del lugar, una gran losa de concreto instalada por la compañía de ferrocarriles un siglo antes, con letras negras en bajorrelieve.

TOLEDO
Altitud sobre el cero del puerto
de Montevideo: Mts 60,34
Distancia de Central: Kilm 25

Del otro lado se hallan estacionados desde hace décadas unos vagones de carga, cerrados con candado y con la sigla en letras blancas: AFE. También hay una formación de vagones tolvas abandonada en la playa de maniobras.

Toledo nunca fue una localidad relevante, y recién se consagró ciudad en 1995 por un decreto del gobierno. Pero su estación de trenes tuvo un valor estratégico. Hasta fines del siglo veinte desde allí operaban tres importantes ramales ferroviarios que conectaban Montevideo con la región: uno iba a la ciudad de Minas, otro llegaba a Rocha y un tercero, el más largo, se dirigía hacia el norte, hasta Río Branco, y tras cruzar la frontera por el puente Barón de Mauá empalmaba en Jaguarão con los ferrocarriles brasileños. Cuando muchos de esos trenes dejaron de correr, la actividad de la zona comenzó a declinar, pues solo quedaron algunos establecimientos militares, entre ellos el batallón de infantería paracaidista.

Los investigadores del Giaf conocen bien ese paisaje, pues concurrieron al predio del batallón día tras día durante años. El tramo final del viaje lo hacen despacio. El camino, paralelo y casi pegado a la antigua vía del tren, es angosto y de balastro. Cuando llegan al lugar el frío es intenso. Entre el público hay varios integrantes de Familiares. Los habían visto en la tarde del 28, cuando ingresaron hasta la trinchera para ver el enterramiento, así que intercambian saludos y sonrisas. También está el intendente de Canelones con algunos de sus colaboradores más cercanos, diputados y senadores, ministros y exministros, jerarcas y exjerarcas. Todos listos para las fotos.

Para los antropólogos la experiencia es rara, las emociones ambiguas: ellos están convencidos de que allí mismo, en esa zona, tiene que haber más restos, más desaparecidos aún no encontrados. Ahí, acá, bajo los árboles, entre esos matorrales. De todos modos la reunión en los campos del batallón les resulta conmovedora, porque ese espacio ubicado justo en el sitio de los hallazgos viene a completar un círculo que Familiares comenzó a trazar muchos años antes con sus reclamos, sus protestas, sus actos y marchas, y que los antropólogos del Giaf continuaron, buscando los restos hasta encontrarlos. Y este lugar, ahora, aparece convertido en un área destinada a recordar lo sucedido. Mientras asiste al acto, con un cielo encapotado y amenazante, Natalia siente que atraviesa un largo puente de siete años que une la parcela junto al arroyo en el batallón 13 con estos campos perdidos en las afueras de Toledo.

Los días no se suceden sino que se funden para volverse un continuo de sensaciones encontradas. El lunes Natalia había regresado al cuartel de Instrucciones para trabajar con la zaranda, ayer hizo lo mismo, y hoy temprano fue al Instituto Técnico Forense como fotógrafa, para documentar el procedimiento de las pruebas radiográficas. No puede evitarlo: cuando observa esas bolsas de papel en las cajas piensa en la trinchera 3896, del mismo modo que ayer, cuando se dedicaba a continuar con el tamiz junto a la trinchera 3896 pensó en las cajas con bolsas de papel guardadas en el laboratorio. Los puentes, los huesos, la memoria. Seguir, seguir. Buscar, buscar. Hojea algunas páginas en el diario que ella misma escribió.

**| DIARIO DE CAMPO |**

Grupo de Investigación en Antropología Forense (GIAF) Tareas en el predio bajo cautela judicial del ex batallón 13

Viernes 30 de agosto de 2019.

Ximena, Florencia, Gustavo, Matías, Annika, Natalia.
Llegamos al lugar a las 8:00 AM y constatamos cómo estaba el predio. Debido a la lluvia no pudimos reanudar las excavaciones. Registramos todo y nos retiramos para asistir a la inauguración del

memorial en el Batallón 14 de Toledo.

---

Vaciar aquella fosa y rescatar el esqueleto aparenta haber sido un éxito, aunque en realidad todavía no lo es, no acaba de serlo. Puede que no se logren identificar esos restos, que no haya ADN disponible, o que no se encuentren coincidencias con el banco de datos. El ADN es siempre un aliado y una esperanza, pero también se convierte en una especie de sombra que se proyecta cada vez que hay un hallazgo. Varios escollos, muchos peros. Existe un banco de datos genéticos, pero es parcial. Hay huesos que conservan el ADN aun después de muchas décadas, incluso siglos, pero no siempre ocurre eso. Por diversos motivos a veces el material genético se deteriora rápido y se destruye. También debe admitirse la posibilidad de que haya algunas personas que fueron secuestradas y desaparecidas pero nunca reportadas, de las que no exista denuncia ni registro, por lo que su identificación se volvería imposible.

No hay duda de que esos huesos hablarán, aunque no es seguro que acaben por dar un nombre. El trabajo en el laboratorio brinda pistas iniciales de gran importancia, se realizan estudios antropométricos y odontológicos, pero no habrá certeza si después no hay un cotejo positivo, un *match*. Así que esas tres letras son al mismo tiempo la esperanza y la sombra de los investigadores. ADN. Una esperanza que despunta cuando se abre la primera bolsa, una sombra que se instala allí mismo, en esa bandeja de espuma donde se depositan los primeros huesos aún sin limpiar.

Gustavo Casanova piensa en el paisaje, en otro paisaje. Observa el curso del arroyo en el batallón 13 pero su mente lo lleva hasta los fondos del batallón de paracaidistas de Toledo, el batallón 14. Allí trabajó durante un buen tiempo, buscando en el monte y junto a las vías del ferrocarril y en viejas construcciones abandonadas. Ahí estuvo para asistir a la inauguración del memorial, y dijo unas palabras en el acto. Ahí va a volver para seguir buscando. Piensa en aquellos montes,

un bosque de robles, ejemplares hermosos de quince, veinte metros de alto, plantados por los militares en tiempos de dictadura. Se exploró la zona, pero ahí queda mucho por hacer. Investigar a fondo implicará tarde o temprano talar el bosque, cortar toda esa fronda, arrasar con esos preciosos árboles. Hay colegas que dudan, pero él no: habrá que talar el bosque de robles. Habrá que arrancar después los tocones y levantar las raíces una por una, buscar. Puede ser que no haya nada, puede ser que haya algo, o mucho. Arqueología destructiva, no queda otra.

Ya se han elevado algunas voces que se empeñan en argüir contra la tala, contra cualquier agresión, defienden la naturaleza y los árboles y las aves que anidan en ellos y se alimentan y siguen con largas parrafadas sobre el daños que nosotros, dicen, los humanos le hacemos al planeta, a la vida en el planeta. Nosotros, dicen, y lo incluyen. Pero Gustavo considera que la vida en el planeta seguirá aunque ya no esté ese bosque de robles, como siguió cuando desaparecieron los prisioneros que ellos buscan y el bosque no estaba, todavía no estaba. Los prisioneros se hundieron en la nada y en los fondos del batallón 14 creció un bosque de robles, un bello robledo de casi tres hectáreas.

La mujer tiene alrededor de treinta años y dice que es periodista. No muestra ninguna acreditación, no dice su nombre, lleva un pantalón de jean ajustadísimo y una chaqueta de pana. Es chiquita, movediza, tiene ojeras. Da unas vueltas, espera. Avidez, dice, en la revista tienen avidez por conseguir algún dato, un datito nomás, se imagina, dice como si preguntara pero lo afirma, en realidad parece que ya se lo ha imaginado, ya está celebrando su primicia, la mía, dice y mira al tipo que está parado junto a los ascensores del edificio Caubarrere. Bigotes espesos, mal afeitado, sonrisa de bobeta.

—¿Qué revista?

La mujer que dice ser periodista trata de convencerlo, es el primer paso, la primera movida. Repite: se imagina, don. Insiste, revolotea, va y viene hasta la entrada de Convención, mira de reojo, el bigotudo la observa como si fuera una laucha extraviada en la galería. Enseguida ella se decide y arremete, se planta frente a los ascensores y oprime el

botón, el guardia le advierte que no puede subir, mantiene su sonrisa algo gansa pero su voz es firme, la mujer reitera lo de la primicia, se acomoda el pelo. Periodista, dice. Por la entrada de 18 de Julio aparecen dos policías, una mujer y un hombre, la puerta del ascensor se abre, no lo haga, le dice el guardia con tono admonitorio, ella duda, los policías hacen su ronda, pistolas Glock enfundadas, chalecos antibalas, caminan mansos, avanzan por el corredor de la galería, el agente es un tanto panzón y en el vientre le queda un área sin protección, en una hipotética balacera esa zona estaría más expuesta. La mujer policía que lo acompaña camina apenas un paso detrás de él, es corpulenta. Desde hace unos días esos dos agentes pasan por ahí cuando están de ronda, se dan una vuelta o dos, hasta tres vueltas durante la tarde, el guardia los conoce, alza la cejas. Mira a esa laucha que dice ser periodista, ella gira la cabeza, ve a la pareja de policías, cambia de parecer, se aleja rápido, se va por la otra entrada, chaqueta de pana, ahí va la primicia, piensa el guardia. Los policías pasan, saludan, el bigotudo señala con la cabeza hacia la calle, hacia la entrada de Convención. Esa mujer, dice. Los policías se detienen.

—¿Qué pasó?

—Nada… Rara esa mina.

—¿Quién era?

—Yo qué sé. Quería subir.

—Ja.

—¿Y usted?

El guardia suspira. Mueve la cabeza como si dudara. Vuelve a alzar las cejas.

—Subir sin permiso no se puede.

—Otro quilombo —dice la mujer policía, su compañero de ronda ríe, ambos se alejan hacia la salida de Convención, continúan con su patrullaje.

Son días de pugnas. Ya aparecieron suspicacias, especulaciones sobre la identidad del esqueleto hallado en el batallón de Instrucciones, voces que reclaman información oficial, móviles de televisión que piden declaraciones al voleo. Hay varios fuegos encendidos, y algunos actores políticos de primera línea se ocupan de echar leña al incendio que más les conviene, sin pudor deslizan

elucubraciones, hablan, hacen como que piensan. Es difícil mantenerse al margen del agite, la propia Alicia debe afrontar una situación incómoda, más incómoda de lo habitual porque conoce al fotógrafo que la aborda en la calle, ella también trabajó como fotógrafa en su juventud, a veces cubría la sección de noticias policiales en un diario, dos o tres páginas por día, de acuerdo a la magnitud del asunto. Allá iba con su cámara y un reportero a lugares casi siempre sórdidos y mal iluminados. Sacaba buenas fotos, pero pronto descubrió que, al momento de regresar a la redacción, deseaba quedarse en esos sitios para descubrir lo que no se veía, saber qué había pasado, quién era la víctima, dónde estaban los testigos. No le gustaba el trabajo policial, no quería ser detective ni nada de eso. Tampoco quería dedicarse al periodismo ni a la fotografía. Pero resultó que allí había algo, quizá una vocación, aún no sabía cuál. Recién empezaba, era una chiquilina flaca y cordial, consentida por todos en la redacción de aquel periódico revoltoso. Treinta años después, tropezarse con un reportero que la conoce y le solicita su complicidad para tomar fotos del esqueleto le resulta desagradable y, a la vez, le genera un cierto remordimiento.

—Es un minuto. Saco dos fotos y me voy.

Están en la vereda de la galería. Un ómnibus pasa demasiado rápido. Ella observa el ómnibus y después mira al fotógrafo sin entender por qué le pide eso. En realidad sí lo entiende, pero no puede creer tal desparpajo. Es un conocido, apenas. Él sonríe, hace gestos, está nervioso. Es probable que también le resulte incómodo ese pedido, que lo hayan mandado, andá y traé una foto del esqueleto, así habrá sido, Alicia mira la hora.

—Tengo que irme —dice.

—¿Y entonces?

El tono es de ruego pero la pregunta no deja de ser ofensiva. Alicia se fastidia. Ya no hay asomo de remordimiento:

—¡Qué te pasa! Nunca haría eso.

No dice nada más. Se mete en la galería, camina rápido, el guardia bigotudo la saluda, ella sube al ascensor, está molesta, un poco angustiada, la irrita todo ese morbo alrededor de los huesos.

Ahora pueden ser lo que nunca fueron, despojados primero de la materia que los contenía, después de la tierra que los ocultaba, al final de la ausencia que los hizo desaparecer. Están aquí, a salvo del tiempo, listos para contar lo que nadie sabe. Estos huesos le dieron soporte a una carne que ya no existe, que se degradó en la tierra y escurrió por el arroyo para acabar alimentando árboles y pajonales. Ellos, en cambio, no se fueron a ninguna parte, perduraron en sí, y en su materia están fijados todos los atardeceres junto al barranco y las noches cálidas del último verano, y el viento que soplaba antes de la lluvia y también aquella madrugada cuando los llevaron hasta la sepultura, atrapados todavía en un cuerpo ya muerto, endurecido y triste. Y antes. Huesos que fueron testigos de la desesperación de los prisioneros, del castigo enconado de unos oficiales, un mayor, un capitán, algún teniente bien dispuesto, una escalera. Y más tarde los soldados en la oscuridad, a rastras con aquel estropajo entre los pastizales del cuartel.

Ahora, tantas lunas después, el silencio llegará a su fin y los huesos, todos y cada uno de los huesos, comenzarán a decir. Van a responder preguntas y lo harán sin palabras, desde su condición mineral más pura. Serán los hilos para tejer una historia de a poco, milímetro a milímetro, pieza por pieza. Dirán, tal vez, de los años vividos, de alguna enfermedad, van a contar cómo era el cuerpo cuando era, cuando aún vivía, develarán padecimientos, una costumbre, un hábito de esos que quedan marcados para siempre.

Hay preguntas que pueden parecer extrañas, preguntas que no son tales, especulaciones carentes de sentido, misterios sobre esos huesos, qué pueden percibir, dónde quedó su ser, dónde, cómo es que ellos son ahora el ser, quién dice que hay memoria ahí, que puede haber algo en esos objetos sucios de tierra que son fosfato de calcio, hidroxiapatita, colágeno, quién puede decirlo y señalar cuándo fueron despojados de toda vida para ser nudos propietarios de un cuerpo ausente, cómo es que son minerales y nada más, muerte y nada más. Tiene y no tiene sentido cualquier disquisición, porque ellos, los huesos, no hablan pero dicen y cuentan, aunque separados y sin articulación entre sí se parezcan más a un juego de Lego que a un testigo. A ese Lego habrá

que armarlo compartiendo su condición más privada e íntima. La escocesa Sue Black reflexiona sobre el punto y dice que «los muertos tienen derecho a la intimidad». Es verdad, pero también tienen derecho a ser descifrados, a que se forme con ellos una obra coherente, un castillo inexpugnable, capaz de ser observado sin reparos por fiscales y jueces y antropólogos y familiares de quien sea que allí habitó. Capaz incluso de ser aceptado por ellos mismos, por esas piezas que no son sino materia inerte.

Imposible que respondan preguntas. Imposible que digan dónde está su ser, dónde sus recuerdos, su amor, los sueños que se fueron de a poco aguas abajo hasta alguna orilla. Imposible pero tal vez. *Vivitur ingenio, caetera mortis erunt*. La inscripción no se encuentra tallada en mármol a la entrada de un mausoleo regio, sino manuscrita con letra clara junto a una ilustración en la que se ve un esqueleto de pie, en actitud pensativa, observando una calavera colocada ante sí. La lámina pertenece a un maravilloso libro de anatomía publicado por Andrés Vesalio en 1543. La frase, a su vez, fue tomada de un texto anónimo del siglo primero antes de Cristo, atribuido erróneamente a Virgilio. Son palabras de consuelo y también de recordación, tanto del inevitable fin de la materia como de las fuerzas eternas del espíritu. Están escritas en un plinto que sostiene esa calavera. A pesar del tiempo, de los avatares políticos y religiosos, de las guerras, pestes y demás catástrofes sufridas en Occidente durante dos milenios, esas cinco palabras han permanecido y, al final, después de muchos estudios eruditos, se logró extraer una parte de su ADN, algún alelo. No se conoce el nombre del autor, o por lo menos no hay certeza. Es más que probable que nunca se sepa de forma concluyente quién las escribió, pero el texto está vivo aún, tan vivo como la lámina del cavilante esqueleto que ilustra esa página del libro de Vesalio. Los huesos son más duros que las palabras, más que los siglos.

Pese a esa dureza, la flexibilidad que poseen es asombrosa. Algunos integran sistemas de palancas armónicos y potentes. Otros funcionan como puntales, o como columnas de sustentación, y otros son las vigas y cúpulas del edificio humano. Son resistentes, capaces de aguantar durante décadas las intemperies, la arena, los gusanos, la oscuridad o la luz, el frío más extremo o el calor ardiente, el fuego. A cuatrocientos

grados centígrados se ponen negros, aunque no se queman. A los seiscientos empiezan a blanquear, pero mantienen su forma original. A los ochocientos grados han perdido todos sus componentes orgánicos y siguen ahí, calcinados y blanquísimos, ya resquebrajados. Algunos huesos acaban como porcelanas frágiles, pero de los más robustos se dice que, comparándolos gramo a gramo, cuando están vivos y sanos pueden ser más fuertes que el acero y más resistentes que el hierro fundido. Metidos en un ataúd o en una urna, en condiciones normales de humedad y presión, los huesos humanos demoran unos cien años en perder su estructura. Al final, después de eso, serán apenas polvo. En climas secos y suelos apropiados, en cambio, llegan a conservarse durante miles de años, volverse fósiles y aun así retener secuencias de ADN. Todo desemboca en esas tres letras que son la esperanza y la sombra.

En el Giaf han estudiado, bajo mandato judicial, restos óseos de diversas procedencias: unos extraídos de cementerios por los propios antropólogos, otros encontrados de casualidad en algún baldío, y otros desenterrados en predios militares. Los hay que son de origen desconocido, o se sospecha que no pertenecen a la persona indicada en los registros. En cada caso la búsqueda es diferente, aunque parezcan similares los métodos. Por lo general, las medidas de precaución son estrictas, en especial cuando se recuperan huesos guardados en grandes recintos funerarios, ya que dentro de los ataúdes, y en los mármoles y el granito que recubren las paredes y los pisos de panteones y mausoleos, hay con frecuencia esporas muy peligrosas. Pueden ser aspiradas, pasan a alojarse en los pulmones, provocan enfermedades graves y llegan a ser fatales, así que en ocasiones los antropólogos del Giaf deben trabajar vestidos con trajes enterizos de protección biológica, mascarilla con válvula, guantes, cubrezapatos, capucha y gorro. Ninguna protección es excesiva.

Un esqueleto que ha permanecido durante décadas o siglos sepultado en la tierra, contrariamente a lo que se podría suponer, por lo común no tiene ningún tipo de componente activo. Ni bacterias, ni materiales virósicos, ni esporas fúngicas. Todo rastro vital ha desaparecido. En los restos hallados en la trinchera 3896, la cal arrojada en la fosa en el momento del enterramiento quizá haya

contribuido a esa asepsia, pero en general los cuerpos inhumados en tales condiciones son, al cabo del tiempo, biológicamente inocuos. Sin embargo, estos huesos encontrados en los campos del batallón 13 aún viven, y lo hacen a través de la historia que han de contar. Quién sabe, son huesos duros y resistentes y a la vez son muy frágiles. Se descascaran, se agrietan, cualquier maniobra puede dañarlos. Cualquier olvido puede destruirlos. Primero habrá que limpiarlos, quitarles el barro, desprender las raicillas adheridas a su superficie, barrer con un pincelito de acuarela los granos de arena, las piedras minúsculas, los rastros de cal. Así ha de comenzar la conversación.

10

Durante las siguientes dos semanas el régimen de trabajo en el Giaf es extenuante para todos. A las siete y media de la mañana los integrantes del grupo se encuentran en la oficina. Dos equipos, cada uno formado por tres antropólogos, parten con sus mochilas al campamento del batallón 13 para continuar con las excavaciones. Hay que seguir. El plan del día ha sido establecido, las cuadrículas en el terreno están fijadas. Las mochilas van cargadas con los materiales habituales: cámara fotográfica, GPS, cinta métrica, un kit de primeros auxilios, tablilla y papel de dibujo, el Diario de Campo. Cada quien lleva además su propio bolso con enseres personales, comida, agua, algún artículo de higiene. Todos los días a primera hora se arma esa pequeña expedición. En el cuartel se les unirán los maquinistas de las retroexcavadoras.

Una vez que se han marchado los equipos, Alicia abre el laboratorio y se instala allí, casi siempre con Ximena, a veces también con Natalia, para dedicar la jornada a limpiar los huesos recolectados. «Buen día, compañero». Ya están todos los restos colocados en bandejas alineadas en la mesa más grande. En esta primera etapa el instrumental a emplear consiste en varios cepillos de dientes, pinceles de diversos tamaños, jarras, coladores y palanganas, rollos de papel absorbente, bandejas de espuma, estecas de madera. Nada sofisticado.

Uno de los coladores fue el que compró Alicia en un bazar de la zona, a una cuadra del edificio Caubarrere. El primer día, cuando lo ve allí dispuesto para su uso, recuerda la insistencia del vendedor en ofrecerle otro producto, y recuerda también la evocación insidiosa de ese episodio mientras viajaba hacia el Giaf con los agentes del SSP. Por un momento todo se mezcla, aparece el Holiday Inn de Chilpancingo, un aula en la universidad, el colador, una calle con nieve. Sin embargo, esa sucesión de memorias resquebrajadas parpadea apenas unos segundos en su mente. Enseguida el pensamiento vuelve a su

centro, en este caso a una vértebra que debe ser liberada del pan de tierra que la envuelve casi por completo. Las vértebras siempre son difíciles de limpiar. Su forma, las ondulaciones en las apófisis, los orificios, todo contribuye a volver delicado el proceso para eliminar los restos de sedimento.

El laboratorio es un santuario inviolable. Quienes trabajan en el tercer piso lo saben: solo pueden entrar allí las personas autorizadas de manera expresa, que son los antropólogos del Giaf, Cecilia Blanco como una de las responsables de la cadena de custodia, los tres miembros de la junta médica designada por la Justicia y, si así lo desea, la propia jueza a cargo y sus asistentes. Nadie más. Hay un único juego de llaves de la puerta, del candado y del armario de metal. Ese juego lo tiene Alicia consigo todo el tiempo. Durante el día siempre permanece allí por lo menos un investigador, y cuando termina la jornada es ella la última en retirarse. Dice buenas noches, cierra con su llave la puerta y tranca el candado. A cal y canto hasta la mañana siguiente.

**| LABORATORIO |**

Grupo de Investigación en Antropología Forense (GIAF)

Código caso: B13Z4-TM3896-E01
Investigador: Lusiardo/Azziz
Fecha: 6/9/2019

Estado de los restos humanos:
Esqueletizados. Secos. Blancos. Manchados. Erosionados. Evidencia de vegetación intrusiva.

---

Hay algunas pistas en los huesos que por ahora son incógnitas a despejar. El meñique de la mano izquierda y la clavícula de ese mismo lado, así como las vértebras cervicales, presentan inserciones musculares muy marcadas. Alicia deduce que son producto de una

actividad repetitiva y sostenida en el tiempo. Todo indica que el esqueleto pertenece a un varón, y esas marcas pueden referir a una profesión de las que implican un esfuerzo físico importante.

— ¿Un albañil?

—¿Un trabajador del puerto?

—Puede ser.

—¿Un marinero?

—También.

—Hay uno en la lista del 300 Carlos.

Rodrigo conoce los datos de memoria:

—Julio Correa, 56 años, trabajador portuario y marinero, las dos cosas.

—¿Qué más?

—Dirigente del sindicato portuario, su último embarque fue en un buque llamado *Almar*. Viajó como tripulante a Alemania. Regresó enfermo del corazón. Al poco tiempo lo secuestraron.

—Quién sabe.

No hay manera de avanzar más allá de eso por ahora. Apenas si hacen una pausa al mediodía, un descanso durante el cual pueden comer algo, tomar café y despejar la mente. Por lo común Natalia sale a comprar el almuerzo, unas veces con Ximena y otras con Alicia, cerca del edificio Caubarrere. Van a rotiserías de la zona o a un pequeño comercio de productos naturales que está sobre la avenida. Es un mínimo viaje de la penumbra de la galería al resplandor de la calle, veinte pasos que para ambas resultan reconfortantes. Les gusta salir, conversar, tomar aire y percibir por unos minutos el pulso de esa ciudad que a veces se vuelve asfixiante. En ocasiones Natalia va sola, cruza la calle y compra en La Molienda unas empanaditas, granola, una o dos barras de cereal. En la tienda ya la conocen, es una clienta habitual, así que los diálogos de circunstancia son frecuentes. Luego de la compra regresa despacio, cruza otra vez la avenida y deja que se la trague esa boca oscura que es el pasillo de la galería Caubarrere. Veinte pasos más y el ruido cesa de pronto, el ascensor la deposita en el tercer piso, la ciudad queda muy lejos.

Algunos días almuerzan en la cocina-comedor, que está a pocos pasos del laboratorio y dispone de una mesa amplia, sillas para varios

comensales, un microondas y una mesada con pileta. Pero Ximena y Natalia prefieren la privacidad de la oficina. Cruzan frente a la recepción y se acomodan en sus escritorios, entre computadoras, mapas, carpetas y papelitos. Allí comen. Le dedican poco tiempo a eso, menos de una hora. Las conversaciones en ese rato nunca incluyen temas de trabajo. Hay una tregua durante la cual ese universo de huesos y tumbas y muertes y desaparecidos queda fuera, lejos, en otra parte. Hablan de hijos, de padres, comentan alguna noticia, miran las novedades en sus teléfonos. Y ríen. En ese ámbito se permiten la risa, los apuntes jocosos, divagues que las alejan por un rato de la minuciosa labor que desarrollan. Luego vuelven al laboratorio, cada tanto escuchan música a bajo volumen. En varias ocasiones Alicia debe ausentarse para participar en reuniones, o recibe allí mismo a la junta médica designada por la jueza Tórtora para intervenir en el caso. Además se ocupa del papeleo que se genera en la oficina, las consultas de algún jerarca, asuntos organizativos que son de primera importancia.

—Combustible para las máquinas.

—¿Cuánto?

—Están al mínimo.

—¿Se puede esperar?

—Sin combustible no podemos excavar.

También debe sobrellevar la ansiedad de Cecilia, quien se acerca al laboratorio tres, cuatro, cinco veces por día. Puede hacerlo porque es una de las encargadas de la custodia, y no parece tener intención de perder de vista los restos en ninguna circunstancia. Así que allá va, sale de la oficina, pasa frente al mostrador de la recepción, camina por el pasillo, llega a la puerta del laboratorio, da cuatro golpecitos con los nudillos, suaves, rítmicos, casi un tamborileo, la puerta se abre y ella sonríe, pregunta cómo va todo, observa el trabajo un rato y después se marcha. A Alicia no le molestan esas visitas, pero cuando está Natalia el ambiente se tensa porque ella teme desconcentrarse y cometer algún error, una impericia.

Alrededor de las tres de la tarde regresan los equipos que estuvieron en las excavaciones y se incorporan a la tarea en el laboratorio. No llegan en las mejores condiciones, pero lo hacen con buen ánimo. Se

asean, descansan unos minutos, intercambian novedades y luego empiezan una especie de segundo turno que es voluntario y flexible para todos. También Celeste Martínez participa, cuando puede, de los trabajos de acondicionamiento de huesos. Unas horas unos, otras horas otros, a veces se relevan y a veces coinciden. Hasta las ocho o nueve de la noche suele haber varios investigadores limpiando las piezas del esqueleto. Avanzan a un ritmo aceptable. En la práctica, en el Giaf se le dedican a esa tarea unas once horas por día, en ocasiones doce.

Desde el primer momento asumieron entre todos que sería inconveniente suspender la búsqueda en el batallón, por más que el trabajo en el laboratorio exige miradas expertas y manos descansadas. Tan inconveniente como demorar demasiado en la limpieza y el ensamblaje del esqueleto. Hay que hacer las dos cosas y hay que hacerlas bien, o mejor que bien. Annika lo resume con un martilleo que suena obsesivo pero convincente:

—El trabajo debe ser impecable.

—No puedo cometer ningún error.

—Por más cansados que estemos no podemos equivocarnos.

A cada hueso, o a cada fragmento, se le quitan los sedimentos adheridos, que pueden ser pequeños restos de tierra o de cal, alguna raíz, otros rastros vegetales. Si la pieza está fuerte y entera, se moja con agua y la zona a limpiar se frota con un cepillo de dientes. Eso se hace con una energía medida a puro pulso. Con cada movimiento hay que valorar el posible riesgo de dañar o hasta estropear la evidencia. A veces una evaluación a simple vista alcanza para detectar el riesgo, en cuyo caso se pasa a una tarea más delicada, que se realiza con un pincel de cerdas finas, si acaso humedecido con agua.

Cuando hay dudas, una lupa de gran aumento ayuda a explorar las partes más delicadas, la estructura del hueso esponjoso si se observa, las grietas que están ocultas bajo las placas de barro reseco o de cal. Es una rutina que exige paciencia y concentración, y que devora las horas de quienes allí trabajan. Una vez limpia, la pieza se coloca en una bandeja de espuma con papel absorbente y se pone a secar sobre una mesa: veinticuatro horas al aire, a temperatura ambiente y sin manipulación.

Felipe Michelini ya se ha reintegrado a sus labores en el Grupo de

Trabajo y ha recibido una información detallada de lo actuado durante su ausencia. Por ahí anda Méndez en su trasiego habitual de expedientes, órdenes de servicio y gestiones. Los becarios continúan el proceso de digitalizar documentos. Afuera, en la ciudad, la conmoción inicial provocada por el hallazgo empieza a remitir. Durante los últimos días apenas si hubo alguna mención en los periódicos, sin novedades relevantes. Lo que quieren ahora los diarios, las revistas y los portales, son datos concretos. Datos y fotos. Imágenes que levanten el perfil del asunto. Quieren fotografías del trabajo en el laboratorio, de los huesos, de la calavera.

La campaña para las elecciones ha acaparado los principales titulares, los artículos de opinión y los minutos en los noticieros de la tele. Eso, y la evolución de la enfermedad del presidente Tabaré Vázquez, quien por estos días recibe una terapia radiológica para combatir un cáncer de pulmón diagnosticado tres semanas antes. Se lo ve entero, pero él es oncólogo y ya sabe lo que va a pasar, y cuándo. Discreto, en público dice que se siente muy bien y que deberá esperar como cualquier paciente los resultados del tratamiento. En privado, a la vicepresidenta Lucía Topolansky le habla con crudeza y afecto: «Quedate tranquila, voy a completar mi período de gobierno y después me voy a morir». Según su propia estimación, le queda más o menos un año de vida.

En las calles siguen los actos, los discursos, las pintadas en los muros y los jingles, a cual más pegadizo y aturdidor. En ese punto los días parecen no diferenciarse unos de otros, son todos un único día y una única noche. Mucha gente ya está harta de la campaña electoral, que pretende ser al mismo tiempo un carnaval y una carneada, redoblante y cuchillo, tripas, maquillaje, purpurina. Las tardes deberían ser más cálidas y primaverales, pero el frío se mantiene, los amaneceres helados, el cielo cubierto por nubes espesas, de a ratos llueve, los equipos de búsqueda se empantanan en el batallón, no se puede excavar.

**| DIARIO DE CAMPO |**

Grupo de Investigación en Antropología Forense (GIAF) Tareas en el

predio bajo cautela judicial del ex batallón 13

Lunes 9 de septiembre de 2019
Se suspenden las tareas de campo por lluvia.

Martes 10 de septiembre de 2019
Se suspenden las tareas de campo por lluvia.

---

El agua se carga en una jarra. Agua corriente, de la canilla. Luego se coloca el sedimento a estudiar en un pequeño colador, debajo del cual hay otro colador un poco más grande que a su vez se apoya en una palangana. Los utensilios son de plástico y no tienen rebordes ni asperezas. Natalia Azziz sostiene en una de sus manos la jarra y en la otra el colador. De a poco vierte agua sobre el sedimento, que en este caso es tierra extraída de la trinchera. Quizá allí haya algo oculto, un fragmento de hueso, un botón, una bala. En apariencia es apenas un puñado de tierra oscura, característica de esa zona de la cuenca Casavalle, regada por el arroyo Miguelete y por varias cañadas tributarias, afluentes mínimos que corren por una antigua pradera ahora cubierta con galpones y ranchos de lata, nombres de resonancias viejas, la cañada Iyuí, la del Berro, el arroyo Mendoza, cauces que al final se ensanchan en el propio Miguelete para desembocar unos kilómetros más abajo en la bahía, donde sus mugres se diluyen en otras mugres, sus vidas se mezclan con otras vidas.

Natalia trabaja en la colada con paciencia. Cuando no aparece nada, lo que queda en la palangana es agua, un poco de agua sucia. Al final del proceso, el agua colectada durante el día se vuelca en una tarrina, un par de litros si acaso. Esas aguas, con sus diminutas partículas de tierra de la trinchera 3896, van a parar a las cañerías del edificio, descienden hasta el sistema de alcantarillado, se mezclan con otras aguas servidas, recorren un tramo de varios kilómetros por debajo de la ciudad y desembocan en una planta de tratamiento que las sanea y luego en un emisor ubicado en Punta Carretas. De ahí son enviadas por una tubería sumergida hacia el mar, en realidad al río, a dos

kilómetros de la costa, donde se integran a la correntada y derivan despacio hacia el océano, aunque los vientos y las marejadas tarde o temprano las devuelven a la orilla convertidas en otra cosa y en lo mismo, se hacen olas y espuma, mojan las arenas, los bañistas se sumergen en ellas en verano, los pescadores tiran sus redes, son surcadas por los veleros de recreo, la gente mira.

En invierno, con las sudestadas, esas masas de agua desbordan la isla de las Gaviotas, golpean con furia en las restingas y los murallones de la rambla, más adentro aún contra la escollera, toneladas de empuje que revientan en las rocas y levantan surtidores de cuatro o cinco metros, agua sucia, agua limpia, agua de todos los mares, de todos los ríos, agua de todas las lluvias, de los vivos y de los muertos. Durante las tormentas los peatones desaparecen del paisaje costero, los automovilistas conducen con precaución por la rambla, todo vuelve, él también vuelve de a poco, en el laboratorio empieza a regresar.

El primer paso de ese regreso lo da Alicia el lunes 9 de septiembre. De túnica blanca, tras enfundarse los guantes de látex se coloca los lentes y procede. Sentada junto a una de las mesas laterales, iluminada por una lámpara de brazo articulado, toma entre sus manos el fémur derecho del cuerpo hallado en la trinchera 3896. Ya está limpio, despojado de los restos de tierra y cal que tenía adheridos cuando lo recuperaron. Es un hueso grande, que impresiona no solo por su tamaño sino por la solidez que irradia. Un hueso poderoso. Es una característica que brinda ciertos indicios. En las ciencias antropológicas recibe el nombre de «robusticidad esqueletal». En la mesa hay una caja de calibres, uno de espesor y otro de corredera.

Alicia ha visto y analizado la morfología de varias piezas del esqueleto, en especial de la pelvis, y ha tomado algunas medidas muy específicas con una tabla osteométrica de acrílico que hizo confeccionar de acuerdo a sus indicaciones. Tamaño, forma, singularidades, correspondencias. Los datos métricos se cruzan con los no métricos porque hay también una clínica de esos conocimientos, ojos que saben ver, manos que saben tocar. Una pelvis de mujer a primera vista es similar a una pelvis de varón, y sin embargo a los osteólogos les basta una mirada para distinguir una de otra. Ahora Alicia mide el diámetro máximo de la cabeza de ese fémur y los

resultados son inequívocos. Ya no le queda ninguna duda. Se trata de una persona del sexo masculino. La medición del diámetro de la cabeza del fémur no hace más que reafirmar el diagnóstico, compartido por Ximena y Natalia. Las probabilidades de que se trate de un adulto varón se fijan en un 95%. La ventana del cinco por ciento restante debe quedar abierta hasta que se hagan los análisis genéticos. Alicia lo vio en el barranco del Miguelete, pero otra regla de oro de la antropología forense es no sacar jamás conclusiones en el foso de una excavación. Lo que era una firme sospecha en la trinchera se ha convertido en una certeza en el laboratorio. Ya lo había observado en los coxales. Es un adulto masculino. Es él y no ella.

Él. Así comienza el complejo proceso destinado a establecer una identidad. Habrá que estimar el posible rango de edad, la estatura del individuo y su probable origen étnico. Con esos datos se elaborará un perfil básico, un «a priori» que servirá para cotejar las muestras de ADN, si es que se conservan. Lo cierto es que, en este caso, la primera incógnita se ha despejado apenas cuatro días después de comenzar la limpieza de los huesos.

Todos en el Giaf entienden que hay que tener cuidado con las palabras, hay que respetarlas para evitar que perviertan lo que nombran, que lo trivialicen. Establecer una identidad significará, desde el punto de vista legal, otorgar a esos restos un nombre y un apellido. Sin embargo, lo sutil ocupa un sitio principal en los asuntos de la memoria y las palabras dicen otras cosas. La identidad de una persona desaparecida empieza a restaurarse luego de obtener un nombre, pero recién lo hará de manera definitiva con los recuerdos que guarda la familia, los compañeros, los amigos, la ciudad, sus calles, una esquina, viejas fotos en blanco y negro, una niñez, momentos, millones de momentos que empezarán a fluir y a encajar cuando se sepa a quién pertenecen esos huesos, se empalmarán despacio los instantes, se irán acomodando solidarias las memorias, una forma nueva del duelo, otra manera de la pérdida. Se llegará a alguna parte, tal vez.

La información sobre el sexo del esqueleto hallado en el batallón 13 la recibe Felipe Michelini, quien concurre con Alicia al despacho de la jueza Isaura Tórtora para ponerla al tanto del avance. La propia jueza

le pide a Felipe que transmita la novedad a la agrupación de Familiares y que luego, si le parece adecuado, la haga pública. Tras comunicar el estado de la investigación a Familiares, el martes 10 de septiembre por la mañana el coordinador del Grupo por Verdad y Justicia confirma el dato en una entrevista telefónica con una radio de Montevideo:

—Según los antropólogos del Giaf pertenece a una persona del sexo masculino.

De inmediato la noticia es replicada y recibe amplia difusión, no tanto por el interés general en el asunto, sino porque con ella se acota el universo de nombres probables. Eliminada la posibilidad de que se trate de una mujer, la lista original se reduce de forma considerable. La expectativa y la ansiedad suben unos puntos, sobre todo en el ámbito de Familiares. Uno de ellos recordará después esos momentos como de «mucha incertidumbre para todos, con una sensibilidad a flor de piel».

Michelini trata por todos los medios de bajar la agitación y reinstalar la calma. Concede varias entrevistas para insistir con el mismo mensaje: el proceso de limpieza y acondicionamiento de los restos está casi concluido, luego vendrá un estudio médico forense para determinar, si eso es posible, la causa de muerte y recién después de eso se tomarán las muestras óseas para ser analizadas en busca de ADN. Agrega, por si acaso, que los análisis del material genético se harán en el exterior, en el laboratorio del Equipo Argentino de Antropología Forense en la ciudad de Córdoba.

—A partir de allí —aclara— los resultados podrán demorarse algunas semanas.

—¿Cuántas?

—Como mínimo dos. Digamos que un par de semanas. Según me han informado nuestros antropólogos, esa es una estimación probable aunque no es exacta.

—¿Entonces cuánto tardaremos en conocer la identidad del cuerpo hallado?

Michelini se toma su tiempo. Su respuesta es medida y cautelosa:

—Lo que habrá, si todo funciona bien, es un resultado determinado en un mes más o menos, tal vez un poco más.

Ahí están de nuevo, juntas en esas pocas palabras, la esperanza y la sombra del ADN. Una posibilidad, no más que eso. «Un resultado determinado» significa, para quien lo quiera entender, que ese resultado quizá sea negativo y al final no haya una identificación.

Hora de almorzar. Hay sol, viento de primavera, polvillo de los plátanos. La lluvia ha cedido. Ximena y Natalia salen de la oficina y caminan por Convención hasta Mercedes. Natalia tiene especial predilección por la comida china que venden en un local chiquitito que está casi en esa esquina. También le encanta una tarta llamada «Tropical» que elaboran en un comercio ubicado del otro lado, en los bajos del palacio Salvo. La Tropical es un plato curioso, una tarta agridulce con jamón, queso, ananá y azúcar espolvoreada por encima. Pero hoy se ha inclinado por la comida china.

Los dueños son simpáticos, unos chinos simpáticos y laburadores. Al comercio le pusieron de nombre «Mucho gusto». Les contaron que en chino se dice algo así como *weidao de shiwú*. El nombre en español suena naíf, pero la rotisería hace años que funciona a pleno. Venden la comida al peso, la colocan en una cajita de pet, todo luce prolijo y brillante. *Weidau de shiwú*, o lo que sea. Una elige tallarines lomein con trocitos de pollo y salsa, la otra se inclina por el chop suey de ternera. Delicias. Al parecer la familia propietaria es de Cantón, unos cantoneses que se vinieron a Montevideo para preparar fideos saltados, arroz Chao Fan, sopas con shiitake, arrolladitos primavera. Alguien en el laboratorio comentó que el cocinero toma mate, que no es de Cantón sino de Chicago, y que una vez dijo que nunca se iría a vivir a China. Deben ser habladurías.

Ximena y Natalia regresan con sus almuerzos, caminan despacio por Convención hacia 18, la brisa hace bailar en el aire la pelusa de los plátanos, las dos mujeres hablan de política, especulan sobre quién puede ganar las elecciones y qué ocurrirá con el Giaf y con la búsqueda de desaparecidos cuando cambie el gobierno. Eso será en marzo. Es un tema sobre el cual los candidatos con posibilidades de triunfar ya se pronunciaron, y han asegurado que la búsqueda continuará. Pero todos en Uruguay saben que una cosa es lo que dicen

los candidatos antes de las elecciones y otra cosa es lo que hacen después de ganar, luego de las ceremonias, la imposición de la banda presidencial y los discursos inaugurales. Ahí empieza el baile y las prioridades cambian. Faltan cinco meses y medio. A algunos les parece mucho tiempo, a otros poco.

—Se van en un suspiro.

—Es demasiado…

En catorce años los antropólogos del Giaf han hallado e identificado a cinco presos políticos que estaban desaparecidos desde mediados de la década de 1970. Analizado con un criterio aritmético, hecha la suma de los días y la cantidad de horas trabajadas, el resultado parece deficiente. Sin embargo, con la búsqueda de los prisioneros desaparecidos no se pueden hacer cuentas. Para ellas no hay suma ni resta que ampare la enormidad de esos vacíos. Un solo hallazgo ya debería compensar los catorce años de trabajo.

Ximena y Natalia llegan a la galería, recorren el pasillo hasta el ascensor, el guardia no está en su puesto ni hay nadie en la caseta. El guardia tendría que estar allí pero no está. Suben en el ascensor hasta el tercer piso. Durante ese mínimo viaje vertical, apenas unos segundos metidas en la caja metálica del elevador, las dos mujeres no hablan. Pueden imaginar que el guardia fue al baño y que por eso no estaba en su puesto, o que alguien le pidió ayuda para mover un paquete, o que se tomó unos minutos para mirar a la gente que pasa por 18 de Julio. No hay inquietud. En ese silencio breve no hay nada. Cada una va con su almuerzo metido en una cajita, unos segundos, unos chinos simpáticos oriundos de Cantón o de Chicago.

Pero hay algo parecido a la angustia, o más bien al desasosiego ante la perspectiva de que lo mejor que les puede pasar es la rutina. Lunes a viernes, de ocho a cuatro. Cuarteles, excavadoras, análisis de datos, estudios estratigráficos, informes, reuniones del grupo, hipótesis, anotaciones en el Diario de Campo. Hallaron un esqueleto, lo extrajeron de su sepultura, lo limpiaron y recompusieron, lo estudiaron, pertenece a un hombre, encontraron algunas señales muy particulares. Habrá una pericia forense para determinar cómo y por qué murió el dueño de esos huesos. Quizá encuentren algo.

Es seguro que mañana estará todo listo para armar el esqueleto en

posición anatómica y entonces quedará tendido sobre la mesa grande del laboratorio, completo o casi completo. Y seguirá la rutina de cuarteles y excavadoras y estudios. Lunes a viernes, de ocho a cuatro. Puede resultar extraño establecer un vínculo entre la labor de quienes buscan personas desaparecidas y la rutina, cualquier rutina. Sin embargo, así se percibe esa tarea después de persistir durante años en los mismos afanes, aunque ellas saben que las rutinas tienen diferentes texturas y colores, de acuerdo a quién y a cómo y a qué y a dónde. Hay rutinas que son lisas y grises como un adoquín, con sus aristas redondeadas por el uso; otras son frías y transparentes, igual que un vidrio a través del cual se puede observar la vida que discurre del otro lado; y hay rutinas como las de estas dos mujeres, que son ásperas, de colores vivos, en ocasiones restallantes, momentos escarlatas o dorados o con brillos de plata.

Dos mujeres en una oficina, cada una con su cajita de comida china. He ahí un retrato posible. Aunque la primavera entusiasma, el trabajo para ellas aparece ahora en el horizonte no como una probable rutina sino como una incógnita que es imposible despejar por el momento. Nadie sabe qué hará el futuro gobierno con la búsqueda, con el Giaf, con ellas dos y con todos los demás compañeros. La excusa del excesivo dinero empleado para investigar en los cuarteles es una sombra que planea sobre el equipo de antropólogos. Y también los reclamos para dar vuelta la página, aunque esa página todavía nadie la haya leído del todo; y los anónimos que cada tanto lanzan diatribas, amenazan, no rugen pero gruñen.

Y está la muy citada alegoría de los ojos en la nuca, que ni siquiera es original pues está registrada ya en 1913, en un libro publicado por José Ingenieros, quien a su vez la sacó de *El sabueso de los Baskerville* de Arthur Conan Doyle, que al parecer la había tomado del *Diccionario de biografía y mitología griega y latina* (tomo III) editado por el lexicógrafo William Smith, donde se describía con palabras de Ovidio al Argos Panoptes, un gigante desgraciado que se caracterizaba por tener cien ojos y ver también para atrás. Por cierto que el propio Ingenieros era un buen conocedor de Ovidio. Así fue que ese Argos monstruoso atravesó veinte siglos, erudiciones de relumbre y varias lenguas para rebajarse de mito a metáfora y llegar hasta estos

humanos de la penillanura uruguaya a quienes se los regaña por querer mirar hacia donde no se debe.

La inquietud acerca del futuro en la búsqueda de los desaparecidos es una presencia plomiza que se instala en esa oficina donde dos mujeres almuerzan comida china, igual que podría hacerlo en cualquier otro lugar. Hay rumores en los despachos parlamentarios, se especula con pesimismo en la universidad, en la calle la gente se encoge de hombros. Con cien ojos como el Panoptes, esa presencia es otro monstruo pero no puede verlo todo. No les dice qué hará el nuevo gobierno dentro de unos meses, cuando acaben los discursos y la marcha de la victoria desde el Palacio Legislativo a la plaza Independencia y los saludos a las multitudes. La presencia pesa demasiado, está con ellas, no les cuenta qué futuro habrá a partir de allí. Nadie lo sabe.

—Esqueleto de sexo masculino, entre treinta y sesenta años. Prótesis dental parcial, se ve bien conservada. No se observan lesiones antemortem. La bóveda está íntegra. Se aprecian diversas fracturas post mortem. Posición de brazos y manos en sepultura primaria. Ubicación registrada por GPS, fotos tomadas el 28 de agosto de 2019 por Policía Científica, ya incorporadas a la carpeta judicial. Se deduce que la víctima tenía las manos atadas. Sin huellas óseas de las ataduras. No hay materiales concordantes con las ataduras en los sedimentos. No fueron hallados en la sepultura.

La única prenda encontrada en la tumba permanecerá guardada en su bolsa de papel, en un estante del armario metálico del laboratorio, hasta que a Ximena Salvo se le encomiende proceder a su limpieza y análisis, recién a fines de septiembre. Ella lo ha hecho otras veces, tiene destreza y cierta afición por ese trabajo con textiles recuperados en las excavaciones. A veces son ropas identificables, a veces jirones imposibles de armar. En ocasiones las prendas se han hallado vistiendo un esqueleto, o junto a los restos como en este caso.

La investigación en una prenda puede aportar elementos

contextuales, fechas o cuando menos una época, incluso pistas para determinar lesiones o heridas. Un orificio de bala deja una señal clarísima en cualquier textil, y hasta se puede establecer con bastante precisión si el orificio corresponde a la entrada del proyectil antes de impactar en un cuerpo, o a la salida después de haberlo atravesado. Un balazo puede no haber tocado ningún hueso en su trayectoria, y por lo tanto no hallarse ninguna marca en el esqueleto, pero esa marca puede estar presente en una camisa o en un pantalón. También el tipo de prenda, su calidad y las características del tejido son de utilidad. Aunque el tiempo dificulta cualquier pericia porque la materia se degrada, siempre existe la expectativa de encontrar algo de interés en esos estudios.

Lo primero que hace Ximena cuando comienza su tarea es comprobar que la bolsa está cerrada con grampas y que su código corresponde al registro con el que fue anotada en la planilla, allá en la trinchera. Ya ha preparado una habitación aparte, donde podrá trabajar con más comodidad, porque en la mesa principal del laboratorio yace aún el esqueleto completo de Él, a la espera de la identificación. Esos restos parecen crecer con cada día que pasa, ocupan todo el espacio disponible, Él se convierte en un gigante que por ahora reposa en la oscuridad de esa sala a la que nadie entra si no es estrictamente necesario. Así que el 30 de septiembre, cuando Alicia quita el candado y abre la puerta del laboratorio, Ximena Salvo tiene la impresión de ingresar a una cámara mortuoria de otro tiempo, un lugar sagrado en el que duerme un gigante al que por el momento nadie debe despertar. Ahí está, tendido sobre la mesa grande, imponente en su fragilidad. Hasta la apertura del armario metálico se realiza con discreción, casi sin ruido. Alicia toma la bolsa que contiene la prenda hallada en la trinchera, se la entrega a Ximena y enseguida cierra la puerta del armario. Luego ambas salen, candado, silencio.

Se necesita bastante espacio para desplegar con cuidado un textil del cual no se conoce su estado de conservación ni su tamaño. Puede ser una camisa, pero puede ser otra prenda. Tal vez resista la manipulación, o quizá se deshaga al intentar extenderlo sobre la mesa. Por ahora es apenas «un textil con al menos dos botones». Esos botones, que ya habían sido observados en la noche del 27 de agosto

en la trinchera, hacen presumir que se trata de una camisa, aunque no tiene mucho sentido que, si lo fuera, haya sido colocada en la sepultura después de meter allí a la fuerza el cadáver. Sería lógico hallarla puesta en el cuerpo de la víctima, pero en tal caso lo más probable es que los ácidos y la cal la hubieran destruido. Al estar amontonada junto al cráneo se preservó bastante. Es verosímil suponer que la arrojaron en la tumba como un guiñapo más.

En el comienzo del proceso, Natalia documenta con fotografías la apertura de la bolsa y la extracción del textil, que Ximena deposita sobre una mesa. Es una pelota de trapo, algo sin forma, arrollado y sucio. El color original disipado, unas manchas oscuras. Más fotos. Ximena procede a desplegar la prenda, lo hace con paciencia, hay hilos colgando, una fina raíz, limpia la tela con un pincelito, luego abre el primer pliegue y el segundo, se ve un tercer botón, ahora hay una manga que se extiende lentamente, una manga larga, enseguida la otra, de a poco ese textil de convierte en una prenda de ropa, vestimenta superior, mangas largas, tres botones. Puede ser una camisa.

El siguiente pliegue contiene una sorpresa. Aparecen dos bolsillos inferiores, uno a cada lado, y a su vez queda al descubierto un bolsillo superior del lado izquierdo. Esos bolsillos inferiores no se corresponden con una camisa. La forma del cuello, de tipo redondeado, los cuatro ojales delanteros y la ausencia de ojales en los puños de las mangas completan el diagnóstico: parece ser el saco de un pijama.

En la tarde, cuando Ximena termina la limpieza del textil, después de hacer un boceto en papel milimetrado tanto de la parte trasera como de la delantera, describe los resultados de su estudio en el formulario de Notas del laboratorio. Lo hace con pocas palabras. La prenda permanece extendida sobre la mesa. Es un testigo que también dice cosas, que muestra los dobleces de su condición, su materialidad deteriorada y, como si estuviera a punto de desvanecerse, una perturbadora inmaterialidad que enseña lo que no se puede ver.

Hasta los detalles más insignificantes se apuntan, se asientan en el papel, adquieren su propio rango. Las desgarraduras, señaladas con precisión en su forma, ubicación y extensión; la sombra de una

etiqueta a la altura del cuello, en la parte interior de la prenda, en la espalda; una manga, la izquierda, vuelta al revés.

**| LABORATORIO |**

Grupo de Investigación en Antropología Forense (GIAF) Código caso: B13Z4-TM3896-E01
Investigador/ fecha: X. Salvo – 30/9/2019

NOTAS
Descripción textil:
1- Tipo de prenda: prenda de vestir superior con mangas
2- Tipo de material: fibra textil sintética
3- Características: cuello normal. Mangas largas sin botones con costuras longitudinales. Frente: bolsillos: uno (1) superior izq. /dos (2) inferior de cada lado/ Ojales: izq. cuatro (4)/ Laterales: costuras longitudinales. Espalda: costuras: tres (3) botones/ 2 similares, 1 distinto
4- Color: marrón aparentemente
5- Estado de la prenda: 1º. No tiene hilo que una las tres partes cosidas de la prenda: canesú, sisa, cuello, bolsillos, etc. 2º. Decolorado, con presencia de manchas de cal y sedimento. 3º. Manga izquierda al revés. 4º. Desgarros longitudinales: dos (2). 1 Der. frente. 1 Izq. espalda/costado. Desgarro transversal: uno (1) Izq. frente. Los dos de la espalda se unen. 5º. Impronta costura etiqueta espalda interna.

---

No hay rastro de arpillera ni de sábana blanca ni de mortaja de ningún tipo. Debe ser un saco de pijama. Tres bolsillos, cuatro ojales, mangas largas. ¿Qué otra cosa podría ser? Ximena no quiere ser concluyente, no debe serlo porque la prenda tiene todo el aspecto de ser la parte superior de un pijama, pero. Siempre está eso, siempre hay un pero, un resquicio, esa mínima posibilidad de que lo evidente sea un engaño montado hace cuarenta o cincuenta años, o un descuido de los enterradores. ¿Una camisa de hospital? Lo que sea. Resulta inexplicable hallar una prenda de ese tipo en una tumba clandestina. Tan inexplicable como la tumba misma. Los sepultureros dejaron esa

prenda allí por descuido, o quizá haya sido un último acto de desprecio.

Hay una marca apenas visible que es descubierta por Ximena y dibujada con unos puntitos en su boceto de la prenda. Se trata de la «impronta» que dejó en la tela una etiqueta que en su momento fue quitada. Es otra huella del crimen, un rastro a partir del cual se pueden inferir las razones por las que alguien resolvió quitar la etiqueta, aunque se podría argumentar que, tal vez, el hilo de la costura se desprendió solo, se pudrió con los años, que la etiqueta fue comida por la cal, que todo es fruto de una serie de circunstancias posteriores al enterramiento.

Es válido ese razonamiento, pero también se puede suponer que la etiqueta fue quitada antes, y que eso se hizo para no dejar ninguna pista, ni siquiera la más mínima, relacionada con la identificación del cadáver. Hace medio siglo las pesquisas de identidad mediante ADN no existían, la antropología forense era una disciplina que en Uruguay nadie practicaba, a los cuarteles no entraban los civiles. Nunca iban a encontrar ese cuerpo, y si alguna vez por casualidad lo encontraban jamás sabrían quién era, quién había sido esa no-persona. La marca, apenas distinguible, del pequeño rectángulo donde antes hubo una etiqueta, puede ser una prueba (sin valor legal, es cierto) de la premeditación con que actuaron quienes tuvieron el poder durante la dictadura. Se trató de borrar cualquier rastro de la víctima de un crimen antes de cometer el crimen. La voluntad de ocultamiento viene de lejos, de aquellos años cuarteleros. El miedo también viene de lejos, quizá de antes.

Hay otras violencias en esa «prenda de vestir superior con mangas». Describir con parquedad un objeto no significa apartarse de la intimidad que ese objeto propicia. El rigor de Ximena la obliga a no anotar sus emociones en el informe, pero no evita que ella se estremezca con la brutalidad que delatan los detalles. La ausencia de la etiqueta es ominosa, pues indica una alevosía; las desgarraduras en la tela no pueden ser sino el resultado de los maltratos a la víctima o el vilipendio al cadáver, quizá ambas conductas; la ambigüedad respecto al color («marrón aparentemente») establece un marco de tiempo, un puñado de años suficientes como para decolorar un tejido pero

insuficientes para borrar toda traza del color original. Treinta, cuarenta años. Tiene cuatro ojales pero solo aparecen tres botones. El cuarto botón tampoco fue hallado en la fosa, lo que significa que fue desprendido antes. Más maltrato, más vilipendio. Y esa manga izquierda puesta al revés agrega más indicios y nuevas preguntas a la pericia. Quizá le quitaron la ropa al cadáver antes de sepultarlo. Pero si así fue no hay una explicación para eso, puesto que la prenda fue dejada en la tumba.

En aquellos escasos dos metros cuadrados de terreno, quizá un poco menos, está la escena última del crimen. Es el sitio donde se juntaron todas las bajezas. No importa que la muerte se haya producido en otro lugar, lejos o cerca, de día o de noche, en invierno o en verano. Tampoco importa que quienes enterraron el cuerpo no hayan sido los asesinos, o que aún no se conozcan sus nombres, ni la fecha precisa. Lo que trasciende cualquier dato es el conjunto de ignominias que se superponen unas a otras, se amontonaron en aquel lugar del batallón 13 y acaban ahora tendidas sobre esta mesa, en el tercer piso del edificio Caubarrere. Espeluzna saber de los tormentos, saber que eso provocó muertes, y que antes de esas muertes hubo delirios provocados por el dolor físico, locuras inducidas a palo y picana, cuerpos colgantes, ojos podridos, gritos, espumarajos, aullidos que iban a dar al fondo de ese pozo negro que era el 300 Carlos, esos pozos negros que eran La Tablada, Los Vagones, la casona de Punta Gorda, tantos aullidos, tantos cuarteles, tantos pozos, tanta inmundicia en la que estaban ellos, esos hombres de uniforme, esos soldados de la patria sumergidos en su propia mierda.

Ya se han hecho todos los estudios, el inventario de los huesos, los que hay y los que faltan, y se han pegado con silicona caliente las piezas rotas o fragmentadas, de modo que el Lego puede completarse sin dificultad. La junta médica nombrada por la jueza Isaura Tórtora concluyó un detallado análisis, tanto del esqueleto como de la escena del hallazgo, relevada con esmero gracias a las fotografías de la carpeta investigativa. Elaboran un informe. Tres expertos, dos mujeres y un hombre. Junto a Alicia, en varias sesiones estudiaron ese

esqueleto centímetro a centímetro, hueso por hueso.

A lo largo de los años, su profesión los ha hecho abrir cientos de cadáveres tendidos en las mesas metálicas de la morgue, autopsias para descubrir formas rarísimas de morir, intrincados signos, desafíos. Homicidios comunes y corrientes, asesinatos esperpénticos, absurdos accidentes. En sus vidas los forenses tienen que lidiar con escenas de pesadilla, y después de eso tienen que irse a sus casas y participar de los rituales cotidianos, la cena en familia, los hijos, el amor o el hastío, un rato de televisión.

Las conclusiones a las que han llegado se integran al expediente: «Los restos óseos no presentan traumas que permitan establecer la causa de muerte. Sin embargo esto no descarta la muerte violenta por otros mecanismos como ahogamiento, sofocación, otros tipos de asfixias, electrocución o estallidos viscerales. Es altamente probable que el individuo estuviera completa o parcialmente desnudo al momento de su muerte. Por ser un enterramiento clandestino en un predio militar, de larga data, con clara sujeción de miembros superiores a nivel de puños, en individuo parcial o completamente desnudo, esta Junta Médica Forense establece que la forma médico legal de la muerte fue la muerte violenta por acción de terceros en el contexto de privación de libertad y torturas».

Muerte violenta por acción de terceros. El dictamen es tajante. Manos atadas. Sofocación, electrocución, estallidos viscerales. El terror sembrado en el pasado rebrota ahora en tales palabras, escritas apenas como hipótesis posibles para un «contexto de privación de libertad y torturas». Ese tipo de muertes ocurrió muchas veces y en muchos lugares durante años, siempre en establecimientos militares. El terror florece y vuelve a erguirse en los prados de la democracia uruguaya, iluminada por ese sol de rostro andrógino que luce radiante el pabellón nacional, la bandera cuya sombra buscan, según dicen, los valientes al morir.

En el laboratorio no hay sombra ni bandera y el ambiente es benigno para el hombre sin nombre que ha comenzado a volver. En esa habitación ahora silenciosa hay un estado de calma más bien compungida, quizá por respeto, tal vez por la cercanía del final. El rescate de esa persona está a punto de terminar. De a poco regresa y al

mismo tiempo se aleja, se va a convertir en una especie de renacido, un hombre cuyos restos son colocados sobre la mesa de trabajo, una tarea metódica, coxal izquierdo, la puerta del laboratorio está cerrada y trancada, fémur derecho, luces blancas, tibia izquierda, peroné derecho, la intimidad del vínculo se manifiesta en la delicadeza de cada movimiento, tarsos, costillas, todos ordenados por fin de acuerdo a la anatomía humana, la cabeza en un extremo, los pies en el otro, la horizontalidad que se le negó en la tumba, los brazos a ambos lados, la pelvis, los poderosos huesos de las piernas, más de doscientas piezas, el Lego completo, un humano, un esqueleto humano, un hombre que murió hace muchos años pero que sigue ahí, *vivitur ingenio*, viajero del tiempo que ha llegado a una tierra nueva.

**| DIARIO DE CAMPO |**

Grupo de Investigación en Antropología Forense (GIAF) Tareas en el predio bajo cautela judicial del ex batallón 13

Miércoles 11 de septiembre de 2019

Matías, Florencia, Annika, Sofía, Gustavo.
Se continúa zaranda de $H_2O$. No se excava por las condiciones del terreno (anegado).
Se recuperan varios frag. óseos y frag. de cal. Zaranda $H_2O$ asociados a tarsos y metatarsos CO41: 2 falanges distales y 5 frag. óseos indeterminados.
Zaranda $H_2O$ asoc. a miembro inf. derecho CO42: conjunto de 5 frag. óseos ind.
Zaranda $H_2O$ asoc. a tórax CO43: conjunto de 6 frag. ind.

---

Para que el viajero del tiempo ya no sea Él y vuelva a tener su nombre y empiece otra vez a ser quien fue y se avive como una llama en la memoria de los otros, a sus restos hay que sacarles unos pedacitos.

Hay que elegir dos huesos sanos, enteros, preservados de cualquier estrago, y despojar a cada uno de ellos de un pedazo. Es común la

creencia de que las muestras para estudios de ADN son pequeñísimas, una lasca acaso, un trocito extraído con un sacabocados, un diente, algo que se coloca en un tubo de ensayo y listo. Eso ocurrirá recién cuando las muestras sean pulverizadas para obtener el material necesario, que luego será centrifugado y procesado en una campana de flujo laminar. Se hará en un laboratorio especializado, en condiciones estériles y con técnicas muy específicas para evitar la contaminación. Antes, ahora, hay que tomar las muestras, que serán más grandes: un trozo de hueso, un mordisco. El procedimiento es complejo y para realizarlo es necesario emplear la fuerza.

La tradición sobre el carácter destructivo de la arqueología se extiende a la antropología forense y adquiere en este caso la forma de una sierra de autopsia Stryker, una herramienta de mano potentísima, que tiene en uno de sus extremos una cuchilla oscilante que se mueve a gran velocidad. De lejos se parece a un mixer de cocina. De cerca es otra cosa bien distinta, un aparato escalofriante. El sonido que produce su motor es una especie de silbo apenas perceptible.

—¿Es pesada?

—Se maneja con una mano.

Los huesos seleccionados para tomar las muestras son el fémur derecho y el húmero derecho. Como son huesos largos, a cada pieza se le extraerá mediante el serrado un rectángulo en una de sus caras, se le abrirá una ventana al interior hueco. Ese rectángulo, que será levemente combado por la forma original del hueso, tiene medidas preestablecidas que en lo posible deben respetarse: unos diez centímetros de largo por dos de ancho. Luego, cada muestra se cortará exactamente al medio para formar así dos piezas iguales de cinco centímetros de largo por dos de ancho, ambas rotuladas. Unas piezas quedarán guardadas como testigos en el Instituto Técnico Forense, y las otras serán llevadas al laboratorio genético de Córdoba, en Argentina. Ambos huesos recibirán el mismo tratamiento: las muestras 1 (fémur) y 3 (húmero) irán a Córdoba, las muestras 2 (fémur) y 4 (húmero) quedarán bajo custodia en el ITF.

La toma de esas muestras las realiza Alicia el día 11 de septiembre en el laboratorio del Giaf con la presencia de la junta médica en pleno, la magistrada Isaura Tórtora, titular de la sede a cargo del caso, la

actuaria adjunta del juzgado y un fotógrafo forense. Natalia también documenta con fotos y videos todo el proceso. Además de las fotografías, se ha dispuesto una cámara fija para filmar la extracción de las muestras. Se colocan abrazaderas de plástico afincadas a una de las mesas laterales, y luego el hueso elegido se sujeta con firmeza por sus extremos a esas abrazaderas. Primero el fémur. La pieza queda asegurada, todo está dispuesto, la jueza autoriza el inicio del procedimiento.

—Adelante.

A las 9 de la mañana Alicia enciende la Stryker y empieza su trabajo. No es sencillo ni rápido. Se trata de piezas muy duras, resistentes, difíciles de cortar incluso con una sierra diseñada especialmente para eso. Alicia maneja el aparato con su mano derecha, y lo hace con destreza y cuidado, pues el tajo debe ser preciso. Lo ha hecho muchas veces y siempre es un desafío. La cuchilla oscilante efectúa quinientas treinta pasadas por segundo en el punto de corte, el primero de los cuales es perpendicular al largo del hueso, dos centímetros apenas y una profundidad de algunos milímetros. El silbo inicial del motor eléctrico se convierte, cuando la cuchilla toca la superficie mineral de la pieza, en una especie de gemido mínimo que parece adelgazarse a medida que la hoja basculante avanza en el corte. El aire de la habitación se carga con el inconfundible olor a hueso quemado, un olor en extremo desagradable que remite a miedos atávicos y a tragedias descomunales, un tufo que se dispersa con el humito que sale del fémur, es empujado hacia arriba por el movimiento oscilante de la cuchilla y por el calor de esa pequeña zona ya serrada, se expande por el laboratorio, se pega a la ropa de quienes allí están, se les mete en los ojos.

Cada muestra lleva unos cincuenta minutos de trabajo. Primero el fémur y luego el húmero. En el medio ha habido breves pausas para evitar el calentamiento excesivo de la sierra y de paso darle un descanso a la mano derecha de Alicia. Los ánimos se crispan, no por la dificultad de esa operación sino porque en algún punto, en la superficie o en lo profundo de la conciencia de quienes allí están, el concepto de profanación amaga con instalarse, cuestionar, preguntar por qué es necesaria esa mutilación.

La respuesta directa y simple a la pregunta es que la única manera de completar el regreso del hombre sin nombre es esa. No hay otra. Para tenerlo entero hay que cortale unos pedacitos, por más doloroso que suene, por más reparos que se digan o se callen. La posibilidad de tener un nombre, un rostro y una memoria asociada a ese esqueleto está en esos cortes rectangulares practicados en el fémur y el húmero.

Pero hay, debería haber, otra respuesta más compleja y menos inocente: se trata de un acto político. La existencia de un cuerpo sin nombre y un nombre sin cuerpo es el producto final de una política aberrante ejecutada y sostenida por el Estado durante décadas. El triunfo contra el olvido exige el rescate de una identidad y una historia individual que pasará a ser parte de una memoria colectiva en permanente construcción. Volver atrás es marchar hacia adelante, correr los límites, establecer una verdad. Para que el muro de la impunidad no prevalezca de nuevo hay que completar el gesto del hallazgo, y eso solo se logra si el círculo se cierra y aparecen, junto con el nombre del desaparecido, las circunstancias de su desaparición, los testimonios sobre sus días, los nombres de sus victimarios, las investigaciones y el accionar de la Justicia. Alicia lo describió con una indignación esperanzada al comentar el video realizado por Méndez en la trinchera:

—Esa sensación del horror y a la vez de todo lo que se va a abrir a partir de ahí, esa constatación y todo lo que va a significar.

Lo que va a significar es la recuperación plena. Los restos conforman un cuerpo, el cuerpo tiene un nombre y ese nombre tiene un rostro y una historia. En tales casos el muro con ruedas se paraliza, tambalea, surge una posibilidad nueva para subvertir el orden impuesto. Cortar esos huesos es entonces un acto político.

Sobre las once y media de la mañana culmina la tarea. Cada muestra ha sido dividida en dos, etiquetada y guardada en un sobre de papel manila, cerrado y firmado por las responsables de la cadena de custodia. Cada sobre tiene su inscripción: «Muestra 1», «Muestra 2», «Muestra 3», «Muestra 4». Alicia verifica que los dos huesos empleados ya estén de nuevo en la posición adecuada sobre la mesa principal.

Luego recoge con su mano derecha el polvo desprendido durante los cortes. Es una especie de talco amarillento, una cantidad mínima que ella arrastra con delicadeza hasta el borde de la mesa y vuelca en un sobre de papel. Ese sobre lo deposita en la mesa con el resto del esqueleto, a un costado del cráneo. Allí hay también algunos fragmentos que no pudieron ser ensamblados. La jueza observa ese proceder con gesto compasivo. Alicia se quita los guantes de látex y dice que va a lavarse las manos, pero quizá eso sea una excusa y lo que necesita es estar unos minutos a solas para desahogarse.

Todos los asistentes se muestra conformes. La actuaria adjunta apunta que el trabajo se ha ajustado a lo establecido. Sus palabras suenan un poco forzadas, pero nadie repara en ello, salvo la propia jueza.

—Creo que estamos listas.

—El acta firmada.

—Buen trabajo.

—Esa sierra…

—Es un instrumento de precisión.

Hay algunos comentarios acerca de la duración del procedimiento, de la exactitud de los cortes, del viaje que Cecilia Blanco realizará mañana mismo a Buenos Aires en compañía de una autoridad del Instituto Técnico Forense. La misión es entregar los dos sobres con las muestras 1 y 3 a los responsables del Equipo Argentino de Antropología Forense, el EAAF. A partir de allí, el camino de los fragmentos será custodiado por científicos de esa institución, los llevarán a Córdoba para ponerlos en manos de los expertos del laboratorio de genética que tienen montado en la capital de la provincia. Después habrá que aguardar los resultados. Doce, quince, veinte días de espera, tal vez más.

Cuando Alicia reaparece lo hace para despedirse de la jueza, la actuaria y los forenses. Los acompaña hasta el ascensor del tercer piso, ahí en el palier todo es bastante formal, hay saludos y buenos deseos, no dude en llamarme, cualquier cosa que necesiten, gracias, un placer, nos vemos pronto. Nadie en ese grupo tiene muchas ganas de hablar, pero se atienen a las normas, así que hablan con Alicia y le sonríen y alguien le agradece a ella y a todo el equipo, dice, como forma de

reconocimiento y expresión de alivio tras haber culminado las pericias y las instancias y los mandatos de la ley.

La puerta del ascensor se cierra, los rostros desaparecen, lo que hay entonces es un silencio. Alicia se queda sola en el palier y se pregunta cuántas veces alguien puede hacer la misma pregunta sin recibir respuesta. Cuántas veces se debe golpear la pared para que caiga. Cuántos huesos más deberá cortar durante su vida. Algo se mueve a sus espaldas, hay un hombre allí que estira su brazo y toca el botón del ascensor. Ella regresa al laboratorio, le pide a Natalia que vaya a descansar un rato, porque debe limpiar y guardar la sierra de autopsia. Es casi un ruego. Natalia comprende, sale, Alicia cierra la puerta y se queda a solas con Él. Lo mira. Esa muerte, esa vida. Ahora no tiene nada para decirle.

Octubre llega con lluvias intensas. El martes el agua cae a mares. En general, durante la primera semana del mes llueve de manera intermitente en casi todo el país, hay tormentas eléctricas y el cielo se mantiene nublado. El sábado amanece con chaparrones y truenos en Montevideo, y el domingo una niebla densa tapa el paisaje hasta media mañana. Después levanta, sale el sol y el día se endereza, pero la sensación es que la primavera no existe. La tranquilidad tampoco existe. Los partidos políticos salen a cazar votantes indecisos con discursos y acusaciones de última hora, algunos actos se cancelan por el mal tiempo, otros se trasladan a locales techados que son más pequeños. Faltan tres semanas para las elecciones. No ha trascendido nada nuevo sobre la enfermedad del presidente Vázquez.

En el Giaf los trabajos de campo previstos, todos en el batallón 13, se han suspendido a causa de los aguaceros. Los terrenos de las diferentes zonas de excavación están anegados o con barriales que vuelven inviable la tarea. Las retroexcavadoras con orugas pueden maniobrar sin dificultad, pero los antropólogos se entierran en el fango. En ciertas partes de la Zona 4 el pantano formado por la crecida del arroyo apenas si deja ver algunos albardones dispersos. Las colas de zorro se mantienen firmes en el área cautelada. Los penachos de las cortaderas, que durante las tormentas declinan con el peso de la lluvia,

enseguida recuperan su porte y se yerguen sobre los pastizales.

Hay algunas alegrías en los barrios cercanos. Frente a la entrada de la gruta, en Instrucciones y Antillas, se inaugura una plaza de juegos infantiles, con pasarelas armadas con troncos y tablas, hamacas y pequeños laberintos, todo pintado con colores vivos. También hay dramas que ni siquiera llegan a la crónica de los portales de noticias. Un muchacho que se cayó de su motocicleta y está grave, una familia que lo perdió todo a raíz del incendio de su casa, un allanamiento de la Policía que terminó en tumulto. Balazos en la noche. La gente se queja de la pasta base, de la droga y sus estragos, de las promesas siempre incumplidas de los políticos. Las crecidas del Miguelete le agregan más amargura al ambiente.

La vida en el cuartel de Instrucciones sigue su curso como si nada ocurriera. Los oficiales saben lo que pasa, leen los diarios, miran la tele, esperan novedades, se esfuerzan por mantener a la tropa alineada en las rutinas, los trabajos de limpieza, la vigilancia. Nada de distracción, nada de ocio. Las excavadoras de los antropólogos permanecen estacionadas en el lugar de siempre, junto a los espaldones del fondo. La guardia ha reportado el ir y venir de esa gente, sin máquinas ni remoción de tierra. Los ven dar vueltas por el predio, con botas de goma y palos para tantear el pantano. Por la orilla del Miguelete anduvieron, de lejos parecía que buscaban algún objeto perdido. Lo mismo de siempre: son casi todas mujeres quienes caminan por ahí, llegan de mañana en una camioneta, muestran sus identificaciones, desembarcan en el polvorín, se calzan las botas y dan vueltas por el campo, recorren el perímetro, sacan fotos. Es probable que algunos oficiales se pregunten si encontrarán más cuerpos contra el arroyo, más esqueletos. También es probable que no les importe demasiado la respuesta.

El viernes 4 de octubre Alicia recibe la llamada desde Buenos Aires de un experto del equipo argentino encargado de la pesquisa genética. Hay novedades. Se logró extraer ADN de las muestras enviadas y los estudios finalizaron. El laboratorio de Córdoba acaba de remitir al EAAF por correo electrónico los códigos correspondientes. En el banco

de ADN, que cuenta con más de once mil muestras de referencia, encontraron una coincidencia. Por ahora es una hipótesis, nada definitivo. Para confirmar plenamente esa coincidencia, ahora debe cotejarse con el estudio antropológico realizado en Montevideo. Ese es el motivo de la llamada. Van a desatar el último nudo. Ahí está, nombre y apellido: Eduardo Bleier Horovitz, 47 años al momento de su secuestro. Alicia lo escucha, comprueba que el nombre encaja en el universo de personas representadas en el evento que fue su desaparición, que está relacionado con el contexto específico, coincide con los datos biológicos de sexo, edad, ancestría, con las características del esqueleto, con las fechas posibles. Parece claro que Él es Eduardo Bleier.

Esos datos registrados por Alicia proporcionan un valor numérico, un factor de la ecuación final que debe despejar la incógnita y dar una igualdad que será otro número, expresado al final en un porcentaje. Si es positivo, deberá ser igual o superior al ansiado 99,99 por ciento. Todo vuelve al comienzo: ese porcentaje es otro y el mismo que fuera dicho con voz plana y a toda prisa por Natalia Azziz desde la trinchera en el momento del hallazgo:

«¿Estás segura»?

«Segurísima: Noventa y nueve con noventa y nueve por ciento segura».

Han pasado treinta y nueve días desde entonces. La conversación de Alicia con su colega argentino se prolonga por unos cuantos minutos. Ella lee sus apuntes sobre «la posibilidad a priori» del caso, del otro lado del teléfono alguien anota cada uno de los datos, los términos científicos ocupan todo el espacio, cifras, conceptos, medidas, el ida y vuelta entre Montevideo y Buenos Aires fluye con naturalidad, se desliza de las hipótesis a las certezas, hay un nombre entonces. Alicia lo tiene, hay más datos, una ficha completa, un resultado.

No le dice nada a sus compañeros, no puede hacerlo porque en este tramo último del proceso identificatorio su participación es confidencial, y además no está del todo terminado. Falta introducir en la computadora los datos que ella ha proporcionado, poner a trabajar el software, imprimir los resultados finales. Lo importante es que ya no quedan obstáculos por remover. Nada puede modificar eso. Nadie

puede. Según le dijo su colega argentino, en dos o tres días enviarán desde Buenos Aires el informe al juzgado. Promete avisarle cuando lo hagan.

Avanza la tarde. Isaura Tórtora trabaja en su despacho. Está sola. Sobre el escritorio hay una computadora, al costado una bandeja con papeles, del otro lado unos expedientes y detrás una pared vacía. Ni cuadros, ni diplomas, ni pizarra. Un despacho ordenado y austero. Sobre las cinco y media hace un alto, se pone de pie y camina hasta la pequeña ventana de la oficina. Mira algo, cualquier cosa, el vacío exterior. Ese momento no está en la memoria de Isaura. Se borra.

—Tarde noche —dice.

Entonces, en la tarde noche montevideana del lunes 7 de octubre de 2019 llega el sobre. No ocurre nada especial, el movimiento es común y corriente, de una intrascendencia que tiene aires de desdicha. Un funcionario le acerca el sobre, grande y de cartón rígido, de color amarillo chillón, con el logo de la empresa de correo en rojo. Debajo, en letra más pequeña, la palabra «*express*». Parece una carpeta. El remitente es el Equipo Argentino de Antropología Forense. La destinataria es ella: Dra. Isaura Tórtora, Juzgado Penal de 23er Turno, Montevideo, República Oriental del Uruguay.

Durante unos minutos el sobre queda depositado encima de su escritorio. Todo está quieto, los sonidos desaparecen, se vuelven amarillos como el sobre, que ahora se asemeja a un animal agazapado junto a la computadora, tendido entre papeles, con una de sus esquinas apoyada en el teclado. Ella conoce su contenido, Isaura sabe que dentro hay un informe definitivo sobre la identidad del esqueleto hallado en el batallón 13. Pero no sabe qué dice ese informe.

Debe abrir el sobre. En los últimos días pensó mucho en este momento. Estaba enterada de que le llegaría por correo expreso al juzgado. No ha dormido bien, es difícil. Será un informe positivo con un nombre y un apellido, o un informe negativo con una frase sobre la falta de coincidencias o la imposibilidad de obtener ADN. No puede ser otra cosa, no hay un camino del medio. Con la muerte nunca hay un camino del medio. Todavía no sabe si ese informe aportará una

identificación, si esta tardecita algo cambiará en la historia del mundo, en esta pequeñísima historia escrita entre muchos desde el 27 de agosto en la orilla del arroyo Miguelete, con la tierra de la trinchera, el barro, aquellos huesos, este mundo.

Ahora está de pie junto a su escritorio. Ha llamado al actuario, quiere que él esté presente cuando abra el sobre, trata de ocultar la emoción, no siente curiosidad sino gratitud por hallarse ahí, justo en el centro de esa modestísima historia del mundo. Es un centro móvil y fugaz, que se desplazará a otros ámbitos en cuanto lea el informe contenido en ese sobre amarillo, pero ahora, en su tarde noche de Montevideo, este lugar es para ella el único habitable.

—Un granito de arena —rememora, dice.

Y agrega:

—… ese sueño.

Y después:

—… arrojar luz, para que nunca más.

Vuelve a sentarse. Ya tiene los papeles en sus manos. Tres hojas, el membrete del EAAF en la parte superior. Hay números, y también cuadros con más números y letras en mayúscula, una especie de gráfica. Al final, en la última página, aparece el dato de una identificación positiva y segura. «Índice de Probabilidad: 99,99%». A continuación está escrito el nombre del desaparecido que ha sido encontrado.

Eduardo Bleier Horovitz.

Isaura lo lee para sí, carraspea, recuerda a uno de los hijos, conversó con él junto a la tumba abierta en el batallón. Era uno de los familiares que fue hasta el descampado contra el arroyo. Aquella vez la charla fue breve y en voz baja, un par de preguntas, algún comentario. Ella evoca el momento, alza la vista y le pasa el documento a Gustavo Gutiérrez, su actuario, quien lo hojea con rapidez hasta llegar a la última página. Después le devuelve el informe a la jueza.

En la mañana Alicia ya se había enterado del envío por *courier* del informe genético, cuyo resultado conoce desde el viernes. Debió

tragarse la información, no decir ni una palabra, callar lo que quería contar. El fin de semana le resultó interminable, dio vueltas, salió a hacer compras, quiso distraerse, se puso a estudiar, a mirar una película. Su hijo la notó rara, supo que guardaba un secreto, se lo dijo, y a ella le alivió ese comentario. Aunque está acostumbrada a la confidencialidad en su trabajo, ese secreto ocupó todos sus pensamientos. Y hoy, desde temprano, cuando sus compañeros partían para los campos del batallón ni siquiera se atrevió a mirarlos a los ojos. Y cuando regresaron, sobre las tres de la tarde, prefirió ausentarse de la oficina. No les mentía, pero tampoco les decía la verdad.

Regresa al Giaf a las cinco de la tarde. La oficina está vacía. El *courier* con los resultados ya tiene que haber llegado al despacho de la jueza. Imagina que Tórtora lo habrá leído y seguirá algún tipo de procedimiento formal para avisarle a la familia. No hay una rutina para eso porque ha ocurrido en muy pocas ocasiones. Siempre es distinto, aunque en el fondo siempre es igual. Bastan los dedos de una mano para contar las veces en que se realizó ese tipo de notificación. Los dedos de una mano, piensa Alicia.

Sus compañeros se marcharon hace rato, y en el tercer piso del edificio Caubarrere queda muy poca gente. El guardia de seguridad se mantiene en su puesto. Ella permanece sentada en su oficina, con la mirada fija en una fotografía que está sobre una pequeña mesa junto a la entrada. Espera. Y mientras lo hace contempla las formas de esa imagen, los colores, las luces y las sombras que hay allí, unos rostros en la cartulina de la foto.

La sala donde funciona el Giaf no tiene nada de distinto hoy, es la misma de siempre. Los escritorios, las computadoras, un armario entreabierto, las pilas de carpetas. Cada cosa está en su sitio, aunque alguien desprevenido podría suponer, a primera vista, que en ese lugar todo está revuelto. Sin embargo, el desorden es solo aparente. Hay una armonía allí, en la disposición natural con la que cada antropólogo trabaja, en los esfuerzos de cada uno de sus colegas. Ahí están los materiales que usan cuando no van al campo. Mapas, libros, planos, esquemas. Y en el otro extremo, aquella fotografía.

Sobre las siete y media, cuando ya ha oscurecido, Cecilia la llama

por teléfono y le informa que fue con la jueza Tórtora y Felipe Michelini a reunirse con los hijos de Bleier en la casa de uno de ellos. Les dieron la noticia de que los restos hallados en el batallón 13 pertenecen a su padre. La reunión acaba de concluir. Alicia le agradece la información y corta. No quiere saber más, prefiere no saber más por ahora. Ya está. La soledad ayuda, acaso reconforta. También en la victoria se debe hacer el duelo. Sale de la oficina, camina despacio, ya no hay ninguna prisa. Va hasta el laboratorio, quita el candado, abre la puerta. El esqueleto permanece encima de la mesa grande, todas las piezas se hallan en su lugar. Nadie lo ha tocado, nadie lo ha movido. Sin embargo, Él ya no está ahí. Alicia comprende que se ha ido. Lo que queda ahora son apenas sus restos. Eduardo Bleier acaba de regresar con los suyos.

Los familiares de Bleier son notificados de manera formal al día siguiente, el 8 de octubre de 2019, en una audiencia especial concedida por la jueza Isaura Tórtora en su despacho. Es un trámite necesario. A la salida del juzgado hay decenas de periodistas que los esperan. Ninguno hace declaraciones. Poco después, a las tres y media de la tarde, concurren al tercer piso del edificio Caubarrere. Los dos hijos, las dos hijas, sus parejas, varios nietos y nietas. Felipe Michelini y Cecilia Blanco acompañan a Alicia en ese encuentro. Se reúnen alrededor de una gran mesa en la sede de la Secretaría de Derechos Humanos.

Los deudos son muchos pero hablan poco. Cada tanto intercambian miradas mientras escuchan con gran atención las consideraciones de Michelini, quien les transmite el pésame del gobierno, da algunos detalles del hallazgo y pregunta acerca de las honras fúnebres. Luego, con gran delicadeza, les informa que aquellos que quieran pueden pasar a la sala donde se hallan los restos. Alicia les advierte que se van a encontrar con un esqueleto completo, armado sobre una mesa dispuesta para ello. La reunión formal culmina.

Un grupo de familiares ingresa al laboratorio en compañía de Ximena y Alicia, quien les habla del estado de los restos, de las hendiduras en el extremo distal de ambas tibias y de la certeza

absoluta en el proceso de identificación. Alicia señala las extrañas marcas que presenta el esqueleto en la clavícula izquierda, en el meñique de esa mano, en las vértebras cervicales. Les dice que a su juicio parecen ser el resultado de una actividad profesional prolongada, pero como Bleier era odontólogo ella no ha podido formular ninguna hipótesis al respecto. Entonces uno de los hijos apunta que su padre era aficionado al violín y que desde niño tocaba ese instrumento. ¿Encaja? Sí, encaja. Alguien ahoga un sollozo, se instala el silencio, ya no queda nada por decir, ninguna explicación que pueda aliviar la congoja sanadora de esa instancia.

El día 14 de octubre, cuarenta y nueve días después del hallazgo, la urna con los restos es trasladada hasta el paraninfo de la Universidad de la República para rendirle homenaje, en un acto al que asiste el presidente Tabaré Vázquez, varios de sus ministros y la familia de Bleier en pleno. En la calle hay miles de personas, el tránsito por la avenida se ha interrumpido, en una amplia tarima levantada especialmente para la ocasión la orquesta filarmónica de la ciudad toca el himno, se ve un gran cartel con la foto del homenajeado sobre la fachada, flamean banderas rojas. En la sala, Felipe Michelini pronuncia un discurso. Es notoria su emoción. Afuera, a pie firme, hay viejos camaradas del partido, unos amigos, muchos jóvenes. El desaparecido ha vuelto y está ahí, en esa multitud.

Y ahí está también Ximena Salvo con su emoción a cuestas. Mira los rostros, escucha las voces, ve las banderas. Le parece casi irreal lo que sucede. Cuando promedia el acto comienza a sentirse mal, una molestia nueva, diferente. La tarde es desapacible y gris, hace frío. Algo le ocurre a su cuerpo y Ximena sabe, desde la semana anterior lo sabe, pero como todavía no tiene ningún síntoma ha preferido no decírselo a nadie. Con discreción se va del paraninfo y regresa a la oficina. Felicidad inmensa, tristeza y agobio. El cansancio, el frío, quizá el sentido último de ese final que para ella es también un comienzo: está embarazada, cursa el segundo mes de su primer embarazo, el anhelo de una vida por venir que quiso expresarse en esa ceremonia fúnebre. Otra forma de cerrar el círculo.

La Justicia resuelve no levantar las obligaciones de la cadena de custodia ni siquiera durante el acto, de modo que Alicia y Cecilia

deben permanecer todo el tiempo al lado de la urna, de acuerdo a las instrucciones recibidas. Cecilia no tiene problema en cumplir el mandato porque considera que es lo que corresponde. Alicia, en cambio, se percibe incómoda, considera que está usurpando un lugar en el paraninfo, junto al presidente Vázquez, sus ministros, los deudos. Aunque le vienen ganas de salir corriendo, tiene que acatar y lo hace. Al finalizar las exequias integra el cortejo que lleva de nuevo la urna al edificio Caubarrere. De nunca acabar, otra vez el bucle. Ascensor, tercer piso, laboratorio.

**| DIARIO DE CAMPO |**

Grupo de Investigación en Antropología Forense (GIAF) Tareas en el batallón 14, Toledo

Lunes 4 de noviembre de 2019

Annika, Mika, Gustavo, Florencia, Natalia, Ximena

A las 6:42 Ximena decide suspender ida al batallón 13 a causa de la lluvia. Avisa a Luis y Nasr. Cambio a destino en batallón 14. Recogemos a Annika en Instrucciones. Trabajo con retro en galpón.
Sin novedad.

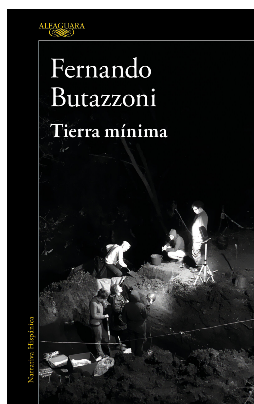
---

Los huesos han permanecido guardados en esa caja de madera lustrada, en el armario del laboratorio, durante otros veintidós días. Papeleo, trámites, nietas que llegaron desde Europa para compartir el duelo con sus padres, tíos y primos. Recién el lunes 4 de noviembre de 2019 se realiza la inhumación en un cementerio ubicado fuera de Montevideo. El día amanece nublado y con lloviznas, pero luego se despeja. A causa de la lluvia y los pronósticos, a último momento los antropólogos deciden cambiar el plan de trabajo y se van al batallón 14 de Toledo. Una pequeña retro de orugas excava bajo el cemento de un galpón, donde antes se realizaban cursos de empaque de

paracaídas. Techo de chapas grises de fibrocemento, piso de hormigón. En una de las paredes de ese galpón todavía se puede ver el logo amarillo con la palabra «Empacador», y debajo el lema: «Siempre estaré seguro». La máquina que excava allí es muy maniobrable, apta para trabajar en lugares más o menos reducidos. Es chiquita y, aunque poderosa, parece de juguete.

A las diez de la mañana, un cortejo de cinco vehículos negros ingresa despacio por el arbolado sendero del cementerio, recorre unos cientos de metros y se detiene junto a una gran rotonda ornada con plantas y flores de estación. Aunque ya no llueve, el césped de los alrededores todavía está mojado y en el aire se respira el frescor de un chaparrón reciente. Las únicas personas ajenas a la familia que asisten al sepelio son Alicia Lusiardo y Cecilia Blanco. Las dos mujeres están allí, de pie y en silencio hasta el último instante, a unos pasos de la tumba donde son depositados los restos de Eduardo Bleier. Un puñado de tierra, flores sobre la urna. Eso es todo.

Después ellas emprenden el regreso a las oficinas del edificio Caubarrere. Van calladas, en el asiento trasero de un Mercedes Benz de la empresa fúnebre. El chofer, un señor de mediana edad, conduce en silencio. Las ha tratado con respeto y cortesía, como corresponde hacerlo con cualquier deudo. El tránsito, las avenidas, un semáforo fuera de servicio. Alicia piensa en los ritos, en las ausencias. Hablar con los muertos. Una nube dos nubes tres nubes cuatro nubes.




**«Como un viajero del tiempo, el desaparecido regresa de aquella aparente nada del pasado y se hace presente».**

¿Qué pasa cuando se descubre una sepultura clandestina en un cuartel? ¿Quiénes se ocupan de desenterrar el esqueleto? ¿Qué sienten ellos cuando hablan con los muertos? Después de investigar durante casi una década, en agosto de 2019 un puñado de antropólogos forenses logró encontrar otra aguja en el inmenso pajar del Ejército: los restos del dirigente comunista Eduardo Bleier, desaparecido cuarenta y cuatro años antes.

*Tierra mínima* reflexiona sobre los puentes que unen este presente con aquel pasado de oscuridad y resistencia. El autor interpela los hechos, duda de los testigos, analiza las búsquedas y los ocultamientos, revisa cada error y habla con los protagonistas. En sus páginas están la jueza y el fiscal, el coronel a cargo, unos maquinistas,

el pequeño universo en la noche del monte. Y los antropólogos con su trabajo, sus pesadillas y sueños.

Fernando Butazzoni borra las fronteras que separan a la novela del periodismo para relatar desde el minuto cero una proeza científica que es también un ejemplo de amor y compromiso: los detalles más íntimos y hasta ahora nunca revelados de un episodio que aún hoy estremece.



FERNANDO BUTAZZONI

(Montevideo, 1953) es escritor, periodista, dramaturgo y guionista de cine. Entre sus libros destacan *Las cenizas del Cóndor*, *Una historia americana* y *Nosotros los vencidos*, todos publicados por Alfaguara. Varias de sus narraciones han sido adaptadas al cine con singular éxito. Durante décadas su trabajo periodístico lo llevó a remotos escenarios para cubrir guerras, desastres ambientales y conflictos fronterizos, y también para investigar violaciones a los Derechos Humanos en el Cono Sur. Por su obra ha recibido numerosas distinciones en Uruguay y en el extranjero.


Penguin
Random House
Grupo Editorial

Primera edición: mayo de 2024
Edición en formato digital: mayo de 2024



Diseño: Penguin Random House Grupo Editorial, inspirado en un diseño original de Enric Satué
Foto de tapa: los antropólogos forenses excavan la trinchera 3896 a orillas del Miguelete, en la noche del 27 de agosto de 2019.
Imagen cedida al autor por el Giaf.
Composición, tratamiento de imagen y maquetación: Gabriela López Introini
Conversión a formato digital: Estudio eBook



ISBN 978-9915-681-61-0

# Índice

Tierra mínima
Epígrafe
Noticia y prólogo
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
Sobre este libro
Sobre el autor
Créditos